
Sana, sana
colita de
rana
Roser A. Ochoa

Sana, sana colita de rana

Roser A. Ochoa



Créditos



Copyright © 2025 Roser A. Ochoa

1a Edición de diciembre 2025

Ilustraciones: Carolina Hernández (@Karol_arte)

All rights reserved.

El contenido de esta obra está protegido por la ley. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este documento bajo sanciones establecidas.

Índice

Nota de la autora

Grow up
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Epílogo
Epílogo 2

Agradecimientos
Otras obras de la autora

Nota de la autora

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, acontecimientos y establecimientos mencionados son producto exclusivo de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

En lo referente a la ambientación, los locales, negocios y eventos no se corresponden con exactitud a la ubicación real elegida para la historia.

Advertencia sobre el Contenido

Esta novela toca temas delicados relacionados con la salud mental (ansiedad y depresión) con el mayor de los respetos. No obstante, ten en cuenta que se trata de una obra de ficción y el desarrollo de estos temas está adaptado a las necesidades de la trama y al arco del personaje.

Roser

Grow up

No llores.
Incluso si te quedas atrás,
puedes tomarte un descanso.
Lo estás haciendo bien,
cuando las cosas se pongan difíciles,
correré contigo.
No te preocupes,
levántate, confía en ti mismo, no te rindas…
lo estás haciendo bien.

Grow up, Stray Kids.

Capítulo 1



Me llamo Arel, tengo veintiséis años, y estoy a punto de cometer la mayor gilipollez de mi vida.

Saltar de un puente —sin cuerda—, bucear —sin bombona— o adentrarme en zona de guerra —sin chaleco antibalas—, serían opciones más sensatas que lo que estoy a punto de hacer.

Entonces, ¿qué pretendo? Intento convencerme de que es por demostrarme algo a mí mismo, que lo tengo superado, pero la verdad subyace en el fondo, aletargado, aunque inamovible… Y es que, a pesar de los años, sigo atrapado.

Atado a una pseudo relación —porque si me ciño a la definición pura de relación, jamás he tenido ninguna— más tóxica que Chernóbil.

Aunque, si puedo bromear con esto, es que tampoco estoy tan mal, ¿no?

Siempre hago lo mismo, le quito importancia. Quizá me he tomado demasiado a pecho lo de que, «lo que no te mata, te hace más fuerte», así que sigo vivo, pero no estoy bien.

No estoy bien cuando salgo del taxi frente a la iglesia.

No estoy bien cuando me abrocho la americana, comprobando que no tiene arrugas.

No estoy bien al sentarme en el primer hueco que localizo en una de las bancadas.

Pero, sobre todo, no estoy bien cuando veo a Iván.

Intento distraerme con las flores, los sonidos, hasta admirando las preciosas vidrieras que lanzan haces de luz de decenas de colores, creando un mosaico que dota el lugar de un embrujo todavía más mágico. Sin embargo, por mucho que lo intento, mi atención vuelve de nuevo a él.

De pie frente al altar.

Está mucho más guapo que la última vez que le vi, y ese pensamiento me cabrea. Tal vez sea por el traje negro, la pajarita o el ramillete azul que prende de la solapa y que hace que destaquen muchísimo más sus ojos, de un gris azulado tan oscuro como el inicio de una tormenta. Su barba, perfectamente descuidada, como si ese aspecto de dos días no fuera, en realidad, uno de los más trabajados que existen.

Debería odiarlo y aquí estoy, embelesado con tanta belleza.

—Joder… Soy gilipollas.

Bajo la mirada, no quiero seguir deleitándome en esa perfección, mucho menos ver la cara de felicidad que se le pone cada vez que alguien se acerca para darle la enhorabuena. Algo que ocurre de manera constante, porque él es el novio y esta es su boda. Y no es a mí a quien espera en el altar.



La primera vez que vi a Iván fue poco después de entrar al bachillerato. Íbamos a clases diferentes, pero eso no importó. Su fama llegaba a todos los rincones, ¿cómo no hacerlo? No solo por ser guapísimo —las chicas no dejaban de hablar sobre ello—, sino que era excelente en los deportes, el estudio y, en definitiva, una de esas personas magnéticas hacia las que uno se sentía atraído sin poder evitarlo.

Iván cautivó a todos con su efecto halo, y no importaba lo que hiciera; su carisma deslumbrante y su atractivo físico hacían que cualquiera quedara prendado de él. Incluso cuando su comportamiento se alejaba mucho de la perfección que aparentaba,

todos continuaban viéndolo a través del mismo prisma idealizado, incapaces de reconocer sus defectos.

Y yo fui uno de ellos.

Nos hicimos amigos y, para alguien tan solitario, fue como si me tocara la lotería. Me sentía afortunado. Yo de entre todos había sido el elegido, el más cercano a Iván. Yo, Arel, el *nerd* rarito de la clase A, por misterios del universo, fui el que logró traspasar esa barrera de distancia que marcaba con el resto. Porque parte de la popularidad de Iván residía en esa aura de inaccesibilidad que desplegaba a su alrededor.

Pasaron las semanas, después los meses y, de verdad, pensé que con una amistad tenía suficiente.

Sin embargo, y casi sin darme cuenta, me enamoré.

Mi obsesión por Iván me llevó a cometer el peor error de mi vida: confesarle mis sentimientos. No sé por qué lo hice, ni tampoco recuerdo qué esperaba conseguir con ello, quizá vivir mi propia novela romántica.

Era un iluso, solo tenía dieciséis.



—Perdona, ¿está ocupado?

Una señora de mediana edad, embutida en un vestido negro que a todas luces le quedaba estrecho, señala el lugar vacío justo a mi lado. Niego con la cabeza, porque siento una presión tan fuerte en el pecho, que sé que cuando quiera hablar, los recuerdos harán que mi voz tiemble. Hasta este punto sigo y, por desgracia seguiré, afectado por Iván.

—¿Vienes por el novio o por la novia? —pregunta, animada por darme conversación.

Para ser fieles a la verdad, estoy aquí por mí. Porque Iván es esa página del libro de mi vida que se ha quedado pegada y que necesito, desesperadamente, pasar.

—¿Eres amigo de Iván? —insiste—. Quién lo iba a decir, eh… Neila es una chica maravillosa… hacen muy buena pareja… y…



Pareja… Iván no tuvo ninguna en el instituto, a pesar de ser el más popular con las chicas, lo que me dio pie a soñar. Fue un arrebato, algo que no había planeado, estábamos, como muchas otras tardes, encerrados en su habitación, matando el tiempo. Simplemente, lo solté. Le dije que estaba enamorado de él, no pude contenerme. Me dejé llevar.

—¡No me jodas! ¿Eres marica?

Aquella palabra me cayó como un jarro de agua fría, recuerdo que me quedé helado, sin saber qué decir. Balbuceé como un estúpido.

—No, yo… solo estaba…

No. Claro que no bromeaba. Lo que sentía por Iván era real, tanto que ver esa expresión de asco en su rostro dolió más que cualquier otra cosa que hubiera vivido hasta ese momento.

—Entonces, ¿piensas en mí cuando te la cascas? —preguntó a bocajarro, con esa sonrisa ladeada que le daba pintas de macarra—. ¿Imaginas que te doy por el culo? Eso es asqueroso, tío.

No sabía dónde meterme, tan solo quería irme lo más rápido que pudiera y morirme, desaparecer. Las lágrimas comenzaron a emborronar mi visión y mis manos no atinaban a meter las cosas dentro de la mochila para largarme. Justo en el momento que estaba a punto de alcanzar la puerta, Iván me interceptó. No le había visto nunca esa mirada, era una extraña mezcla entre mezquindad y deseo. Cazó mi mano y de un fuerte tirón la llevó a su entrepierna.

—¿Esto es lo que quieres?

Yo solo negaba con la cabeza, abrumado, con las lágrimas ya descendiendo por mis mejillas, patético.

—Dime —insistió, sin dejar que quitara la mano—. ¿Te gusto?

Asentí con un leve gesto de cabeza. Iván soltó una ronca carcajada y me dedicó una expresión que no supe interpretar hasta que habló:

—Chúpame la polla —ordenó.

Así fue como todo comenzó.



El ambiente en la iglesia ha cambiado. Se escuchan murmullos a mi alrededor y hay una sensación de anticipación. La mujer sigue interrogándome con la mirada, y me doy cuenta de que aguarda mi respuesta, aunque no recuerdo qué me ha preguntado. Justo en el momento que estoy a punto de hablar, un chico aparece por el pasillo que da al altar, vestido con una levita, como todos los hombres que rodean a Iván, debe ser uno de sus padrinos.

—Tía Magnolia, ¿por qué no se sienta un poco más adelante?

Una radiante sonrisa se forma en los perfilados labios de la mujer, y deja de estar interesada en mí. Se apresura a levantarse para seguir al joven unos bancos más al frente. Agradezco volver a quedarme solo, no soy demasiado hábil en dar conversación, lo mío es el silencio envuelto en un aura semi depresiva.

La música suena, y la gente se pone de pie. Por inercia, hago lo mismo.

No he ido a una boda desde que era un crío. Todo se siente irreal: la entrada de la novia, el vestido blanco, las sonrisas temblorosas y los ojos brillantes que, por alguna razón, deberían emocionarme. Pero no lo hacen. No puedo sentir nada de eso. Lo que me aturde es otra cosa. Son los recuerdos, las palabras y los gestos vacíos. Sin querer revivo esos dos años: las tardes en su habitación, el control, el miedo y el sexo. El deseo enfermizo de sentirme querido que nunca llegó. Luego, el día que me fui a la universidad, las veces que miré atrás esperando que apareciera. Pero nunca lo hizo. Y, años después, esa última vez que nos encontramos, y que todavía me sigue doliendo como si fuera ayer.

Me mantengo entero y escondo mi turbación. El aire a mi alrededor se vuelve más pesado. Me obligo a mirarlo, a mirarlos, a los dos. A la feliz pareja que se sonríe entre ellos, brillando de felicidad. Los susurros me llegan huecos hasta que una voz capta mi atención, el «sí quiero» pronunciado de manera algo desgarrada y

que me araña directo al corazón. Soy consciente de que la sensación de pérdida que me invade no es real, porque jamás fue mío. Nunca tuve esa opción.

Una pequeña escena de Oliver

Mezquino, cruel, egoísta, manipulador, narcisista, despiadado, arrogante, insensible, déspota…

—El chico de la derecha, sonríe un poco, por favor.

Levanto la cabeza en dirección a quien me acaba de llamar la atención. El flash se dispara y cierro los párpados, cegado por los destellos. Tengo que recordarme dónde estoy, y que el espectáculo solo acaba de empezar.

—¿Podrías intentar no joderme las fotos?

La expresión de Iván muestra fastidio, y un nuevo adjetivo se añade a la larga lista de los que tengo para definir a mi hermano.

Si él pudiera, no solo me quitaría de los recuerdos de su boda, me eliminaría de toda su vida.

Intento mostrar una sonrisa, aunque soy consciente de lo falsa que resulta. Los dos lo sabemos; yo no quiero estar aquí y él preferiría no tenerme cerca. Nunca nos hemos llevado bien, mi infancia fue horrible gracias a su existencia. Cuando miro atrás, los recuerdos son oscuros, casi negros. Aunque siempre tuvieron un punto de luz, una que Iván también se encargó de atenuar hasta hacerla desaparecer.

La iglesia está repleta de gente. Un murmullo alegre inunda el espacio, rebotando entre los altos muros de piedra, mientras las vidrieras proyectan destellos multicolores que se funden en el blanco puro de las flores que decora cada bancada, añadiendo un aire etéreo al ambiente.

—¿Podrían ponerse los hermanos juntos? Vamos a hacer unas cuantas tomas.

Asiento y sonrío como un autómata. Me coloco al lado del novio, que se mantiene un escalón por encima de mí; aun así, le saco un

par de dedos. Me yergo un poco más, en un arrebato infantil que me proporciona un atisbo de felicidad... hasta que lo veo aparecer.

Un escalofrío me recorre por entero, como si el aire de repente se cargara de electricidad. Mi mirada queda atrapada en él, en ese hombre que busca asiento con gesto dubitativo.

No puedo creer que esté aquí, ¡no! ¿Cómo ha sido capaz de venir? De pronto la rabia hace que me hierva la sangre y me palpita hasta en la sien.

Mis pies se mueven solos, y antes de darme cuenta ya he dejado atrás el altar y al pobre fotógrafo, que sigue empeñado en sacarnos una buena foto fraternal. Solo camino, como si un hilo invisible me llevara en esa dirección.

—¿Eres amigo de Iván? —escucho que le preguntan.

Veo la sorpresa reflejada en sus bonitos ojos y la impresión que le causa la pregunta. Sus párpados caen un segundo y las pestañas crean una ligera sombra sobre su mejilla, su expresión esconde una profunda tristeza que solo yo sé ver, porque solo yo sé lo devastado que está por dentro.

Quiero hablarle, pero cuando por fin se fija en mí, lo sé: él no me reconoce. Mi ánimo se hunde, aunque no doy muestra de ello.

Fuerzo una sonrisa y me acerco para salvarlo de la mujer que lo interroga de manera despiadada.

—Tía Magnolia, ¿por qué no se sienta un poco más adelante?

Ella se levanta feliz y me sigue.

Las manos me tiemblan cuando lo observo por encima del hombro. Sin embargo, él ni me mira, tiene la atención en otro lado, clavada en el altar.

Porque, como siempre, Arel solo tiene ojos para Iván.

Capítulo 2



Alargar el sufrimiento en el tiempo es mi especialidad. O eso dice mi terapeuta, con la que llevo los últimos años. Mi codependencia, junto con la incapacidad para cortar de raíz las situaciones que me llevan al borde del colapso emocional, es lo que me ha traído a donde estoy.

Sin duda, la doctora Martínez no estaría nada contenta conmigo.

A mi alrededor la gente ríe, levanta las copas y brinda por el futuro. Yo, en cambio, solo cuento los minutos hasta poder salir de aquí. ¿Por qué no lo hago? Sería una falta de respeto, muy maleducado por mi parte, ¿no?

Llevo el vino a mis labios. No quiero beber, pero tampoco he tenido opción de negarme ante la insistencia de mis compañeros de mesa. Porque no sé decir que no; ser complaciente es parte de mi carácter.

Al paso de las horas, me doy cuenta de que no tengo nada en común con el resto de mis compañeros de mesa. Que mi vida sigue un patrón diferente al resto. Hablan de sus trabajos exitosos y sus fabulosos viajes, mientras yo apenas logro mantener el hilo de la conversación. Quizá nunca tuve la ambición que ellos demuestran. Tal vez me la robaron antes de que pudiera desarrollarla.

Compartimos los últimos años de instituto, pero hubo una marcada distancia entre ellos y yo. Jamás me vieron; en aquel entonces, Arel no existía, tan solo era el amigo de Iván. Aunque no

negaré que ese anonimato ya me bastaba, en realidad, si me paro a pensarlo, para mí sigue siendo suficiente, o eso creo.

—¡Estás muy callado! —Dani aprovecha para rellenar mi copa—. ¿En qué trabajas ahora?

Martina, a mi lado, me mira con esos grandes ojos marrones. No ha cambiado mucho desde el instituto, sigue teniendo una risa fácil y un tanto escandalosa.

—En una editorial.

—¡Es verdad! Siempre estabas pegado a un libro —añade Alex. Lleva un par de copas de más, y su mujer no deja de regañarlo por eso.

—Convertir tu afición en un trabajo es un error —apunta Victoria.

—¡Qué dices! Dedicarte a lo que te gusta es lo mejor.

Todos aplauden esa intervención y gritan en muestra de apoyo. Alex golpea la mesa con ambas manos al tiempo que se pone en pie:

—Entonces yo debería ser probador de colchones, ¡me encanta dormir!

Todos estallan en una nueva carcajada a la que interno unirme.

—Joder, estos momentos son los que más echo de menos. —Martina deja caer su mano contra mi antebrazo, con la complicidad que le da el ambiente festivo, nada más—. ¿Cuándo fue la última vez que nos vimos?

—¡Hace demasiado!

—Hará un año, en la cena de antiguos alumnos —medita Victoria.

—Pues eso, ¡demasiado!



Siempre fui una persona con muchas inseguridades y la autoestima por el subsuelo; creyéndome menos que los demás. En la época del instituto, todo se intensificó. Entrar en bachillerato y convertirme en amigo de Iván fue lo único que me devolvió algo de confianza, aunque él mismo se encargó de destruirla después.

Cuando me fui a la universidad, pensé que finalmente me había librado de esa sombra que tanto me aplastaba. Que sería capaz de reinventarme, otro Arel, uno totalmente distinto, pero no contaba con que el control de Iván seguiría tan presente, aunque ya no estuviera ahí. A pesar de la terapia, algo en mí seguía roto. No era capaz de tener una relación normal; el miedo, la culpa y la falta de amor propio me hundían hasta el punto de no ser capaz de nada.

Así que cuando llegó la invitación para la cena de antiguos alumnos, dudé mucho. Parte de mí quería verlo, comprobar si había cambiado algo. Pero la parte más sensata temía ese encuentro. Al final me presenté a la maldita cena.

Ya trabajaba en la editorial, y aunque Marta y Laura —las únicas personas a las que les he contado algo de mi pasado— decían que era la oportunidad perfecta de demostrar que estaba superado, se equivocaron.

Verlo aparecer fue suficiente para hacerme retroceder en el tiempo.

Mi corazón se aceleró y, en lugar de sentir que lo había dejado atrás, me di cuenta de lo mucho que lo deseaba.

Durante la cena, nuestros ojos se encontraron varias veces, y en algún momento me dejé llevar por la ilusión de que algo diferente podía pasar entre nosotros. Qué estúpido fui. Cuando finalmente cruzamos palabras, me dejé arrastrar…

—¿Qué tal te ha ido, Arel? —me preguntó Iván, mientras se acercaba con una sonrisa que conocía demasiado bien.

No pude evitarlo. La vieja dinámica volvió y la sensación de querer gustarle, de querer ser alguien digno a sus ojos, a pesar de todo lo que me había hecho, golpeó con demasiada fuerza.

Terminamos en un hotel.

No hubo nada como devorarse la boca o desnudarse de manera apasionada entre los brazos del otro. Todo fue mecánico y apresurado. Debí haber sido consciente de que solo repetíamos viejos patrones, que nada cambiaría por más que lo deseara.

Sin besos ni caricias, sin una palabra bonita, pero por primera vez llegamos hasta el final. Fue una sensación extraña y dolorosa, de manera física, aunque, sobre todo, emocional. La noche culminó

con un revoltijo de sábanas manchadas y un amanecer rápido que nos sorprendió con los primeros rayos de sol despuntando cuando ya salía de la ducha.

Iván estaba vestido, sentado en la orilla del colchón y tenía la atención fija en el móvil.

—Iván… —la angustia se pegó a mi voz.

—Oh, ¿ya estás? —Levantó la mirada—. Has sido rápido.

—Te… ¿Te vas?

Ladeó la cabeza, desconcertado.

Mis manos, aún aferradas a la toalla en mi cintura, comenzaron a temblar. Él se levantó con una calma indiferente, como si nada hubiera ocurrido en esa habitación.

—Sabes —dijo —, si en el instituto hubiera sabido que metértela daba tanto placer, no me habría limitado solo a mamadas —soltó.

Esa revelación me dejó paralizado en el lugar. Necesité un momento para recomponerme y fingir normalidad.

Entonces lo vi. ¿Cómo no lo había notado antes? Quizás porque no lo llevaba puesto hasta ese preciso momento. Mi estómago se hundió. Di un paso, tal vez dos, hasta quedarme frente a él. Mi mano salió disparada para aferrar la suya y, en su dedo anular, el anillo brillaba de manera insultante.

—¿Estás... casado? —mi voz salió quebrada, más como un murmullo.

Iván soltó una carcajada seca, despectiva, y apartó su mano de la mía con brusquedad.

—Prometido —corrigió, con tono indiferente—. Nos casamos el próximo verano.

No supe qué decir. Solo me quedé ahí, quieto, como tantas veces antes, congelado bajo su invisible opresión. Lo vi alejarse para recoger la chaqueta, y mientras se dirigía a la salida, mis piernas seguían ancladas al suelo. Pero cuando llegó a la puerta, giró su rostro hacia mí por última vez, con esos iris gris tormenta que siempre lograban que me rindiera sin ofrecer resistencia.

Di un paso vacilante, y la toalla resbaló de mis manos. Apenas la sujeté a tiempo para no quedar completamente expuesto frente a él.

Quizá, si se lo pedía, si volvía a mostrarle mis sentimientos, todavía tendría una oportunidad.

—¿Por qué...? —susurré—. ¿Y yo? —El pánico me envolvía, sentía un nudo en la garganta—. Quédate, por favor... —Mis palabras eran apenas respiraciones cortas—. Te quiero. No te vayas. Elígeme a mí.

Él soltó una risa burlona, sacudiendo la cabeza como si estuviera cansado de todo aquello, como si yo fuera un incordio, algo pegajoso en sus zapatos que no conseguía eliminar.

—Iván… —susurré, tragándome las lágrimas.

—La habitación está pagada.

El golpe de la puerta al cerrarse retumbó como un eco en mi corazón.



A mi alrededor la fiesta continúa, llena de vítores y expresiones de felicidad. Los brindis por los novios se suceden uno tras otro. La gente hace volar las servilletas y, a mi alrededor, todo es algarabía.

Necesito respirar.

Me disculpo antes de levantarme en busca del baño. A veces me pregunto si podría haber hecho algo diferente, ¿cómo habría sido mi vida si no me hubiera cruzado con Iván? Jamás lo sabré, y soy consciente de que pensarlo me lleva a un espiral que hace que me culpabilice una y otra vez. Cada uno tiene lo que se merece y yo… Yo tengo este dolor y la eterna sensación de soledad.

—¿Estás bien?

Alguien me intercepta justo frente a la puerta del baño. He caminado dando tumbos, enfrascado en mis pensamientos, sin atender a nada. Tal vez debería marcharme ya. Me tomé el asistir a la boda como un reto, demostrarme que he ganado algo de fortaleza personal. De nuevo, me he fallado.

—He bebido demasiado —respondo, sin levantar la mirada para enfrentar a mi interlocutor.

—¿Seguro? Tienes mala cara. Déjame que te…

Entro al baño para escabullirme de una posible conversación.

Tras la puerta el sonido llega amortiguado, aunque en mi cabeza retumban los diferentes sonidos, voces y gritos. Me dejo caer contra el mármol y levanto la mirada para encarar el reflejo que me devuelve el espejo. Ese hombre de gesto descompuesto y mirada desolada no puedo ser yo. No quiero ser yo. Necesito no ser yo.

Acciono el grifo y me humedezco la cara, paso las manos por el pelo e intento recuperar el poco control que me queda. Solo necesito fingir un poco más, sonreír, felicitar a Iván y después… Cierro los ojos y lanzo un suspiro.

Necesito un cigarrillo.

Una pequeña escena de Oliver

No puedo dejar de mirarlo. Mi atención vuelve una y otra vez a él. A cada gesto y expresión, como enmascara la tristeza y la disfraza de cordialidad. Su mano tiembla cuando lleva la copa a los labios, aunque el líquido sigue siendo el mismo desde el inicio de la velada. No ha bebido nada; por eso, cuando nos cruzamos frente al baño y me intereso por si está bien, no es él quien me responde, sino su mentira.

Cuando la puerta se cierra delante de mis narices, tengo que refrenar el impulso de ir tras él, sin embargo, mis pasos me llevan a buscar al causante de tan dantesca situación.

Iván está exultante de felicidad, siempre se le ha dado bien fingir quién no es. Mantiene una conversación tras otra, bromea y sonríe; aunque, si uno se fija, la indiferencia sigue nublando su muerta mirada.

Lo agarro de la manga del chaqué y tiro de él para que nos apartemos un poco, buscando algo de intimidad.

—¿Cómo puedes ser tan cabrón? —le espeto con rabia.

Le sorprende el atrevimiento, puedo verlo en el rictus de su labio y en cómo contiene el primer impulso de responder con agresividad. Sus ojos oscilan a nuestro alrededor hasta regresar de nuevo a mí, con aire desafiante.

—Cuidado, chaval, todavía puedo convertir tu vida en un infierno.

Sostengo su mirada, con una expresión que roza la condescendencia. Hace años, esas palabras me habrían hecho temblar, pero ya no soy el crío asustado de antes. A fuerza de golpes he tenido que madurar.

—Tú no tienes ningún poder sobre mí —respondo, seco.

En el ambiente los gritos felices contrastan con el hielo que hay entre nosotros. Neila, la feliz novia, nos hace señas y, como siempre, Iván sonríe, fingiendo una calma que no siente, alzando la mano para pedirle un momento.

—Pero sí lo tengo sobre él.

Su voz baja dos octavas y se convierte en un susurro helado. Sigo su mirada, perdida más allá del comedor, hasta la balconada que da a los viñedos. Y ahí está Arel. Un escalofrío me atraviesa.

La sonrisa de Iván se amplía, su gesto brilla con esa mezquindad tan suya, esa que siempre ha intentado esconder, pero que, al final, siempre termina por aflorar. O quizás soy yo quien nunca he dejado de verla.

—Aléjate de él o…

—¿O qué? —Iván estira los labios con desdén—. No seas patético, Oliver.

Soy inmune a sus provocaciones.

—Haré lo que sea necesario —respondo, firme.

Iván me observa con una mueca de superioridad, como si ya hubiera salido victorioso en un juego en el que yo nunca quise participar.

Mis puños se tensan. Doy un paso hacia él, pero su mano se adelanta y su dedo se clava en mi esternón con un toque cruel.

—No intentes quitarme lo que es mío —amenaza—. Sabes que no puedes ganarme.

—Arel no es un trofeo.

La rabia me arde por dentro. Sé perfectamente de lo que es capaz. Antes de que se marche, lo detengo una última vez, tomando su mano.

—Ya le has hecho suficiente daño. Déjalo en paz.

Su sonrisa, cínica y fría, me deja claro que eso nunca sucederá.

—Eso ya lo veremos, hermanito.

Capítulo 3



Cuando salgo del baño voy directo a la barra. El error ha sido no beber, y como no tengo nada que lamentar, decido, al menos, perder un poco el contacto con la realidad. Me lo he ganado, aunque sé que mañana y con resaca no pensaré igual.

Pido un *whisky* solo y me lo bebo de un trago antes de llamar al camarero para que me rellene el vaso. Paso de largo de la mesa, donde mis compañeros siguen riendo y celebrando, haciéndose fotos y exprimiendo la noche al máximo.

Yo necesito fumar.

El comedor tiene salida directa a un balcón y yo busco aire fresco para despejarme. No soy demasiado bueno con el alcohol, así que esa primera copa comienza a nublarme, tal vez así seré capaz de soportar lo que queda de noche.

La finca del convite es una vieja masía rodeada de viñedos. Es bonita, aunque en el fondo me importa más bien poco —por no decir una mierda—.

Aquí fuera, la música llega como un eco lejano. Apoyo los codos en la balaustrada de piedra, y me hundo entre las manos; todo me da vueltas, las tardes con Iván, lo que sentía por él, la noche del hotel, la alianza en su dedo… La mujer con la que de ahora en adelante compartirá su vida.

Debería marcharme. No sé por qué sigo aquí.

Palpo en los bolsillos hasta localizar la cajetilla de tabaco y me llevo uno a los labios. Estoy a punto de dar con el mechero cuando, de pronto, la oscuridad de la noche se resquebraja por una llama que brilla frente a mi cara. No me entretengo en buscar el dueño de la mano que la sujeta, solo acerco la punta y aspiro con profundidad. El humo invade mis pulmones, una sensación que antes detestaba, pero que, de un tiempo a esta parte, me resulta necesaria para intentar calmar las aguas de mi mente.

—Lamento tu pérdida.

Sí, así me siento… justo como si acabaran de arrebatarme el eje sobre el que he cimentado mi vida. Doy un respingo que casi hace que se me caiga el cigarro de entre los labios.

—¿Perdona?

El chico del mechero se deja caer contra la barandilla sin apartar la mirada de mí.

—No sabes quién soy, ¿verdad?

Lo repaso de arriba abajo.

Es un joven que no debe tener más de veinte años. Con el cabello castaño muy claro, casi rubio, que cae en mechones desordenados sobre su frente y orejas. Me mira con unos ojos obstinados y muy claros, aunque con la penumbra no podría definir el color; quizá a medio camino entre el azul y el gris, o tal vez verde. Por el atuendo sé que es uno de los padrinos de Iván, aunque no me he fijado en él durante la ceremonia. A estas horas no hay rastro de la americana y lleva la camisa arremangada hasta la altura de los codos, dejando al aire unos antebrazos fuertes y sin una sola mácula, ¡es que ni un pelo!

A pesar de mi pormenorizado análisis, no creo haberlo visto antes.

No, definitivamente, no nos conocemos, porque un Adonis como éste habría dejado en mí algún tipo de impresión, creo.

De repente, una pícara expresión se dibuja en su rostro, parece disfrutar con mi desconcierto, y no lo veo con intención de resolver el misterio. Esto se mezcla con mi mal humor, así que decido que me da igual quién sea. Doy una nueva calada, ignorándolo, y recupero el vaso que había dejado en la barandilla para darle un trago. No

debería beber más, pero ¿a quién le importa? Justo cuando estoy por volver al salón para recuperar mi americana y marcharme, noto movimientos a mi espalda.

—Me debes un beso.

Las palabras me golpean de manera nítida a pesar de que le doy la espalda. No ha alzado la voz, pero ha hablado de manera alta y clara, incluso sobreponiéndose al barullo del interior.

Me giro un instante, le dedico una mirada incrédula y, al final, decido ignorarlo de nuevo. No parece satisfecho, así que me sigue un par de zancadas antes de volver a hablar:

—Me prometiste que cuando ganara una medalla de oro, me darías un beso. —Al girarme, nos quedamos frente a frente—. No he ganado una, sino tres —añade.

Puede que sea el alcohol, o que no tiene ni puñetero sentido, pero mis neuronas no logran conectar nada de lo que dice.

Me tiende el móvil con las fotos seleccionadas. Dudo un instante antes de alargar la mano y coger el teléfono.

En ellas ver a este mismo chico sonriente y feliz, con el cabello recogido hacia atrás sujetado con una diadema ancha. Sudado, cansado, pero con una cara de orgullo y satisfacción que, por un momento, hace nacer en mí la envidia. Observo las imágenes con la atención clavada en la medalla dorada que cuelga de su cuello, y poco a poco levanto la cabeza para reencontrarme con esos ojos, que ahora sé que son azules, tan azules como el mar en calma.

—Tú eres…

Su sonrisa se amplía, tan radiante como sigue dibujándose en mis recuerdos.



Él estuvo ahí desde el principio, como espectador silencioso de cómo yo iba regalando mi dignidad a cambio de migajas. Silencioso, hasta que dejó de serlo. La primera vez que me enfrenté a él, yo tendría alrededor de diecisiete años. En aquel momento mi relación con Iván ya era un sinsentido —aunque esto solo puedo decirlo ahora, con el

tiempo—, pero entonces era lo más parecido a rozar el cielo con los dedos. En el fondo, sabía que no me quería, pero siempre albergué la esperanza de que terminaría por enamorarse de mí.

Nunca sabía qué me esperaba al estar con Iván. Todo dependía de su humor. Podía estar de malas o de muy malas, y yo me adaptaba rápidamente a sus necesidades. Recuerdo una tarde cuando, después de sacar de mí lo que quiso, me echó de su habitación.

Justo frente a la puerta estaba su hermano pequeño.

Intenté escabullirme al baño; necesitaba enjuagarme la boca y limpiarme la cara, pero el crío, al que todos llamaban Ranita por su afición a saltar, me siguió. Tenía los ojos entornados y me miraba con enfado. Por un momento sentí pánico al pensar que quizá sabía lo que pasaba en la habitación. Pero solo era un niño, —o al menos eso me obligué a pensar—, no tendría más de once o doce años.

—¿Por qué estás con mi hermano? —demandó, apoyado en el marco de la puerta, con la atención anclada en mí, exigiendo una respuesta.

—Somos amigos.

—¡Ja! Mi hermano no tiene amigos. —El niño lanzó una mirada cargada de desprecio hacia la puerta cerrada de la habitación—. Siempre trata mal a todo el mundo. Lo hace conmigo, y también contigo.

Pensé en rebatirle, pero no se me ocurrió ninguna mentira. Tenía razón. No era solo la forma en que Iván hablaba, sino también su comportamiento. Lo había visto martirizar a su hermano hasta límites insospechados, con una crueldad que me estremecía.

—Vamos, Ranita…

El crío chasqueó la lengua, mostrando su disconformidad, aunque en el fondo de sus ojos —tan azules como los de Iván, pero infinitamente más amables— había un destello de determinación, algo de lo que ya hacía gala, a pesar de su corta edad.

—Deberías salir conmigo —soltó.

—¿Qué?

—Me gustas.

—¡¿Qué estás diciendo?! Esto no puede ser, y no deberías decir cosas tan raras así a la ligera. —Mi nerviosismo me hizo tropezar, casi cayéndome en mi intento de escapar de aquella incómoda situación.

—¿Por qué no voy a poder decirlo si es verdad?

Recuerdo que me agaché para quedar a su altura, aunque en esos últimos meses había dado un estirón tremendo, y fui yo quien terminó bastante por debajo.

—Los dos somos chicos…

—¿Y qué más da eso? —inquirió, mirándome con esos ojos enormes—. Me gustas, y soy mucho mejor que él. Yo nunca te haría daño.

Me tensé; la idea de que alguien supiera el tipo de relación que tenía con Iván me molestó y me hizo sentir vergüenza.

—Eres un maldito crío, qué vas a saber tú.

—No lo soy —replicó, con descaro.

Su espontaneidad logró arrancarme una risotada. Incluso en mis peores momentos, incluso en esos días en los que me sentía más sucio que los baños de una estación de tren, ese crío lograba sacarme una sonrisa.

Fue en ese momento, en medio del pasillo frente a la habitación de Iván, cuando pronuncié las palabras que me condenarían años después:

—Hagamos una cosa —propuse, intentando desviar su atención para quitármelo de encima—. Cuando seas campeón de atletismo y ganes una medalla de oro, te daré un beso.



—¿Ranita?

Dejo el vaso de nuevo sobre la balaustrada antes de que se me resbale de la mano. Sus ojos, que no se han apartado de los míos ni un solo segundo, mantienen una expresión divertida.

—Bueno, ya nadie me llama así.

—Oliver.

Pronuncio su nombre despacio, todavía no doy crédito de que sea él. Ha crecido mucho, ahora es un poco más alto que yo. Aunque al fijarme, puedo identificar muchos de los rasgos que ya entonces tenía; el cabello claro, los impresionantes ojos y esa diminuta cicatriz cerca de la ceja, regalo de Iván.

—Mis amigos me llaman Oli —dice.

Oliver alarga la mano y toma mi vaso para olerlo con curiosidad, arruga la nariz y lo devuelve al mismo sitio.

Me siento desconcertado. No sé qué decir, y lo único que me viene a la mente es escapar de aquí. Mi mirada se posa en la pantalla del móvil, ahora apagada, pero que si la enciende, mostrará las fotos de un verdadero campeón, con medalla incluida, tal como le dije en su momento.

Esas viejas palabras retumban en mi mente.

—Yo… Yo no…

—Tranquilo. No soy como él. —Su voz se torna más seria mientras dirige la mirada al salón, donde la música aún suena de fondo—. Jamás obligaría a nadie a hacer algo que no quisiera.

Sonrío aliviado, o eso creo; hasta que analizo el significado implícito de sus palabras. Sin duda ha llegado el momento de irme; asistir a esta boda ha sido una pésima decisión, otra más para la larguísima lista de errores en mi vida.

—¡Espera! —exclama Oliver, al verme dar media vuelta—. Que no reclame mi beso no significa que no quiera una oportunidad.

¿Oportunidad? ¿Para qué? No entiendo lo que quiere decir, y debe captarlo en mi expresión, porque su sonrisa se amplía, como si le gustara dejarme descolocado. Paso la mano por el pelo y noto humedad hasta en mi cuero cabelludo. Mi atención se desvía un segundo a la silla, donde ha quedado la americana.

Me tengo que tragar los nervios junto a la saliva que ya se ha acumulado en mi boca.

—¿A qué te refieres? —consigo preguntar.

Da un paso en mi dirección, aunque su mirada también se pierde un instante al interior del salón, parece que algo le preocupa. En un arrebato, Oliver toma mi mano, de manera firme pero con

delicadeza, y tira de mí en dirección a la gran escalinata que desciende hasta los viñedos.

No es hasta que parece seguro de que nos hemos quedado a solas que me suelta. Carraspea antes de inclinase un poco en mi dirección para susurrarme:

—Para que tengamos una cita.

Su aliento cosquillea en la piel de mi cuello y logra que me estremezca, se me pone el vello de punta y necesito poner distancia entre nosotros.

—¿Qué demonios estás diciendo? —Doy un paso atrás—. Tú y yo…

—Sí, los dos somos hombres, y esa es la suerte de ser gais.

Niego con la cabeza. El alcohol nubla mis pensamientos, este puto día me tiene al límite; con esa sensación amarga, una presión en el pecho que me cuesta manejar.

—Arel, desde que te he visto en la iglesia… Joder, creo que mis sentimientos por ti no han cambiado ni un poco —dice, con aparente calma—. Sal conmigo.

A pesar de que veo que tiene la intención de recortar la distancia que nos separa, en el último instante se frena, respetando ese par de pasos que necesito que exista entre los dos.

—No puedo.

Los viejos recuerdos, que llevan todo el día agolpándose en mi cabeza, ahora lo hacen con mayor insistencia. Mi pasado es una mancha de barro en medio de la blanca nieve.

—¿Tienes novio?

—¿Qué? ¡No!

Algo parecido al alivio se refleja en su gesto antes de atacar de nuevo:

—Solo te pido que me des una oportunidad.

—Lo siento, Oliver, tengo… Voy a marcharme —le anuncio, con fingida determinación.

Sus manos se abren y cierran repetidas veces, lanza una mirada a la escalinata y de manera huidiza sus ojos vuelven a mí. Carraspea, da un paso adelante para después volver atrás.

—No es justo —susurra.

Me entran ganas de reírme y decirle aquello de que, en esta vida, nada lo es. Pero cuando intento hablar, él me interrumpe:

—Te lo pondré fácil —dice atropelladamente—. Era un crío y quizá entonces no entendía del todo la relación entre mi hermano y tú, pero ahora sé lo que pasaba en esa habitación.

—Cállate, por favor.

Me llevo las manos a la cabeza. No quiero, me niego a escuchar. Saber que alguien conoce mi secreto me aturde; lo hace porque yo mismo me arrepiento, me doy asco solo de pensar que fui capaz de dejarme usar de aquel modo. Que a pesar de todo el dolor, todavía hoy sigo atrapado en ese recuerdo, en lo que sentía y, ¡joder! Aún creo que siento… El torrente de culpabilidad empieza a envolverme hasta que Oliver me aterriza de nuevo.

—Nada de lo que pasó fue culpa tuya.

Me encantan estas palabras, aunque no sean ciertas.

Claro que sí, por supuesto que lo fue. Y he tenido que aprender a convivir con cada una de las cicatrices que laceran mi cuerpo y mi alma.

—No lo comprendo, Arel. —Su voz me llega como un susurro ahogado—. Dime, ¿puedes señalar un solo momento en el que Iván te hiciera sentir querido? ¡No! Un solo instante en el que te mostrara cariño, afecto o respeto. Dime que tienes un solo recuerdo así al que aferrarte, y te dejaré en paz.

Levanto la mirada, me escuece el borde de los ojos.

No necesito pensarlo, no tengo ninguno.

No hay nada parecido a eso.

No hubo risas cómplices ni caricias juguetonas. Tampoco palabras tiernas o un gesto sincero de amor. Casi al final, no hubo ni un amago de simpatía.

Lo que comenzó como una amistad que me ayudó a salir del cascarón, se tornó en algo parecido en una pesadilla. Viscosa y humillante. Fue como hundirme en las aguas estancadas de un pantano, cuando quise darme cuenta, ya estaba atrapado. Me convertí en el saco de boxeo sobre el que Iván descargaba su rabia y su frustración. Su vertedero de semen, siempre dispuesto a tragar; sin límites, sin importar que me rompiera.

—No tienes ninguno —sentencia.

No hay malicia en sus palabras, solo la cruda realidad, y eso las hace más dolorosas.

—Sé que es una locura, pero llevo toda la noche intentando que te fijes en mí.

Veo cómo sigue retorciéndose las manos, nervioso. Está claro que tampoco es fácil para él. Quiero decir algo, solo es un crío y necesito darle una respuesta adulta y responsable, no obstante el alcohol hace que no encuentre las palabras correctas.

—Solo quiero que me conozcas —añade, con un ligero tono de súplica.

—¿Qué crees que es esto, una novela de Corín Tellado?

¡Mierda!, menuda referencia más anticuada, seguro que no sabe ni de quién le hablo. Oliver me mira un segundo y justo después suelta una carcajada; tiene una sonrisa bonita que hace que se le marquen hoyuelos en las mejillas.

—Sí, tal vez he leído demasiadas novelas románticas —admite, divertido—. No sé qué más hacer, Arel. Solo necesito que veas que voy en serio…

Una pequeña escena de Oliver

Definitivamente, me he vuelto loco. ¿Qué más puedo hacer? He pasado los últimos siete años sin saber nada de él, y ahora que está aquí, siento que si lo dejo ir, tal vez no vuelva a verlo nunca más. No tenía nada planeado más allá de encenderle el cigarrillo y saludarle, todo lo que ha pasado después ha sido espontáneo. Cada vez que parece que va a marcharse, mi mente entra en pánico porque no tengo ni idea de cómo retenerlo.

—Sal conmigo, solo hasta Navidad —improviso de nuevo—. Dame de margen estos meses, y si para esa fecha no sientes nada por mí, te prometo que no insistiré más.

Arel sacude la cabeza. Está agobiado, y no es para menos.

Debe pensar que estoy completamente loco.

Tal vez lo esté.

—Oliver…

—Me lo prometiste —suelto, sin pensar. Enseguida me arrepiento —. ¡Mierda! —exclamo, dando un par de pasos hacia atrás. Necesito distancia, porque tenerlo tan cerca me está enloqueciendo—. No quiero que suene a chantaje, lo siento.

—Tranquilo —dice, con voz sosegada.

—Te juro que no soy como Iván. Yo… de verdad… Me gustas.

El silencio que le sigue a una confesión tan desastrosa como esta es sobrecogedor, hasta la música del salón se ha detenido. Incluso el aire a nuestro alrededor parece haber desaparecido.

¿Qué acabo de hacer? ¡Soy un idiota!

Miro a Arel y mi expresión debe ser de puro agobio, porque sus ojos, de un marrón cálido, están más abiertos de lo normal, en una mueca a medio camino entre la sorpresa y el pánico en el estado más puro.

Quiero decirle que olvide lo que acabo de soltar, pero no puedo.

—Madre mía, estoy metiendo la pata hasta el fondo —lamento.

De repente, una carcajada rompe el silencio. Cuando lo miro, Arel todavía se está riendo.

—Estás loco —suelta, entre risotadas nerviosas.

—Solo quiero recuperar el tiempo que hemos perdido.

—¿En serio quieres que salgamos?

El cielo se me abre ante tal afirmación y recupero la esperanza.

—Como amigos —me apresuro a decir—. Para ponernos al día, y eso…

—Como amigos —repite, más relajado.

Llevo una mano al corazón y sonrío.

—No pretendo nada más…

—¿En serio?

—Solo conóceme, y verás que, como novio, soy un partidazo.

Capítulo 4



Llego a casa pasada la medianoche, aunque para haber ido a una boda de tarde, es más temprano de lo que se esperaría. Me encanta cuando la misma hora significa cosas distintas en función del contexto —o de lo bien o mal que lo estés pasando— si es que el tiempo es relativo.

Lo primero que hago es quitarme el disfraz y lavarme la cara y los dientes. Voy en piloto automático, estoy tan desbordado que, si me paro a pensar, sé que mis neuronas van a cortocircuitar.

No es hasta que me acurruco en la cama con mi pijama favorito, que no me doy cuenta de lo que ha pasado. ¡¿Cómo he podido!? Me incorporo de golpe.

Ese era Oliver. ¡Ranita! ¡Y le he dicho que sí a lo de salir hasta Navidad!

Cojo el teléfono y desbloqueo la pantalla. Ahí está, su número. En la interfaz del WhatsApp, un nuevo chat sin contestar: un simple 'hola' que me sigue esperando. Presiono sobre su foto de perfil. Se abre y aparece media cara, desde la mitad de la nariz hacia arriba, y esos ojos azules, enormes, los mismos que de pequeño siempre me resultaron gigantes. No han cambiado. Encima de su cabeza luce una corona del Burger King, de esas que regalan con el menú infantil.

Sonrío. No puedo evitarlo. Es tan... él.

Pero claro, es un niño.

Bueno, uno de veinte años que ya ha empezado la universidad y que dice que aún siente algo por mí.

Me paso las manos por la cara, suspiro profundamente y me dejo caer de nuevo en la cama. Es mejor que duerma. Quizá mañana, con la mente despejada… bueno, mañana será otro día. Sin embargo, en mi cabeza no dejan de repetirse flashes del pasado, el instituto, las clases, los amigos que nunca llegaron a serlo y las tardes en casa de Iván. Entre todos esos recuerdos, uno parece abrirse paso a dentelladas, dispuesto a desestabilizarme todavía más, si es que eso es posible.



—¡Maldito niñato de mierda!

No sé por qué estalló la pelea, creo que fue por algo de un videojuego, o un regalo. En mi memoria está confuso, pero sí puedo dibujar con precisión la cara de horror de Oliver cuando, a empellones, fue llevado al balcón.

Era diciembre, días antes de Navidad, hacía frío y el niño llevaba solo ropa de estar por casa.

—¿Qué haces? —exclamé.

No solía meterme; el poco tiempo que pasaba en aquella casa era metido en la habitación de Iván con la puerta cerrada, los dos éramos chicos, así que no había nada para sospechar. Por si fuera poco, sus padres regentaban un restaurante, por lo que, por norma general, los hermanos pasaban bastantes horas solos.

Iván lo echó con un último y violento empujón y después cerró el pestillo, como si nada hubiera pasado. Encendió el televisor y subió unos cuantos puntos el volumen.

—Déjalo salir —pedí, y caminé hacia la cristalera.

Me sorprendió que Oliver, a pesar de la situación, no lloraba, sino que miraba a Iván con expresión de rabia.

—Como abras esa puerta, te vas a arrepentir —amenazó Iván, desde el sofá y sin siquiera dedicarme una mirada.

Mi mano se quedó congelada en el aire, dudé. Ahora, con la edad, saber que tuve ese instante de duda me avergüenza.

—Oliver, ¿estás bien? —Me agaché frente al cristal—. Iván, no seas imbécil, se va a congelar.

—Que se lo hubiera pensado antes de nacer.

Me levanté de un bote. No sabía qué hacer. El comportamiento de Iván hacia su hermano era siempre nefasto, sin embargo, aquella acción rozaba un límite nuevo.

—¡Joder! —Me encaminé a Iván—. Estamos a menos de diez grados —argumenté. Pero fue en vano—. ¡Iván! —espeté y, sin pensarlo, lo agarré de la manga y tiré de él.

—No me toques. —Sus palabras salieron entrecortadas, cargadas de asco.

Miré a Oliver otra vez. Seguía ahí, parado en el balcón, con los brazos cruzados sobre el pecho, tratando de darse algo de calor. El aire frío de diciembre le azotaba la cara, pero aun así, no lloraba. Se mantuvo escalofriantemente entero; ese niño de once años estaba tan acostumbrado a sufrir los arrebatos de su hermano, que parecía inmune. Aunque algo brillaba en su mirada, detrás de esa calma silenciosa se escondía una inmensa ira.

Por un instante, mis ojos se desviaron hacia Iván, que seguía su vida como si nada. Nunca había encontrado el valor para ir en su contra, a pesar de todo, su control sobre mí era casi perfecto. Sin embargo, aquella tarde, Oliver fue mi motivación para revelarme.

No sé muy bien cómo pasó. Ignoré las amenazas y me acerqué al balcón. Mis manos temblaban mientras abría la corredera y metía al niño de nuevo al interior. No podía dejarlo ahí.

Estaba helado. Tiritaba, pero no pronunció una palabra.

Lo abracé con fuerza para calentarlo.

Iván observó la escena desde la distancia, y me dedicó una mirada de decepción antes de apagar el televisor y desaparecer.

Cuando quise hablar con él, ya se había encerrado en su habitación y había tirado todas mis cosas al pasillo.



Sin duda, Oliver siempre fue mucho más fuerte que yo. Para mí, Iván fue una elección, mala, muy mala, pero mía. En cambio, para él, tener ese hermano fue una imposición. Me acurruco bajo las sábanas, a finales de junio las noches todavía son frescas. No tengo sueño, y debería responder al mensaje. Vuelvo a mirar la foto de perfil. Joder, la verdad es que es guapísimo. De pronto el teléfono vibra y me pega un susto de muerte.

—¡Mierda!

Busco a tientas porque encima se me ha caído boca abajo. Cuando le doy la vuelta me encuentro con la entrada de un nuevo mensaje. No de Oliver, y eso me causa una sensación de tranquilidad, pero también me siento un pelín desilusionado, creo… El trabajo para reconectar con mis emociones está siendo un largo camino.

MARTA

¿Sigues en la boda? ¿Cómo va?

La boda de Iván, claro. Por un momento me he olvidado. Supongo que los últimos minutos de la velada han sido tan surrealistas que me han borrado del disco duro lo demás. Algo que, sin duda, agradezco. Aunque ahora me enfrento a otro dilema, y no tengo fuerza para pelear en un frente nuevo.

MARTA

¡Dime que has conocido a alguien y estás viviendo un tórrido romance!

Con la mirada pegada al móvil, suelto una carcajada. Enciendo la luz de la mesita de noche. Conozco a Marta y sé que va para largo. Busco las gafas, porque a estas horas, se me juntan las letras.

AREL

Por supuesto, ha sido un instandlove. Nos hemos visto y han saltado chispas. A mitad de la ceremonia hemos decidido fugarnos hasta el fin del mundo. Es un encanto, me ha prometido la luna y las estrellas mientras me declaraba su amor eterno. Corto, pero intenso. Ya estoy en casa, con el pijama y en la cama.

El teléfono comienza a sonar y la cara de Marta, con esa foto de perfil tan fea que lleva, aparece en la pantalla. Suspiro.

—Creo que necesitas desintoxicarte de los manuscritos de romántica —suelta, sin saludo ni nada.

—Yo también lo creo —confirmo.

Ambos trabajamos en una editorial. La empresa no es demasiado grande, aunque tiene una distribución envidiable. Desde hace unos meses me encargo, casi en exclusiva, de leer los manuscritos de novela romántica que nos llegan. Según el director del departamento, tengo una sensibilidad especial y gran olfato para las buenas historias de amor.

Romance, yo. Sí, es para reírse.

—Entonces, ¿ningún chico guapo para quitarte el mal sabor de boca?

Bueno, la verdad es que sí. No puedo negarlo. Pero con él, el mal sabor podría llegar a ser mucho más amargo.

—No.

—¿Nadie? ¿Ni uno solo?

—Bueno…

—¡Cuéntamelo! ¡No te dejes ni un solo detalle!

—¿Por qué te emocionas tanto? —Me levanto y voy hasta la cocina para servirme un vaso de agua.

—¡Va, va, va! —insiste.

—Creo que alguna vez te he hablado del hermano de Iván —decido quedarme sentado ahí, en vez de volver a la cama.

—El niño del atletismo.

—Bueno, ahora es un universitario de veinte años.

—¡Joder!

—Ya, parece que el tiempo pasa para todos.

—¿Te has liado con él?

Tengo que dejar el vaso antes de que se me caiga de la mano por la impresión.

—¿Qué? ¡No! ¿Estás loca?

¿Cómo se le pasa por la cabeza? ¿Yo? ¡Imposible! Además, es el hermano de Iván, un detalle que no puedo ni quiero pasar por alto.

—Pero me lo has mencionado por algo.

Siempre tan perspicaz.

—Hemos hablado y…

Y… Hasta Navidades va a cortejarme con la esperanza de que me enamore de él. Lo mire por dónde lo mire, es una locura. ¡Ridículo! Me paso la mano por la cara, ¡será posible! Estoy acalorado. Es que, de verdad… ¿Cómo decirlo sin que suene a *cliché* de novela romántica?

Va a reírse de mí, y no es para menos.

Después recuerdo que se trata de Marta, la mejor amiga que tengo en el mundo. Desde que nos conocimos en la universidad siempre estamos juntos y, lo que es mejor, la he visto en sus peores momentos, los más bochornosos. Le guardo tantos secretos que solo me falta tener una llave para ser su diario.

—Me ha dicho que sigue enamorado de mí, y que quiere que salgamos juntos.

—Espera, ¿qué? ¡La hostia puta!

—Bueno, lo de salir, es como amigos. Para conocernos mejor y demostrarme que no es como Iván.

—¿Lo es?

—¿El qué?

—Que si es como el hijo de puta de Iván.

Me quedo callado un momento. Instintivamente, me nace decir que no; obviamente, Oliver no es como su hermano, pero después recuerdo que no le conozco. Hace cerca de siete años que no sé nada de él.

—No quiero que sufras, Arel —dice Marta. De pronto, su tono es serio—. Creo que cuanto más te alejes de ese pasado que solo te hace daño, mejor. El hermano de un cabrón, seguro que es un

cabrón. Así que ni de coña se te ocurra salir con él. ¡Te lo prohíbo! ¿Ves? Te dije que ir a la boda sería una mala idea.

—Dijiste que tenía que ir para demostrar lo fuerte que era ahora y lo bien que me iba la terapia.

—¿Yo dije eso? No me pega, ¿seguro?

—Totalmente.

—Entonces… quizá también me equivoco con esto, ¡yo qué sé! Dale una oportunidad al muchacho, a lo mejor es una persona maravillosa.

—Marta, me desesperas.

Aunque sé lo que pretende y, lo malo, es que casi siempre lo consigue.

—Lo sé, pero ¿a que me vas a hacer caso?

¿Lo voy a hacer?

Una pequeña escena de Oliver

Se ha marchado.

Esta tontería de celebración ha dejado de tener sentido, si es que lo ha tenido en algún momento. Tan solo es un paripé, aunque a mis padres se les ve entusiasmados y solo por eso, ha merecido la pena.

—¿Te vas ya? Es pronto.

Mi madre está guapísima con el vestido azul, y creo que es la primera vez que la veo maquillada. El trabajo en el restaurante es exigente y eso se nota en sus facciones, siempre tiene la expresión cansada. Pero hoy la felicidad hace que irradie luz, con el cabello recién teñido y el peinado que despeja su cara. Todo el mundo dice que tenemos los mismos ojos, y eso me encanta.

Alargo la mano y le doy un toquecito en la cabeza, hace ya muchos años que puedo mirarla por encima de la coronilla.

—El lunes empiezo los entrenamientos intensivos, quiero estar despejado —miento.

—¿Al final irás a la competición que comentaste?

Mi padre me rodea los hombros con el brazo, está un poco —bastante— achispado. Me hace gracia verle así porque siempre es

muy serio y algo distante. Es bueno que hayan podido desconectar por un día, se lo han ganado. Son dos almas trabajadoras, tal vez demasiado. De niños tuvimos que aprender a organizarnos sin ellos, lo que significó que mi infancia quedara marcada por muchos malos momentos, pero nunca se lo he echado en cara, ¿qué derecho tengo? Mis padres se han desvivido por darnos todo lo que ellos no tuvieron.

—No tengo ninguna posibilidad —les advierto, para que luego no se lleven una desilusión—. Soy un pez pequeño en una pecera enorme, pero el entrenador piensa que puede ser una oportunidad para ir viendo el ambiente.

—Seguro que lo haces genial, Oli. Aunque no ganes, ¡quedarás de los primeros!

Siempre tan optimista. Mi madre derrocha un amor incondicional por nosotros, sus dos hijos. Que lástima que uno de ellos le haya salido… Me niego a llamarlo rana. Las ranas son preciosas.

—¿Quieres que le diga a alguno de tus primos que te lleve? —pregunta mi madre, pellizcando mi mejilla, como si todavía fuera un niño.

Me la quito de encima con cariño.

—No hace falta, he llamado a un taxi.

—Vale. Pues ve a despedirte de tu hermano.

Joder, mi hermano.

Busco a Iván por el salón. El muy capullo está en la mesa de los que han sido compañeros de Arel toda la noche y, hasta que él no se ha marchado, ni se ha acercado por allí. No quiero saber qué les está diciendo… Me quedo con la mirada imantada en esa dirección y me cuesta horrores arrancarla. Me gustaría saber qué trama, porque Iván siempre está tramando algo.

—No quiero molestarle.

Por no decir que, si me acerco a él, a lo mejor la fiesta termina en tragedia.

Beso a mi madre y, cuando me doy la vuelta, ya no hay rastro de mi padre. Creo que ha ido a la barra a pedir otra copa. Esto va a terminar mal. Aunque ya no es cosa mía.

Salgo de la finca alrededor de la una de la madrugada. La verdad es que han tenido un gusto exquisito eligiendo la ubicación, es un lugar pintoresco y encantador.

No puedo evitar comprobar el teléfono; ese chat recién iniciado en el que solo hay escrito un «hola» por mi parte. Tiene un doble tic en azul, pero ninguna respuesta. ¿Qué me esperaba? Casi parece que le haya tendido una encerrona; aunque la verdad es que me ha sorprendido tanto verlo, que he actuado por impulso y sin meditar demasiado. Tal vez mañana, con la mente despejada, me arrepentiré de la escena que he montado.

A lo lejos diviso un par de luces rompiendo la oscuridad de la noche, tiene que ser el taxi. Me apresuro a la carretera, es un lugar mal indicado y no quiero que se pase de largo y tener que esperar. Quiero irme ya.

Voy a guardar el móvil en el bolsillo cuando una luz azulada ilumina la pantalla.

Siento un cosquilleo en la punta de los dedos y me da un brinco el corazón cuando veo de quién es el mensaje. Me emociono. No puedo creerlo.

AREL

Me ha alegrado verte.

Estallo de felicidad.

—¡Se ha alegrado de verme! —grito entusiasmado.

El taxista me observa, dudando si parar o dejar colgado al tipo chalado que da botes como un renacuajo.

Capítulo 5



¿He tenido una cita alguna vez? Una de las de verdad, cómo las que leo en los libros que edito. La respuesta es sorprendente a la par que triste: no. Y eso me hace alcanzar unas cotas de patetismo inigualables. Soy consciente de ello, nunca le he dado importancia, pero justo hoy es cuando me lo planteo, puede que por ser lunes o tal vez por estar nublado o quizá, porque mi primer y único amor se ha casado.

Aunque usar el calificativo de amor a la relación que tuve con Iván es venirme demasiado arriba o valorarse demasiado a la baja.

¿Qué pasaría si yo tuviera una cita?

Doy un sorbo al café y pierdo la mirada por la ventana. Me rasco por debajo de las gafas que desde hace un año tengo que usar para leer, uno de los inconvenientes de estar el día entero frente a una pantalla.

—¿Quién ha dado el visto bueno a esta?

Me giro en dirección a la voz para encontrarme con Diego, que sostiene entre las manos la copia de uno de los manuscritos que voy a presentar en la siguiente reunión editorial.

—Yo, ¿por? ¿No te ha gustado?

Diego suelta un suspiro, le da pereza que sea uno de los míos, aunque disimula. Se sienta en el borde de mi mesa, lo odio, no me gusta que nadie ponga el culo en mi lugar de trabajo, pero no digo

nada. Tras un largo suspiro que parece que vaya a morir desinflado, deja la copia a un lado.

—No lo he terminado, pero…

—Tiene buena trama, unos personajes potentes y cuando llegues al desenlace, hablamos. Estoy seguro de que te va a sorprender.

—Pero son dos chicas.

Sufro un cortocircuito.

Es una historia arriesgada, mezcla ciencia ficción y aventuras, lleno de batallas y una subtrama política muy marcada. El romance es descarnado y con mucho sufrimiento. Pensé que las negativas llegarían por la parte más densa de la historia, no por la orientación sexual de las protagonistas.

—Sí —confirmo, y decido añadir un argumento más elocuente a mi simple afirmación—. Tiene una calidad narrativa brutal, es original y el final, apoteósico.

—Ya sí, pero… no lo ves un poco… —empieza Diego, y se detiene.

—¿Homófobo por tu parte? Sí, bastante. —Marta, que comparte espacio de trabajo conmigo, interrumpe en la conversación.

—¡Eso no es verdad! —se defiende Diego. Recupera el manuscrito y lo zarandea de un lado a otro—. Además, ¿quién está hablando contigo?

—Es que Arel es demasiado educado para decírtelo, así que aquí estoy yo, a veces me toca hablar por él.

Esta situación se nos puede ir de las manos. Marta y Diego son como aceite y agua, imposible juntarlos. A veces mi imaginación me lleva a pensar que entre estos dos saltan chispas, pero sé que es porque estoy intoxicadísimo de novelas de romance, y veo amor en todos lados.

—Bueno, basta —interrumpo, porque Marta ya se ha puesto en pie, dispuesta a seguir batallando—. Termina de leerlo antes de nada, y discutamos el resto en la reunión editorial, —propongo—, pero si tu única pega es que sea un romance LGBT, déjame decirte que Marta tiene un poco de razón.

—Que os den —suelta Diego cabreado.

No puedo evitar reírme cuando Marta le enseña el dedo corazón.

—Imbécil… —murmura.

Después se deja caer en la silla y me lanza una mirada que, por desgracia, conozco demasiado bien. Y es que lleva años diciéndome que con la diplomacia no se va a ningún lado.

Según mi terapeuta, la falta de confianza en mí mismo y mi necesidad de evitar conflictos me han llevado a desarrollar un tipo de personalidad sumisa. Discutir me genera un pico de ansiedad que, si no sé manejar, puede terminar en una crisis. Así que, incluso cuando llevo razón, suelo dar mi brazo a torcer. Por suerte, en las reuniones editoriales soy un poco más proactivo.

Los libros han sido mis compañeros desde que era un niño, leer me ha ayudado a no volverme loco —y a no hacer ninguna locura—. Cuando una historia me apasiona, soy capaz de enfrentarme a quién sea, sobre todo si el único argumento en contra pega pestazo a homofobia.

—Oye…

—Lo sé —murmuro, regresando a mi trabajo—. Tengo que ser más agresivo. Comerme el mundo y no dejar que nadie me mangonee salvo vosotras.

—No es eso, capullo, aunque tampoco te iría mal, y la última parte me encanta. —La miro cabreado, ella finge no darse cuenta y sigue, jugueteando con el bolígrafo—. ¿Has quedado con él?

Él.

No me hacen falta más datos para saber de qué «él» se trata. Llevo pensando en ese «él» todo el maldito día.

Cuando el domingo de madrugada le respondí al mensaje, no tardó ni treinta segundos en devolverlo, pero no me propuso quedar ni vernos.

Y, desde entonces, vivo en un dilema.

¿Debo ser yo quien dé el primer paso? Porque… ¿Quiero salir con él? Es decir. Somos viejos amigos, y tengo un interés genuino de saber cómo le han ido estos años. Que me explique de las competiciones y sobre las medallas que ha ganado.

Quiero preguntarle como está. Después de que me fuera, ¿cómo fue seguir conviviendo con Iván? Me doy decenas de razones para volver a verlo y, a la vez, tengo miedo. Porque va a ser como abrirle

la puerta a mi pasado para que venga de visita, algo que llevo esquivando mucho tiempo. O tal vez el motivo es que soy un cobarde. Vivo a través de las páginas de los libros, incapaz de escribir mi propia historia. Es triste, y quiero ponerle remedio, aunque no me atrevo, porque sé que arriesgarse conlleva el poder salir herido. Otra vez.

Mis reflexiones se resumen en una breve respuesta a Marta:

—No.

—¿Por qué?

—Hablamos un poco por mensajes, pero no sacó el tema.

—Sácalo tú.

—Qué fácil lo ves.

—Y tú qué difícil. ¿De qué tienes miedo?

De todo, pero no puedo decírselo, se cabrearía.

—Porque estoy a una decepción más de convertirme en un asesino en serie —suelto.

Marta me mira con esos ojazos tan oscuros que tiene y, de pronto, estalla en carcajadas. Asiente con la cabeza, sin dejar de reírse ni un momento, tengo la sensación de que me está dando la razón y que, en el fondo, lo ve posible.

—Siempre he querido salir en la tele diciendo eso de: parecía tan normal, siempre saludaba.

—Los que siempre saludan son los peores —le confirmo.

—Ahora en serio, Arel. No puedes esconderte siempre detrás de un libro. Tienes veintiséis y…

—No me vengas con lo del arroz, por favor.

—No, bueno, sí. Pero… —Marta se levanta, rodea la mesa que compartimos, uno frente al otro, me abraza por detrás hasta dejar su barbilla recostada contra mi hombro—. Es muy triste que estés solo.

—Tú también estás sola.

—No. No te confundas. —Se incorpora de pronto, alzando el dedo, como quién está a punto de impartir una lección—. Yo estoy viviendo mi vida y mi sexualidad como a mí me da la gana. No tiene nada que ver.

—Quizá yo también estoy viviendo la vida como quiero.

—Arel, te mueres de ganas de tener a alguien a tu lado. Eres de los de: «Hasta que el pelo se vuelva blanco».

Mierda, tiene razón. Hacerse mayor junto a la persona a la que quieres seguro que es maravilloso. Tener toda una vida en común, cientos de anécdotas, momentos dulces, duros, felices, tristes… y terminar por arrugarse el uno junto al otro, recordándolo todo.

—Soy un romántico empedernido. Qué fastidio.

—Mereces a alguien que desee envejecer a tu lado.

Y lo suelta tal cual, como si fuera la frase más normal del mundo.

Pero es que es exactamente lo que siento, lo que quiero, lo que anhelo con todas mis ganas y sé que tengo pocas probabilidades de tener. Al final, Marta me estampa un beso en la mejilla antes de regresar a su lugar de trabajo, aunque no pierde turno para decir:

—Así que no te lo pienses tanto, sé valiente por una vez. Además, ¿qué puedes perder? Solo es un café.

—Solo un café.

—Claro, poneros al día y comentar lo gilipollas que es Iván.

Me giro un poco para poder mirarla a los ojos, ¿qué haría yo sin ella? Tiene razón. Quiero hacerlo, intentarlo al menos.

—¿Y si sale mal?

—Y dale, ¡que no te ha pedido matrimonio! —contraataca.

—Está bien, voy… le mandaré un mensaje.

—Ahora —exige—. Que yo lo vea. Te conozco y sé que dos minutos y ya te acobardarás.

—No mientas, lo que pasa es que eres una chismosa.

Una pequeña escena de Oliver

Me arden los músculos. Y es que con las últimas semanas de exámenes solo he salido a correr por salud mental —acumulo demasiada energía a lo largo del día, o me libro de ella o me convierto en una bomba de relojería—. Hoy me están dando una caña que, de seguir así, voy a terminar muerto en el suelo. Además, a pesar de que el entrenador diga que no tengo oportunidad y que solo estamos tanteando el terreno, sé que espera que haga un buen

papel. Sería una auténtica pasada si fuera seleccionado para representar a mi comunidad en las competiciones a nivel estatal. Aunque, después de mi bajón, casi que me conformo con superar mi propia marca y no morir en el intento.

Desde que entré en la universidad, el campo de deportes me pilla más cerca, lo que hace que pueda dedicarle un tiempo extra a los entrenamientos.

—Buen trabajo hoy, Oli. Has mejorado medio centímetro.

Sonrío satisfecho. Me encanta ser una ranita. Y este pensamiento tan estúpido, hace que piense en Arel. Después de intercambiar un par de mensajes tras la boda, no he vuelto a saber de él, y ahora no sé cómo iniciar de nuevo una conversación. Me he pasado una hora de reloj mirando la pantalla del chat; buscando esa frase perfecta que logre que no pueda rechazar mi oferta.

Solo pido un café.

Después de mucho pensarlo, he llegado a la conclusión que con eso me conformo: un café y ponernos al día.

Quiero explicarle cómo pensar en él me motivó para esforzarme al máximo durante las competiciones, como quedé campeón sub16 a nivel nacional, y quiero que conozca cada pequeño logro que he alcanzado. Aunque después siento que eso sería condicionarlo, y me entra el pánico. Lo último que quiero es presionarlo para que termine haciendo algo que no quiere hacer.

Cuanto más vueltas le doy, más confundido me siento. Dudo, y hace años que dejé de hacerlo. Me enorgullezco de ser una persona decidida, constante y muy consciente de mí mismo y lo que me rodea. Así que tomo una decisión, de golpe, entre jadeo y jadeo mientras intento acompasar mi agitada respiración.

Saco el móvil del bolsillo exterior de la mochila y abro el chat, ni lo pienso, solo dejo que mis dedos se deslicen sobre el teclado y le doy a enviar.

OLIVER

¿Quieres quedar esta tarde para tomar un café?

Rápido, directo, sin medias tintas, sin confusiones. Mierda, y sin un puto saludo, ¡hay que ser gilipollas! Estoy a punto de lanzar el móvil dentro de la bolsa cuando veo que Arel está escribiendo. Me emociono como un maldito crío.

AREL

Justo ahora iba a escribirte con una proposición parecida, aunque soy más de té.

OLIVER

También me vale.

Me apresuro a responder. Me quedo con la atención fija en la pantalla, esperando a ver cuál va a ser su siguiente línea. Soy feliz, y eso debe transmitir mi expresión, porque los que pasan por delante de mí me miran y susurran en cuchicheos.

AREL

Está bien, conozco un sitio en el centro, creo que no te queda mal con la línea de metro de la universidad.

Arel siendo Arel. Siempre antepone a los demás a sí mismo. Es considerado, amable, bueno, educado y guapo, muy muy guapo. Ya lo era con diecisiete, ahora, con la edad, me lo parece mucho más.

OLIVER

Estoy deseando verte.

Me dejo caer de espalda en el césped. El cielo está azul y el sol me ciega, hago visera con la mano y dejo escapar un suspiro. Tengo que irme rápido a casa para darme una ducha y, ¿qué me voy a poner? Me incorporo de golpe. Tengo que elegir bien la ropa.

Capítulo 6



Debería haber quedado más cerca de casa. Es en lo que pienso cuando pillo un taxi. Voy tarde.

Mi intención era salir directo del trabajo, pero Marta me ha obligado a pasar por mi piso y cambiarme: «Un pantalón chino y una americana de hace tres años no es ropa para una cita». Aunque yo no lo considero como tal.

Lo peor ha sido llegar a mi portal y ver que Laura me estaba esperando. Ella es mi otra mejor amiga de la universidad; junto con Marta nos convertimos en inseparables, solo que ella decidió seguir estudiando un máster y, al final, ha encontrado un trabajo excelente como traductora en una multinacional. A pesar de que nos vemos bastante menos, hablamos todas las semanas.

Laura me ha elegido el conjunto que ahora llevo puesto, algo de lo que me arrepiento. Unos vaqueros, de esas prendas que se me han quedado al fondo del armario y nunca veo momento de ponerme. Para la parte de arriba, ha optado por una camiseta blanca de manga corta y una cazadora imitación de piel «por si refresca».

Me siento ridículo.

Aunque recuerdo que hace unos años el disfraz era vestirme «bien» para ir a trabajar. ¡Cómo ha cambiado la cosa! Ahora paso de lunes a viernes enfundado en pantalones de pinza y los fines de semana en pijama o chándal.

No soy un tío guapo. Ni alto. Ni fuerte. La verdad es que no encuentro que destaque en absolutamente nada. Triste pero cierto. Y cuando entro en la cafetería, mi mirada se va de manera directa al chico sentado en la mesa del fondo.

Él sí destaca por encima de la multitud.

Su estatura y su cuerpo de infarto, junto con el cabello castaño claro que cae en ondas sobre su rostro ya logran dejar a uno sin palabras, pero es que, además, al conjunto se le suman unas cejas pobladas y rectas, que son el marco perfecto para las dos obras de arte que tiene por ojos.

Joder, tengo que pedir que me cambien del sello de romántica.

Oliver tiene la mirada fija en la pantalla del móvil, pero como si intuyera mi presencia, alza la cabeza. Cuando hacemos contacto visual en la distancia, su rostro se ilumina; sonríe y puedo ver cómo se le marcan unos pequeños hoyuelos en las mejillas. Por si esto no fuera suficiente para que se me acelere el corazón, me hace aspavientos con las manos, para llamar mi atención, ¡ni que le hiciera falta! Es imposible no mirarlo, y no soy el único, las chicas de la mesa de al lado también tienen los ojos clavados en él.

—¡Has venido! —exclama, nada más acercarme.

Sonrío conmovido, creo… ¿Pensaba que iba a darle plantón? La verdad, yo pensaba que sería él quien no aparecería. Todavía tengo la amarga sensación de que se trata de una broma de mal gusto, que en cualquier momento aparecerá alguien, riéndose del pobre gilipollas que se ha creído quién no es.

Me siento en la silla que hay en frente, con un gesto que se queda a medio camino entre una sonrisa y una mueca de terror. Claro reflejo del sinfín de emociones que me burbujean por dentro. No sé qué decirle, así que pregunto algo absurdo:

—¿Has pedido?

—Te estaba esperando —responde.

A diferencia de mí, él tiene una expresión deslumbrante.

Estoy demasiado nervioso, lo sé en el momento que mis manos tiemblan al coger la carta para dar un vistazo, aprovecho para esconderme y permitirme un segundo de respiro.

Soy un analfabeto sentimental.

Es una cafetería cuya especialidad son los tés y las infusiones; no me queda cerca de casa, pero me gusta tanto que venir hasta aquí nunca es un problema.

Cuando por fin me atrevo a mirar por encima de las hojas, puedo ver cómo Oliver tiene la atención fija en mí.

—No entiendo de tés, ¿qué me recomiendas?

Su voz es melosa, todavía queda un toque juvenil en ella, lo que me transporta a las tardes del pasado, a alguna vez que lo ayudé con los deberes, o simplemente nos cruzamos en el pasillo, la calle, o el colegio. Porque a pesar de que mi mundo por entero girara alrededor de Iván, también hay un lugar en mis recuerdos para Oliver.

—Yo, esto… —miro a la carta y de nuevo a él—. Depende de si te gustan intensos o dul…

¡¿Pero qué estoy diciendo?! ¿Intenso? ¿Dulce? ¡Malinterpretable! Me pongo rojo y el temblor se hace tan evidente que tengo que dejar la carta sobre la mesa. Doy una profunda respiración para intentar calmarme.

—Estoy haciendo el ridículo —murmuro, abrumado.

Oliver alarga la mano y con la punta del dedo da un par de toques en mi dorso.

—Yo también estoy nervioso —me confiesa, en el mismo tono, como si se tratara de un secreto—. Estaba tan histérico que he salido corriendo y me he dejado la cartera.

—¿En serio? —él afirma con la cabeza—. Bueno, hoy invito yo.

Oliver suelta una carcajada, sincera y sin filtros. Su risa es fuerte, auténtica, y sin ningún tipo de artificio, lo que le da un aire especial.

—Puedo pagar con el móvil.

—Oh, ya, claro…

—Pero me parece perfecto que lo hagas tú —suelta, divertido—. Así tengo excusa para proponerte vernos otro día.

Sonrío como un bobo. No encuentro otra palabra para definirme, soy un auténtico bobo. No tengo cómo protegerme de esa expresión de Oliver, tan tierna y sincera; su naturalidad tiene un efecto contagioso, y me provoca una inesperada sensación de comodidad,

como si estuviera con alguien que, simplemente, es quién es, y que no le importa quién soy yo.

Vuelvo la atención a la carta y le señalo uno de los tés que, por su sabor suave y el toque cítrico, creo que le puede gustar, es perfecto para novatos.

—Entonces, te haré caso.

Pedimos las consumiciones y nos quedamos en un lapso silencioso que creo que debo romper, aunque no tenga muy claro cómo. Sin embargo, no me hace falta, porque en el momento en que ninguno de los dos parece saber qué decir, unas chicas, que estaban en la fila de bebidas para llevar, se acercan a nosotros entre cuchicheos. No quitan la mirada de Oliver y están visiblemente alteradas. Es que, de verdad, tiene un yo qué sé qué sé yo que atrae como la miel a las moscas.

—Hola… Oye... ¿Tú eres OliFrog? —pregunta una de ellas, y tímidamente le acerca el móvil.

Oliver, que ha mantenido los ojos clavados en mí, parece disculparse por la interrupción, pero de manera amable se dirige a ellas, con una gran sonrisa y una afirmación que hace que ambas muchachas den un respingo de alegría.

—¡Te lo he dicho! —le dice la una a la otra—. Somos seguidoras tuyas, ¡nos encantas!

—Gracias —responde Oliver.

Él no parece nervioso ni extrañado, sin embargo, yo me he quedado totalmente confundido. Miro esa interacción que se sucede frente a mí y me inunda de dudas, ¿qué está pasando? Las chicas desaparecen tras un rápido *selfie* al mismo tiempo que llega la chica con las bebidas y el pequeño reloj de arena que indica el tiempo para cada té. Oliver toma una de las dos tazas y se la acerca.

—Subo videos a TikTok —me explica, y creo intuir cierto retraimiento en el tono.

—Oh, vaya, eso no me lo esperaba. —Rompo el sobrecito de azúcar moreno y vierto una pequeña cantidad en la taza. Prefiero echar el azúcar antes que el té—. ¿Y tienes muchos seguidores?

—No demasiados. Empecé un poco por aburrimiento con mi compañero de piso, y al final él se ha cansado y yo he seguido…

Me tiende el móvil, aparto la tetera antes de ojear su cuenta. Mis ojos se abren como platos al ver el número de seguidores.

—¿Cinco millones son «no demasiados»? —murmuro incrédulo.

Oliver me mira con una sonrisa satisfecha, justo la reacción que estaba esperando, lo noto. Tiene esa expresión que mezcla el orgullo y la diversión. Recupera el móvil y lo guarda con calma.

—Así que eres una estrella —comento.

—No es para tanto.

—La falsa modestia no te pega —lo acuso—. ¿Y de qué son los vídeos?

El último grano de arena cae, el tiempo indicado para dejar reposar las hojas en el agua ha pasado, abro la tetera y aspiro el aroma antes de servirlo. Ver como los pocos granos de azúcar de mi taza se derriten al contacto con el calor del agua me relaja.

—Bueno, autocuidado sobre todo… a veces bailo, aunque también subo cosas de los entrenamientos, o del día a día en la universidad —empieza, prestando una atención excesiva a cómo estoy sirviendo la bebida—, a veces solo enseñando mi *outfit*.

Surrealista; el mundo de las redes sociales siempre me lo ha parecido. Aunque creo que puedo entenderlo. Ver a Oliver bailando o en los entrenos… normal que despierte el interés… el de más de cinco millones de personas; me da vértigo la cifra.

Oliver da un primer sorbo y, por su gesto, sé que no le ha gustado demasiado, pero no dice nada y lo disimula, aunque francamente mal.

—¿Por qué no me sigues? Me… me gustaría que me siguieras.

Lo pide con cierta timidez, lo que me parece tremendamente adorable, aunque me temo que lo voy a desilusionar.

—No tengo redes sociales.

Por la reacción sé que no se lo esperaba.

—Espera, ¿qué? ¿No tienes? Pero… ¿Ni Facebook? —niego con la cabeza—. ¡Pero si hasta mi madre tiene Facebook!

—¿Lo siento? Nunca me han llamado mucho la atención.

Su desconcierto me hace gracia. Ya he visto esta reacción muchas veces; nadie parece entender mi aversión por las redes. Quizá sea porque no me gusta la idea de exponerme, o tal vez

porque me parece una pérdida de tiempo. Prefiero invertir esas horas en leer o ver algo en la tele. ¿Malgastarlo en discusiones absurdas con gente que se cree dueña de la verdad absoluta? Ni pensarlo. Nunca he sentido la necesidad de abrirme una cuenta en ninguna red social.

—¿Ni para el trabajo? —insiste—. Por mensajes dijiste algo de una editorial… Hay muchas cuentas que hablan de libros y…

—Bueno, para eso está el departamento de *marketing*—explico —. A veces participo de las estrategias de promoción, pero no me involucro demasiado en este tema. Yo me centro más en el trabajo previo.

La expresión de Oliver ha ido mutando desde la sorpresa al desconcierto, pero al final puedo ver un ligero rastro de tristeza, quizá decepción. Tal vez porque había encontrado por fin algo de lo qué hablar, y yo lo he cortado de raíz. Soy incorregible.

Transitamos por un camino espinoso. Estamos desesperados buscando un tema ligero que nos ayude a allanar este primer encuentro. Los dos compartimos un pasado que puede terminar arruinando este amago de cita, así que, sin necesidad de decirlo, creo que ambos hemos decidido no tocarlo por el momento.

Aunque debo reconocer que esto de TikTok no me lo esperaba.

Meto la mano en el bolsillo y saco mi teléfono. Es un modelo bastante antiguo y que tiene la pantalla resquebrajada de una esquina, pero para lo que lo uso, a mí me vale. Lo dejo sobre la mesa y busco su atención.

—¿Puedo hacerme una cuenta de esas con este móvil?

Oliver me mira de sopetón, con sus grandes ojos azules clavados en mí, y la sonrisilla le delata, creo que agradece retomar este tema.

—Vas a… ¿Quieres hacerte una cuenta? ¿Por mí?

Alzo los hombros y le devuelvo la sonrisa.

—Bueno, por ti no. Es que dicen que hay un chico por ahí que baila y hace cosas que creo que me podrían gustar.

Una pequeña escena de Oliver

He llegado a la cafetería con quince minutos de anticipación. Elijo la mesa más alejada, en una esquina, porque quiero que tengamos intimidad. No sé muy bien qué espero de este encuentro, pero sé que hay muchas cosas de las que podríamos hablar que, de hacerlo, nos removerán por dentro.

Arel sigue atascado en aquellos años.

Rezuma inseguridad. Solo me bastó observarlo durante la boda para saberlo.

Cuando lo veo llegar, algo de mi interior se destensa, supongo que hasta último momento he pensado que podría darme plantón, no por maldad, sino porque se le hiciera demasiado cuesta arriba enfrentarse con el pasado, y yo, por desgracia, le recuerdo esa parte de su adolescencia que tanto le atormenta.

Cruza la puerta y me busca con la mirada, tengo que contener el impulso de saltar de la silla. Así que me quedo quieto, con la atención fija en el móvil, aunque la pantalla esté apagada.

A diferencia del sábado, hoy viste con ropa informal: su atuendo se compone de unos vaqueros de corte recto, algo clásicos, y una camiseta blanca sin motivos ni estampados. Camina nervioso en mi dirección, pasa la mano por el pelo, retirándolo hacia atrás, pero antes de que siquiera termine de dirigirse hacia mí, los mechones oscuros vuelven a cubrirle parte de la frente. Es tremendamente guapo y me transmite paz.

Instintivamente alzo la mano para que me vea.

Nuestras miradas se encuentran, y me pierdo en esos ojos de un castaño suave. Toda su expresión es dulce, y no puedo evitar viajar al pasado, a cuando, de niño, mi corazón ya saltaba al tenerlo cerca. Porque Arel era bueno y amable conmigo, algo a lo que no estaba acostumbrado. Veía en su mirada la misma tristeza, miedo y desconcierto que había en la mía.

Quizás me enamoré por solidaridad.

Pero al verlo en la iglesia sentí que mi mundo se detenía, que volvía a esos años. El corazón me latió igual de rápido. Sé que me gusta, que me gusta muchísimo, aunque haya pasado el tiempo y nuestros caminos se hayan separado.

No importa.

Me atrae la idea de volver a conocerlo de nuevo.

Quiero recuperar aquella amistad, o lo más parecido, que perdimos, y que para mí fue tan importante. Y sé que para ello tendré que enfrentar viejos demonios, monstruos con los que ya peleé y vencí. ¿Quiero revivir todo eso? Claro que no. Sufrí durante toda mi infancia y me costó mucho liberarme de la sombra de mi hermano, pero no puedo dejar a Arel atrás.

Quiero que él también siga adelante y, si puede ser, conmigo.

Capítulo 7



La primera vez que intenté enrollarme con alguien en la universidad, sufrí un ataque de ansiedad. Recuerdo que estábamos en una fiesta, era un chico que acababa de conocer, nos besábamos y de pronto mi mundo se fundió en negro. Los oídos me zumbaban y por más que intenté tragar aire, mis pulmones no conseguían llenarse. Fue una sensación de pura angustia, de desconexión con la realidad y no fui consciente del tiempo que estuve en aquel lamentable estado.

Cuando recuperé la consciencia de mí mismo, me encontraba en la calle, y dos chicas estaban sentadas a mi lado, intentando calmarme.

No había rastro del chico.

Fue entonces cuando decidí iniciar terapia. Porque las pesadillas no me dejaban dormir, la tristeza me impedía comer y llegó un punto que mi paso por la vida fue tan ligero como mi peso. Aquel ataque de pánico que me dejó sin saber qué había pasado durante horas, fue el toque de alerta necesario para decidir poner cartas en el asunto. Porque aquella noche tuve la suerte de que Laura y Marta, sin conocerme de nada, me sacaran de esa fiesta —a la que fui más por obligación que por decisión—, pero ¿qué habría pasado si ellas no hubieran estado allí?

Cierro el libro y lo dejo sobre mi regazo. Una cálida luz se filtra por la ventana entreabierta. La tarde es soleada en pleno pico de verano, pronto los atardeceres empezarán a acortarse y, al final,

terminarán por desaparecer los días donde sobran las horas si no hay nada que hacer.

Echo un vistazo a la sala de espera, a las plantas del rincón, que siempre se mantienen de un verde impresionante.

Ayer, al final, fue muy divertido. Extraño, y, al principio, algo incómodo; pero poco a poco las barreras se fueron desmoronando. O quizá fue la habilidad de Oliver para saltar; no hay muro, por alto que sea, que le detenga. Pensé que me sentiría cohibido, incluso mal, pero fue todo lo contrario. Y ahora tengo una *app* en el móvil donde puedo verle a diario. No lo he hecho todavía, me da reparo, es como espiarle, aunque… bueno… lo hace para que le vean, —para que le vean millones de personas—.

Justo cuando me debato en si continuar la lectura o sacar el móvil y darle un vistazo a la cuenta de Oliver, la puerta se abre. María me lanza una mirada desde detrás de sus gafas de pasta negras, y tras una leve sonrisa, me hace un gesto para indicarme que ya puedo pasar.

Guardo la novela en mi bandolera y entro al despacho. La doctora María Martínez me trató durante esos primeros años. Después cometí el error de pensar que ya tenía mi vida controlada, que yo era el dueño de mi destino y que era capaz de lidiar con cualquier prueba que me mandaran.

Siempre he sido un poco iluso.

Al final, igual que un fumador lo es durante toda su vida, yo seguiré toda la mía arrastrando la inseguridad, la baja autoestima, la depresión, la ansiedad… Son rasgos de mí que, por desgracia, están presentes. Y me condicionan a diario.

Durante el tiempo que intenté caminar solo, seguí en contacto con María, alguna llamada de vez en cuando y, aunque cometí errores, con mayor o menor precisión, fui solventándolos sobre la marcha. Hasta la jodida cena de antiguos alumnos que desmoronó por completo los endebles cimientos sobre los que me sujetaba.

Porque vivo atrapado en un ayer que no puedo olvidar.

Aquella noche lo que sentía por Iván volvió, y lo hizo multiplicado por infinito. Las miradas, las risas, gestos y toques por debajo de la mesa, cada uno de aquellos detalles logró emocionarme, prender

una llama en lo más hondo de mi ser con la esperanza de que por fin llegaba mi oportunidad. Al final terminamos en un hotel donde le di mi virginidad, porque mi corazón ya lo tenía.

Él maltrató ambas cosas, de hecho, las destrozó.

—Hacía días que no nos veíamos. Cuéntame… ¿Cómo fue la boda?

—Directa al grano.

La doctora Martínez deja su bloc de notas sobre las rodillas y se quita las gafas, mirándome con atención. Siento una punzada de incomodidad; nunca me ha gustado desnudar mi alma frente a otros. Soy más de masticar, tragar y sufrir en silencio. Pero con ella es distinto. Con el tiempo, esta consulta se ha convertido en mi refugio, uno de los pocos lugares donde siento que puedo despedazarme sin miedo a ser juzgado. Aquí, por fin, puedo ser vulnerable, aunque creo que si alguien juzgara mi vida como si del personaje de un libro se tratara, siempre debo parecerlo, pero no es así. Me muevo por el mundo con un aura de inseguridad rozando el patetismo. Nadie, salvo yo, sabe la fuerza de voluntad que requiere a veces levantarme de la cama. Tengo esa clase de valentía invisible. Me ha costado mucho trabajo darme cuenta.

—Pensé mucho en ti este fin de semana —me dice, e intuyo preocupación en su tono—, supongo que, el que no hayas adelantado la cita es una buena señal.

—Fue mal, pero no lo suficiente como para escribir una tragedia.

Alza la libreta para apuntar. Mis antecedentes no son los mejores, así que entiendo su recelo y preocupación.

—Me alegra. ¿Cómo te sentiste?

Humillado, celoso, triste, desesperado, enfadado, vulnerable…

—Al más puro estilo de Kandinsky, pero aguanté el tipo.

—Está bien, me hago una idea —suelta con una risita que intenta disimular. Sé que le encantan mis metáforas estrafalarias—. ¿Hablaste con Iván?

Niego con la cabeza. La verdad es que, al final, ni me acerqué para felicitarlo.

—Creo que jugamos al gato y al ratón a lo largo de la noche, pero…

Justo en este momento algo hace clic en mi cabeza, una revelación: ¡Me marché sin siquiera acercarme! ¿Cómo no había pensado en esto?

Intento hacer un repaso rápido a los acontecimientos. Fui al baño, al salir me tomé una copa para aunar fuerzas y felicitar a la feliz pareja, no obstante, me entraron ganas de fumar, salí al balcón y, por segunda vez en la extraña jornada, mi vida dio una sacudida, aunque de un modo totalmente distinto.

Cuando hablé con Oliver fue… mi mente… no, yo solo… Me abrumé tanto con el reencuentro y su petición de salir, que me marché sin pensar en nada más, o más acertado sería decir que desde entonces en mi mente solo ha estado él.

—Te veo muy reflexivo, ¿quieres compartirlo? Tal vez te ayude a aclarar las ideas.

—Me reencontré con alguien.

—¿Un viejo amigo?

—Algo así… es el hermano de Iván.

La doctora Martínez parece procesar la información por unos segundos, con toda probabilidad haciendo memoria de las ocasiones en las que le he hablado de Oliver. Golpea suavemente con el capuchón del bolígrafo sobre el bloc, mientras yo intento reordenar mis ideas.

—Ayer volvimos a quedar —añado, porque necesito completar el cuadro para evaluarlo en todo su conjunto—. Pensé que sería incómodo, pero fue agradable. No hablamos del pasado, ni de Iván… Por primera vez en mucho tiempo, me sentí normal.

—Arel, eres normal —dice María con una sonrisa.

—Ya sabes a qué me refiero. —Ella asiente—. Él quiere volver a quedar. De hecho, quiere que salgamos —lo digo con un hilo de voz, me puede la timidez.

—¿Y tú?

Me encojo de hombros como toda respuesta.

Cuando ayer por la tarde Oliver me propuso volver a vernos, no pude contestar. Su reacción, lejos de mostrar impaciencia o decepción, fue una cálida sonrisa cargada de comprensión, me dijo que, cuando yo quisiera verle, solo tenía que llamarle.

Tener este margen es un alivio y, al mismo tiempo, un peligro. Me conozco; sé que las dudas acabarán bailando a lo loco en mi cabeza hasta que, sin darme cuenta, el tiempo pase sin una respuesta… sabiendo que lo que pudo ser se habrá perdido.

—Conoce muchas partes de mí, es cómodo no tener que justificar mis miedos e inseguridades. Me gustó estar con él.

—Esto no responde a mi pregunta —me reprende con una sonrisa cargada de amabilidad—. Sabes, tal vez sea bueno.

—¿De verdad?

—Este tipo de reencuentros pueden destapar emociones ocultas. Quizá te ayude a desbloquear sentimientos y temores que aún tienes latentes.

¿Destapar más mierda? No suena muy alentador.

—No sé si eso me entusiasma demasiado... Pero, la verdad, me gustaría que se me contagiara algo de su fortaleza, esa seguridad que desprende. Sería maravilloso.

—Por cómo lo dices, hasta tú crees que podría ser un buen apoyo. ¿Qué es lo que te preocupa?

—Que no sea justo, ni para él, ni para mí.

—¿Por qué crees que no lo es?

—¿Cómo podría serlo? Me dijo que está enamorado de mí, y yo no siento lo mismo por él.

—¿Se lo has dicho? —asiento con la cabeza—. Entonces, no veo el problema.

—Además, parece que venimos de mundos diferentes. No es solo por la diferencia de edad, seis años no son tantos. Pero Oliver tiene toda la vida por delante, mientras yo aún no estoy seguro de haber dejado atrás lo que pasó con Iván.

—No lo has hecho completamente, pero estás en el proceso. Sabes que lleva tiempo, y lo estás haciendo lo mejor que puedes.

—Oliver es luz, y yo estoy atrapado en las sombras.

No puedo dejar de pensar en ello. Él irradia vitalidad, mientras que yo apenas tengo la energía justa para pasar el día. Parece haber superado los traumas que Iván nos causó, mientras yo sigo aplastado por el peso de cada una de aquellas tardes. Oliver es carismático, de un modo completamente distinto a su hermano, y

eso me da paz. Sin embargo, muy en el fondo, tengo miedo de caer otra vez en algo que no puedo controlar.

—Todo esto no son más que excusas. Entiendo que tengas miedo, pero, Arel, la verdadera cuestión es: ¿quieres volver a verlo?

Levanto la mirada.

Lentamente, asiento.

Me digo que aún no le he preguntado por las medallas, ni qué estudia, ni cómo fue su adolescencia al lado de alguien tan despreciable como Iván. Nunca he sido bueno tomando decisiones, pero esta vez lo tengo claro: sí.

—Estaría muy bien que pudiéramos ser amigos.

Una pequeña escena de Oliver

—¿Qué haces?

—¡Jodeeer!

Le pego un manotazo a la lata fría de refresco que Borja, mi compañero de piso, acaba de plantarme en la espalda.

—Eres un gilipollas —escupo con rabia.

—Pero me quieres igual.

—Sí… sobre todo porque eres lento de reflejos, y eso me facilita mucho la vida.

Sin que se dé cuenta ni pueda reaccionar, ya le he quitado la lata de entre las manos.

—¡Eh! ¡Devuélvemela! —se queja.

La zarandeo de arriba a abajo, cuál maraca, y la dejo sobre la mesa, con una sonrisa pérfida.

—Toda tuya.

La mirada de Borja se enciende de ira, la coge y con esa expresión de mala hostia que pone apunta la lata en mi dirección.

—No serás capaz…

¡Claro que lo es! Alzo las manos en señal de rendición.

—Vale, vale… Perdona, tú ganas… —le suplico, no quiero terminar pringado de refresco—. Error mío. A veces se me olvida con quién vivo.

Borja suelta una carcajada a la que me uno.

Al final la lata termina de nuevo en la nevera, sustituida por otra. No debería beber cosas azucaradas, estoy harto de decírselo, pero es una batalla perdida. Su lado de la nevera se compone de un sinfín de porquerías; alimentos cuyos ingredientes es incapaz de pronunciar. Veneno para el cuerpo. Yo soy más de comida sana, medio por imposición, medio por elección. Somos muy diferentes, quizá por eso congeniamos tan bien desde el primer día.

Mi compañero de piso da un largo trago y señala el caos del set de grabación que tengo montado entre el pasillo y la puerta de mi habitación.

—Estaba grabando.

—Pensaba que tenías material para esta semana.

—He cambiado de idea…

Soy tan tonto, pero tan tan tonto, y es que, ahora que sé que Arel va a verme, me han entrado dudas, o más ganas, sí, eso es, ganas de lucirme.

—¿Tiene algo que ver con tu cita de ayer con el hombre misterioso? —pregunta, sentándose en el sofá para apoderarse del mando de la Xbox.

—Tal vez —respondo, de manera enigmática, y me siento para seguir editando.

Vivimos en un piso de menos de cuarenta y cinco metros cuadrados, una lata de sardinas con dos habitaciones claustrofóbicas, por eso hemos terminado organizando la zona de estudio en el comedor y usamos el sofá y una mesita baja del Ikea para comer.

Borja da tragos cortos al contenido de la lata y con el juego en pausa, espera a que le cuente más.

—Ese hombre… Me gusta. Me gusta de verdad —suelto, sin apartar la mirada del ordenador.

—Vaaaaale… Eso sí es raro.

Borja se levanta, arrastra una silla hasta dejarla a mi lado y se sienta. En la pantalla se dividen los distintos *frames* del video, que voy acortando o alargando, en función de la música. Mi compañero

clava el codo en la mesa y apoya la barbilla en la palma, lanzándome una mirada tan insistente, que me incomoda.

Entiendo por qué piensa que es extraño. Y es que no he salido con nadie desde que nos mudamos juntos, de eso hace ya año y medio. Siempre he puesto la excusa de que, entre las clases y los entrenamientos, mi vida no da para más. Está claro que mentía, porque para Arel he sabido sacar tiempo, y lo haré cada vez que quiera quedar.

—Es especial —remarco.

—Pero…

Lo miro con los ojos entrecerrados y la confusión pintada en la cara.

—Te conozco, Oli, y ahí hay un «pero».

Uno no. Ciento cincuenta mil millones de ellos, así, a ojo. Empezando por el pasado que compartimos y terminando por la edad. Algo que a mí no me molesta, pero sé que va a ser a lo primero que Arel se aferrará para darme puerta. Aunque, sin duda, lo que más me angustia es:

—Su situación es complicada, y ahora mismo está en un momento muy vulnerable. Me pregunto si no es rastrero por mi parte o si me estoy aprovechando.

—¿Lo estás haciendo?

—De manera consciente, no.

Borja se levanta y da una palmada sobre la mesa.

—Es alucinante que te preocupes por esto —dice, regresando a su sitio en el sofá para recuperar el mando—. Eres demasiado perfecto. —Antes de continuar la partida, alza la lata, en un brindis al aire—. En nombre de todos los heteros del mundo, gracias por ser gay. Competir contigo sería una jodida tortura.

No puedo evitar soltar una carcajada.

Capítulo 8



Me gustan los viernes.

No suelo tener planes especiales, a veces quedo con Marta y Laura para una cena en cualquier lugar medianamente decente, unas copas, incluso alguna salida algo más radical, en algún bar de moda o discoteca. Aunque son los menos, y a mí la perspectiva de un fin de semana sin salir de casa, en pijama y leyendo, acompañado de una tarrina de helado, me parece una fantasía.

Pero este viernes he decidido que va a ser especial.

Sin embargo, algo tan sencillo como marcar su número de teléfono y hablar con él ha logrado bloquearme. He necesitado de todo mi arrojo y dos cigarrillos para hacer la dichosa llamada. En cuanto he escuchado la voz de Oliver al otro lado, y la emoción que desprendía su tono, milagrosamente los nervios se han disipado.

Una pena que el sosiego me haya durado menos que un caramelo en la puerta de un colegio. Porque ahora estoy igual o peor. Me pregunto si en algún momento esto desaparecerá, las dudas de que venga y, si lo hace, el miedo nada más verlo. Mi inseguridad es como una mala hierba que se arranca sin matar la raíz, solo es cuestión de tiempo que vuelva a crecer.

He venido con los deberes hechos, esta mañana me he pasado la hora del almuerzo espiando en su TikTok. Me he sentido como un auténtico acosador, rebuscando entre sus publicaciones, llegando a ver las más antiguas, de hace algo más de un año.

Me ha sorprendido la facilidad que tiene Oliver para cualquier cosa, desde hablar a la cámara explicando una trivialidad mientras desayuna, a los bailes o los múltiples videos de sus entrenamientos. Esos son los que más me han impresionado.

Lo he visto volar.

En muchos de los videos, la cámara se coloca en un ángulo que captura el cielo y, de repente, aparece Oliver surcando el cielo. En el instante en que su cuerpo se retuerce para cruzar el listón, parece desafiar la gravedad. Es pura magia. Cada salto desprende una sensación de libertad que yo ni siquiera me atrevo a imaginar. Como si nada le atara al suelo y no hubiera grilletes en sus pies, estoy irremediablemente cautivado.

—¡Eh! ¿Llevas mucho esperando?

Oliver aparece por una de las calles adyacentes del parque. Me levanto para ir en su dirección y él sonríe; los hoyuelos hacen acto de presencia marcando esa picardía que no lo abandona.

Lanza la bolsa de deporte sobre el banco en el que estaba sentado y nos quedamos plantados el uno frente al otro. Las dudas terminan en el instante en que él toma las riendas de la situación. Estira el brazo para rodearme en un efímero abrazo que se desvanece en un parpadeo, aunque dura lo suficiente como para notar el olor de su champú y la fragancia de la colonia.

—Es un lugar extraño para quedar —le comento al separarnos, más por intentar calmarme.

—¿Tú crees? —Oliver mira a su alrededor—. A mí me gusta. Además, estoy seguro de que te pasas el día encerrado en una oficina y el fin de semana pegado a un libro. Te irá bien un poco de aire fresco.

Se aventura y adivina.

No puedo evitar sonreír. A decir verdad, es una zona ajardinada muy bonita, he cruzado por aquí algunas veces, siempre como paso para llegar a otro lugar; nunca me he detenido y mucho menos me había planteado dar un paseo por sus calles.

—Tal vez tengas algo de razón.

—¿Solo algo? Entonces, puedo hacerlo mejor.

Ahora es Oliver quien me regala una dulce sonrisa. Alarga la mano en dirección a la bolsa deportiva y, al hacerlo, su cuerpo y el mío quedan pegados, tanto que de nuevo respiro el olor que desprende su piel.

—¿Vienes de entrenar?

—Sí. —Se cuelga la mochila de un hombro—. Cuando he salido del metro, he visto que hay un puesto de helados, ¿te apetece? Hoy invito yo.

—No puedo decir que no a un helado.

—Es bueno saberlo —suelta y, al mirarlo, me guiña el ojo.

¿Puede ser más canalla? Tiene ese destello de juventud que yo perdí, o quizá nunca tuve, pero que a él le sienta tan bien y, a la vez, creo que hace que los dos no peguemos ni con cola. ¡No! Me niego a seguir pensando en esto. No quiero darle más vueltas. He buscado cientos de excusas para no volver a verlo y si estoy aquí, es porque ninguna ha tenido el peso suficiente cómo para no quedar con él.

Oliver camina a grandes zancadas, imprimiendo un paso firme y lleno de confianza. Yo voy un poco por detrás, con un ritmo más calmado. De pronto, él se detiene para lanzarme una fugaz mirada y, por su expresión, sé que sabe que soy incapaz de darle tregua a mis pensamientos, las voces de mi cabeza no se callan, ¡me gustaría ahogarlas! Porque no dejan de repetirme una y mil veces que qué diablos hago yo con el hermano de Iván, que esto no está bien, que es… extraño.

—Oliver…

—¿De qué quieres el helado? —me interrumpe abruptamente.

Tal vez camina rápido porque él también necesita huir de los recuerdos que nos acechan. Puedo verlo en la urgencia de sus palabras, que intentan cortar el flujo de mis pensamientos, con notas de ansiedad aferrándose a ellas, como quien piensa que pueden ser las últimas.

Sí, es una situación extraña y lo es para los dos.

—Vainilla —respondo rápidamente.

Nos acercamos a un carrito con una sombrilla de colores llamativos que parece sacado de una película de los años cincuenta.

Ese aire *vintage* me encanta. La selección de sabores es limitada, pero no me importa; soy un clásico.

—Dos cucuruchos grandes, uno de vainilla y otro de chocolate.

Cuando me tiende el helado y doy el primer lametón, los nervios se derriten en el dulzor. Porque solo es esto: un paseo y un helado. No debería darle más vueltas, ni pensarlo demasiado, solo relajarme y disfrutar, porque, como dirían Marta y Laura, me lo merezco, me he ganado tener un micro momento de felicidad.

—Anda, ¡está buenísimo! —comenta Oliver, y parece satisfecho.

Regresamos dando un paseo por un sendero rodeado de altos árboles. A pesar del calor, ese manto verde sobre nuestras cabezas logra mitigar el sofoco. Esta vez caminamos al mismo ritmo, envueltos en un agradable silencio, concentrados en el helado.

Llegamos a una intersección, con un banco justo frente a un enorme tronco de un árbol; Oliver se sienta, entre lametón y lametón, me mira y me sonríe. Yo lo hago a su lado, con la servilleta en la punta de los dedos, intentando que las gotas no me manchen.

No puedo evitar mirarlo. No me cuesta mucho ver en este hombre a aquel niño vivaz y algo descarado que me observaba de soslayo cada vez que entraba en su casa.

Es lo opuesto a Iván, a pesar de que también tiene un aura que atrae e hipnotiza, y no soy el único capaz de verlo, hay millones de personas que se han dejado enredar por esta cara bonita, estos ojos claros, y su simpatía innata. Pero Oliver además hace gala de una amabilidad extrema, palpable en sus gestos y palabras o en la autenticidad en cada uno de sus gestos. Tiene un carisma innegable y eso me gusta, lo hace muy real, en un mundo donde todo es cada vez más artificial.

—He visto tus videos.

—¿En serio? —Echa el cuerpo adelante.

Parece emocionado y nace en mí una punzada de felicidad.

—Sí.

—¡Ah! Ahora me da vergüenza —suelta, puedo ver como hasta sus mejillas se han sonrosado un poco.

—Me gustan los de los entrenamientos, es admirable lo mucho que te esfuerzas.

—Bueno, siempre he tenido una fuerte motivación en intentar ser el mejor.

Ahora soy yo el que se acalora, porque entiendo por dónde va. Mi promesa, el beso. Niego con la cabeza y él suelta una carcajada.

—Eres idiota —le reprendo.

Su sonrisa se amplía mucho más. Abre la boca para atrapar gran parte del chocolate, pero las gotas ya derretidas se precipitan desde la punta de la galleta hasta estamparse en su camiseta blanca como la nieve, al menos hasta ese momento.

—¡Mierda! —exclama, y se levanta de golpe—. Joder… ¡Es nueva! ¿Esto no se va, no?

Me rio ante su cara de pánico, por su reacción debe ser una prenda cara. Me recuerda a una que le compré a Iván unas Navidades, aunque no recuerdo si al final se la di.

Saco de la bandolera un espray con líquido hidroalcohólico junto con un pañuelo de papel, siempre estará más limpio que las servilletas con las que he rodeado el cucurucho.

—Espera. Déjame intentar quitarlo antes de que se seque.

Oliver se ha quedado de pie mientras yo sigo sentado en el banco. Alzo la mano para que sujete un momento mi helado y, sin pensarlo demasiado le levanto la camiseta para pulverizar sobre la mancha.

Es entonces cuando lo veo. Diferentes músculos surcan su abdomen, marcando una clara diferenciación entre cada uno de ellos. Su piel está ligeramente bronceada y ni un solo vello rompe la aparente suavidad. Mis ojos se quedan imantados en ese *six pack* de ensueño.

—Madre del amor hermoso, ¿esto es real? Parece una maldita escultura griega…

—¿En serio? Gracias, dedico muchas horas al entreno —responde él con naturalidad.

Mis manos todavía sujetan la prenda y mis ojos están clavados en esos abdominales que no he visto ni en los anuncios de perfume. No me lo puedo creer, ¿he hablado en voz alta?

¡¡Joder!! ¡¡He hablado en voz alta!! Me quiero morir.

La mancha se ha difuminado un poco, pero no atino a pasar el papel por encima para quitarla del todo. El calor me asfixia y, si fuera posible, creo que hasta saldría humo de mi coronilla.

De pronto la sujeción de mis dedos se afloja, la tela vuelve a cubrir su cuerpo y yo me levanto del banco dispuesto a marcharme.

—Eh, eh… ¡Espera!

Puedo ver como Oliver, que tiene ambas manos ocupadas por sendos cucuruchos, duda. Al final los lanza —con excelente puntería — a una papelera cercana y corre en mi dirección. La presión que ejerce sobre mi brazo es firme, aunque no excesiva.

—¿Esto de intentar escapar va a convertirse en costumbre?

—No dejo de hacer el ridículo —me lamento, abochornado.

—A mí me pareces muy mono.

¿Mono? ¿En serio? ¡Mono! Creo que aparte de Marta para meterse conmigo, nunca nadie ha usado este calificativo para referirse a mí. Triste, soso, aburrido, hasta una vez me llamaron insufrible.

No sé cómo reaccionar ante este piropo, porque es uno, ¿no? Estoy más rojo que la manzana de Blancanieves, pero me obligo a levantar la cabeza y mirar a Oliver. Nos hemos alejado unos cuantos pasos del banco, su bolsa de deporte sigue ahí tirada, cualquiera la podría coger. Señalo con la mano que tengo libre en esa dirección, para que se dé cuenta del descuido, pero él parece no reaccionar, sigue fijo en mí; sin que se le difumine la sonrisa, que sigue igual de bonita, con esos hoyuelos que se hunden en sus mejillas.

—Esto se me da fatal —murmuro.

—Un poco —suelta, divertido; con esa sinceridad que ha mostrado desde el momento en que nos hemos reencontrado.

Quizá sería mejor decir desde el momento en que nos conocimos.

¿Qué debería hacer? Estoy en ese punto en el que no sé si reír o llorar, y de nuevo mi debate mental se ve interrumpido por sus palabras:

—Estas reacciones me parecen muy tiernas, y me dan esperanza.

—¿Esperanza…?

Él asiente.

Tiene la comisura de los labios manchada y le da un toque infantil tremendamente entrañable. No puedo evitar recordarlo de pequeño, sentado en la mesa de la cocina, con el entrecejo fruncido, concentrado en los deberes.

—Se te daban fatal las mates —hablo empujado por los recuerdos.

Él parece inmune a mis cambios de tema, incluso a los de estado de ánimo, que fluctúan más que una maldita montaña rusa.

—Se me siguen dando mal —confiesa.

Con infinita paciencia tira de mí de vuelta al banco, aunque ahora sin helados. Alargo la mano y le tiendo una de las servilletas, capta la indirecta y se limpia.

—¿Qué estudias ahora?

—Nutrición y dietética.

—Qué interesante.

—Lo es —afirma—. Buscaba algo que estuviera relacionado con el deporte, y no me gusta dar masajes.

—¿No?

—Prefiero que me los den —dice, con picardía.

¿Masajes? Por un momento la imagen de su cuerpo vuelve a presentarse frente a mí… ¿Darle un masaje…? Vuelvo a enrojecer, aunque, la idea es tentadora.

—No creo que se me diera bien.

—Dame uno algún día, y así podré valorarlo por mí mismo.

He mantenido la cabeza gacha y, al alzarla, me encuentro con el brillo de la maldad burbujeando en ese azul cielo que tiene por ojos.

—No pierdes la oportunidad, ¿eh?

Oliver estalla en una carcajada a la que, sin darme cuenta, me uno. Es inevitable contagiarse de su buen humor. Con un par de bromas, ha logrado que me sienta a gusto.

—Es una pena haber tirado los helados —susurro.

Oliver roza con la yema de los dedos el lugar de la camiseta que todavía está húmedo, la mancha sigue allí, algo difuminada, pero ahí está. Aunque parece que ha dejado de importarle.

—Puedo comprarte otro —se ofrece, solícito.

Niego con la cabeza. Tiro de la camiseta y palpo la tela, definitivamente, se nota la calidad. Quizá, con un poco de suerte y un buen quitamanchas, será capaz de dejarla limpia.

—Me la había comprado para hoy —me explica.

—¿En serio?

—Ves, no eres el único que hace cosas absurdas. Tengo una docena de camisetas, pero quería impresionarte.

—¿Con una camiseta?

—Con esta camiseta.

Me fijo en la prenda, y aquí es cuando de nuevo la brecha generacional entre nosotros se hace más evidente. Porque a pesar de que no llego a los treinta, al final Diego tendrá razón cuando dice que soy como un viejo que roza la prejubilación. No entiendo qué tiene de especial, quizá es que está de moda o la promociona algún famoso. Para mí una camiseta solo es una camiseta.

Una pequeña escena de Oliver

Solo es una camiseta, pero es idéntica a la que me regaló las últimas Navidades.



Aquel día Iván estaba de un humor de perros, no recuerdo muy bien qué paso, sé que escuché un ruido tras la puerta de su habitación, aquella que nunca podía traspasar. Me quedé ahí, en el pasillo, como tantas otras tardes, agudizando el oído, intentando averiguar qué ocurría al otro lado, tal vez atento por si Arel me necesitaba.

Cuando salió, lloraba.

No era la primera vez, así que no fue algo que me extrañara. Al verme, Arel forzó una gran sonrisa y tendió un paquete en mi dirección. Dijo que se lo había robado a Papá Noel, y que era para mí, si lo quería.

Era pequeño, pero no tonto. Sabía que no lo había comprado para mí, no me importó, no tenía nada suyo; aquella camiseta se convirtió en mi prenda favorita durante años, porque el siguiente verano se fue a la universidad, y no lo volví a ver.



Como tantos otros detalles, sé que él no lo recuerda, tampoco me importa. El pasado es simplemente eso, pasado; algo que no va a volver. Yo por lo que quiero pelear es por el futuro, por lograr que la siguiente vez que me dé un regalo, lo haya comprado pensando en mí.

Al final, pasamos el rato charlando y riendo, más de lo que esperaba, hasta que el sol empieza a bajar y al calor sofocante lo sustituye una brisa fresca que nos recuerda que es hora de despedirse. Arel se ofrece a acompañarme hasta la entrada del metro, y lo dejo. Caminamos en silencio, pero es un silencio cómodo, sin la urgencia de decir algo.

—¿Sigues viviendo con tus padres? —pregunta al fin, rompiendo el mutismo.

—No. —Niego con la cabeza—. Vivo con mi mejor amigo. Cuando entré en el instituto lo conocí. Se llama Borja, y siempre bromeábamos que al llegar a la universidad nos iríamos a vivir juntos. Y mira, lo hicimos.

—Un piso de estudiantes, pega mucho contigo.

Capto que es una sutil referencia a nuestra diferencia de edad, lo paso por alto sin darle importancia.

—Es una caja de cerillas, pero nos divertimos. Borja es un tipo genial, te caerá bien.

Y esta es mi ingeniosa respuesta, porque quiero incluir a Arel en cada parte de mi vida. Llegamos a la boca del metro y nos detenemos, por un momento tengo la sensación de que no soy el único que se resiste a esta despedida.

—Cuando me fui…

Se detiene, sin ser capaz de continuar, con una rigidez que intenta disimular, a pesar de que lo hace francamente mal, es muy transparente. Sus manos, que antes estaban relajadas, se contraen casi imperceptiblemente.

Respeto esa pausa, este tema siempre nos generará tensión.

—La relación con Iván…

—Las cosas con mi hermano no mejoraron —explico—. Por eso pasé muchas tardes en casa de Borja. Me ayudó mucho, logró que dejara de sentirme tan solo.

La expresión de Arel se oscurece, aunque no dice nada, solo asiente lentamente. Sé que cada palabra remueve aquello que lleva bien escondido. Por eso no voy a apresurarme, quiero darle espacio, sin insistir.

Algunas heridas necesitan tiempo.

—Lo siento.

La disculpa de Arel me descoloca, hasta el punto de que me cuesta reaccionar. ¿De qué se disculpa exactamente? Si alguien debe disculparse, este es Iván, él fue el único responsable de lo que pasó.

—No hay nada que debas sentir. Nada fue culpa tuya.

—Te dejé solo.

El corazón me da un respingo. Niego con la cabeza y, sin pensarlo mucho, le agarro las manos, pero de todas las frases que podría decirle, no sale ninguna, porque lo que necesito ahora es otra cosa:

—¿Puedo abrazarte?

La pregunta lo pilla desprevenido, pero no tarda en asentir, así que no dejo que se lo repiense y hago lo que llevo toda la tarde deseando.

El cuerpo de Arel tiembla levemente, huele de manera ligera a tabaco y su piel desprende un agradable calor al que me niego a renunciar.

Capítulo 9



Los últimos rayos de sol colándose por la ventana del salón hacen que por fin despegue la nariz del manuscrito que estoy leyendo. He tenido durante el día la persiana a medio subir, junto con la penumbra del atardecer, me da una asfixia extraña, una sensación de soledad, o quizá de apatía, no lo sé todavía, porque identificar y clasificar mis emociones es algo en lo que llevo años trabajando.

Abro y dejo que se cuele el aire fresco.

Si tuviera que describir este domingo con un solo adjetivo sería: aburrido. Y no lo entiendo. El domingo siempre ha sido mi día favorito de la semana, porque puedo no hacer nada sin necesidad de sentirme culpable, ¡y nadie me lo impide!

Sin embargo, hoy no he conseguido disfrutar. Al sentarme en el sofá, con un bocadillo de atún y el *ebook* de nuevo preparado con el manuscrito que estoy valorando antes de la siguiente reunión, he pensado en llamarlo. Es tan fácil cómo alargar la mano y coger el teléfono.

—Y echarle cojones al asunto.

Me sorprendo a mí mismo con este ataque de valentía repentino, y no voy a dejar que se evapore antes de poder hacerlo, porque quiero, porque me apetece hablar con él o, simplemente, para demostrarme a mí mismo que soy capaz de cualquier cosa, cuando me lo propongo.

—¿Arel? ¡Qué sorpresa!

La voz de Oliver me llega desde el otro lado, debo haberlo pillado con el teléfono en la mano, porque no le ha dado ni tiempo a sonar.

—Esto, hola, ¿no sé si es buen momento?

—¿Para ti? ¡Siempre!

Esta afirmación tan rotunda, logra que colapse un segundo. Me repongo rápido, al menos me obligo a ello, y cuando estoy a punto de hablar, me doy cuenta de que no tengo absolutamente nada que decir. Solo quería escuchar su voz, y no sé ni por qué.

—¿Estás bien? —pregunta Oliver, intuyo sonido de pasos y una puerta cerrarse—. ¿Arel?

—¿Queda muy ridículo si digo que solo pretendía probarme a mí mismo que era capaz de llamarte?

—Me alegra que lo hayas conseguido, yo también quería hablar contigo, llevo un rato reteniéndome.

—¿En serio?

—Me apetecía escuchar tu voz.

Qué sensación más extraña.

Me siento en la orilla del sofá, justo al lado de la ventana. Al final ni acepté ni rechacé de manera tajante su —bastante ridícula— propuesta de salir hasta Navidades; aunque el sí quedó implícito. Sí, sin duda, la sensación de afirmación está latente. Y no lo hago con esta intención, ni tengo como última meta llegar a diciembre. Solo estoy intentando dejar que las cosas fluyan y que sea precisamente con él es raro, pero muy sencillo. A Oliver no tengo por qué justificarle mis miedos, mis inseguridades o mi ansiedad, conoce la fuente de todas ellas. Lo que hace que me facilite el intentarlo.

—Yo también tenía ganas de hablar contigo —reconozco, y sé que mi voz tiembla, al igual que mis manos.

—¿Podríamos vernos mañana? —propone.

—Tengo una reunión a última hora…

—Puedo esperarte —me corta.

—Está bien. Intentaré salir cuanto antes —prometo por mi parte —. Hay un sitio, cerca de donde trabajo…

—Pásame la ubicación y allí estaré.

—También podríamos… —Busco rápidamente alternativas que le puedan ser más cómodas, incluso si no puede quizá…

—Arel, deja de dudar. Te he dicho que ahí estaré, me muero de ganas de verte.



La mañana de lunes se me hace larga y pesada, como si el tiempo hubiera decidido jugar en mi contra, el muy condenado retrocede en vez de avanzar. Hasta que me salta el aviso en la agenda del ordenador, es la hora de la reunión mensual con el resto de editores.

—Voy al baño antes de empezar —dice Marta, en su pantalla parpadea la misma alarma que en la mía.

—Voy a la máquina a por una bebida, ¿quieres algo?

—Una Cola Light.

Estas reuniones mensuales nos permiten ponernos al día y proponer nuevas obras que consideramos que podrían aportar algo valioso al catálogo, así como compartir ideas y enfoques entre editores y departamentos. Somos un equipo pequeño que se ha abierto camino con una línea de novela contemporánea y otra centrada en la fantasía. En los últimos años, hemos sumado la romántica, donde buscamos abarcar varios subgéneros y rangos de edad; ahí es dónde entro yo. Porque en la vida real el tema del romanticismo lo llevo de pena, pero en cuanto al papel, soy un *crack*.

Tomo asiento en un extremo y saco de mi carpeta los informes de lectura con las dos novelas que voy a proponer, y de las que me gustaría quedarme como editor porque tengo grandes ideas para ellas y creo que pueden funcionar muy bien.

Diego entra y me lanza una mirada de fastidio, sin duda es el compañero con el que más veces he chocado en estas reuniones, porque nuestro enfoque es muy distinto; él busca la comercialidad por encima de la calidad, algo que, sin duda, no compartimos. Creo que ambos conceptos no son excluyentes, solo hay que saber elegir.

Miro mi reloj varias veces a lo largo de la sesión, impaciente por que llegue la hora de comer. Y es esa misma impaciencia la que hace que mi discurso sea rápido, directo, sin dar demasiada opción a

réplica. Aunque, como no podía ser de otro modo, las objeciones de Diego no se hacen esperar. Por suerte, el resto de compañeros no tienen esa misma aversión por el contenido LGBT y, por descontado, nadie puede negar que la historia merece muchísimo la pena.

Y como tengo prisa, intento ventilármelo rápido.

—Menudo rapapolvo le has pegado —se enorgullece Marta, cuando nos quedamos a solas—. Nunca te había visto tan entregado. Si tuvieras la misma agresividad en tu día a día… —El lamento se interrumpe ahí, aunque sé por dónde va.

Si le hiciera caso, no llevaría años sumido en esta mierda de depresión y ansiedad que viene y va, y que nunca me abandona del todo. Pero lo estoy intentando, y mi objetivo está en lograrlo.

—No sé, supongo que hay historias por las que merece la pena luchar.

Mi mirada se desvía al manuscrito que ha obtenido la aprobación del equipo. Tengo ganas de llamar a la autora para darle la noticia y proponerle un contrato que, esta misma tarde, comenzaré a redactar. Estoy convencido de que haremos un buen trabajo y que va a ser un éxito.

—Eres alucinante, Arel.

Parece un cumplido, aunque tiene tono de reprimenda. Levanto la mirada y me encuentro con el gesto reprobatorio de mi amiga, que enfatiza el descontento meneando la cabeza de lado a lado, haciendo que su castaña melena dance también.

—¿Qué?

—En serio, ¿hay historias que merecen la pena? —Alza las manos con marcada desesperación, abre la boca para decírmelo y, al instante, la cierra, para volver a negar con la cabeza—. Paso —gruñe al final—. Ya te darás cuenta tú solo.

No entiendo su mosqueo, tampoco le doy más importancia, recojo mis cosas y me dispongo a marcharme, creo que por primera vez en meses, a mi hora.

—Espera, ¿te vas? —se extraña.

—Me voy.

Guardo el informe de lectura y cierro la bandolera con los ganchos, no sin antes comprobar que mi mesa ha quedado

completamente ordenada.

—¡No me jodas! ¿Tienes una cita?

—¡No!

Claro que no la tengo, no es una cita, solo he quedado con Oliver para comer. Esto no es una cita. Pero por si acaso me escabullo antes de que a Marta le dé por indagar más.

El sol del mediodía impacta de manera directa en mis ojos, me maldigo por haberme dejado las gafas de sol. Enciendo un cigarrillo y me lo tomo con calma; pensaba que la reunión se alargaría, así que ahora voy con tiempo.

Cuando estoy a dos calles del restaurante donde hemos quedado, lo veo. Oliver acaba de salir junto con la marea humana que abandona el metro a esas horas. No me resulta difícil reconocerlo. Quizá porque es un poco más alto que la mayoría, o puede que sea por la vitalidad que desprende al caminar; tal vez por ese cabello claro y desordenado que se mueve de lado a lado cuando, desubicado, mira en todas direcciones con la intención de orientarse.

Mi corazón desprende un calor inusual.

A pesar de ser verano, época ociosa para cualquier estudiante, no lo es para él. Desplazarse hasta aquí es un esfuerzo, algo que hace por mí. No puedo evitar sentir la cálida sensación extendiéndose por todo mi cuerpo.

Observo cómo Oliver decide cuál es la dirección correcta y sus zancadas se dirigen rápidas hacia su objetivo. Me apresuro a ir detrás de él, pero dos pasos de los míos no alcanzan uno de los suyos. ¿Dónde va con tanta prisa? Todavía faltan más de quince minutos para que sea la hora acordada.

—¡Oli! —lo llamo.

Me doy cuenta de la familiaridad que desprende ese diminutivo y me gusta. Me gusta mucho. Se gira sobre sí mismo y no puedo ignorar el brillo de sus ojos cuando estos recaen en los míos.

—¡Arel! —En menos de un parpadeo, lo tengo delante—. Esto… ¡Hola! —Su felicidad es extrema.

Nos quedamos parados uno delante del otro, en una esquina entre la calle principal y la peatonal dónde se ubica el restaurante.

La marea humana ha desaparecido, aunque estamos en el centro y, como tal, la abundancia de viandantes es intrínseca a este lugar, al menos una decena de personas sigue pasando por nuestro lado, ignorándonos por completo.

—¿Un abrazo? —pregunta, con un hilo de voz.

Es la segunda vez que me lo pregunta, así que no me coge tan por sorpresa. Afirmo con la cabeza y antes de que me dé cuenta, sus fuertes brazos me rodean y me apretujan como si pretendiera dejarme sin aliento. Me dejo arrullar por el olor a limpio que desprende siempre su piel.

—¿Te ha costado mucho llegar? —Él niega con un gesto. A pesar de que me ha soltado, nos hemos quedado muy cerca, más de lo socialmente normal. No me molesta—. ¿Tienes hambre?

—Estoy canino.

No puedo evitar soltar una carcajada.

—Vamos, es aquí al lado. Hacen una pasta exquisita, pero también tienes ensaladas —le digo, consciente de que su alimentación sigue unos parámetros bastante restrictivos—. Aunque deberías hacer una excepción con el pastel de manzana, está de muerte.

Cuando me giro, lo veo con la atención fija en mí y una dulce sonrisa estirando la comisura de sus labios. Joder, ¿cómo puede ser tan guapo?

—¿Qué?

—Nada —afirma, y con un leve toque en mi hombro, me anima a seguir caminando.

He reservado una mesa, así que pasamos por delante de la cola que se ha formado en la entrada. Una mujer nos acompaña hasta el reservado y deja unas cartas antes de retirarse. Oliver parece tener mucho más interés en lo que nos rodea que en la comida. Sus ojos se pasean por el local con curiosidad.

—¿No te gusta?

—Al contrario, me encanta, es muy tú.

Es un restaurante pequeño, de luces tenues y una decoración sobria, sencilla. Han conservado parte del mobiliario de lo que fue una librería, cerrada en los ochenta, y quizás por eso me gusta

tanto: aún guarda ese aire nostálgico, con el olor a madera y tinta que se mezcla con los aromas frescos que llegan de la cocina. Al fondo, una estantería antigua exhibe un centenar de libros abandonados que los nuevos dueños decidieron rescatar.

—¿Clásico y aburrido? —pregunto, entornando los ojos.

Oliver se ríe, negando con la cabeza, lo que hace que los mechones de su pelo bailen al mismo ritmo.

—Acogedor e interesante —responde.

Nuestros ojos se encuentran, y siento el calor subiéndome a las mejillas, incapaz de disimular el rubor que su intensidad me provoca.

Quizá sí es una cita, pero prefiero no pensarlo demasiado.

Una pequeña escena de Oliver

Han bastado tres encuentros para que Arel se relaje y actúe con normalidad. Recuerdo esas malditas tardes de hace tantos años, cómo cada vez que se cruzaba conmigo me mostraba una enorme sonrisa, tan grande como el dolor que intentaba contener, pero que se filtraba en su mirada. Quizá por eso ahora me estoy esforzando tanto por hacerlo sonreír, porque por primera vez puedo ver un atisbo de felicidad genuina en ese gesto.

Así que he aprendido rápidamente a redirigir nuestras conversaciones.

Cuando su mente parece a punto de entrar en un espiral y colapsarse, solo necesito hablarle de mis metas universitarias. Contarle mis planes de futuro ha resultado despertar mucho interés en él y, cuando esto no funciona, le hablo de libros. Entonces su foco de atención se redirige por sí solo, volviendo al cauce normal. Es un truco que en algún momento dejará de funcionar, pero, por el momento, es lo que he encontrado para lograr tranquilizarlo.

Nos despedimos un par de horas después, aunque me gustaría proponerle dar un paseo o alargar el momento hasta que sea hora de merendar e invitarlo a un té. Pero él tiene trabajo y yo he prometido a mi madre que pasaría por casa a recoger un par de cajas de ropa que ha preparado para que me lleve. Así que tengo

que despedirlo, solo que esta vez con más confianza y menos temor, porque sé que lo estoy logrando; creo que estoy a punto de cruzar la invisible meta de la amistad. Que Arel viera en mí a un amigo, alguien en quien confiar, con quien distraerse y divertirse sería fantástico. Si no logro llegar más allá, enfundaré lo que siento y simplemente permaneceré a su lado del modo en que él me necesite.

Sin más.

Cuando llego a casa de mis padres, tengo que obligar a mis labios a adoptar una pose neutra, porque es demasiado obvio que estoy más atontado de lo normal. Todavía siento el calor de la mejilla de Arel rozando la mía cuando nos hemos despedido con un beso.

En la mejilla, pero un beso al fin y al cabo.

—¡Oliver! ¡Mira que horas! ¿No habías dicho que vendrías después de comer?

—Lo siento, me he entretenido.

Dejo caer la mochila al lado de la puerta. Ese piso me trae los mejores y los peores recuerdos de mi niñez. Aunque el lugar no tiene nada que ver, sino la persona con quien me tocó compartirlo.

A pesar de que mi mudanza tenía carácter temporal mientras estuviera en la universidad, creo que hasta mis padres saben que no volveré; quizá por eso mi madre poco a poco llena cajas que yo me llevo, aunque no tengo donde ponerlas todavía.

—Al final ha llegado tu hermano antes que tú —me reprende, cuando avanzo por el pasillo.

—Iván está…

—Aquí. —Termina por mí.

Lo encuentro sentado en la mesa de la cocina, que siempre hemos usado para desayunar. Luce una sonrisa de oreja a oreja y esos ojos más fríos que el hielo de la Antártida, —tan llamativos que invitan a acercarse para, cuando te asomas a ellos, ahogarte sin piedad—. Si mi visita iba a ser corta, acabo de decidir ascenderla a fugaz. Solo cogeré las cajas y me largaré… O esta es mi intención hasta que mi mirada se posa sobre una caja blanca encima de la

encimera. Reconozco el nombre del local, porque hace escasamente una hora he salido de él.

Iván me observa en silencio, atento a mi reacción. Después la desvía a dónde yo me he quedado pegado.

—¿Has probado la tarta de manzana de este restaurante? Es deliciosa.

—Hijo de… —balbuceo.

Mi madre corretea de un lado a otro, sin prestarnos demasiada atención a ninguno de los dos. Al pasar por nuestro lado deja dos platos sobre la mesa, entiendo que lo hace para que compartamos ese trozo de pastel.

Compruebo por encima de mi hombro que nos hemos quedado solos y me acerco a él, que mantiene la sonrisa intacta en su rostro, ¡cómo me gustaría borrarla a puñetazos!

—¿Qué pretendes? —increpo.

—¿Yo? Me ofendes, solo he tenido un detalle con mamá.

Mis manos se cierran en puños y no pudo evitar que tiemblen, conteniendo la rabia que siento y que no tengo manera de dejar salir.

—Te dije que…

De pronto se incorpora y, al hacerlo, quedamos cara a cara, de manera amenazante. Una chispa y todo ardería.

—Yo te dije a ti que no intentaras quitarme mis cosas.

Quiero replicarle que Arel no es suyo —ni mío, aunque eso no viene al caso—, pero cuando estoy a punto de hablar, mi madre reaparece y nos vemos obligados a separarnos y seguir manteniendo la farsa.

—¿No vais a comer? —Me mira de manera directa antes de añadir—. Ya que tu hermano ha tenido el detalle de traerlo, un trocito no te va a matar.

—Mamá —la voz de Iván suena falsa y despreciable, ¿por qué nadie puede verlo?—. Déjalo, ya sabes lo mucho que Oliver cuida su línea.

—¡Tonterías! Con la de deporte que hace… —Mi madre acaricia de manera juguetona mi tripa—. Estás hecho un fideo, ¡come tarta!

—Sabes —Iván toma un cuchillo y la parte en dos—, Oli y yo nos hemos apuntado a una especie de competición. —Empuja uno de los pedazos hasta hacerlo caer en un plato—. ¿A qué suena divertido?

Mi madre parece confundida, y mi mirada se oscurece de un modo inimaginable, la ira amenaza hasta con atragantarme, estoy a punto de replicar cuando ella nos interrumpe.

—No me parece divertido —advierte, señalando a Iván de manera directa—. Tienes muy mal perder, ¿recuerdas aquella vez, en el camping dónde veraneábamos?

Iván suelta una carcajada.

—Es verdad, Oliver me ganó. Me dio tanta rabia que preferí romper el premio antes de que él lo tuviera. —Su sonrisa es lánguida y asquerosa—. Pero eso fueron cosas de niños, ahora somos adultos. ¿Qué me dices, Oli? Aunque parto con clara ventaja. Vas a tener que esforzarte mucho si quieres ganarme. Pero tranquilo, que si lo haces, prometo intentar no romper el premio…

—Haced lo que queráis, ¡pero después no quiero caras largas!

Capítulo 10



Es miércoles por la mañana y amanece nublado. No deja de ser inusual que llueva en julio, aunque podría considerarse como la típica tormenta de verano, rápidas descargas, a veces hasta con cierto punto de virulencia.

Como soy una persona previsora, he tenido en cuenta coger el paraguas antes de salir de casa. Así, mientras observo el ajetreo de la gente a mi alrededor y cómo se afana por esconderse del aguacero, yo me siento poderoso.

Camino con la única preocupación de no pisar ningún charco.

Hoy estoy un poco por encima del resto, soy brillantemente inteligente porque voy bien cubierto y sin mojarme. Pero este destello de poca humildad que ha hinchado mi ego durante unos minutos —el tiempo exacto que me lleva salir del metro y llegar al portal dónde se ubica la editorial— se pincha de repente cuando una voz que tan bien conozco pronuncia mi nombre.

—Arel… Buenos días.

Alzo el paraguas unos centímetros para echar un vistazo por el reborde y ahí está, con esos ojos azul tormenta que durante mi adolescencia fueron motivo de mis sueños primaverales al principio, para convertirse en mi pesadilla justo después.

Instintivamente retrocedo.

No puedo creer que esté aquí, y aunque noto el temblor en la mano que sujeta el mango, me obligo a calmarme, al menos a

fingirlo.

—¿Iván?

Sé que no es una casualidad. Llevamos viviendo en la misma ciudad años. Nos separamos porque cada uno siguió sus estudios en un lugar diferente, pero, al final, los dos regresamos al punto de origen; a pesar de esto, nunca me ha buscado y yo, por supuesto, lo he evitado a toda costa.

No quiero darle la opción de que hable porque, si lo hace, correré el riesgo de creerme sus palabras, así que intento irme, pero mi cuerpo no obedece y, aunque no quiero, me quedo quieto.

—¿Me creerías si te dijera que pasaba por aquí?

La voz de Iván es suave, incluso con un punto de indiferencia, como si sus palabras fueran ciertas, aunque los dos sabemos que nada de lo que sale por su boca lleva nada de verdad.

—En absoluto.

Iván mantiene la sonrisa intacta, aunque puedo ver un brillo de desconcierto en sus ojos, quizá le sorprende mi respuesta.

Nos quedamos atrapados en un silencio denso, solo roto por el murmullo de la lluvia golpeando contra el plástico. Por unos segundos, el mundo se difumina a nuestro alrededor: los gritos de quienes corren a resguardarse y el sonido de los coches parecen disolverse, quedando solo él y yo.

No puedo evitar sentirme ansioso. El mareo me golpea sin previo aviso y hasta noto que el suelo tiembla bajo mis pies. Por el contrario, Iván no muestra señal de impaciencia y, como quien no quiere la cosa, alarga la mano y deja que unas gotas de lluvia caigan sobre su palma.

—¿Recuerdas aquella vez que volvimos del instituto bajo un solo paraguas? —su voz apenas es un susurro, cargada de ese tono que me atrae y me aterra.

—¿En serio? —pongo en duda— ¿De verdad estás aquí para esto?

—Desde que te vi, me he puesto melancólico y la lluvia de hoy me ha recordado a aquel momento.

—Aja, pero se te olvida algo. —Mi mano se aprieta contra la madera—. A mitad de camino me dejaste tirado. Me quedé en medio

de la calle, empapándome, mientras tú te ibas con tus amigos. —Mi voz suena más firme de lo que en realidad me siento, cada palabra requiere mucho esfuerzo para mantener el control; pero creo haberlo conseguido.

Iván sonríe de manera despreocupada, como si aquello fuera una travesura inocente, nada de lo que lamentarse. Incluso chasquea la lengua, restándole importancia.

—Era mi paraguas, por cierto —añado.

Su risa estalla, inesperada, tan auténtica que despierta en mí un cosquilleo que odio. Esa maldita chispa de anhelo, de un «y si...» que debería estar desterrado. Me apresuro a sofocar cualquier sentimiento antes de que crezca, porque ya sé cómo termina este juego. Lo sé mejor que nadie y no puedo dejarme engañar de nuevo.

Nuestros paraguas chocan, y de repente, él cierra el suyo. Con toda la arrogancia del mundo, se cuela bajo el mío, invadiendo mi espacio; el calor de su cuerpo se hace palpable en el aire denso de la lluvia.

—¿Tienes tiempo para un café? —su voz es apenas un susurro, tan cerca que noto su aliento.

Hace años, esta escena hubiera sido un sueño.

Mi mirada baja al anillo en su dedo anular.

—Lo siento, voy tarde —contesto, quiero retirar el paraguas, pero su mano se posa sobre la mía, inmovilizándome.

—No importa —murmura—. ¿Y esta noche? Podríamos cenar juntos.

Levanto la cabeza y me encuentro con esos ojos tan llenos de mentiras, y odio la forma en que mi resolución vacila.

—¿Qué pretendes? —le pregunto ya sin filtros—. ¿Tengo que recordarte que eres un hombre casado?

—¡Vamos! ¿Qué insinúas? Solo quiero charlar un rato. —Él sonríe y muestra una inocencia que sé que no existe.

Cierro los ojos un instante, solo un momento para retomar el control y, al reabrirlos, niego con la cabeza. No; no quiero, no quiero estar con él, no quiero verle, ni escucharle, no quiero malgastar mi tiempo al lado de una persona como Iván.

—¿No vas a darme ni una oportunidad?

Su cuerpo se acerca peligrosamente al mío, y ya son solo unos pocos centímetros los que nos separan.

—Una oportunidad, ¿para qué? —El tono de mi voz es apenas un susurro.

—Resolver viejos malentendidos y retomar nuestra amistad por donde la dejamos.

¿Por dónde la dejamos? En mi mente resurgen los recuerdos: aquella habitación de hotel, el amanecer atravesando la ventana y su risa sarcástica cuando le pedí que no se fuera. Recuerdo el sonido de la puerta cerrándose, y cómo en ese instante se rompieron los últimos pedazos de mi dignidad, suplicándole entre lágrimas que no me abandonara.

El corazón me late fuerte, puedo sentir el pulso palpitando en mis sienes, y mientras cada pequeña parte en mi interior se desmorona como una construcción de piezas mal ensambladas, él luce una expresión serena y confiada. Iván sabe que quiero decir que no, pero confía ciegamente en que aceptaré. Porque esta ha sido nuestra dinámica desde que nos conocimos. Y yo soy tan estúpido y débil que he caído en esa trampa una y otra vez.

—¿Arel?

Me giro al tiempo de encontrarme con Marta y de pronto mis sentidos reaccionan. Cierro el paraguas de golpe, obligando a Iván a separarse de mí para resguardarse en el suyo propio que abre de manera apresurada. El agua fría humedece mi cabello y me despeja las ideas. Marta debe percatarse de la situación, su expresión cambia al girarse hacia mi interlocutor, al que le dedica un descarado repaso de arriba a abajo. Ella me empuja en dirección al portal y, aunque en un principio me cuesta, enseguida me alejo de Iván.

—¡Arel! —Su voz se sobrepone al ruido de la calle—. Volveremos a vernos.

Esa amenaza queda flotando en el aire y se desvanece poco a poco bajo el sonido de la lluvia.

No sé ni cómo logro llegar al ascensor sin que se me doblen las piernas, pero cuando las puertas se cierran, dejo escapar el aire retenido. Mi cuerpo se sacude de manera descontrolada, y tengo

que apoyar la espalda contra la pared para no caer al suelo. Trato de calmar las agitadas aguas que inundan mi corazón, tomo aire despacio, concentrado en cada inspiración.

—Maldita sea, Arel… ¿Ese es Iván?

Asiento, con la mirada perdida y la respiración entrecortada.

—Estoy… temblando.

Alzo una mano para demostrarlo, y Marta la toma con firmeza. Me rodea en un abrazo cálido, tratando de consolarme.

—Está bien, Arel —me susurra—. Joder, menudo cabrón, ¿qué pretende viniendo aquí?

—No tengo ni idea.

Aunque es mentira, claro que lo sé; solo quiere hacerme daño, mostrar su superioridad, recordarme que, de algún modo, nunca ha dejado de tener poder sobre mí. Y lo ha conseguido, porque con su sola presencia logra que mi mundo entero se tambalee, de manera literal.

—Oye, Arel, no dejes que te afecte, ese imbécil es un maltratador de manual.

—Lo sé.

Es verdad, soy consciente de ello, también que, para bien o para mal, mi cuerpo reacciona a su cercanía.

Las puertas del ascensor se abren y de manera automática me dirijo a mi puesto de trabajo, diría como si nada hubiera pasado, pero no es verdad, porque mi cabeza ha dado el pistoletazo de salida a decenas de recuerdos soterrados, los que me he esforzado por eliminar y nunca lo he logrado.

Me sumerjo en un espiral melancólico. Enciendo el ordenador, pero antes de que se reinicie, me acerco a la ventana. En la calle un mar de paraguas rompe la monotonía gris de la ciudad, y me concentro en cada uno de ellos, en el rojo que cruza la calle, el azul que se apresura a la boca del metro, el chico que corre intentando protegerse del agua con una simple carpeta.

—Arel, te he traído un té. —Marta deja un vaso de cartón al lado del teclado.

Me obligo a reponerme. Sentirme tan afectado es la certeza de que no he superado una mierda, pero… sé que lo haré, mi

determinación es más fuerte que nunca. Vuelvo a la mesa, doy un sorbo a la bebida caliente y agarro el manuscrito en el que tengo que empezar a trabajar.

—Siempre pensé que en el fondo me querías. Después comprendí que la gente no debe quererte en el fondo, sino en la superficie. Que el amor se vive, no se desentierra.

—¿Arel?

Una lánguida sonrisa decora mi cara, paso el dorso de la mano para retirar la evidencia de humedad de mis pestañas. Zarandeo la carpeta antes de dejarla de nuevo sobre mi escritorio.

—Es una buena historia —digo, poniéndome las gafas, dispuesto a trabajar—. Muy buena historia.

Una pequeña escena de Oliver

El chubasco de primera hora de la mañana ha cesado y ahora el sol luce en un precioso cielo azul. Me gusta cuando llueve en verano, porque deja el ambiente descargado y el bochorno desaparece, al menos por unas horas. Aunque esta mañana he tenido que suspender el entrenamiento en la pista y lo de encerrarme en el gimnasio me parece demasiado aburrido.

Doy el último trago a la bebida y dejo caer la cabeza atrás, disfrutando del agradable cosquilleo de los rayos solares contra mi piel. Cuando desciendo la mirada, lo veo a lo lejos. Alzo la mano para llamar su atención.

—¡Eh! ¿Cómo ha ido?

Borja camina sonriente en mi dirección, por la cara que trae, intuyo que la entrevista de trabajo le ha ido bien.

—¿En serio lo preguntas? ¿Tú qué crees? —responde con chulería al llegar a mi altura.

Elevo la palma y sin pensarlo él estrella la suya contra la mía. Se sienta a mi lado y coge el vaso solo para comprobar que está vacío, hace una mueca de decepción.

—Entonces, ¿te han dado el curro?

Borja guarda la carpeta en la mochila, de donde saca una botella de agua, parece sediento.

—Me han dicho que me llamarán durante la semana. Toca esperar, pero creo que lo he clavado. Tengo una mierda de experiencia, pero mis ideas les han interesado.

Me gusta verlo tan animado. Es un tío cojonudo y esta es una gran oportunidad laboral; aunque yo no entienda nada de lo que hace. Aunque tuviera que reducir asignaturas y alargar un año la carrera, sé que le va a ir genial, es el tipo más listo que conozco.

—Gracias por acompañarme.

—¡Soy tu apoyo emocional para lo que haga falta!

Borja asiente con un cabeceo y la expresión divertida.

—Bueno, pues yo ya he terminado, ¿vamos?

—¿Tienes prisa por encerrarte de nuevo?

—Llevo demasiadas horas lejos de mi sofá —me sigue la burla.

Suelto una risotada; porque parece una broma, pero sé que es verdad. Cuando empieza a caminar calle abajo, para ir a la boca del metro, no puedo evitar mirar en dirección contraria.

Arel trabaja muy cerca de aquí.

—Oye, estaba pensando… Creo que voy a acercarme hasta su trabajo.

No hace falta que dé más datos, sabe a quién me refiero porque lo tengo frito, he pasado de no querer contarle nada a no dejar de hablar de Arel a todas horas, Borja está de mí hasta la polla, me consta.

—¿Trabaja cerca?

—A un par de calles —respondo, señalando hacia arriba.

—Sabes que eso es muy de *stalker*, ¿no?

¿Presentarme en su trabajo es de acosador? Sí, quizá un poco, medito. Pero joder, es que… ¡Tengo ganas de verlo! Borja me mira de arriba a abajo y, como buen amigo, aprovecha mi debilidad para cachondearse de mí.

—Yo no iría.

—¿No? Vale… Tienes razón: No voy —decido.

Borja suelta una carcajada y me empuja en dirección contraria a la que se va a ir él. Desde que empezó toda esta historia con Arel,

no deja de tomarme el pelo y hacerme dudar con cualquier cosa. Porque sabe lo indeciso que puedo llegar a ser y, aunque no lo parezca, la poca confianza que tengo, sobre todo cuando es un tema importante. Soy de los que hace listas de pros y contras y… con Arel, no me ha hecho falta nada de esto, porque desde que lo vi entrar a la iglesia, supe que ningún contra me detendría.

—Entonces, ¿voy?

—Ve.

—¿Sí? ¿Aunque pueda malinterpretarse?

—Estás tremendamente bueno, lo que en otros resulta siniestro, contigo es un jodido halago.

Golpeo su hombro con camaradería.

—Ahí ataca de nuevo tu bisexualidad.

—Los cojones. Hetero, soltero y sin curiosidad.

—No te lo crees ni tú.

Vuelve a empujarme para que me active.

—Anda, vete.

Me doy la vuelta y adelanto un par de pasos decidido aunque nervioso, quizá a Arel no le haga gracia que me presente a la puerta de su trabajo, quizá debería mandarle un mensaje antes, además, tal vez ya haya salido o…

—¡Acosador! —grita Borja a mi espalda.

Levanto la mano por encima de mi cabeza con el dedo corazón apuntando al cielo. Ahora sí, avanzo sin dudar.

Capítulo 11



Dejo las gafas sobre el teclado y aprieto con fuerza el puente de la nariz. Estoy agotado. Desvío la atención a la ventana donde los rayos de sol se cuelan por el cristal. Se ha despejado y ahora luce un cielo totalmente azul. Me levanto para recoger los documentos que acabo de imprimir, me aseguro de que estén correctos y los guardo en la carpeta.

Hace ya más de veinte minutos que debería haber salido. Pero mi cabeza se ha negado a seguir el ritmo y no podía demorar más tiempo mi trabajo. Marta se ha marchado, no sin antes asegurarse una y mil veces que estaba bien.

Estoy bien. Al menos todo lo bien que acostumbro a estar siempre.

Apago las luces antes de abandonar la sala. Me siento feliz de que la autora haya aceptado el contrato, vamos a hacer un gran trabajo con su historia, no me cabe la menor duda, además, ya tengo un par de manuscritos nuevos para valorar, ¡estoy deseando ponerme con ellos! Leer ha sido siempre mi pasatiempo favorito, convertir esa pasión en algo por lo que me pagan es, sin duda, un sueño.

Es hora de comer y la calle está bastante concurrida. Sin pretenderlo, me detengo en el mismo lugar en el que esta mañana Iván me ha interceptado. Me pregunto si me habría dejado

engatusar de no haber llegado Marta, pero creo firmemente que no. No, desde luego que no.

Me coloco las gafas de sol y enciendo un cigarrillo cuando un nuevo cuerpo se interpone en mi camino. Por un segundo doy un respingo, pensando en que la situación se repite.

La persona frente a mí lleva unos vaqueros anchos, mojados hasta media pierna, como si hubiera chapoteado en cada uno de los charcos del camino. Sigo subiendo la mirada y me encuentro con sus brazos musculosos al descubierto, marcados bajo la camiseta de tirantes. Cruzándole el pecho, lleva una de esas riñoneras modernas que ahora se usan así, en diagonal.

—¡Bu! —exclama Oliver, con una sonrisa que no le cabe en la cara.

Tardo un segundo en reaccionar, pero cuando lo hago, no siento la necesidad de preguntarle qué demonios hace allí; en cambio, me sorprendo sonriendo, irremediablemente emocionado de que haya venido.

—Estaba por aquí cerca y he pensado… ¿Pero quizá ha sido mala idea?

—¡No! —Me apresuro a cortarle.

Oliver logra que me derrita con una nueva sonrisa. Después su expresión se torna más seria.

—No deberías fumar.

En mi defensa diré que no me ha dado tiempo ni a darle una sola calada. Pero tiene razón, hace tiempo que pienso en dejarlo, pero nunca encuentro el momento. Sin decir una palabra, me acerco a la papelera que hay al lado opuesto de la acera, aplasto la colilla y la tiro.

—¿Contento?

Asiente satisfecho con un gesto que me parece casi infantil.

—¿Has comido ya o…?

Su tono es dulce, y aunque en casa me espera un plato de pasta que dejé preparado anoche, no quiero rechazar su invitación. Así que, antes de que mi mente termine de procesar una respuesta, ya he movido la cabeza en señal de negación.

—¡Genial! ¡Te invito!

Nos sentamos en la primera terraza en la que encontramos sitio libre y pedimos un par de tapas para picotear junto con unos refrescos. No puedo apartar la mirada de él, porque es deslumbrante. Se parece a Iván, aunque de un modo totalmente distinto. Incluso los ojos, a pesar de ser del mismo color, desprenden el brillo opuesto. Iván me hiela, mientras que Oliver hace que nazca un reconfortante calor en mi corazón. Y cuando pienso en lo ocurrido unas horas atrás, me siento incómodo, en cierto modo hasta ¿culpable? Aunque sé que no tiene mucho sentido.

—Oye, esta mañana Iván…

—Joder, ¿se ha puesto en contacto contigo? ¿Estás bien?

Levanto la cabeza, extrañado, y me encuentro con su expresión cargada de una preocupación genuina.

—Me ha interceptado en la puerta del trabajo.

No noto su mano hasta que sus dedos presionan firmes los míos sobre la mesa, un gesto que me reconforta y resquebraja los muros que he levantado a mi alrededor. La angustia que refleja su mirada me hace querer decir que sí, que estoy bien, aunque sea una pequeña mentira. Pero sé que con Oliver no hace falta, que puedo confiar. Aunque vaya a costar. Los dos hemos transitado por un camino muy parecido, por eso es tan fácil estar con él, pero a la vez sé que hemos ido retrasando esta conversación y, en el fondo, ambos sabemos que es ineludible terminar hablando de su hermano.

Doy una respiración profunda para empujar los nervios y seguir hablando:

—Ha sido realmente incómodo.

Está tenso, se debate consigo mismo, creo que quiere decir algo, aunque no se decide, al final simplemente aprieta con cariño mi mano, lo que hace que la comisura de mis labios se curve hacia arriba, en una sonrisa.

—Lo siento, es por mi culpa.

—Eso no es verdad.

—Sí. —Oliver retira la mano y añoro el calor que ha dejado en ella—. Iván sabe que me gustas, creo que lo ha sabido siempre.

¿Que Iván…? Esto no me lo esperaba y me deja desconcertado. Aunque ahora todo encaja un poco mejor: la visita de esta mañana,

sus respuestas, la forma en que ha reaccionado. Miro fugazmente al cielo despejado, sin una sola nube.

Iván es un verdadero cabronazo.

Han pasado años, pero no ha dejado de verme como su juguete. Cuando me rompí, perdió el interés en mí, pero ahora que alguien más me quiere… Oliver duda un instante y se mueve inquieto en la silla, aguardando cuál será mi respuesta. Mientras, sus pantalones muestran aún la marca de la lluvia que el sol apenas ha secado.

—Sigue sin ser culpa tuya —le digo, usando la misma frase que él usó conmigo unos días atrás. Y porque no deja de ser verdad—. De ninguno de los dos.

—Debería habértelo contado para que estuvieras prevenido. Para Iván esto se ha convertido en un juego, una competición entre él y yo.

Suelto una amarga risotada que me escuece.

Si es una competición, ¿yo soy el premio? No entiendo entonces el porqué de tanto esfuerzo.

Me quito las gafas de sol y las dejo sobre la mesa. La condensación de los vasos ha dejado un irregular cerco de humedad. Tomo un trago y dejo que el refresco descienda por mi garganta.

—Es un maldito bastardo… —murmuro.

El bullicio de la terraza nos envuelve: el tráfico incesante, las voces de la gente, el aroma a comida y tabaco flotando en el ambiente. Oliver suspira y se pasa una mano por el pelo, frustrado, antes de hablar de nuevo.

—He sido un idiota. A estas alturas no debería sorprenderme nada de lo que haga mi hermano. Si no me hubiera acercado de nuevo a ti…

Niego con la cabeza.

—Yo te agradezco que lo hayas hecho —reconozco— y que hayas sido un poco terco…

—A veces soy algo cabezota, sí.

O mucho, pienso. Aunque es más por el fervor juvenil y esas ansias que parece que tiene de comerse el mundo. La verdad, lo cómodo habría sido decir que no, ignorarlo, pasar de él e intentar

seguir mi vida. Pero me habría estado perdiendo esto. Estos momentos que quizá parecen insignificantes, pero que me están ayudando a salir del cascarón, aunque sea de manera muy lenta.

—Oye, tú por mi hermano…

—No siento nada por Iván. —Soy rotundo—. Hace mucho tiempo que erradiqué cada uno de mis sentimientos por él, pero la sombra que ha dejado en mi corazón… Quiero ser sincero contigo, no sé si alguna vez podré desprenderme de ella, y me odio por esto.

Oliver me mira con su semblante serio, y se mantiene firme y seguro; lo envidio.

—No tiene por qué ser así para siempre.

—Me gustaría creerte.

—Podemos hacer que desaparezca.

Sus palabras, tan llenas de confianza, logran que baje mis defensas. Él lo ha conseguido: ha brillado, se ha elevado sobre ese pasado oscuro. Siento que me envuelve su luz, y por primera vez, pienso que tal vez yo también sea capaz de disipar mis miedos y llenar mi corazón con algo nuevo.

Creo que ya he comenzado.

—Podemos… —repito en un susurro, atrapado en el plural que nos incluye a los dos, él y yo, juntos, y no suena nada mal.

Oliver desvía la mirada un momento antes de admitir en voz baja:

—A veces tengo miedo de ser como él. De hacerte daño sin darme cuenta.

Levanto la cabeza, sorprendido.

—¿Estás bromeando?

Él niega, y puedo ver un atisbo de fragilidad, esta parte que estoy seguro de que intenta mantener escondida. Realmente crecer tras los pasos de un hermano como Iván… ¿Cómo de profundas tienen que ser también sus cicatrices?

—No hay nada de él en ti, absolutamente nada.

—Pero si alguna vez hago algo que te moleste… —insiste.

Lo miro conmovido, lanzo la mano adelante y aprieto suavemente la suya y es cuando me percato de que tiembla. Noto la calidez de su palma sudada entrelazada con la mía.

—Te lo diré. —Una risa leve se me escapa, aligerando la tensión entre nosotros—. Te lo prometo.

¿Cómo puede alguien tan fuerte y seguro, mostrar también esta faceta tan vulnerable? El contraste me fascina. Cada nueva cara suya que descubro me atrae un poco más. Estoy seguro de que, como cada uno de nosotros, tiene un lado amargo, y me muero por verlo. Sé que hasta eso me gustará de él. Oliver asiente complacido, sin apartar la mirada de nuestras manos, que han quedado enlazadas encima de la mesa.

—Oh, vale, sí hay algo: no voy a dejar de fumar. —Suelto de repente—. Bueno… algún día, pero no ahora.

Él asiente con una sonrisa torcida.

—¿Ves?… Soy lo peor; lo he soltado sin pensar —advierte compungido.

—No hay nada que ver —replico divertido, sintiéndome extrañamente en paz.

No sé a dónde nos va a llevar esto, pero en unos pocos días ha logrado lo que yo no he sido capaz de hacer en años; que la presencia de Iván, sus palabras, su mirada y lo que provoca en mí, quede difuminado y en segundo plano, casi convirtiéndose en algo transparente.

Me pregunto hasta dónde podría llegar teniéndolo a mi lado, prestándome su fuerza.

Y, de pronto, lo más destacable de mi día no es el maldito encontronazo a primera hora de la mañana, sino este rato con él, sentados juntos en una terraza, disfrutando de nuestra mutua compañía y del sol.

Una pequeña escena de Oliver

El tiempo al lado de Arel adquiere un ritmo diferente. Se me escapa de entre las manos y no soy capaz de retenerlo. Quiero estar con él, alargar cada momento, disfrutar de todas sus miradas, y esas sonrisas que logran que se me acelere el corazón.

Pero todo banquete llega a su fin.

Damos un paseo hasta la boca del metro y, como si los dos nos hubiéramos despistado, seguimos adelante, ya encontraremos otra. Arel me explica sobre su trabajo, las novelas, y Marta, habla mucho de Marta, con la que trabaja a diario y parece ser una parte fundamental de su vida y también de Laura, de su prodigiosa mente y lo lejos que va a llegar porque nunca nada puede frenarla. Me encanta que poco a poco me haga partícipe de su mundo, como yo quiero acercarlo al mío. Así que de pronto, empujado por esta impaciencia que me caracteriza, y con intención de acelerar el que Arel por fin forme parte total de mi vida…

—¡Ven a verme este fin de semana! —exclamo.

Los ojos de Arel, de un marrón avellana precioso, muestran una expresión divertida.

—Tendrás que ser más específico.

Soy gilipollas.

—Este fin de semana tengo una competición de atletismo —explico—. Es toda la mañana, y… bueno…

Me emociono solo de pensar en que Arel esté allí y lucirme frente a él. Siempre lo doy todo en las competiciones, aunque sean simples controles como este. Pero si él está viéndome, siento que podré volar de verdad.

—Está bien.

Ha respondido sin dudarlo, parece que le apetece realmente. Me acelero mucho más.

—¡¡Genial!!

—Suena muy divertido. Me gustan tus videos entrenando, me encantará verte en directo.

—Que sepas que me estoy reprimiendo para no saltar de alegría como un puto crío —confieso.

Arel suelta una carcajada que le nace de lo más hondo, en tan espontánea, ronca y ruidosa que me desconcierta. Creo que es la primera vez que lo veo tan suelto y desenfadado, tan natural, tal como debería ser siempre. Me enternezco y cabreo a partes iguales. No entiendo por qué alguien ha podido hacerle tanto daño, y que ese alguien sea mi propio hermano.

—¿Estás bien? Te ha cambiado la cara —pregunta de pronto.

—Solo estoy nervioso.

Caminamos el uno al lado del otro, rodeados de gente, pero no me importa, nuestras manos se han rozado un par de veces y me siento tentado de agarrársela, como hemos hecho mientras hablábamos durante la comida. Sentir cómo enlazamos nuestros dedos es maravilloso. Me doy cuenta de que soy un ñoño, o tal vez sea porque estoy muy enamorado. Algo que no he vivido con anterioridad. Para mí esto es nuevo, mágico, especial… Pero sé que debo ir despacio, teniendo en cuenta sus tiempos y, sobre todo, respetando que él no siente lo mismo por mí.

De pronto, en un giro inesperado de los acontecimientos, Arel me sorprende al tomar mi mano con firmeza en medio del paso de peatones. Solo dura un instante, apenas una fracción de segundo, en el que tira de mí para apartarme de la multitud. Luego me suelta, pero en el breve silencio que sigue, siento que ese gesto contiene mucho más de lo que las palabras podrían decir.

Y me permito soñar como jamás he hecho.

Capítulo 12



Lo bueno de tener la misma talla desde que iba a la universidad y ser un tío de pocos recursos es que casi nunca tiro la ropa vieja, lo que hace que mi fondo de armario sea un amplio basurero. Y hoy, prendas que jamás pensé que usaría de nuevo, son rescatadas del baúl del olvido.

Todas las veces que he visto a Oliver tiene un estilo muy peculiar. Informal, pero a la vez elegante. Su ropa es de buena calidad. Me ha explicado cuál es uno de sus secretos, aparte de que le gusta la moda, hay algunas marcas que le dan una tarjeta cada mes para que se la gaste en sus establecimientos y así haga videos usando sus conjuntos. Es fascinante lo que se mueve en los bajos fondos del mundillo de TikTok. Todavía no lo entiendo muy bien y creo que prefiero seguir sin hacerlo.

Levanto el móvil y enfoco al revoltijo de camisas, camisetas, pantalones y zapatos.

Quizá Oliver tiene su legión de miles de fans que le asesoran, aconsejan y agasajan en cada uno de sus videos. Yo tengo a Marta y Laura en videollamada a tres.

—Los vaqueros negros y la camiseta de AC/DC —opina Marta.

Lleva una diadema con orejas de gato y una mascarilla de esas de papel que compra en la tienda coreana que han abierto a un par de calles del trabajo y que está siendo su ruina económica.

—¡Ni de coña! —exclama Laura, recogiéndose los rizos en un mono deshilachado que le sienta de maravilla—. Los vaqueros aún, pero esa camiseta ¡tírala! No vale ni para quitar el polvo.

—Hará calor, ¿no es mejor un pantalón corto? —insisto.

—¡No! —estallan al unísono.

—A no ser que tengas algo más de lo que nos has enseñado, ¡pantalón corto descartado!

—Además, con las patitas de pollo que tienes…

—¿Verdad? Y lo paliducho que está.

—Ejem… —Carraspeo—. Sigo aquí.

No tienen sentimientos. Se han reído de mí y de toda mi ropa más veraniega. Sin piedad.

Miro de nuevo todo lo que he ido esparciendo a mi alrededor; no recordaba que mi armario estuviera tan lleno. Dejo el móvil apoyado sobre la lámpara de la mesilla de noche y me giro para observar entre el caos.

—¿Y estos? —pregunto.

Al fondo de un cajón encuentro un pantalón de algodón de color gris, no es muy grueso y aunque tiene un montón de bolsillos horrendos —y por eso dejé de ponérmelos—, creo que ahora son lo que necesito.

—¡Por fin! Algo que merece la pena —se alegra Laura, me consta que estaba a punto de perder la paciencia, lo sé por el tic de rascarse la nariz—. Perfectos, estos grises con la camiseta blanca, la lisa que era un poco más grande que te has probado al principio.

—Y échate el pelo para atrás, como te peiné en la cena de Navidad del año pasado. Estabas muy guapo.

—No sé por qué me esfuerzo tanto —resoplo. Me quiero dejar caer sobre la cama, pero está llena de ropa. Cojo el móvil para enfocarme—. ¿Soy idiota?

—Sí —afirman mis amigas.

—Pero un idiota adorable —añade Laura.

—¿Necesitas algo más? —Marta toca con la punta del dedo la mascarilla—. Se ha secado, tengo que seguir con mi rutina nocturna.

—¿Quedamos la semana que viene? —inquiere Laura, antes de que colguemos—. Hace mucho que no os veo en persona.

—Eso pregúntaselo a Arel ahora que tiene novio.

—No es mi novio.

—*Ni is mi niviiii* —se burla Marta—. Me voy. Quedamos el viernes después del trabajo para comer, y empalmamos con cena y copas.

Laura se queda un momento en silencio, revisando su agenda, al final asiente. Ambas chicas me miran a través de la pantalla y por la maldita presión de grupo acepto el plan, aunque, la verdad, me apetece. Estar con ellas siempre es divertido.

—Pásalo bien mañana —dice Marta, es la primera en colgar.

—Oye Arel, si te agobias o lo que sea, no dudes en llamarnos.

—Estaré bien.

Laura me clava una mirada inquisitiva, al final asiente y cuelga.

Me cuesta dormir, supongo que por los nervios. Estoy ansioso, quiero ver a Oliver en su ambiente, haciendo aquello que tanto le gusta y para lo que ha nacido. Porque la felicidad y la vida que desprende en cada uno de sus videos practicando atletismo es fascinante.

Por la mañana me levanto pronto. Tengo que coger el metro y después el tren para llegar hasta el complejo deportivo. Es temprano, mucho más que cuando voy a trabajar, pero me siento más despierto. Aprovecho el trayecto para leer, lo que hace que el tiempo se me pase volando.

Cuando me apeo del tren puedo ver que, a pesar de las horas, hay bastante ambiente y muchas familias que van hacia la pista de atletismo. En las inmediaciones ya se respira un aire festivo y me resulta diferente a lo que estoy acostumbrado, informal y agradable.

Saco el teléfono para llamar a Oliver que lo coge enseguida, puedo escuchar murmullos de fondo, y la música del estadio.

—¡Buenos días! —Su voz es un grito, para intentar sobreponerse al estruendo—. ¿Has llegado?

—Según la ubicación, estoy a menos de cinco minutos.

—¡Magnífico! Cuando llegues a la entrada, avísame. He dejado allí a Borja para que te haga compañía.

Este dato me choca un poco, no me había comentado nada. De manera inconsciente mis pasos se ralentizan, hasta que dejo de caminar.

—Pero él…

—Es para que no estés solo, Borja suele venir a todas mis competiciones… He pensado que… —Su voz se va apagando hasta que al final solo se escucha el jolgorio a su alrededor—. Borja no sabe nada sobre… «eso», si es lo que te preocupa.

Sí, por supuesto que lo es. Porque ya bastante me pesa con que Oliver conozca mi vergonzoso pasado.

—Sabe que eres mi amigo… bueno, y que me gustas un montón. Nunca le he contado nada más.

Me aparto a un lado, para no entorpecer el paso del resto de la gente.

—Perdona. No quería insinuar nada. Entonces, ¿también sabe que eres gay?

—Sí, ya te lo dije, es mi mejor amigo, hemos crecido juntos.

Estoy siendo un imbécil integral, me golpeo en la mejilla para hacerme reaccionar y me uno a la siguiente oleada de espectadores que se dirige al mismo lugar que yo.

—Vale, entonces, busco a Borja.

—Sí. Oye, Arel, tengo que empezar a calentar.

—¡Espera! ¿Cómo lo reconozco? ¿Cómo es?

—Ahh… Más feo que yo —suelta, con su habitual descaro.

Entre los nervios, se me escapa una risilla. Desde mi punto de vista Oliver es guapísimo, no puedo ir preguntando a cada chico con el que me cruzo.

—¿Algún dato más?

—Moreno, no demasiado alto… ¡Ah! Lleva la sudadera roja del club, aunque él solo corre para pillar el metro a primera hora de la mañana.

—Pues ya hace más deporte que yo.

Escucho un atisbo de carcajada, me encanta como se ríe Oliver, de manera tan dulce.

—Eso tiene fácil solución —logra decir.

—Uy, a mí no me amenaces de buena mañana, ¿eh? Estoy bien siendo el rey de los gandules.

—Arel —Oliver llama mi atención desde el otro lado de la línea—. Me encantas.

Me tengo que tragar mis siguientes palabras, en realidad, hasta el aire queda momentáneamente retenido en mis pulmones, y no sé qué decir a continuación.

El flujo de mis pensamientos se detiene cuando a lo lejos diviso a un chico vestido con una sudadera roja con el emblema del club de atletismo, supongo que se trata de Borja.

—Creo que lo veo.

—¿Qué?

—A tu amigo. Sí, es él —afirmo, cuando el tal Borja se gira para caminar en mi dirección—. Por cierto, me has mentido, es más guapo que tú —le suelto con maldad. Después cuelgo.

Casi que me puedo imaginar la cara de indignación que se le habrá quedado.

Le doy un repaso rápido al chico, tal como ha dicho Oliver, tiene el pelo oscuro y es un poco más bajo y delgado que él, de una complexión parecida a la mía. Aunque se le nota la juventud, como si los últimos rasgos adolescentes se hubieran negado a abandonarle. Sin embargo, me encuentro con una mirada aguda y que deja bien claro que es un tío inteligente. Lo que me indica que, si bien Oliver no le ha contado nunca sobre mí, no está lejos de lo posible que Borja haya atado o vaya a atar cabos por sí mismo.

Cuando quedamos frente a frente, el joven señala en mi dirección.

—Tú eres Arel —afirma convencido.

—Y tú debes de ser Borja —alargo la mano y él me la estrecha con firmeza.

—Tenía muchas ganas de conocerte, Oli no deja de hablar de ti.

Me picotea la curiosidad, pero no quiero ser un entrometido y la lealtad entre los amigos es sagrada.

—También me ha hablado de ti.

Borja lanza un barrido a nuestro alrededor y me indica que le siga al interior del polideportivo. Yo, por mi parte, no pierdo detalle de nada. Hay muchas familias con críos y un buen puñado de adolescentes, muchos de ellos ataviados con los uniformes de sus respectivos clubes deportivos. El ambiente es agradable, aunque hace muchísimo calor.

Sigo a Borja escaleras arriba, hasta que elige un lugar en la grada.

—Este es el mejor sitio, en un par de horas estaremos a la sombra.

—Parece que te lo conoces bien.

—Acompaño a Oliver desde que teníamos trece años, es una manera como cualquier otra de perder un sábado.

—Suena divertido.

Borja me mira y sonríe. Saca una gorra de la mochila y la tiende en mi dirección, acepto encantado el ofrecimiento, aunque implica que el rato que he perdido arreglando mi cabello hayan sido en vano.

—Bueno, Arel, ¿estás preparado para una mañana al sol viendo a un montón de tíos sudando la camiseta?

Dicho así, suena casi como una fantasía erótica. Borja debe de haberse dado cuenta, su expresión cambia, primero como si pensara que ha metido la pata, para después estallar en una carcajada a la que, sin saber por qué, me uno enseguida.

Entiendo el motivo por el que Oliver le tiene tanto aprecio, es esa clase de persona que, sin necesidad de esforzarse, logra que te sientas a gusto.

Una pequeña escena de Oliver

—¡Vamos, vamos, vamos!

Un puñado de niños pasa por detrás de mí, seguido de uno de los entrenadores que lleva una cara de cabreo alucinante. No puedo evitar compadecerme de él.

Desde los dieciséis que me saqué el título de monitor deportivo participo en el campamento de verano del club, primero como ayudante del monitor y los dos últimos años con mi propio grupo. Es divertido. Me quita muchísimas horas, me resta años de vida y algunos mocosos me estresan de manera indecible, está mal pagado y en algún punto de esas semanas me arrepiento, pero al final repito. No lo puedo evitar, me encanta.

—¡Oli! —Me giro al tiempo de ver a Andrea, es la hija de mi entrenador y llevamos juntos casi desde el comienzo—. Dice mi padre que vayas para la cámara de llamadas.

Estoy apoyado en una de las salidas laterales a la pista, con la mirada perdida en las gradas, buscándolo desesperadamente. Sé que está aquí y eso me pone histérico. He pensado que si lo veía me calmaría —o no, quizá sea peor—, pero hay mucha gente con sudadera roja, y es mi único punto de referencia.

—Chist. Voy.

—¿Qué pasa? ¿Ha venido tu novia?

Paso por su lado y le palmeo en la cabeza, sé que le mosquea y por eso lo hago. Tenemos la misma edad, pero soy más alto que ella. Andrea me lanza una mirada furiosa que acompaña con un manotazo en el costado, justo en las costillas, el punto exacto que hace que por un momento pierda el aliento.

—¿Qué semanas vas a estar en el campamento? —pregunta, como si no acabara de arrearme una hostia—. ¿Todo agosto?

—Las dos primeras —respondo, acariciando la zona golpeada.

—¿Y eso? Siempre haces un mes entero.

—Este año me ha surgido algo.

—Una novia.

Un novio, —o eso espero— pero no digo nada.

El ambiente todavía es soportable a estas horas. Empiezo a trotar por uno de los laterales, para calentar los músculos. En la zona de salto de altura ya han empezado con las pruebas, así que me acerco hasta el entrenador que me da las últimas indicaciones. Al ser una exhibición en la que participan los niños del club, hay más gente de la habitual; familias enteras que acompañan a sus renacuajos. Mis padres prácticamente nunca han podido venir a verme, pero siempre he tenido a Borja apoyándome en la distancia y hoy, además, a Arel.

Vuelvo a buscarlo con la mirada, pero soy incapaz de encontrarlo.

—Te toca —me dice alguien—. ¡Oli! Tu turno, chaval, que estás atontado.

Lo estoy.

Hoy participaré en salto de altura y en la carrera de ciento diez metros valla. Son mi punto fuerte, así que espero lucirme, no puedo

evitar que me ataque el bichito de la chulería.

Me incorporo al conjunto de atletas que espera su turno para saltar. Arqueo la espalda de adelante a atrás y de costado, para estirar bien la zona y lanzo una nueva mirada a las gradas, desisto, es como buscar a Wally… Y justo cuando voy a efectuar el primer salto de prueba, lo veo. Está lejos, pero nuestros ojos se atraen, el corazón me da un brinco y el pecho se me hincha de pura felicidad. El juez levanta el banderín blanco, dándome así la señal de salida, tomo carrerilla y salto, lo hago alto, tanto, que rozo el cielo.

Capítulo 13



Mis ojos están anclados en ese caos ordenado. Hay gente por todos lados: unos corren, otros saltan, algunos simplemente salen escopeteados al sonido de un disparo para después detenerse y volver al mismo lugar. Para mí es desorden y confusión, pero ahí abajo cada uno sabe qué es lo que tiene que hacer y dónde ir.

Estoy mitad fascinado, mitad ansioso. Como si me jugara algo.

Mi mirada se mueve ávida por entre los atletas, repasándolos uno a uno buscando a Oliver. Hasta que por fin doy con él y me emociono. Sí, doy un respingo y la respiración se me acelera. Estoy tentado de girarme y golpear a Borja para que mire en la misma dirección que yo, pero él ya lo ha encontrado y sonríe de medio lado.

—Parece que te diviertes.

—Mucho —reconozco, con emoción.

Para Oliver, el atletismo es más que un deporte; es una pieza clave en su vida y algo que le define. Estar aquí a su lado, compartiendo un momento tan significativo, me hace sentir parte de ese mundo que le apasiona. Al verlo en acción, siento que realmente estoy conociéndolo de una forma más profunda. Esta puerta que él ha decidido abrirme me permite imaginar un futuro en el que pueda acompañarlo en muchos otros momentos importantes.

—Tú llevas haciendo esto muchos años —murmuro, sin perder de vista a Oliver.

A esta distancia me cuesta enfocarlo, apenas puedo distinguir sus facciones y me tengo que conformar con el conjunto. Parece estar estirando mientras un hombre de mediana edad le da indicaciones, señalando a un lado y otro.

Me quito la gorra y paso la mano por los cabellos, húmedos por el sudor.

—¿Te ha contado cómo nos conocimos?

Arranco la mirada de la cancha para dirigirla al chico sentado a mi lado.

—Solo me dijo que sois amigos desde la época del instituto y que pasó muchas tardes contigo, en tu casa.

—Correcto, pero hay más.

¿Más? ¿Qué más? Mi imaginación se dispara, y la preocupación empieza a colarse entre los pensamientos. Pero antes de que pueda decir algo, Borja suelta una carcajada, con una expresión de quien está a punto de contar lo más divertido del mundo. Su entusiasmo es tan contagioso que me descubro anticipando la historia, esperando a que continúe.

—Durante un breve, pero intenso periodo de tiempo, Oliver y yo fuimos hermanos.

Me atraganto con mi propia saliva, tengo que toser para recuperar el aire, y mi expresión debe ser cómica, porque la risa de Borja se vuelve más intensa, casi histérica.

—Esto… no…

No tiene sentido; esto es lo que intento decir, que es imposible. Conozco al hermano de Oliver, por desgracia demasiado bien. No me da tiempo a hablar, Borja golpea mi antebrazo indicándome que le deje continuar. Aunque la risa le dificulta proseguir con su relato y yo me siento ansioso, su afirmación me ha dejado totalmente descolocado.

—Joder, tu cara es un poema… —balbucea—. Tiene una explicación. Todo fue por una confusión de nuestra tutora de primero. No sé muy bien qué le pasó a esa mujer por la cabeza, pero llegó a la conclusión de que Oliver y yo éramos familia. Lo más fuerte es que en aquel momento, ¡ni siquiera nos conocíamos!

—Tampoco os parecéis —añado, con una ligera sonrisa.

Creo que estoy tan impactado que me cuesta que los pensamientos hilen de manera racional. Porque podría argumentar una decena de puntos por lo que me parece surrealista tal confusión, y me quedo en lo básico, Borja y Oliver no se parecen en nada.

—Tampoco nos parecemos —repite—, yo soy mucho más guapo.

La afirmación de Borja llega acompañada del gesto de sus manos, enmarcando su rostro para que aprecie su belleza. Suelto una risita, tal vez sí se parecen un poco; se nota la de tiempo que han pasado juntos. Hasta hacen las mismas bromas.

Al final asiento con la cabeza, aunque no lo piense.

—¿Y qué pasó?

—Intentamos corregirla, pero ella pensó que le estábamos tomando el pelo, de hecho, ¡casi nos castigó! Así que terminamos por asentir y aceptar ser «los hermanastros» para no meternos en un lío. Al final resultó ser muy divertido. Pasamos semanas inventando mentiras Como que nuestros padres habían cruzado pareja, cómo la serie esa de la televisión[1], y que vivíamos todos juntos, como en una comuna.

—¿Y nadie dijo nada? ¿Ningún otro profesor?

—¡Qué va! Y mira que llegamos a inventar situaciones absurdas. Y resultó ser muy útil a la hora de saltarnos clases o evitarnos alguna que otra bronca.

Me quedo callado, mirándolo con los ojos muy abiertos, intentando imaginarme la situación y de pronto suelto una gran carcajada. Tuvo que ser muy divertido para ellos.

—Al final el malentendido se aclaró, pero Oli y yo ya nos habíamos hecho amigos.

—Menuda manera de entablar amistad, normal que estéis tan unidos.

—Pues sí. —Borja bebe un sorbo de la botella de agua y de pronto su semblante se torna serio—. Con el tiempo pude conocerlo mejor, y supe cómo era su hermano, el de verdad.

Esa revelación hace que se me pince el estómago; alargo la mano y trago los nervios y mi falta de palabras con el agua de la

botella que le acabo de coger. Nuestras miradas se enredan en un silencio denso que yo no sé cómo interpretar.

Hace mucho calor, aunque pronto estaremos a la sombra.

—Deseé que esa confusión fuera cierta —me explica, consternado—. Solo tenía trece años, me llevé una hostia de realidad brutal. No entendía por qué alguien tan divertido y amable como Oli soportaba a esa basura de Iván. Así que empecé a invitarle a mi casa para hacer los deberes; a veces se quedaba a cenar, y al cabo de un tiempo también a dormir. Los fines de semana lo acompañaba a las competiciones, como haría un hermano de verdad. Celebré con él sus victorias, y alguna que otra vez me tocó consolarlo en sus derrotas.

—Lleváis juntos toda una vida.

—Ya ves… para mí, Oli es mi familia —murmura, volviendo la mirada hacia la pista.

Las palabras de Borja me conmueven y me invade una mezcla de ternura y tristeza. ¿Cómo no me di cuenta antes de lo mucho que Oliver necesitaba a alguien a su lado? Me alegra que encontrara a Borja, un amigo tan leal, y que la relación entre ellos sea fuerte y profunda, aunque, en el fondo, me nace el sentimiento de que esa persona debí ser yo. Pienso en todo lo que podría haber compartido con él: cada tropiezo y triunfo.

Entonces, recuerdo por qué no lo hice, porque en aquel entonces estaba tan jodidamente roto que era incapaz de ver más allá de mi propio dolor.

Pero ahora quiero pensar que soy diferente. Que nos hayamos reencontrado me brinda la oportunidad de hacer las cosas mejor. Quiero estar al lado de Oliver, y creo que ya no solo como su amigo, quizá como algo más.

—A Oliver le gustas mucho. —La voz de Borja me arranca de mi ensoñación y me devuelve a la realidad—. Y como hermano suyo que soy, quiero pedirte que no le hagas daño. No lo parece, pero es un tío muy sensible. —Su sonrisa se vuelve malvada antes de añadir —: Llora por cualquier cosa.

No añade más, solo regresa la atención a la cancha de atletismo; a mí me cuesta un poco despegar la mirada del chico a mi lado.

Oliver tenía toda la razón cuando aseguró que Borja me caería bien, y le estoy muy agradecido por haber mostrado tanta confianza en mí. Cuando vuelvo a buscar a Oliver entre los participantes en la competición, me lleva un buen rato dar con él.

Toda aquella zona es una vorágine de cuerpos que se mueven en todas direcciones, un ir y venir constante de deportistas que compiten, calientan, respiran. Mi falta de concentración se manifiesta ante tanto ajetreo, pero en cuanto lo localizo, mi mundo se reduce a él. Veo a Oliver moverse, esforzarse, e incluso a pesar de la distancia que nos separa puedo captar su felicidad. Está agotado, cubierto de sudor, pero hay algo en él, una fuerza magnética que no me permite apartar la mirada.

Es entonces cuando pienso que lo quiero en mi vida. Sí, eso es, y me sorprendo teniéndolo tan claro.

Pero sé que si tan siquiera me planteo tener algo con él, debo desnudarme emocionalmente y compartirle lo que me pesa. No basta con que intuya o imagine lo que pasó entre Iván y yo. Si vamos a empezar algo juntos, necesito que todo esté claro desde el principio, sin sombras ni malentendidos. Que conozca lo que ocurrió, aunque nos duela. Incluso aquello que hice un año atrás, sin omisiones. Y una vez que sepa todo, cuando pueda verme como realmente soy, será su decisión seguir a mi lado o no.

De algún modo, me aterra el riesgo, pero si de verdad me planteo el hecho de que vayamos a construir algo juntos, debe ser sin secretos; desde la más pura sinceridad.

A mi lado Borja me observa con curiosidad. Al final una sonrisa aparece en mis labios.

—A mí también me gusta mucho —susurro, con un hilo de voz.

—Eso está bien. —Borja me golpea en el hombro con camaradería y no añade nada más.

Una pequeña escena de Oliver

¡Lo he clavado!

Tengo una sensación de triunfo que no me cabe en el pecho, me cuesta mucho recobrar el aliento y bajar mi nivel de excitación. ¡¡Estoy que me subo por las paredes!!

—Felicidades, campeón, ¿has visto tus tiempos? Hoy te has lucido.

—Gracias, entrenador.

Me ducho a toda prisa. En realidad, paso volando debajo del agua, me cambio de ropa y así, tal cual, sin secarme el pelo ni nada, salgo corriendo del vestuario. Tengo un hambre que me muero, pero no me voy a entretener con nada, no cuando sé que él me está esperando.

Joder, jamás imaginé que algo tan estúpido como que Arel esté viéndome me motivaría de esta manera. Es una sensación maravillosa a la que me da miedo acostumbrarme, porque cuando llegue Navidad quizá la vaya a perder. Aunque no voy a pensar en esto, quiero disfrutarlo por el momento.

El sol me ciega al salir y noto la brisa sobre la camiseta empapada. Lo busco y lo hallo con velocidad, como si mi mirada se dirigiera sola en su dirección. Borja sigue con él y ambos parecen estar hablando de manera animada. No me sorprende, sabía que se llevarían bien. Arel es la mejor persona que jamás he conocido y Borja es mi mitad, era imposible que no congeniaran.

Me acerco a la carrera hasta ellos, aunque por hoy ya he corrido suficiente y me duele todo el cuerpo, pero es verlo y se evapora el cansancio.

El primero en verme es Borja, quien hace un gesto hacia Arel. Él se gira, y en ese instante, nuestras miradas se cruzan. Había salido del estadio con una sonrisa en los labios, pero ahora siento que mi felicidad se desborda, como si no pudiera contenerse. Mi corazón da un vuelco cuando noto el mismo brillo en el marrón cálido de su mirada, ese destello de emoción y anhelo que sé que también ilumina la mía. Mis propias ansias y emociones resonando al unísono.

Quiero acercarme y rodearlo fuerte, abrazarlo, espachurrarlo, y me contengo a duras penas.

—¿Me has visto ganar? —grito medio ahogado.

—Respira imbécil, que te va a dar algo —suelta Borja, golpeándome el brazo.

Arel sonríe de una manera tan dulce que logra que me derrita, alarga la mano y enreda los dedos en los mechones empapados que caen sobre mi frente.

—Te he visto —dice al fin—. Deberías haberlo secado, no nos habría importado esperar.

Paso las manos por el pelo y lo hecho atrás, las gotas resbalan por la nuca y se cuelan por el filo de la camiseta, pero hace tanto calor que no me importa, al contrario, se agradece. Miro a Borja de manera cómplice.

—Bueno, pareja, yo me marcho ya, Arel, ha sido un verdadero placer.

—¿Eh? ¿No te quedas? —comenta este—. Pensaba que iríamos a comer algo…

Fulmino a mi amigo con la mirada.

—No puedo.

—No puede. —Nos pisamos hablando a la vez.

Arel no es tonto, me cala a la primera, pero tiene la delicadeza de no mencionarlo. Simplemente se le escapa una risilla disimulada antes de extender la mano para despedirse.

—El placer ha sido mío. Espero que volvamos a vernos.

¡Sí! Estallo internamente, aunque mi intento de disimular es… cuestionable. Si quiere volver a verlo a él, yo voy incluido en el paquete, ¿no?

Nos separamos cerca de la estación e insisto en que tomemos un taxi. Es más rápido, cómodo y, lo mejor, estaremos solos.

Cuando el vehículo se detiene, abro la puerta para cederle el paso a Arel y yo me meto justo después; entonces llega el momento de la duda, ¿a dónde vamos? Estoy a punto de preguntarle a mi acompañante cuando él se adelanta, apoyando la mano en el reposacabezas y se inclina un poco en dirección al conductor para darle una dirección.

—¿Dónde…? —empiezo.

—A mi casa.

Espera, espera, espera… ¿Estamos camino a casa de Arel?

1 Se refiere a Marmalade Boy, manga/anime de los años 90 que sigue esa misma premisa.

Capítulo 14



Hemos hecho el camino sin dar tregua a la conversación. Oliver parece muy animado, o tal vez sean todas las endorfinas liberadas durante el ejercicio que lo mantiene en un estado parlanchín como no lo he visto nunca. Es abrumador, a la vez que reconfortante.

Cuando entramos en mi apartamento, Oliver suelta un silbido de admiración al tiempo que se pasea por la estancia, observándolo todo con curiosidad.

—¡Qué bonito!

—Era el piso de mi abuela —explico— murió hace unos años. Mi madre y mi tía me lo ofrecieron; pago un alquiler ridículo y he podido reformarlo un poco.

Mis padres se separaron al poco de yo nacer; mi madre y mi tía, junto con mi abuela, han sido toda mi familia, una maravillosa y a la que adoro con locura. Aunque les he dado más de una preocupación, y me arrepiento.

—Me encanta. —Camina hasta la pared más larga del comedor y se para frente a ella—. Menuda colección de libros.

El punto neurálgico de un salón suele ser el televisor; por norma general el mobiliario típico de esta estancia gira alrededor de ese electrodoméstico. En mi caso, este ocupa una localización ridícula y apartada; lo que de verdad tiene relevancia en mi mundo son los libros.

—Muchos de ellos eran de mi abuela.

—¿Le gustaba leer?

—Ochenta y siete años, tenía que usar una lupa, pero todavía leyó los libros en los que trabajé en mi primer año como editor. —Sonrío embargado por la nostalgia. Voy hasta la estantería y mis dedos pasean por los lomos—. Era una mujer maravillosa.

Cuando lo miro, tiene toda su atención puesta en mí, mostrándome una gran sonrisa. Entonces, un leve rugido de su estómago me recuerda la hora.

—Perdona, seguro que tienes hambre.

Oliver niega con la cabeza, aunque un suave rubor lo delata. Se me escapa una risita al ver cómo lleva las manos a la altura del vientre.

—Bueno, un poco —confiesa.

Lo he arrastrado aquí sin pensar en que el pobre acaba de hacer un desgaste físico importante, seguramente ha quemado más calorías en una mañana que yo en mi sedentaria semana. Le indico que me siga.

—¿Quieres que pida a domicilio o prefieres que prepare algo rápido?

—¿Comida cocinada por ti? Suena fantástico.

No puedo evitar una sensación efervescente en mi estómago, y mi corazón se está acostumbrando a marchas forzadas a este estado de perenne felicidad.

Abro la nevera y analizo el contenido; creo que tengo lo suficiente para preparar una buena ensalada, de esas completísimas, y una bandeja de carne que saqué del congelador.

—Sabes, hay una aplicación para móvil que le indicas qué tienes en la nevera y te monta recetas, es muy útil.

—Tu dependencia para con las tecnologías no conoce límite.

—Pero es útil —insiste—. A ver…

Ahora es él quien se asoma a mi nevera y, al hacerlo, se pega a mi espalda. Es un poco más alto, así que fácilmente obtiene una visión perfecta de todo lo que guardo en ella.

—¿Me encargo yo de la ensalada? —ofrece, como si me leyera la mente y diera por segura cuál es mi primera opción.

—Está bien, yo voy haciendo el pollo.

Nos ponemos manos a la obra y de pronto siento una tremenda comodidad. No estoy acostumbrado a compartir mi vida con nadie, pero tener a Oliver ahí, revisando mis armarios y usando mis cosas, no se siente intrusivo. Observo cómo se ha pelado una zanahoria a la que va dando mordisquitos mientras, con una concentración absoluta, corta los tomates.

—Ahora, en vez de una ranita, eres como un conejito —bromeo, emplatando la carne.

Oliver suelta una risotada y se gira en mi dirección:

—¿Qué hay de nuevo, viejo? —suelta, y da un último bocado.

Un clásico que nunca muere y que perdurará por más años que pasen.

Nos sentamos a la mesa, y en lugar del ruido habitual de la televisión, Oliver sincroniza su móvil a los altavoces. La música suave que empieza a sonar llena el espacio de una sencillez inesperada, creando una atmósfera íntima y reconfortante. Todo parece transcurrir con una normalidad apabullante, como si el mundo se hubiera detenido solo para nosotros. Siento una paz que me descoloca, una extraña calma que por momentos me cuesta asimilar.

Más tarde, con dos tazas de té humeante entre las manos, nos acomodamos en el sofá. La calidez de la bebida contrasta con la punzada que siento en medio del pecho al cruzar mi mirada con la suya. Es una sensación que crece, transformándose en un ligero malestar cuando me doy cuenta de que ha llegado el momento.

Tenemos que hablar.

Soy consciente de que no se trata de una conversación cualquiera; sino de «la conversación». La que puede cambiarlo todo. Tenemos que dejar nuestro inextricable pasado al descubierto, porque a pesar de que las cartas parecen estar desde el principio sobre la mesa, yo todavía no he desvelado del todo mi mano.

—Quiero que hablemos de Iván.

La expresión de Oliver se ensombrece, toma la bebida y sopla un poco. No le gusta el té, pero lo ha aceptado cuando se lo he ofrecido.

—No me entusiasma la idea, pero si es lo que necesitas.

—Creo que lo necesitamos los dos.

Oliver deja la taza sobre la mesa; yo, al contrario, busco la mía. Tener algo entre las manos siempre me da seguridad. Inspiro profundamente y voy soltando el aire poco a poco, como los años de terapia me han enseñado que debo hacer para sacar los nervios fuera, aunque muchas veces no funcione.

—Arel, no tienes que contarme nada que no quieras, yo… —Oliver alarga la mano para rozar con la punta del dedo mi rodilla para captar mi atención, aunque después la retira, como siempre dándome el espacio que sabe que necesito—. He tenido mucho tiempo para pensarlo…

En estos casos, la imaginación es lo peor que puede haber y mostrar la realidad lo más sensato, aunque esto no quite que sea tremendamente complicado.

—No sé cómo empezar, perdona. Quizá necesite un poco de ayuda… —lamento, porque de nuevo veo la necesidad de apoyarme en él.

—Estabas enamorado de Iván.

Su tono no es de pregunta, tampoco de enfado, ni parece que me juzgue, simplemente me ofrece un punto desde donde iniciar el relato.

—Muchísimo —reconozco, con un hilo de voz.

—Pero él de ti no, aunque tampoco es indispensable para follar.

Las palabras salen de sus labios como un susurro, pero se estrellan contra mis oídos como un trueno ensordecedor.

—Nunca llegamos al final —apuntillo—, al menos no en aquella época. —Libero una de mis manos para dejarla sobre mi muslo, por un momento me tienta la idea de buscar su contacto, no lo hago—. Me manipuló y utilizó todo lo que sentía por él, pero nunca me forzó ni obligó, al menos no con violencia… Salvo la psicológica.

—Eso también es violencia.

—Lo sé…

Mi mano regresa a la taza, y aprieto con fuerza, noto el calor en la palma y necesito cerrar un instante los ojos. Capto los movimientos de Oliver, tal vez intenta recortar terreno. Entreabro los párpados y desciendo la mirada; permanecemos separados por

apenas un puñado de centímetros que rezo para que no se convierta en un abismo cuando llegue al final.

Y así, poco a poco, voy relatando aquellas lejanas tardes, el sentimiento de miedo que se mezclaba con la esperanza; la sensación de estar perdido y al mismo tiempo encontrarme en el lugar que deseaba. Las pocas gotas de cariño que me hacían aguantar al pensar que, tal vez, llegaría un día en el que me amara.

Voy desgranando mi alma, a veces tengo que detenerme porque el dolor se aferra a mi garganta, partiéndome la voz; otras las palabras y los sentimientos aferrados en ellas salen sin control; sacudiéndome. Y mientras yo hablo, Oliver escucha, no me interrumpe, solo deja que exprese todo aquello que llevo aprisionado en el interior.

—Mi dependencia emocional hacia Iván era tan fuerte que en aquel momento no era capaz de ver nada… Si él me hubiera pedido que saltara por la ventana, tal vez lo habría hecho.

Nefasta conclusión, tan real que asusta.

—Pero tú me sacaste del balcón…

La afirmación de Oliver resuena clara y tajante, y esa seguridad me obliga a alzar la mirada por primera vez desde que ha comenzado esta conversación. Al hacerlo me encuentro con el reconfortante azul de sus iris, fijos en mí con una intensidad que me estremece. Esa mirada que estoy seguro de que no se ha apartado ni un instante, incluso cuando yo he evitado enfrentarla.

—Lo recuerdo perfectamente. Iván te amenazó con que no te acercaras —sigue—, pero no te importó. Tú me salvaste de morir congelado.

Imágenes en forma de destellos regresan a mi mente.

—Es verdad. Creo que fue la primera vez que me atreví a ello…

—Y lo hiciste por mí.

Finalmente, y después de un tremendo autocontrol, alarga la mano para tomar la mía. Este gesto significa un mundo para mí, así que le dejo que me la estreche entre las suyas, noto el calor y un atisbo de agitación que también se pega a sus siguientes palabras:

—Has dicho que nunca llegasteis hasta el final en aquella época, ¿a qué te refieres?

Llega el momento de la verdad.

Instintivamente le suelto y me retiro. Las manos me tiemblan. Consigo apretarlas en un puño para que mi nerviosismo no sea tan evidente. Me gustaría que esto fuera una novela y ojear la siguiente página para saber cómo va a reaccionar… tomo aire…

—No tienes que contármelo, si no quieres. —Se apresura a decir.

—No quiero, pero tengo que hacerlo; mereces saberlo todo.

—Entonces, mírame —pide—, no te avergüences. No me cansaré de decírtelo, no has hecho nada malo.

Bajo su escrutinio, siento como si todo lo que soy estuviera expuesto, desnudo ante él, y no puedo apartar la vista.

—Me encantaría ser capaz de verlo así —murmuro, y me obligo a mí mismo a mantener el contacto—. Fue hace un poco más de un año, coincidimos en la cena de antiguos alumnos…

Mientras relato aquel último encuentro, su expresión permanece serena. Hablo con franqueza, describiendo lo sucedido durante la cena y cómo terminamos en el hotel. No oculto nada, pero intento medir mis palabras para no cargarlo con el peso que llevo encima; no sería justo. Cuando concluyo, noto una sombra en su mirada, una mezcla de contrariedad y quizás duda, que opaca el brillo que tenía al principio.

Tal vez es demasiado. Desnudar el alma siempre es un riesgo; quizás el Arel real no sea lo que él esperaba.

—Oliver yo… Lo siento.

Mis palabras salen entrecortadas por el inicio de llanto que intento reprimir, atrapándolo en mi garganta y luchando porque mis ojos dejen de lagrimear.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no te disculpes?

Su voz es cálida, aunque esconde un ligero rastro de titubeo, y esto me aterra. Sigo aferrado a la taza de té, que ya se ha enfriado, al final me inclino un poco hacia adelante para dejarla sobre la mesa, y es justo en este instante que Oliver ataca para envolverme en un abrazo.

Doy un respingo por la sorpresa. Sus brazos me aprietan con fuerza y siento como todos los nervios, la angustia y el miedo se van evaporando lentamente.

Tardo más de lo que me gustaría en reaccionar, tal vez haya pasado medio minuto, quizá más, pero al final me relajo y son mis propios brazos los que buscan atraerlo hacia mí. Mis dedos se enredan en la tela de su camiseta y me cojo con fuerza, como si fuese el único salvavidas y yo estuviera a la deriva en medio del océano. Y tal vez sea una metáfora más real de lo que me gustaría.

Llevo años perdido, ahogándome en un mar de miedos y soledad no deseada. Pero desde hace unas semanas he recobrado las fuerzas y la esperanza de llegar, por fin, a algún lugar, a una orilla segura.

Aunque, mientras sigo nadando contra corriente, me permito un instante para llorar. Lo hago abrazado a Oliver, manchándole la camiseta de lágrimas y mocos; asido a su cuerpo casi con desesperación, mientras él me acaricia la espalda y me susurra al oído que no pasa nada por desahogarme.

—No es fácil repasar los momentos más duros de tu vida —balbuceo, entre hipidos.

—Has sido muy valiente.

Una pequeña escena de Oliver

Es imposible precisar cuánto tiempo ha pasado. Podrían ser minutos, tal vez horas, pero para mí sigue siendo insuficiente. Tener a Arel entre mis brazos es un privilegio del que no quiero desprenderme nunca. Su fragilidad me desgarra, pero escucharle abrirse, romper el silencio que lo aprisionaba, ha sido como ver la compuerta de una presa liberando todo su contenido: doloroso y, al mismo tiempo, purificador.

Cuando nos separamos, me detengo a mirarlo. Sus ojos enrojecidos y las pestañas apelmazadas y húmedas no hacen más que resaltar su belleza, esa que creo que ni él mismo sabe que posee. Deslizo mis dedos con cuidado por su rostro, enjuagando sus lágrimas con suaves caricias, pues temo deshacerlo. Mis manos enmarcan sus mejillas, cálidas bajo mis palmas, y mi mirada se desliza hacia sus labios. Son finos, rosados, irresistibles.

Pura tentación. La fruta prohibida.

Una ola de calor recorre mi cuerpo, mezclándose con un escalofrío que me estremece. Estoy tan cerca que siento el ritmo de su respiración, su aroma, su esencia. Antes de darme cuenta, él acorta la distancia entre nosotros, traspasando el límite en el que me pueda refrenar. Entonces soy yo quien se mueve, me detengo a duras penas justo antes de cruzar el último umbral; mi corazón tamborilea en mi pecho mientras una parte de mí se pregunta si esto es una locura. Pero ¿de verdad sería tan malo?

—Arel… —Mi voz es un susurro tembloroso, cargada de emoción.

Ardo en deseos, en necesidad de fundirme con él, de borrar con mis besos los rastros de todos los demás. Mis palabras salen antes de que pueda contenerlas:

—¿Puedo besarte?

No estoy seguro de si es el momento adecuado o la pregunta correcta. Tampoco sé si necesito una respuesta. Mi mundo entero está anclado en sus labios, y cuando se curvan apenas dejando escapar un «mmm» que suena a aprobación, me pierdo.

No espero más. Me lanzo, atrapando su boca con la misma delicadeza con la que se sostiene un frágil cristal. Es un beso cargado de ternura, aunque, inevitablemente, mi deseo se filtra como un torrente que he contenido demasiado tiempo. Años de espera, de sueños silenciosos, de emociones guardadas que se concentran en este instante. Su sabor es todo lo que imaginé y más, y me pierdo en él, con la certeza de que no hay vuelta atrás.



Capítulo 15



El verano no es mi estación favorita. No soporto el calor, y aunque el ritmo de trabajo disminuye, lo que podría ser un alivio, también obliga a planificar las vacaciones en fechas más caras y concurridas. Por suerte no soy de irme lejos, más bien, de no irme a ningún lado.

En el sector editorial, agosto es un mes lento: sin novedades, todo parece detenerse. Resignado, dejo mis gafas a un lado y masajeo mis ojos cansados tras horas frente a la pantalla revisando el manuscrito al que he bautizado como «*power girls*» y que, sin duda, es prometedor. Mis notas intentan aportar mejoras sutiles, pero sé que ya roza la perfección.

Hace más de una semana que no veo a Oliver, y lo noto. Lo echo de menos más de lo que estoy dispuesto a admitir. Me había acostumbrado a nuestras citas. Ahora está en un campamento rodeado de niños incansables, y que esto lo afirme él, con su energía inagotable, es que seguro deben ser críos «infernales». Si para Oliver son agotadores, ni quiero imaginar cómo sería para mí.

Y pensar en él inevitablemente me lleva a:

¡Nos besamos!

Fue repentino, casi mágico. Buscó mi contacto y sus labios se posaron de manera tierna sobre los míos, sentí un estallido de emociones que me sobrepasó. Me encantó, fue un beso tierno, que comenzó sin prisas y fue ascendiendo en intensidad.

Jamás nadie me había besado de ese modo, quería seguir, que no se detuviera solo en uno, pero mi mente colapsó. Usé el pretexto de preparar más té para huir, con las mejillas al rojo vivo y la humedad apelmazando mis pestañas por el llanto. Tardé en recobrar la compostura y, al volver al salón, Oliver no dijo nada. Yo tampoco.

Han pasado nueve días desde aquello y, si no dejo de pensar en el beso, terminaré por volverme loco.

Pero es que… ¡Nos besamos! Me levanto de un salto y voy a la ventana para abrirla. Hace bochorno, o puede que sea yo el que se está acalorando.

Lo bueno de agosto es que tengo más manga ancha para teletrabajar, lo malo es que estar en casa hace que de vez en cuando mi mirada se desvíe al sofá y regresen destellos del beso.

Beso, beso, beso… parezco un disco rayado, ¿no puedo pensar en nada más? Y la respuesta es clara: no.

Aún siento miedo, por descontado. A pesar de que en mi mente no dejo de repetirme que Oliver no es Iván, y que los hermanos son tan distintos entre sí como el cielo y el infierno. Lo tengo claro, pero las dudas me acechan. No sé si estoy listo para lo que implica iniciar una relación, no obstante, quiero intentarlo.

Su manera de mirarme logra estremecerme; me trata con esa mezcla de dulzura y autenticidad que me deja sin aliento. Estar con él es como un bálsamo, igual que si por primera vez alguien me dijera que puedo ser querido sin condiciones, sin manipulaciones, de manera sincera y solo por ser yo. Oliver no ha necesitado ni una sola palabra para transmitirlo. El problema es que yo no sé cómo corresponder y ahora estoy preocupado.

Nos hemos escrito y hemos hablado por teléfono un par de veces, pero la inseguridad de mi corazón es una semilla que Iván plantó y, por más que intento arrancarla, hasta que no queme sus raíces, siempre vuelve a crecer.

Después de prepararme un té vuelvo a empezar en el ordenador, pero pronto mi cabeza vuelve a divagar de nuevo. Cojo el teléfono dispuesto a enviarle un mensaje, tal vez sea la manera de darme tregua. Aunque al escribirlo me asaltan distintas dudas, opto por hacer algo que jamás antes tuve oportunidad de hacer, hablar con

total sinceridad. Porque la primera vez que lo hice, todo terminó fatal.

AREL

Esto es muy solitario sin ti, estoy deseando que llegue el sábado para vernos.

¿Me arrepiento nada más mandarlo? Por supuesto, lo hago. Pero me obligo a lanzar el móvil contra el sofá e ignorarlo. No transcurren ni diez segundos que regreso a por él. Oliver todavía no lo ha leído. ¿Y si lo borro? Desaparecería cualquier prueba de mi atrevimiento, y él nunca lo sabría. Pero ahí estoy, leyéndolo otra vez, como si por arte de magia las palabras fueran a reescribirse solas. Lo echo de menos, es verdad, y cuento las horas para que podamos estar juntos, no miento. Pero ser tan directo... me hace sentir expuesto, como si hubiera dejado todas mis defensas al descubierto.

Defensas que por primera vez siento que no necesito.

Y así transcurre mi mañana, lenta, muy muy lenta, con el móvil en silencio y evitando mirar una pantalla que se niega a iluminarse ni vibrar.

Cuando salgo de casa rumbo a mi sesión con la psicóloga, con gafas de sol y ropa ligera como escudo, me hago la promesa de no pensar más en el maldito mensaje. *Spoiler*: no lo cumplo. Y mientras espero paciente a que pase el autobús, vuelvo a entrar en la *app* de mensajería, me siento idiota, pero ¿quién soy para resistirme a mi propia neurosis?

—¿Te preocupa que todavía no te haya contestado al mensaje?

La pregunta llega justo cuando ya pensaba que podría librarme, y es que la doctora María Martínez tiene la habilidad de poner siempre el dedo en la llaga, y de contestarme a todas las preguntas con más preguntas. Me remuevo incómodo en el sofá, dónde llevo sentado los últimos cincuenta minutos de mi vida.

—Estará ocupado.

—¿Cómo te hace sentir eso?

Fatal. Obviamente. Aunque mi cabeza me enumere una decena de razones que justifican que Oliver todavía no haya respondido al

mensaje, a mi inseguridad no le importa ninguna de ellas, por más lógicas que sean. Decirlo en voz alta, cuesta.

—¿Arel? —insiste ella, ajustándose las gafas de pasta.

—Mal, inseguro, dubitativo, vacilante, incierto, indeciso, temeroso, ansioso, inquieto, nervioso, angustiado…

La doctora suelta una risotada y levanta las manos para que me detenga.

—Creo que me hago una idea. Buena riqueza léxica.

—Gracias. —Espero unos segundos, pero al ver que no añade más, sé que espera que sea yo el que hable, pago mucho dinero para ello—. Sé que no tengo motivos, es injusto que vuelque mis miedos en Oliver

—Pero no puedes evitarlo, ¿verdad?

—No sé cómo hacerlo.

—Es comprensible. Te han hecho daño, y desconfiar es parte de tu armadura. —María deja la libreta a un lado y clava la mirada en mí—. Aunque sabemos que protegerte así puede limitarte.

Asiento, soy consciente de ello.

—En tu anterior relación…

—Eso no fue una relación —respondo tajante.

—Me gusta escuchar que lo tienes tan claro. —La doctora Martínez parece satisfecha con mi respuesta—. Fue una experiencia traumática, no amor. Pero Arel, quiero que recuerdes algo importante: tú no eres la misma persona que eras entonces. Te has esforzado mucho, y lo estás haciendo bien.

Tiene razón, lo he hecho. Duros años de trabajo para perdonarme y aceptarme, aunque no ha sido hasta la llegada de Oliver que no he visto los cambios. El salto evolutivo en mi cabeza ha sido como pasar de descubrir el fuego a manejar la inteligencia artificial en el transcurso de unas pocas semanas.

—¿Y si solo fue por pena? —pregunto, sintiendo un nudo en la garganta.

—¿Tú piensas que un beso así puede nacer de la lástima?

—¿Por qué siempre respondes a mis preguntas con más preguntas?

—¿Tú qué crees?

—¿En serio? —suelto, un poco hastiado, pero no tardo en contestar—. Para hacerme reflexionar.

Así que me quedo en silencio, procesándolo todo.

—Sé que no lo fue, pero ¿y si me equivoco?

—Permíteme recordarte algo: los pensamientos que nacen del miedo rara vez son acertados. Si dudas de Oliver, pregúntate si tienes razones reales para desconfiar o si es solo tu miedo hablando.

—Por suerte, cada vez habla más bajito.

—Y llegará un día en que deje de hacerlo. ¿Sabes cómo silenciar esa voz molesta?

—Hablando yo más fuerte.

—Exacto. Y una buena conversación a dos voces es la mejor manera de callarla.

Asiento, entendiendo el mensaje. No debo guardarme estas dudas para mí; Tengo que compartirlas con Oliver. Él ha demostrado que puede acompañarme, que está dispuesto a escuchar. Si fuera otra persona, quizás tendría miedo de abrirme, pero Oliver ha recorrido un camino similar al mío. Eso me da esperanza.

María toma la libreta de nuevo y anota algo en ella, arranca el papel y lo tiende en mi dirección. Lo acepto con una sonrisa, me gustan mucho sus «recetas», lo desdoblo para leer: *El miedo es solo un visitante, no un residente. Tú decides cuánto tiempo se queda.*

—Ya sabes, Arel, la última palabra siempre es la tuya.

—Gracias.

Justo cuando me levanto mi bolsillo emite una sutil vibración, el corazón me da un brinco e instintivamente llevo la mano en esa dirección, la mirada divertida de la doctora me retiene. Hace un gesto indicando que puedo leerlo, y no me demoro en hacerlo. Cuando veo el nombre del remitente, la sonrisa acude rauda a mis labios.

OLIVER

Estoy contando las horas. Te echo de menos.

Una cálida sensación anida en mi pecho, salgo a la calle donde me recibe una bonita tarde soleada, y es que, ahora mismo, quiero

creer que no existe ninguna nube de preocupación en mi cielo.

Una pequeña escena de Oliver

Me dejo caer en la cama con el brazo tapándome los ojos, pues tengo el fluorescente justo encima. A mi alrededor las voces de veinte críos chillones se van apagando conforme resuena el agua. Benditas duchas.

—¿Cansado?

—Agotado.

Andrea golpea mis piernas para que le haga un hueco y se sienta a los pies de la cama.

—Al menos a ti te quedan dos días, eres un traidor.

Suelto una carcajada que se escucha apagada al rebotar contra mi antebrazo. Me encanta ser monitor en los campamentos de atletismo, pero este año me tienta mucho más pasar el final del verano junto a Arel, y no me pesa absolutamente nada cambiar mis planes habituales por él.

A Andrea le cabrea que la ignore y me lo hace saber pellizcando —con bastante mala leche— mi muslo. Doy un respingo y me incorporo de golpe con gesto de ir a devolvérsela, y ella me responde alzando la barbilla, retadora.

—Eres una bruja —me quejo. Mi mano desciende para embrollarle el cabello.

—¡Quita! Jolines, que manía más odiosa.

Recojo las piernas contra el pecho, los gritos enloquecidos de los monitores que se están encargando ahora mismo de los mocosos me recuerda que esta noche toca juegos, la esperadísima gincana nocturna. A los chavales les encanta, también era mi actividad favorita a su edad. Ahora, como encargado de prepararla, sé lo difícil que es y el trabajo que conlleva.

—¿Tienes planes para estas semanas? —Andrea se recuesta contra la pared y juguetea con la goma del pelo que siempre lleva en la muñeca.

—No exactamente.

No los tengo. Lo único que tengo pensado es pasar tiempo con Arel, todo el que me sea posible hasta que de nuevo me toque empezar la universidad. Quería proponerle hacer una escapada, sin ir muy lejos, quizá un par de días a la playa, pero he desechado la idea. Es demasiado pronto y no quiero presionarlo; me adaptaré al ritmo que él decida.

—Pero vendrás a la cena del último día, ¿no?

—Claro, no me la voy a perder.

Andrea asiente satisfecha, pero el tono de un mensaje interrumpe el momento. Los dos giramos la cabeza hacia mi almohada, bajo la cual tengo escondido el teléfono. Técnicamente, los monitores no los tenemos prohibidos, pero el uso limitado es parte del «predicar con el ejemplo». Este año, sin embargo, he hecho algunas trampas.

Después de lo que pasó en casa de Arel, tuve que salir pitando al campamento. Y lo último que quería era que se quedara dándole vueltas al beso o interpretando mis silencios como algo que no son. Así que me las he ingeniado para enviarle mensajes casi todos los días, incluso hacer alguna llamada furtiva detrás de las pistas.

—Como te vean los niños, se va a liar —advierte, arqueando una ceja.

—Tú no te chives —pido, de manera cómplice.

—Se te pone cara de idiota cada vez que te escribe tu novia.

Al alzar la cabeza nuestras miradas se encuentran. Andrea y yo somos amigos desde hace muchos años; sin embargo, es una amistad meramente profesional. Supongo que, aparte de Borja, nunca he sido muy cercano con nadie. Puede que sea hora de cambiarlo, me apetece.

—Novio. —La rectifico, por primera vez; aunque añado—: Bueno, tal vez lo sea, no lo sabré hasta Navidad.

Andrea me mira con una mezcla de sorpresa y estupefacción, pero no dice nada.

—¿En serio no te lo esperabas?

Pinza la goma con dos dedos y tira de ella para recogerse el pelo, de pronto, suelta un suspiro cargado de resignación.

—Lo sospechaba. Me alegra que por fin me lo hayas dicho, así mato del todo mis esperanzas.

Las… ¿Esperanzas? Me incorporo de un bote y casi me atraganto con mis propios pensamientos, ¡soy un imbécil!

—Espera… —pido, alargo la mano para cogerla del brazo—. Lo siento, no lo sabía, yo… Me siento idiota, perdona, no tenía ni idea de que yo te gustaba.

Los ojos de Andrea se abren de sobremanera, su rostro se contrae y su expresión se vuelve extraña, parece que acabe de chupar un limón. Se levanta de la cama sacudiéndose, como si quisiera quitarse de encima un insecto.

—Gustarme, ¿tú? ¡Pero qué dices, chalado! Lo decía por Borja.

—¿Qué pinta Borja en todo esto? —pregunto, confundido… Me levanto para seguirla y de nuevo me siento bobo—. ¡La hostia! El que te gusta es Borja, no yo.

—Pues claro —suelta, como si fuese algo obvio—. Es guapísimo.

Suelto una carcajada llena de alivio, hasta que…

—Espera, ¡yo soy mucho más guapo que Borja! —me indigno.

Andrea mueve las manos de un lado a otro, de manera exagerada.

—Ni en tus sueños, chaval. No le llegas ni a la suela de los zapatos.

Capítulo 16



La mañana del sábado me recibe soleada. Hace muchísimo calor, tanto que nadie en su sano juicio saldría a la intemperie, salvo yo. Porque no puedo esperar por ver a Oliver, y ni el astro rey va a impedirme ir a su encuentro.

Voy tarde, toca apresurarse, estoy calzándome los zapatos al tiempo que meto las llaves en el bolsillo. Justo cuando abro la puerta para precipitarme a la carrera, tropiezo; sin embargo, no me caigo porque unos brazos me han rodeado y sujetan mi cuerpo sin esfuerzo. Cuando levanto la cabeza me encuentro con ese par de ojos azules, más cristalinos que el agua de un arroyo de alta montaña.

—¡Oliver!

—Me encanta que te lances a por mí.

Su tono burlón llega acompañado de una sonrisa ladeada mientras me ayuda a incorporarme. Aún siento el calor de su abrazo en mi piel, y cuando lo miro bien, el mundo parece detenerse un instante. Lleva unos vaqueros anchos, desgastados y llenos de agujeros, junto con una camiseta blanca sin mangas que deja a la vista sus tonificados bíceps, los mismos que hace un momento me sostenían con firmeza.

Pero lo que realmente me roba la atención es el enorme apósito que adorna su frente, casi como un accesorio que resalta su aire de chico malo, o más bien, de niño travieso. Con su sonrisa

despreocupada y la actitud que lo caracteriza, parece sacado de una revista de ídolos adolescentes.

Sin pensarlo, mis ganas de verlo después de dos semanas se imponen. Le tomo la mano y tiro de él hacia el interior del piso. Oliver alza las cejas, sorprendido, pero se adapta con rapidez. En una sucesión de fluidos movimientos, cierra la puerta tras de sí y, antes de que me dé cuenta, sus manos me giran y mi espalda queda recostada contra la madera recién cerrada.

Nos miramos. Mi respiración se entrecorta, pero él parece tan tranquilo como de costumbre.

—¿Se puede saber qué te ha pasado? —logro preguntar.

Con aire indiferente, lleva un dedo a su frente y roza el apósito, su sonrisa va creciendo aún más, como si el motivo de su herida fuera una trastada de tantas.

—Le pegué un susto de muerte a uno de los niños en la gincana nocturna y salió corriendo…

Nuestros rostros están cerca, tanto que siento el cosquilleo de sus palabras estrellarse contra mí.

Me mata la curiosidad por saber cómo sigue la historia, o tal vez no. Mis dedos se enredan en la tela de su camiseta, aferrándome a ella, con la tentación anidando en la punta de las yemas, reprimiendo el impulso de dar un tirón y terminar por evaporar los centímetros que nos separan.

—Me comí una rama —murmura. No lo he advertido, pero está mucho más cerca—. Iba corriendo a oscuras llamando al crío y…

Sus palabras mueren en el filo de mis labios. Son cálidos y suaves, como sus besos, tan tiernos que podrían derretirme. Me abandono a la agradable sensación que se expande por todo mi cuerpo, al cosquilleo que me nace en la boca del estómago y recorre mi organismo.

—¿Te duele? —consigo preguntar, sin apartarme.

—Mucho —responde en un quejido lastimero. Después vuelve a la carga contra mi boca—. Bésame hasta que se me pase.

Y eso hago.

Las manos de Oliver, una a cada lado de mi cabeza, se mueven hasta rozar mi cuello, noto el calor de sus palmas, un poco sudadas,

contra la piel desnuda de mi nuca, y como me reclaman, acercándome. Alzo la barbilla y separo los labios, dejando que su lengua invada la mía en una danza frenética a la que no quiero poner fin y, a la vez, temo el desenlace.

Un corazón puede asemejarse al cristal: puro, hermoso y reluciente, pero con el tiempo, las grietas lo vuelven vulnerable, capaz de romperse con un leve golpe. Cuando se fisura, recuperar su antigua forma es casi imposible. Sin embargo, cada grieta o marca cuenta una historia, recordándonos que la fragilidad también puede ser parte de la belleza.

Con su cariño, Oliver va rellenando cada una de las hendiduras. Me parece inverosímil que en unas pocas semanas haya logrado lo que jamás pensé que ocurriría, que a pesar de todos los golpes y roturas, mi corazón vuelva a latir.

—Nunca definas el amor por su duración, sino por su intensidad —susurro, todavía apostado entre sus brazos.

No dice nada, no es necesario, su sonrisa y la expresión de felicidad que emana de su mirada habla por él. Sus manos se acomodan a mis mejillas y vuelve a besarme de manera dulce, casi reverenciando el momento y el acto.

—Podría acostumbrarme a que me recibas siempre así —bromea.

Me encanta este carácter divertido y desenfadado, tan propio de su edad. A regañadientes terminamos por separarnos, conscientes de que alargar más este encuentro puede encender un fuego que, por ahora, no me veo capaz de apagar.

Oliver se endereza con expresión calmada, aunque no puede esconder las llamas que arden en sus ojos —ni la erección que se intuye bajo sus pantalones a pesar de la anchura— y le agradezco profundamente toda la paciencia que tiene y va a necesitar seguir teniendo conmigo.

Y justo en el momento en que da un paso para alejarse, me lanzo al frente y lo sujeto de nuevo. Por suerte, mi mano no muestra el temblor que sí me sacude desde dentro cuando busco sus ojos, pero me quedo callado, prendado en ellos, en la amorosa expresión que trasmiten.

—Yo también te he echado de menos.

Lo dice a media voz, consciente de qué es lo que necesito escuchar. No puedo evitar soltar una risotada; no sé si temer o agradecer la facilidad que tiene para meterse en mi cabeza. Aunque, teniendo en cuenta lo mucho que a veces me cuesta expresarme, creo que es una bendición.

El resto del día transcurre como estaba planeado, con la reserva en un restaurante que hace un tiempo me recomendó Marta y al que llevaba tiempo queriendo ir. Resulta ser uno de esos lugares elegantes donde cada detalle parece rezumar exclusividad. Pero inevitablemente es Oliver quien roba toda la atención. No sé si es su vestimenta, que contrasta audazmente con el ambiente, o ese magnetismo innato que lo envuelve y atrae miradas donde quiera que esté. Y no es para menos.

Me descubro otra vez maravillado por su seguridad aplastante, sus risas tan genuinas que iluminan el lugar, y esa expresión siempre divertida. Cada gesto suyo está impregnado de una calidez desbordante y me dejo embriagar por ella.

Por espacio de varias horas compartimos comida y risas. Sus aventuras en el campamento me arrancan más de una carcajada, y no sé cuáles me gustan más, si las anécdotas de cuando participaba en ellos siento un niño o ahora que lo hace como monitor.

A media tarde llega el momento de la despedida porque Oliver tiene que pasar por casa de sus padres, algo de lo más natural, pero que no deja de parecerme una molestia. Damos un agradable paseo hasta una de las bocas de metro más próximas, por momentos nuestras manos se rozan y me siento tentado de terminar de enlazarlas, aunque no lo hago.

—¿Nos vemos mañana? —pregunta, alargando el momento. Asiento con un cabeceo—. Está bien, pero elijo yo.

—Claro —concedo.

—¿Estás seguro de que no te va mal cogerte ahora las vacaciones? Es muy precipitado, debería…

—Está bien —le corto.

Me ha confesado que ha reducido su estadio en el campamento solo por pasar más tiempo conmigo. Me he sentido agobiado, también halagado. Y de pronto con ganas de disfrutar de estos

quince días, así que he solicitado yo también las dos últimas semanas de agosto.

Al final nos despedimos con un abrazo que se me queda muy corto, demasiado, pero mañana volveremos a vernos. La perspectiva de este tiempo juntos me hace soñar despierto, creándome una sensación cosquilleante a la que puedo llamar felicidad.

Una pequeña escena de Oliver

La primera vez que lo vi, jamás imaginé lo importante que sería en mi vida. Al principio fue esa cara amable a la que aferrarme, encontré en él la bondad que mi propio hermano no tenía. Después, con el paso de los meses, y tras comprender las reacciones de mi propio cuerpo, descubrí que Arel significaba mucho más.

Pensé que con el tiempo lo olvidaría. No obstante, el transcurso de los años solo logró acrecentar mis sentimientos, reteniéndolos peligrosamente hasta que explotaron, cual bomba nuclear, en el momento que lo vi aparecer en la boda de Iván.

La maldita-bendita boda de Iván.

Apago el móvil después de grabar todo el *get ready with me* para la cita. Es un formato de video que tiene mucho enganche en TikTok. Además, con la práctica he aprendido a cortar en los momentos precisos, así que con poca edición lo tengo listo para colgar.

—¡Me voy! —grito, al pasar frente al dormitorio de mi compañero.

La puerta se abre y aparece un somnoliento Borja, con cara de cabreo por haberlo despertado, a pesar de ser casi medio día.

—Te odio —dice, con voz pastosa.

—¿Que me quieres? ¡Gracias! Yo a ti también.

—Que te follen.

Mi imaginación se dispara, no me desagradaría.

Desde que era un crío, Borja tiene un humor de perros cuando duerme poco, que unido a su habitual mal carácter lo convierten en alguien insoportable. Aunque yo ya me he acostumbrado a él y, en el

fondo, me encanta como es, porque no deja de ser una fachada fácilmente desmontable. En el fondo es un trozo de pan.

Me sigue hasta el salón donde me pega un repaso de arriba a abajo, con esa cara de asco que pone a veces, lo que hace que yo también me mire, entrándome las dudas.

—¿Voy mal?

He elegido un pantalón de tela ancho de un color a medio camino entre el gris plateado y el azul, combinado con una camiseta lisa negra y una camisa de cuadros anudada a la cintura como complemento final para añadir capas. No suelo dudar con mi atuendo, aunque reconozco que ayer me sentí un tanto fuera de lugar en aquel restaurante, la verdad, di bastante el cante, no pegaba con aquel ambiente ni con cola. Era muy refinado.

Pero hoy elijo yo, una hamburguesería que hacen unas *smashburger* que echan de espaldas y que estoy seguro de que le va a encantar. Además, comer con las manos es una prueba de fuego a nuestra intimidad.

—¿Dónde lo llevas?

—Al Extreme. —Cojo la mochila y la cruzo en mi pecho, después tomo las llaves del gancho al lado de la puerta dispuesto a marcharme—. ¿Voy mal o no? —insisto.

Borja niega con la cabeza y añade un gesto de indiferencia con la mano:

—Asquerosamente perfecto, como siempre.

No puedo evitar soltar una risotada y me relajo; la moda es solo un pasatiempo, pero reconozco que me encanta.

Capítulo 17



Es inevitable no dejarse arrastrar por el mundo de Oliver, tan diferente al mío y, al mismo tiempo, tan familiar por los recuerdos que despierta de mi propia época universitaria. Mi paso por la facultad no estuvo exento de momentos difíciles, pero, en perspectiva, los buenos prevalecen en mi memoria. Y me llevé a las dos mejores amigas en el mundo entero.

La brecha generacional entre nosotros se siente menor mientras cruzamos la entrada del Extreme, una hamburguesería que solía frecuentar en aquellos años. A pesar de ello, ahora me invade una extraña sensación de ser un pez fuera del agua.

—¿Lo conocías? —pregunta, con curiosidad.

Observo a mi alrededor, pocas cosas han cambiado aunque, pensándolo bien, no han pasado ni diez años.

—Vine alguna vez.

Aunque lo recordaba más limpio y con la música menos estridente. A mi alrededor hay al menos una veintena de jóvenes, y alguna que otra familia con niños aprovechando el domingo.

Oliver parece satisfecho con la elección y me contagio de esa energía, además, me apetece mucho una buena ración de comida basura.

—Creo que estos quince días pasarán factura en tu dieta —me burlo.

—Joder, ni que lo digas. Mañana mejor algo de tranquis. —Enmudece un instante, parece darle vueltas a algo—. También puedes acompañarme a correr.

—Va a ser que no —suelto, sin dedicarle un segundo a barajarlo como posibilidad.

Aunque la mención del día siguiente logra estremecerme, ¿tiene intención de que pasemos todos y cada uno de los días de vacaciones juntos? Me huelo que la respuesta es sí y, de nuevo, me descubro con ese cosquilleo de felicidad que logra que sonría como un verdadero tonto.

Después de hacer fila tras unos chavales que hablan a voz en grito, pedimos dos completas «como la cabeza de un bebé», tal como prometen en uno de los carteles colgados de la pared, y tomamos asiento en una de las pocas mesas libres que encontramos.

Cuando nuestro número aparece en pantalla, Oliver hace un gesto para que no me mueva y va a por las bandejas.

Tampoco recordaba las hamburguesas tan grandes.

Y entonces llega el momento de la verdad, el decisivo… El momento de tomar ese mastodonte atrapado entre dos panes descomunales e hincarle el diente. Veo cómo mi acompañante contempla su bandeja con una ceja levantada, evaluativo; la toma y la voltea, y la duda aparece al fondo de sus ojos. Suelto una carcajada, me nace de manera tan auténtica que sale un pelín exagerada, sobreponiéndose a la música y al rugido humano.

—¿Qué pasa? —le provoco—. ¿Se te va a emborronar el maquillaje?

Entonces tomo la delantera, agarro esa hamburguesa grasienta y pringosa que chorrea por todos lados y, sin pensarlo, le doy el primer bocado. La salsa se escurre manchándome la comisura de la boca y hasta la barbilla. Oliver me observa divertido.

—Has visto el video.

Noto el pringue sobre mi piel, seguro que brillo como una bola de discoteca. En otras circunstancias me parecería inadmisible, pero sorprendentemente no me importa.

—Lo he visto. Debo confesarte que entro cada día a ver qué nuevos has colgado.

Entonces es él quien empieza a devorarla con ferocidad. En menos de tres bocados tiene kétchup incluso a la altura de los codos.

—No es maquillaje, es corrector —informa.

Una nueva risotada aprieta mi garganta. Ya no recordaba lo liberador que podía ser estar en compañía de alguien a quien no le importa cómo te ves, porque a sus ojos eres perfecto tal y como eres. Bueno, no es que no lo recuerde, es que nunca lo he vivido. Salvo con Marta y Laura, siempre me he movido en un entorno de los que se podría considerar un poco… estirado. Hasta los compañeros de la editorial son algo pedantes. Nos llevamos muy bien y el ambiente de trabajo, por lo general, es agradable. Esto no quita que no pueda ser crítico, y tendemos —me incluyo— a ser un tanto pretenciosos.

—¿Qué te parece? ¿A que está buenísima? —pregunta Oliver, expectante.

—Mucho mejor que el pescado de ayer.

Nos zampamos las hamburguesas y compartimos una gran ración de patatas fritas. Realmente deliciosas. Charlamos y con cada intercambio de frases me maravillo con la habilidad de Oliver para convertir cada momento en algo inolvidable, la facilidad que tiene para conversar de todo y de nada y lo cómodo que logra que me sienta.

Después de frotarme los dedos contra una pila de servilletas inútiles, me rindo y opto por buscar el baño para lavarme con jabón.

Los aseos están en la planta baja, al final de unas escaleras estrechas y mal iluminadas. No recordaba las paredes grafiteadas, saturadas de colores y mensajes caóticos, dándole un aire casi clandestino. Sigue como antaño, sin embargo, ahora me despierta cierto mal rollo. Frente a mí se abre una sala del mismo tamaño que la superior, oscura y desaprovechada: cajas de bebidas, sillas apiladas y mesas desordenadas, colocadas de cualquier manera.

El baño no mejora la impresión. Las puertas de madera están decoradas con mensajes obscenos y frases más o menos ingeniosas,

una especie de antología urbana donde las odas a la virilidad masculina compiten con propuestas picantes y usuarios de Instagram garabateados, como si este rincón fuese el Tinder de los aseos públicos.

De vuelta a la mesa, descubro a Oliver charlando animadamente con dos jóvenes. Uno de ellos se ha sentado a su lado, mientras que el otro ocupa mi lugar frente a él. Deduzco que deben ser compañeros de universidad disfrutando de sus días libres, pero no puedo evitar notar cómo la simple presencia de Oliver iluminara ese rincón con su propia chispa.

—¡Arel! —me llama.

No me he dado cuenta de que me he quedado detenido en el último escalón sin decidirme a adelantar el siguiente pie. Reanudo la marcha al tiempo que Oliver hace un gesto al muchacho que se levanta para devolverme el sitio.

—Te presento, ellos son Eric y Mateo —dice, señalándolos—, son compañeros de la carrera —después se gira en mi dirección, hay un cambio sutil en la manera de mirarme—. Él es Arel, un amigo.

Que me presente como a un amigo no me molesta, pero si pienso en que «no me molesta» es que, como mínimo, me ha dado qué pensar. Alargo la mano en dirección a los chicos y los saludo de manera cordial, aunque sin demasiada emoción. Supongo que porque de nuevo me escuece la sensación de que Oliver y yo estamos en dos puntos muy distintos de nuestras vidas, aunque pretenda ignorarlo.

—Un placer —dice el tal Eric.

—¿Colegueo o cita? —pregunta el otro, empujando las gafas por el puente de la nariz.

Oliver me lanza una mirada fugaz y una sonrisa aparece en sus labios, una de esas medio ladeadas que le dan aire de pícaro escoria.

—La segunda —afirma—. ¿No, Arel? —lanza la pregunta con un puntito de maldad.

Mis ojos se han quedado secuestrados por los suyos, no puedo apartarlos, y el corazón me da un respingo cuando afirmo con un cabeceo.

—Eeeentendido, entonces: desaparecemos —afirma Mateo, con una expresión divertida—. Ya nos veremos por ahí, Oli. —Después se gira en mi dirección—. Un placer, Arel.

—Igualmente.

Los chicos se van, charlando entre ellos; Oliver no les dedica ni un segundo de su atención, sino que sigue pendiente de mí, analizándome. Al final, suelto un suspiro antes de decir:

—Disfrutas poniéndome entre las cuerdas.

Él niega con un gesto enérgico que hace que los mechones de su cabello le bailen contra la frente.

—Es que me encanta escucharte decir que esto es una cita —continúa provocándome.

—Sabes que lo es.

—Pero que tú lo digas, me emociona.

Alargo la mano por encima de la mesa hasta tomar la suya con cariño.

—A veces olvido que todavía eres una ranita pequeña que acaba de salir del charco. —Es mi turno de ser un poco malo.

—¡No lo soy! —protesta.

Creo que he dado justo en el clavo, que este es su talón de Aquiles, porque lo veo verdaderamente molesto. Tal vez no soy el único al que le acusa un sentimiento ambiguo con el tema de la diferencia de edad, es algo que los dos tenemos presente.

—Vale, soy un crío, pero tú sigues sin decirlo. Qué cruel puedes ser a veces —me increpa.

—¿Quieres que lo diga? —Oliver afirma con la cabeza—. Está bien: esto es una cita. —Los ojos de Oliver chisporrotean de felicidad —. Además, una que ha ido muy muy muy bien y que creo que podríamos terminar tomando el té en mi casa, ¿te apetece?

No me da tiempo a terminar la frase que Oliver ya está en pie y procede a colgarse la mochila que le cruza a la altura del pecho. Suelto una carcajada y me incorporo yo también para salir juntos del local.

—Cuando digo tomar un té, me refiero a tomar un té.

—Lo sé —afirma. Y de pronto, su mano se enreda con la mía—. Aunque, lo he intentado y, si no te importa, prefiero el café.

Una pequeña escena de Oliver

Nos detenemos en una tienda 24 horas cerca de su piso para comprar un bote de café soluble. Mientras lo elijo, me surge el pensamiento de lo irónico que resulta que lo primero que vaya a dejar en casa de Arel sea esto: un simple bote de café. No es como en esas películas románticas donde dejan un cepillo de dientes o un pijama. Aunque, siendo sinceros, no puedo quejarme. Apenas llevamos unas semanas viéndonos y todavía no tengo del todo claro qué somos. Supongo que lo más adecuado es decir que estamos probando a estar juntos, o algo así.

—Oye, me estaba preguntando —digo, metiendo el bote en la mochila—, ¿no tienes coche?

Salimos de la tienda, el sol del medio día me impacta de manera directa, así que me coloco las gafas de sol.

—No tengo carné.

—Espera, ¿qué?

Arel suelta una risotada, y toma la iniciativa de buscar mi mano para que caminemos asidos de ellas.

—¿Para qué lo necesito? Vivo en una ciudad con transporte público.

—Pero…

Arel se encoge de hombros, sin darle importancia al hecho de ser un hombre de casi treinta años sin carné. Yo llevaba desde los diecisiete deseando cumplir un año más para examinarme y, aunque no tengo coche, cuando alguno de mis amigos me deja el suyo, me encanta. La libertad que da conducir es incomparable.

Lo miro de reojo.

—No tienes redes sociales, ni coche y sobrevives a este loco mundo sin café, eres…

—Raro —termina por mí.

—Peculiar.

—Pero te gusto.

Lo dice con un hilo de voz, como si le diera vergüenza, pero no pudiera resistir la tentación, quizá no de decirlo, sino de escuchar mi

respuesta.

—No.

—¿No?

La pregunta es un solo monosílabo, pero sale cargada de angustia, de hecho, hasta se ha detenido en medio de la calle y ahora me mira con una ceja alzada. Suelto una risotada.

—No me gustas, me encantas —confirmo.

Tiro de él y lo atrapo en un abrazo corto que me vale para que nuestros labios se encuentren un segundo. Es maravilloso ver la sorpresa y la turbación que desprende su mirada cada vez que le beso. Tiene los ojos más bonitos y expresivos que he visto nunca, perderme en ellos se está convirtiendo en un hábito que no podré dejar.

—Te has puesto rojo —susurro, agachando la cabeza para quedar a la altura de su oído.

—¡Eres idiota!

Su represalia llega acompañada de un manotazo y, de pronto, echa a caminar sin mí, dejándome atrás. Parece enfadado. No me muevo, sino que me quedo viéndole avanzar de manera apresurada. No han pasado ni treinta segundos cuando se gira en mi dirección; incluso en la distancia me quedo prendado de la gran sonrisa que decora su cara.

—¿Vamos o no?

Hecho a correr tras él, y me toca tragar todo el amor que me muero por darle.

Capítulo 18



En el transcurso de estas dos semanas, pasar tiempo con Oliver se ha convertido en algo natural, como respirar. Intentar aunar el máximo número de horas juntos, coleccionar momentos, anécdotas, conversaciones o paseos se ha vuelto vital. Sin importar el dónde ni el qué, solo el hecho de permanecer el uno al lado del otro.

Y besarnos.

Lo hemos hecho en el cine, en el parque o sentados viendo una serie en mi sofá. Cualquier momento, cualquier excusa vale para buscar el contacto. Nuestras manos unidas al caminar, su brazo rodeando mi cintura, o dejar caer de manera distraída la cabeza sobre su hombro.

Pero tampoco puedo olvidar a mis amigas, y Oliver también tiene compromisos propios y amigos que no debe dejar de lado. Así que nos hemos dado el margen de un día con su respectiva noche, un proceso de desintoxicación, por llamarlo de alguna manera. Sobre todo, porque en poco más de una semana el curso empezará y sus obligaciones y las mías se van a multiplicar.

Me dejo caer de manera pesada en el sofá. Estamos en casa de Marta, teníamos una cena pendiente y la necesidad imperiosa de ponernos al día. Pero al final he comido más de la cuenta, ¡mucho más de la cuenta! Las muy locas han pedido a un restaurante Argentino la cantidad necesaria para alimentar a un regimiento.

Me cuesta hasta respirar, ¡a la mierda! Me desabrocho el cinturón y el oxígeno vuelve a circular. A mi lado noto como los cojines se hunden un poco y una mano se desliza en mi dirección para palparme la barriga.

—Más vale que cuides esto ahora que tienes un novio.

—Un novio que además es un yogurín —apuntilla Laura, colocando uno de sus rebeldes tirabuzones tras la oreja.

Ambas se miran y un destello de maldad asoma a su mirada.

—¡Arel el *sugar daddy*! —exclaman al unísono.

Mi indignación aumenta, sacudo la mano de Marta, que todavía aprieta en busca de mis michelines mientras se ríe de esa manera suya tan escandalosa.

—¡Dejadme en paz!

—Un *sugar daddy* sin dinero. —A Marta le encanta molestarme, creo que es su maldito pasatiempo.

—Os odio, a las dos.

—¡Qué va! No puedes odiarnos, ¡nos adoras!

Laura se levanta para ir al mueble bar y empieza a servir tres copas. No solo quieren rellenarme como a un pavo, sino que pretenden hacerme beber. Voy a terminar la noche fatal.

—¿Cuándo nos lo vas a presentar?

Laura habla sin girarse, concentrada en lo que está preparando.

—En serio, dejad de agobiarme.

Mis quejas no hacen más que divertirlas, las conozco demasiado bien, así que me muestro más enfadado de lo que realmente estoy.

—A ver, llevas ignorándonos todas las vacaciones, ¡exigimos el derecho de saber por quién!

—Además —Laura me entrega un gin-tonic en vaso de tubo decorado con cáscara de naranja—, tenemos que darle el visto bueno. A mí, esto de que sea hermano de Iván, no me hace ni puta gracia.

Doy un trago, el alcohol me raspa en su camino de descenso por mi garganta. Está demasiado fuerte, pero no quiero darles más motivos de burlas.

Suelto un suspiro, entiendo su preocupación, porque en verdad es una situación que roza lo absurdo, pero ¿qué le puedo hacer? El

hecho de que sean hermanos es algo que a mí también me ha costado gestionar. Aunque, curiosamente, estos últimos días ni lo he pensado.

—¿No íbamos a organizar una paella? ¡Tráelo! —sugiere Marta. Menudo saque tiene, se ha bebido la mitad de la copa de un solo trago—. Y tú te traes a Ian —añade, señalando a Laura.—. Y yo… —medita—, bueno, le puedo decir a mi primo Christian que se venga también. Así no me siento una aguanta velas.

—Bueno, bueno, ahora estamos molestando a Arel —suelta Laura, en tono divertido. Después se pone seria al mirarme—. Solo queremos conocerle, eres nuestro niño, tenemos que protegerte.

La mueca de fastidio me delata. Solo nos llevamos un puñado de meses, aunque me persigue la losa de cómo nos conocimos, así que ambas se han erigido como guardianas de mi persona y, la verdad, no me importa, al contrario, me encanta.

—Está bien, hablaré con Oli.

—Oooohhhh… Oli… qué tierno —se burla Marta.

No les he dicho que, de querer verle, podrían hacerlo entrando a TikTok; que es el chico guapo que cuelga videos: bailando, vistiéndose con ropa perfectamente seleccionada, maquillándose o entrenando. Y que no hay pérdida, que de entre todas las cuentas que les salgan, solo tienen que fijarse en el más guapo de todos y seguro que aciertan. Pero esa parcela de la vida de Oliver prefiero quedármela para mí —y sus millones de seguidores—.

La noche transcurre entre charlas y chismes del mundo editorial. No es de extrañar, ya que los tres vivimos de ello. Criticamos sin tapujos a algunas editoriales que funcionan más como mafias que como empresas, y nos reímos de ciertos autores cuya actitud bien podría rivalizar con la de matones. Entre risas, hablamos de nuestras lecturas y volvemos a bromear sobre la idea de lanzarnos nosotros mismos a escribir.

Cuando salgo a la calle, la noche está en su apogeo. Hace calor, aunque ya no el bochorno asfixiante de semanas atrás. Consulto el móvil y veo un par de mensajes de Oliver. Él también ha salido, pero lo suyo no ha sido una cena tranquila, sino una fiesta. En una de las fotos aparece Borja encaramado sobre su espalda, ambos a punto

de caerse, con las caras iluminadas por una felicidad contagiosa. En el siguiente mensaje leo: «Tengo un koala, ¿te gusta?».

Suelto una carcajada. Decido tomar un taxi para regresar a casa. Cuando el coche se detiene frente a mí, subo al asiento trasero, doy la dirección y, una vez acomodado, comienzo a escribirle la respuesta.

AREL

Muy bonito, iré a comprar hojas de eucalipto.

Echo la cabeza atrás y cierro los ojos un segundo. Me lo he pasado genial con las chicas, aunque he extrañado a Oliver. Supongo que es normal después del intensivo de estas semanas, pero al mismo tiempo me asusta. No quiero volver a depender emocionalmente de un hombre, aunque sea uno tan maravilloso como Oliver. Su juventud juega en mi contra. Tal vez lo que ahora siente con tanta intensidad se difuminará con el tiempo; le quedan muchas experiencias por vivir y miles de personas que conocer y…

El teléfono vibra entre mis dedos, y nada más deslizar la pantalla, la voz de Oliver me golpea con su energía arrolladora.

—¡Hola! —grita, con ese tono suyo que siempre suena a sonrisa —. ¿Estás volviendo a casa? ¡Es muy pronto!

—Oli, son las tres de la madrugada —respondo con una calma resignada.

—Pues eso, pronto. —Su rotundidad no deja lugar a réplica—. Nosotros vamos camino a la playa.

Mientras él habla, mis ojos se pierden en la ventana del taxi. Los edificios, las farolas y las sombras de las calles se suceden, como si la ciudad tuviera su propia vida, incluso a estas horas.

—Menuda energía tienes —comento, incapaz de disimular mi cansancio—. Yo estoy muerto.

—Eso es porque no tomas café. —Puedo escuchar el bullicio a su alrededor. Las voces se mitigan, como si hubiera estado intentando encontrar un rincón más tranquilo—. ¡Borja dice que te vengas!

Una carcajada escapa de mis labios.

—Dile que muchas gracias, pero esta noche es para vosotros.

—Oye, a mí no me importa —responde apresurado, aunque la lengua le traiciona con alguna palabra trabada—. También está Eric, el chico del Extreme. Si quieres, te esperamos.

—No. De verdad, disfrutad mucho.

—¿Seguro?

—Totalmente. Voy a irme directo a la cama nada más llegar. Oye…

—¿Sí?

—Ten cuidado, ¿vale?

—Por supuesto…

El ruido de fondo parece desaparecer, como si sus amigos se hubieran alejado o simplemente el mundo al otro lado de la línea se hubiera pausado. El silencio pesa, no es incómodo, pero sí cargado de algo que ninguno de los dos dice. El taxi dobla una esquina, y sé que estoy a menos de cinco minutos de mi portal.

—Arel. —Su voz regresa, más suave ahora—. Mañana voy a tener una resaca del copón.

—No lo dudo. Tómatelo con calma.

Otro silencio, más denso, más pesado. Lo dejo estar, hasta que él lo rompe.

—Arel…

—¿Qué?

—Te quiero.

La llamada se corta antes de que pueda reaccionar. Me quedo mirando la pantalla apagada, reflejándome en ese negro distorsionado, como si buscara allí las palabras que no he alcanzado a decir.

—Será posible… —murmuro al vacío, sintiendo que la voz de Oliver aún reverbera en algún rincón de mi pecho.

Tal vez yo también estoy empezando a quererle.

Una pequeña escena de Oliver

La cabeza me estalla. Doy vueltas entre las sábanas arrugadas y llenas de arena hasta que la molestia es tanta que, maldiciendo

entre dientes, me levanto cabreado.

La puerta de Borja sigue cerrada, creo que ayer terminó bastante más perjudicado que yo. Si me paro a pensarlo, no tengo ni idea de cómo hemos llegado a casa. Voy arrastrándome a la cocina y enciendo la cafetera, saco la leche de la nevera y me desparramo sobre la encimera.

Jodida resaca, me duelen hasta las pestañas.

El olor a café me reconforta, pero no tanto como cabría esperar.

No estoy demasiado acostumbrado a beber, mis fines de semana transcurren entre entrenos y competiciones, solo me permito algún que otro desfase puntual, aunque si el entrenador me viera, ¡menuda bronca me echaría!

Necesito un analgésico, así que regreso por el pasillo dirección al baño y me quedo parado frente a la puerta de la habitación de Borja. Golpeo un par de veces antes de abrirla. Sobre la cama se observa un bulto enredado, como un rollito de primavera. Me froto los ojos con el dorso de la mano, en la penumbra la silueta se mueve emitiendo un gruñido más animal que humano. Con la maldad que pocas veces me caracteriza, pero que en ocasiones saco a relucir, me deslizó sigiloso por la habitación y subo la persiana de un tirón, logrando que todo se ilumine con el sol del medio día.

—¡Joder!

La maldición que golpea mis oídos no es de la voz que yo esperaba.

Al girarme en dirección a la cama, lo primero que veo son dos pares de pies enganchados a dos pares de piernas peludas y, cuando mi cerebro se activa y procesa la información ya es demasiado tarde.

—¡Hostia puta!

Como quien ha visto un fantasma —el fantasma de la heterocuriosidad—, salgo de la habitación cerrando con más fuerza de la pretendida, lo que resuena como un portazo. Por un momento no sé qué hacer, me quedo plantado en el pasillo, como si me hubieran salido raíces.

—Café… —Vuelvo a la cocina, con el cerebro martilleándome en las sienes—. Café, café, café…

Instantes después escucho de nuevo la puerta y unos pasos que retumban por el piso. Borja aparece despeinado y con una expresión contrariada que pocas veces le he visto. Alzó las manos y junto las palmas en señal de disculpa. Obviamente, de haber sabido que estaba con alguien, no habría entrado.

—No es lo que parece.

No sé si reír o llorar.

Niego con la cabeza en un movimiento repetitivo de lado a lado.

—No tienes que darme explicaciones.

—No te las doy, se me caen solas… En serio, no es lo que parece.

—Vale —concedo.

Tomo un primer trago del café, sabe raro, extraño, como toda la situación. Borja sigue ahí, en la puerta de la cocina, con la atención clavada en mi dirección.

—Nosotros hemos dormido juntos un montón de veces —argumenta.

En eso tiene razón. Desde críos hemos compartido cama miles de veces, y nunca ha pasado nada entre nosotros. Borja ladea la cabeza y dirige la atención al final del pasillo, donde están las habitaciones.

—Oye… Te importaría…

Entiendo lo que me pide. Dejo la taza en la encimera.

—Voy a mear —anuncio, y salgo escopeteado por el pasillo.

Al poco se escuchan nuevos pasos, el susurro amortiguado de dos voces masculinas y el abrir y cerrar de la puerta de entrada del apartamento.

Entreabro la puerta y saco la cabeza; todo parece estar en calma. Regreso a la cocina a tiempo de ver a Borja derrumbándose contra la encimera. Tiene pintas de haber sido derrotado en batalla. Podría ser divertido hacer leña del árbol caído, decirle aquello de «nunca digas de esta agua no beberé», pero no lo hago, porque soy su amigo, su mejor amigo, y no estaría bien.

—¿Café? —pregunto, cafetera en mano.

—Por favor.

Capítulo 19



Meto la última botella de refresco en la nevera portátil y la dejo junto a la puerta. Es una reliquia de mi abuela, con el asa remendada de manera gloriosa con cinta americana. ¿Podría deshacerme de ella? Sí, claro… pero las de ahora no tienen su encanto, ni su capacidad de aguantar el calor sofocante de finales de verano.

Me detengo frente al espejo del baño para un último vistazo. El flequillo me cubre media cara; definitivamente, necesito una visita urgente al peluquero. Antes de poder lamentarme más, el interfono suena, y un cosquilleo me revuelve el estómago.

Hoy Oliver va a conocer a mis mejores amigas.

Marta y Laura son geniales, pero tienen ese toque ácido que podría dejarme expuesto en cualquier momento. Así que una mezcla de nervios y anticipación se instala en mí mientras cargo con la nevera por el portal.

Ya en la calle, una mano se adelanta y me la quita con facilidad. Al levantar la vista, me encuentro con él: Oliver, desenfadado y perfecto, con unos pantalones deportivos amplios, una camiseta sin mangas y una gorra que recoge su cabello hacia atrás.

—¡Cómo pesa! —exclama con una sonrisa deslumbrante—. Tengo el coche en la calle de abajo. ¿Vamos?

Es arrebatadoramente perfecto, y tan atractivo que me resulta imposible apartar la mirada.

—¿Estás bien?

Tengo que obligarme a dejar la mente en blanco, porque no sé si es por el sol o por mis pensamientos —algo más confusos y picantes de lo habitual—, que creo que me estoy acalorando.

Llegamos cerca de un Renault Clio de color negro, Oliver deja la nevera en el suelo y, como si de una azafata de programa cutre de televisión se tratara, lo señala con ambas palmas de las manos alzadas.

—Me lo ha dejado un colega —explica, feliz.

Le gusta conducir, es algo que salta a la vista. Una vez sentados en el vehículo y de buscar la dirección en el navegador, Oliver arranca, parece entusiasmado. Con la atención fija en la carretera, totalmente concentrado, yo me deleito en observarle. Tiene un perfil precioso, con la mandíbula cuadrada y los pómulos perfectamente marcados. Ni un solo vello desluce su piel, que tiene un bronceado natural envidiable, y los labios…

—Pon algo de música y deja de mirarme así, me estás distrayendo.

Me ha pillado. No puedo creer el descaro que tiene al regañarme… ¡¡¡O yo de mirarlo de manera tan insistente!!! Pero es que me tiene fascinado.

Música, sí, eso… será mejor que me distraiga con algo.

—¿Qué te gusta? —le pregunto, consciente de que lo más probable es que no coincidamos.

—Tú —suelta, sin más, sin apartar la atención del tráfico.

Su carcajada corta mi momento de incomodidad. Le encanta ponerme entre las cuerdas, se va a llevar de maravilla con Marta y Laura. Pueden incluso aliarse para ir en mi contra, no me extrañaría que al final de la velada terminaran de este modo.

Acabo pasando diales hasta dar con algo atemporal que pueda agradarnos a los dos.

En mi mente todavía flota su llamada de la otra noche, ese te quiero dicho por el abuso del alcohol. Lo miro de soslayo y se me escapa un suspiro.

—¿Qué?

—Nada —vuelvo a fijar la mirada al paisaje.

Soy un cobarde, no me atrevo a decirle nada.

Nuestro destino está a las afueras de la ciudad, en la costa. La familia de Laura tiene una enorme parcela que da a un desfiladero sobre el mar. El paisaje es una pasada, pero la tienen medio abandonada y mientras no la venden —crisis, crisis, crisis— la usan para hacer aquello tan típico de «ir al campo». En este caso cocinaremos una paella, en otras ocasiones hemos hecho barbacoas, incluso pícnics sin más.

—Estoy nervioso. —La voz de Oliver me saca de mi ensimismamiento.

—¿Tú? ¿Por qué?

—Porque son tus amigas. Espero caerles bien.

Recibo una bofetada de ternura.

La diferencia de edad entre nosotros siempre está presente en mi mente, y a menudo me obsesiono con detalles superficiales: la ropa, la música, sus formas de disfrutar. Pero también está la otra vertiente, la inocencia propia de su edad. Que es algo que me cautiva de él, esa mirada que tiene para con el mundo y su capacidad de iluminarlo todo con una sonrisa, de hacerme sentir cómodo con la sencillez y amabilidad con la que me muestra la vida.

Oliver observa de reojo y se ajusta la gorra con un gesto distraído.

—Les vas a encantar.

Y lo digo con todo mi corazón. Es imposible que Oliver le caiga mal a alguien, es un ser de luz. Sus ojos siempre brillan con la emoción de quien no está calculando cada paso que da, sino que simplemente disfruta al máximo del viaje.

Alargo la mano para dejarla sobre su brazo, él me lanza un vistazo fugaz y sonríe. A su lado, estoy descubriendo lo fácil que es ser feliz.

Cuando llegamos, Marta, que ha cambiado sus inseparables vaqueros por unas bermudas militares, y Laura, con todo el pelo recogido en una frondosa coleta de rizos, ya han plantado la sombrilla. Ian, el «amigo especial» de Laura, y Christian, el primo de Marta, han preparado un montón de troncos para encender el fuego. Tras las pertinentes presentaciones, nos dividimos el trabajo —

bueno, más bien Marta y Laura me mandan a hacer de pirómano y secuestran a Oliver para que las ayude con la mesa y las ensaladas—.

Le lanzo una mirada cómplice y le susurro que, si necesita ayuda, solo tiene que silbar.

Yo, por mi parte, intento poner en práctica todo lo que sé sobre encender fuego, que es más bien poco y los otros dos parecen igual de perdidos que yo.

A ninguno de los tres se nos ve demasiado acostumbrados a trabajos de campo. Sobre todo a Ian, siempre me ha dado la impresión de ser todo un «señorito».

—Yo creo que estos troncos están húmedos —se queja Christian, da una patada a uno de ellos—. Sueltan demasiado humo, esto no es normal, ¿no?

—Ni idea —respondo.

No sé qué cantidad de humo puede ser considerada anormal.

Irremediablemente, mi atención se desvía una y otra vez hacia Oliver, que parece tenerlo todo bajo control, al menos nada me indica lo contrario. Aún no hemos logrado ni encender el fuego, pero Laura y Marta ya se ríen a carcajadas en su compañía.

—Cuando Laura me dijo que venías con pareja, me sorprendió bastante —comenta Ian.

—¿Por qué? ¿Tengo cara de eterno soltero?

—Un poco —responde, bromeando.

Christian le dedica una mueca divertida, aunque también parece asombrado por la franqueza. No conozco demasiado a Ian, pero nunca me ha parecido mala gente. Sin embargo, tal vez sea el comentario, o quizá el tono, o simplemente que este tema me tiene más sensible de lo habitual... pero me pongo a la defensiva.

—Pues ya ves que no.

Ian ríe y lanza un par de troncos al fuego.

—¿Te he molestado? No era mi intención, lo siento.

—Pues a mí me parece genial —interviene Christian, quitándole hierro al asunto.

Con él nos conocemos desde hace tiempo. Es unos años mayor que nosotros, y al igual que su prima, vive a su propio ritmo, algo

caótico a veces, pero es un tipo de lo más interesante, y con los años se ha ganado un hueco como algo parecido a un amigo.

Me agacho para coger unas ramas secas, las acerco al fuego y espero a que las llamas empiecen a mordisquearlas antes de volver la vista a Ian.

—No pasa nada —digo al fin, encogiéndome de hombros—. Supongo que sí doy un poco la impresión de solterona con gatos.

Christian suelta una carcajada, clara y contagiosa.

—Oliver parece un chico muy majo —añade Ian, con tono conciliador.

—Lo es —respondo, y una sonrisa tonta, muy muy muy tonta, se me escapa. Ladeo la cara para que Ian no me la vea—. Aunque... no somos pareja. Nos estamos conociendo.

Las escandalosas risas de Marta llegan hasta donde estamos, al girarme los veo a los tres, Laura le ha quitado la gorra y ahora la lleva ella puesta, y mientras Oliver corta algo, Marta, a su lado, lo mira embelesada. Lo sabía, se las ha metido en el bolsillo sin dificultad alguna.

—Parece que les ha caído bien. Se lo han puesto más fácil de lo que me lo pusisteis a mí.

Estallo en una carcajada recordando la encerrona de Marta, pobre Ian, tiene razón. Si después de todo sigue aquí, es que quiere mucho a Laura.

—Ya, bueno… fuiste el primero, supongo que nos pasamos.

—Nada… —sacude las manos—. Fue divertido.

Extraño sentido de la diversión, teniendo en cuenta que casi lo enfocamos con una lámpara para hacerle un tercer grado en modo «poli bueno, poli malo» entre Marta y yo. Por algo ella es una gran amante del thriller.

Ian aviva el fuego con más y más troncos. El calor se hace tan insoportable que tenemos que dar unos pocos pasos atrás, para alejarnos de las llamas.

—Es bonito ver la amistad que os une —comenta Ian.

—La verdad es que a veces me dan envidia —reconoce Christian, con una sonrisa.

—¿Verdad? —reafirma Ian—. Yo mantengo el contacto con algunos compañeros del instituto y de la universidad, pero ni de lejos tenemos lo que tienen ellos.

La franqueza de sus ojos me llega al alma, así que me apresuro a incluirlo, porque en el fondo, ya es uno más.

—Ahora también eres parte de esto.

Lo veo inquieto, como si una duda aflorara en él. Al final, mete la mano en el bolsillo y, con un objeto que apenas cabe en su palma, me hace un gesto para que me acerque.

—Voy a pedirle a Laura que se case conmigo —dice, con un hilo de voz tan bajo que apenas lo escucho.

—¡Menuda temeridad! —exclamo.

—Jooooder —añade Christian, está tan sorprendido como yo.

Quiero mucho a Laura, pero es la persona con más fobia al compromiso que conozco, bueno, exceptuando a los dos primos, ellos no se comprometen con la misma persona ni por dos noches consecutivas.

Así que me quedo de piedra; con la mirada fija en el pequeño anillo que brilla dentro de la caja. Me doy cuenta de que no sé qué decirle. Por un lado, estoy emocionado, por el otro, lleno de miedo. Ian espera mi reacción que tarda demasiado. Cierra la cajita de golpe y se escucha un *plop*, después lo desliza dentro del bolsillo de nuevo y se pierde contemplando el fuego. Las llamas han bajado de intensidad.

—Es una locura, lo sé —empieza—, pero estoy muy enamorado de Laura y sé que ella lo está de mí, aunque no lo diga.

Esa última frase me golpea muy de lleno. Amar a alguien y que este alguien no corresponda, o lo haga de un modo y con una intensidad distintos, es doloroso. Toco su hombro en señal de camaradería.

—Puedo tantearla, si quieres —me ofrezco, a sabiendas de que puede terminar muy mal.

—No. —Ian, coge nuevos troncos que arroja a las llamas—. No hace falta, aunque te lo agradezco.

—Tienes que currarte una buena pedida —propone Christian—. Aunque yo con eso no te puedo ayudar, yo sí soy un soltero

empedernido.

Suelto una carcajada.

Hay tantas maneras distintas de vivir como personas en el mundo.

—Buscaré el momento —dice Ian, pensativo—. Tal vez tarde un poco, pero me aseguraré de que su respuesta sea sí.

Una vez que las llamas se intensifican y que parece que quedará una buena brasa, damos el trabajo por concluido.

Los otros dos regresan en dirección a la mesa, sin embargo, yo me quedo un segundo más, pensativo, con la mirada perdida en el fuego.

—Un céntimo por tus pensamientos.

Oliver aparece junto a mí. El amarillo de las llamas lo hace resplandecer, como sacado de un cuento.

—¿Habéis terminado?

Él asiente con un cabeceo.

—Laura dice que me enseñes el paisaje desde la roca.

—Oh, claro, ven, sígueme.

Nos alejamos por un sendero. La parcela es bastante grande y termina en un acantilado. Es impresionante y ofrece unas vistas sobre el litoral inmejorables.

—¿Cómo te ha ido? —le pregunto, mientras sorteamos unas piedras.

Oliver salta sobre una losa y estira la mano en mi dirección para ofrecerme un agarre. Son estos pequeños detalles los que están haciendo que los latidos de mi corazón estén cada vez más alborotados y, a la vez, tengan más sentido.

—Un tercer grado seguido de unas pocas amenazas, pero creo que he pasado la prueba.

Me detengo y me giro para observarlo, por la pendiente del terreno estoy un poco más arriba que él, así que Oliver se ve obligado a alzar la cabeza. Su sonrisa embaucadora me deja sin aliento.

—¿Amenazas? —logro preguntar, pues momentáneamente me he perdido en sus ojos, que por el reflejo del mar y el cielo, se ven mucho más azules.

—Con cortar cierta parte de mi anatomía si te hago daño —lo dice con una sonrisa que le ilumina por entero—. Me gusta que se preocupen tanto por ti.

No comparto mucho el rollo de las amenazas —siempre hago el papel del poli bueno—, pero no puedo dejar de darle la razón.

—Son las mejores.

Llegamos al extremo de la parcela, donde el terreno se disuelve en el borde del despeñadero. Me detengo sobre una roca, dejando que mis ojos se pierdan en el infinito azul. Este lugar parece sacado de un sueño.

El sol abrasador se equilibra con la brisa fresca que roza mi piel, dulcificando el calor agobiante de finales de agosto. Estoy a punto de girarme hacia Oliver cuando siento sus brazos envolverme por la cintura, fuertes y seguros. Su pecho se presiona contra mi espalda, cálido y protector, mientras baja la cabeza hasta apoyar la barbilla en mi hombro.

—Esto es impresionante —bisbisea—. Me encantaría vivir aquí.

—¿En serio? Pues el terreno está en venta. Ya sabes, habla con Laura.

Una carcajada vibrante escapada de sus labios, y su aliento cálido se desliza por mi cuello, despertando un cosquilleo que me eriza el vello.

—No lo descarto —murmura.

Sus labios se posan sobre mi piel, apenas es un roce contra el filo de mi mandíbula y logra que me estremezca. Lentamente, traza un camino de besos ligeros que perfila el contorno de mi rostro hasta que me giro hacia él, atrapado por el magnetismo de su mirada.

En el último beso, su boca encuentra la mía y todo lo demás se desvanece. Con el océano como telón de fondo, el mundo queda suspendido, reducido al calor de sus labios.

Una pequeña escena de Oliver

Hace bastante tiempo que nadie me intimida. Aquella historia ya pasó y, cuando decidí que yo era el dueño de mis miedos, todo

cambió; hasta ahora.

Laura, con unos ojos color café preciosos, pero amenazantes, me observa de manera directa y Marta, que estaba cortando algo en el momento de llegar, camina en mi dirección cuchillo en mano. Las dos son la viva imagen de unos padres ultraconservadores a punto de pasarle revista al niñato de turno que se atreve a salir con su hija. Sin embargo, Arel es un hombre, uno que ronda ya los treinta. Así que la situación me tiene a mitad de camino entre acojonado y muerto de la risa.

Y me toca reconocer que cuando Arel se va con los otros dos a encender el fuego, me siento tentado de salir corriendo tras él y pedirle que me proteja. Estas dos tienen pinta de que me lo van a poner difícil.

Laura alza las manos despacio y se aprieta con un tirón la goma que a duras penas contiene sus rizos. Me observa. Me pega un destacadísimo repaso de arriba a abajo, mientras que Marta mantiene sus ojos oscuros clavados en los míos; me da terror hasta parpadear.

—¿Tú qué piensas? —pregunta Laura a Marta.

—Jummmm… No sé… a ver, date la vuelta.

Me lo ordena y obedezco sin rechistar. No doy crédito cuando comienzo a girar sobre mí mismo, al tiempo que noto sus miradas clavadas en mi anatomía.

—No está nada mal…

—Tiene un buen culo.

—Y que lo digas…

—Pero este culito ya tiene dueño —suelto, de manera descarada.

Ambas chicas se miran y estallan en una carcajada.

—Guapo, gracioso y temerario. —Marta se me acerca y tira de mí en dirección a la mesa—. Vamos a ver si también sabes cocinar.

—Se me da de puta madre —presumo con orgullo.

Laura suelta una nueva risotada, alarga la mano y se hace con mi gorra.

—Mira el niño, qué engreído —señala. Después me cede un cuchillo—. Eso lo valoraremos nosotras.

Así que empiezo a intentar deslumbrarlas con mi manera de trocear verduras.

Ellas no paran de lanzarme ojeadas furtivas, como si tuvieran algo importante que soltar… y miedo de hacerlo. Yo finjo que no me doy cuenta y ataco las zanahorias. Al final tendré que aceptar que mi animal espiritual ya no es una rana, sino un conejo.

Mientras picoteo de las verduras ya cortadas, suspiro y las animo a hablar de una vez; mejor aclararlo todo desde el principio.

—Queréis decir algo, ¿tal vez preguntarme por Iván?

No soy idiota. Sé de sobra que él es el elefante en la habitación. Lo entiendo. Si yo estuviera en su lugar, también tendría dudas. Tal vez sea cosa de familia, y que yo sea otra mala hierba, la semilla del mal. ¿Qué me hace diferente a Iván? Podría decirles que todo, que llevo toda mi existencia intentando parecerme lo menos posible a mi hermano.

—Supongo que entenderás que la situación es… surrealista.

No hay mejor palabra para describirlo.

Lo único bueno de mi hermano es que gracias a él conocí a Arel. Pero, siendo sincero, hubiera preferido que eso no implicara todo lo que tuvo que pasar. Aun así, creo que estábamos destinados a encontrarnos de cualquier manera. Claro que si digo algo así parecería un cursi de campeonato, y no quiero que piensen que soy un romántico empedernido desde el minuto cero.

—Iván es un cabrón. —Marta pronuncia con rabia la última palabra.

—Tenemos que asegurarnos que…

—Lo entiendo —corto—. Pero yo no soy mi hermano.

Un silencio breve, pero denso, se instala. Y entonces, Marta asiente, como si este fuera justo el comentario que necesitaba escuchar.

—Pareces un buen chico.

—Y Arel ha decidido confiar en ti. —Es Laura la que toma la palabra—. Como sus mejores amigas, vamos a darte un voto de confianza…

—Pero… —las animo, mordisqueando un pedazo de pepino.

—Como le hagas daño… —Marta clava el cuchillo en la tabla de madera— despídete de tus cascabeles.

Silencio.

—¿En serio, tía, cascabeles? —Laura mueve la cabeza en señal de disconformidad.

—Bueno, él me ha entendido, ¿a qué sí?

Por descontado que lo pillo, y aunque esté en juego mi hombría, no puedo evitar reír.

—Alto y claro —les confirmo—. Aunque podéis estar tranquilas. Sé que es una frase muy trillada y vosotras que vivís rodeadas de libros os la sabréis de memoria, pero: lo último que pretendo es hacerle daño. Arel es el hombre de mi vida. Estoy enamorado de él desde que era un crío.

Ambas me miran con los ojos muy abiertos, casi vidriosos. Si se tratara de unos dibujos animados, les saldría la forma de un corazoncito en las pupilas. De pronto, estallan en carcajadas.

Se están descojonando. De mí.

Me llevo las manos a la cara, totalmente avergonzado. Dios, quiero que me trague la tierra, ¿cómo he sido capaz de decir algo tan cursi? ¡Y sin titubear!

—Joder, qué ñoño, me encanta —se burla Marta.

Ambas se miran, parece que tienen una conversación silenciosa, así que de nuevo afloran mis nervios —y mi instinto de supervivencia, pues una de ellas sigue con el cuchillo en la mano—, al final asienten al unísono y es Laura la que toma la palabra:

—Dile a Arel que te enseñe las vistas desde la roca.

Capítulo 20



Creo que me he quemado. No estoy hecho para pasar largas horas al sol y, por supuesto, cuando me subo al coche, el roce con el asiento del copiloto me escuece.

—Pareces una gamba —se burla Oliver, nada más tomar la bifurcación que nos lleva de regreso al centro—. Arel, necesitas salir más al aire libre.

—Puede que tengas razón.

Presiono con un dedo mi antebrazo y siento el escozor.

A pesar de este contratiempo, el día ha sido fantástico, aunque demasiado corto. Nos hemos divertido, sobre todo cuando se nos ha quemado el arroz y, al final, la parte del *socarrat* ha sido de ingesta obligatoria. Está claro que aunque se nos da bien cocinar para nosotros, no somos nada buenos haciéndolo en grandes cantidades, mucho menos en un fuego que no se puede regular.

Culinariamente hablando, todo un fiasco.

Hemos hablado, comido, bebido y reído. Ha sido maravilloso y, por un momento, esa apabullante normalidad cargada de momentos felices, me ha hecho plantearme muchas cosas. Como que dejar atrás el pasado es mucho más sencillo si tienes con quién enfrentar el futuro. Y no solo me refiero a Oliver, sino a todo en general. Me gustaría que pudiéramos estar siempre así, compartiendo momentos tan bonitos como el que hemos vivido hoy.

Me voy arrellanando en mi asiento, el cansancio empieza a pasarme factura y los párpados se me cierran.

—Arel…

—¿Humm?

—¿Te has dormido?

—No —balbuceo—. Solo descanso la vista.

—Ya, claro.

Me obligo a despejarme. Oliver toma la rotonda que pasa cerca del parque y, de ahí, estaremos casi en mi portal. Hemos hecho el trayecto en silencio, enfrascados cada uno en sus pensamientos, o acusados por el cansancio, también podría ser.

Resoplo.

No quiero que el día acabe. Mañana me reincorporo al trabajo, y la vuelta a la rutina, que nunca antes me había molestado, ahora se presenta como una auténtica tortura. Por fin entiendo el concepto de la depresión post-vacaciones y la cuesta de septiembre. Tiene que ser por esto.

—Oye… —empiezo—, ¿te apetecería…?

—Me encantaría —me corta—, pero tengo que ir a devolver el coche, y tú mañana trabajas.

—¿Desde cuándo eres más sensato que yo?

—Desde el principio —responde Oliver con una sonrisa divertida —. Me quedan un par de semanas antes de que empiecen las clases, aunque tengo que volver a los entrenamientos.

—Casi no tendremos tiempo para vernos —murmuro entre dientes.

Oliver maniobra para aparcar, apaga el motor y permanece quieto en su asiento, con la vista al frente. De pronto, se gira. Sonríe, pero es una sonrisa que no llega a iluminarle el rostro. Parece tan derrotado como yo, aunque él se esfuerza en disimularlo. Supongo que yo debería hacer lo mismo.

—Joder, que duro será esto —lamenta con un suspiro.

—No pasa nada —exclamo, y golpeo de manera distraída su rodilla—. Nos apañaremos. Tengo algunas tardes libres; podemos quedar para tomar algo, ir al cine o…

Antes de que termine de lanzar más propuestas al aire, Oliver se inclina hacia mí, dinamitando mi espacio personal. La sorpresa inicial se transforma en un calor que asciende por mi pecho. Le facilito las cosas inclinándome para recortar la poca distancia que queda entre los dos.

No pide permiso, no lo necesita. Su mano se aferra a mi nuca mientras yo alzo el mentón, dándole acceso directo a mi boca.

Nos besamos.

Advierto un ligero mareo por la falta de aire, pero cuando Oliver hace por separarse, me aferro a él, tirando de su camiseta, negándome a dejarlo ir. Sus manos se enredan en mi cabello, descienden por mi espalda en dirección a mi trasero, y entonces, el resorte de autoprotección que llevo instalado en mi cerebro, salta. Doy un respingo y, con ambas manos sobre su pecho, lo empujo con suavidad para apartarlo.

Nos miramos, con los ojos enturbiados por el placer y la respiración agitada. Mi corazón late desbocado, tanto que incluso siento las pulsaciones en las sienes.

—¿Estás bien?

Asiento con la cabeza.

—¿Seguro? —insiste.

—Totalmente.

Poco a poco, los centímetros entre nosotros aumentan.

—Tienes que irte…

—Tengo que irme —confirma, aunque creo que su voluntad flaquea, como la mía.

Alarga la mano para acariciarme, y yo dejo caer mi rostro sobre su palma, buscando el contacto cálido y ligeramente húmedo. No sé cuánto tiempo me llevará dejar de reaccionar de esta forma.

Me gustaría que todo fuera tan simple como enamorarnos, y ya.

—¿Puedo llamarte luego? —pregunto con un hilo de voz.

Oliver me dedica una de sus cálidas sonrisas. Me fascina el amplio abanico que tiene de ellas, que van desde las más tiernas a las más cargadas de intenciones.

—Claro… —Se inclina un poco y besa la punta de mi nariz—. Me lo he pasado genial. Gracias por este día.

Asiento con una sonrisa, a pesar de que debería ser yo quien le diera las gracias: por ser tan encantador, por estar a mi lado y soportar todas las bromas, las puyas y las gracietas de Marta y Laura con estoicismo, siempre mostrando su mejor cara.

—Te llamo después —anuncio mientras abro la puerta del coche y bajo.

—No te olvides de la nevera.

Lanzo un par de miradas furtivas al coche estacionado, sintiendo cómo el calor se instala en mi rostro. A mis casi veintisiete años, me encuentro viviendo algo parecido a un primer amor, porque me niego a meter mi historia con Iván en esta categoría; el primer amor tiene que ser dulce y hacerte soñar. Y es tan desconcertante como emocionante. Me siento como un adolescente torpe, perdido en emociones que nunca imaginé experimentar, mucho menos a esta edad.

Pero al mismo tiempo, soy un adulto responsable y Oliver tiene razón. Mañana me toca madrugar y reincorporarme al trabajo, ese que adoro y que tanto disfruto y del que jamás pensé que buscaría excusas para postergar.

El piso me recibe oscuro y silencioso, como un reflejo del vacío que se instala en mi pecho al cruzar el umbral. La pequeña sala está apenas iluminada por los destellos rojizos del atardecer que se filtran entre las persianas. Dejo las bebidas sobrantes y los restos del arroz sobre la encimera antes de dirigirme al baño. Necesito lavarme las manos, la cara, y evaluar los estragos de tantas horas de exposición solar.

Me miro al espejo y me encuentro con el rostro enrojecido y el cabello despeinado. Llevo puesta ropa deportiva que, entre el sudor y el olor a humo, pide a gritos una ducha. Definitivamente no estoy hecho para la vida sana.

Con un pijama limpio en la mano, me quito la camiseta y, justo en ese instante, el timbre rompe el silencio.

—Vaya, hombre… menuda puntería.

Camino hasta la puerta, entrecerrando los ojos para espiar por la mirilla, al otro lado unos chispeantes iris azules me sorprenden, mi corazón da un vuelco.

Abro de un tirón.

—¿Pero…?

—Creo que no soy tan maduro como pretendo.

Antes de que pueda reaccionar, Oliver cruza el umbral, cierra la puerta de un empujón y me arrastra hacia él. Su boca se encuentra con la mía, y cualquier resistencia que pudiera tener se disuelve en el calor de sus manos recorriendo mi piel.

Nos necesitamos. Nos buscamos. Y no importa cuánto lo intentemos, parece que se ha vuelto imposible mantenernos lejos el uno del otro.

Una pequeña escena de Oliver

¡A la mierda!

Quito la llave del contacto y corro hacia el edificio de Arel sin pensarlo dos veces. Ya me disculparé con Rodri por no devolverle el coche a tiempo, o quizás lo compense invitándolo a comer.

El portal está entreabierto, así que me cuelo y subo las escaleras de dos en dos. La impaciencia me quema, no puedo esperar al ascensor. Cuando Arel abre la puerta, no me detengo a procesar que está sin camiseta, ni que es la primera vez que lo veo así. Mis ojos se fijan en sus labios, ligeramente entreabiertos por la sorpresa de verme allí.

Sin darle tiempo a reaccionar, lo acorralo en el pasillo y lo beso con toda la pasión que no he logrado contener, consciente de que tal intensidad podría sobrepasarlo... y, aun así, incapaz de detenerme.

Esta presión testicular va a pasarme factura, suerte que no entra en mis planes dejarle a este loco mundo descendencia.

Besar a Arel es mi imperio romano, así que tener que darle tregua a sus labios y separarme de él, cuesta, cuesta demasiado, pero tengo que hacerlo, no quiero presionarlo.

—¿Me invitas a cenar? —musito pegado a su boca.

—Tengo sobras de arroz.

—Suena delicioso.

La risa de Arel cosquillea sobre mi piel.

Me quedo parado en la puerta, recitando el Sutra de la castidad, al tiempo que observo como sirve las sobras en dos platos, llenando un poco más el mío.

Hoy he descubierto a un Arel distinto: relajado, libre, feliz. Viéndolo reír y bromear con sus amigas he entendido cómo es cuando se siente seguro, en su espacio. Y mientras lo miro calentar la cena, mi determinación crece. Quiero ser esa seguridad para él, como pareja o como amigo, no me importa mientras pueda ofrecerle ese lugar donde mostrarse sin filtros, con sus luces y sombras. Que sepa que si alguna vez necesita algo, estoy aquí. Estoy dispuesto a ser ese punto fijo en su mundo, siempre que me lo permita.

—Te has quedado pensativo.

Tomo el plato que me ofrece y lo sigo hasta el comedor, donde nos sentamos frente a frente. El sol ya se ha rendido al horizonte, dejando tras de sí las últimas pinceladas del crepúsculo.

—¿Y bien? —insiste.

—Solo pensaba en lo agradable que es esto.

Arel recorre el lugar con una expresión dubitativa antes de encogerse de hombros. No alcanza a vislumbrar la belleza que lo rodea, pero sé que con el tiempo lograré cambiarlo. Me encantaría que pudiera verse a través de mis ojos; así, por fin, sabría lo maravilloso que es.

Capítulo 21



La primera semana de trabajo se siente interminable. Lenta. Tediosa. Soporífera. Todos estamos arrancando de nuevo, y funcionamos al ralentí. Bajo mínimos. Incluso el idiota de Diego parece más calmado, aunque no deja de sacar su lado desagradable cuando volvemos a discutir por otro manuscrito.

—Al final tendremos que crear un sello solo para ese tipo de novelas.

Lo suelta así, tal cual, y por «ese tipo de novelas» se refiere a libros con representación LGBTQI+. Mi rostro debe ser un poema, entre la rabia y la tristeza, porque me duele que, en pleno siglo XXI, aún tengamos que lidiar con este tipo de prejuicios.

Antes de que pueda reaccionar, Marta se adelanta y su lengua afilada no perdona:

—¿Y qué tipo de libros sugieres que publiquemos entonces, Diego? Porque lo único que tú pareces entender son folletos de electrodomésticos.

—¿Otra vez tú? —Diego la mira con desprecio—. Joder con la amargada, a ver si echas un…

—Cuidado con lo que dices —le advierto. No me he dado cuenta, pero estoy de pie y hasta he dado un paso en su dirección—. ¿Por qué no le haces un favor al mundo y cierras el pico? En serio, Diego, intento respetarte, pero me lo pones demasiado difícil.

Diego suelta un bufido que vacía sus pulmones, nos lanza una última mirada desdeñosa y se marcha, no sin antes arrojar sobre mi mesa los proyectores editoriales que tengo que valorar para la siguiente semana.

—¡Joder, Arel! ¡Menudo carácter! —suelta Marta—. ¿Queda mal que diga que me has puesto un poco? ¡Ven y dame un beso!

¿Que…qué? Mis ojos se abren y doy un paso para atrás, huyendo de ella, alzando las manos en forma de escudo. Marta suelta una risotada, hace un quiebro y en vez de atacarme a mí, ataca la pila de carpetas sobre mi mesa.

—Te has ganado que te ayude con esto —aclara, divertida—. ¿Qué planes tienes hoy?

—¿Cómo sabes que tengo planes? —regreso a mi mesa, Marta me ha liberado de un tercio de mi trabajo.

—Tienes novio, es viernes y vas muy guapo.

—No es mi novio. —Dedico un rápido vistazo a mi propio reflejo de la ventana—. Y gracias, me lo compré el otro día.

Estoy renovando el armario a marchas forzadas. No soy muy de gastar en ropa, pero quiero causarle buena impresión a Oliver, o por lo menos no desentonar demasiado cuando salgo con él.

Así que estoy sustituyendo mis prendas más formales por otras un tanto más atemporales, y la verdad, bastante más cómodas; como los pantalones cargo de algodón que llevo hoy.

—Te queda bien.

Menos mal, no las tenía todas conmigo. Me coloco las gafas para seguir trabajando.

—Vamos a ir a tomar algo y al cine —explico, mientras ordeno las carpetas que el imbécil me ha dejado tiradas—. La semana que viene empiezan las clases, es como… una despedida de su verano.

—Sabes, me gusta mucho Oliver —dice, regresando ella también la atención a su trabajo.

—A mí también.

Al final, salgo tarde de la editorial, y llego al centro comercial con el tiempo muy justo; así que improvisamos y cambiamos los planes sobre la marcha. Mientras hacemos tiempo para la siguiente sesión, nos sentamos en una de las terrazas, junto al multicines.

—Nunca te había visto tan enfadado —dice Oliver, riéndose después de que le explique mi discusión con Diego—. ¡Hasta has soltado palabrotas!

—Es que… ¡aargh! —Hago el gesto de retorcer un cuello imaginario—. A veces lo estrangularía. Parece increíble que tal cantidad de misoginia y homofobia se den la mano en una sola persona.

—Suele ser así.

Me gustaría pensar que las nuevas generaciones serán diferentes, que crecerán en un entorno más abierto, con más referentes y viendo la diversidad como una suma, no una resta. Lo sé, soy un soñador; Otros dirían que un iluso.

Bebo lo último de mi té rooibos y miro la hora. Nos levantamos para encaminarnos hacia la entrada del cine. La cola para comprar palomitas y refrescos es interminable, y todo por una película de animación japonesa que encima es con subtítulos, como si yo no leyera ya suficiente.

—Joder… —lamenta Oliver, mirando la cantidad de gente.

—Al final llegaremos tarde, con todo el tiempo que teníamos.

—Eso es porque te has empeñado en tomar té caliente, y luego tardas una eternidad en dejar que se enfríe —me reprocha.

Tiene razón. Además, el té tiene otro inconveniente.

—Tengo que ir al baño.

Oliver sacude la cabeza, como si ya lo esperara.

—Voy a comprar las palomitas.

Antes de separarnos, me toma de la mano y me da un beso en la mejilla. Me encantan esos gestos suyos, absurdos, mundanos, pero que significan el mundo para mí, lo sé por el aleteo de mariposas que se despierta en mi estómago.

Cuando vuelvo, lo veo con un cubo gigante entre las manos y el refresco que compartiremos. Sin embargo, no está solo: conversa con una pareja. Me cuesta ubicarlos hasta que me aproximo lo suficiente para reconocerlos. Son sus padres.

La incertidumbre me invade. Mis pasos se vuelven más lentos hasta que me detengo a cierta distancia. No sé si debo acercarme, pero Oliver me quita la duda con un gesto de alzar la barbilla para

indicarme que me una. Exhalo todo el aire retenido y me coloco junto a él.

La madre de Oliver tiene su misma mirada amable, mientras que su padre, más bajo y corpulento, contrasta con ella. Han cambiado bastante desde la última vez que los vi y, la verdad, en la boda me fijé poco en ellos.

—Mira, Arel, ellos son Marina y Carlos, mis padres.

—Nos conocemos, ¿verdad? —dice el padre de Oliver.

Alarga la mano y yo me apresuro en estrecharla. Sí, claro que nos conocemos, alguna de aquellas tardes coincidimos… Seguimos con las manos encajadas y sé que tengo que hablar, solo tengo que decirlo, las palabras solo son palabras… Y las palabras no tienen poder sobre mí.

—Sí, fui compañero de clase de Iván.

El hombre me mira tras unas gafas de montura plateada y asiente, como si lo recordara. Oliver, en un pequeño gesto, se coloca mucho más cerca, queriéndome transmitir su apoyo.

—¡Anda, es verdad! —exclama su madre—. Ya te recuerdo. Venías mucho por casa.

Le dedico una sonrisa a medias, porque no sé muy bien cómo reaccionar o qué añadir; así que de nuevo es Oliver quien toma el control:

—Nos reencontramos en la boda, y hemos estado viéndonos —explica.

Mi corazón se detiene un instante, sobre todo al notar el gesto de sorpresa en su madre que se me clava de manera directa.

—Es bonito recuperar viejas amistades —apunta Carlos.

—Bueno, espero que podamos llegar a ser algo más que amigos.

Oliver suelta la frase con total naturalidad, feliz y con una sonrisa que apenas le cabe en la cara. Como tiene las manos ocupadas, su margen de maniobra es escaso, pero me lanza una mirada cómplice, cargada de intenciones.

Sin embargo, las dos personas que tenemos enfrente reaccionan con evidente incomodidad. Hasta me parece que ella se ha puesto rígida de golpe.

—Oli, cariño, ¿todavía estás con eso?

Soy testigo de como esa frase, susurrada a media voz, impacta en Oliver de un modo que jamás hubiera imaginado, creo que ni él mismo esperaba tal reacción por parte de su madre.

La preciosa sonrisa de Oliver se hiela y, poco a poco, desaparece.

Un segundo de pastoso silencio da paso a un Oliver cuyo gesto ha cambiado, se intuye en su postura y en la manera que enfrenta a sus padres:

—Sí, mamá. Parece que lo de ser gay no era una fase.

Miro desconcertado a un lado y a otro de la incomodísima situación.

—Déjalo estar, mujer —interviene su padre con un tono conciliador.

—El problema es que lo hemos dejado estar demasiado, y por eso pasa esto.

Las palabras son duras, y aunque quiero intervenir, el nudo en mi garganta me lo impide.

—¿En serio? —Oliver contiene su enfado—. Pensaba que lo había dejado claro.

—Sí, Oli, lo entendemos, ¿verdad? —su padre intenta suavizar la situación.

—Pues no —murmura ella—. Mira a Iván, qué feliz está, casado y todo…

—Basta, mamá.

—Solo digo que podrías ser un poco más como tu hermano.

Siento el peso de esa losa aplastándonos a ambos. Algo en mí me impulsa a interponerme entre ellos, de manera literal.

—Si no les importa, vamos tarde —suelto, de manera tajante.

—Eso, mujer, déjalos. No querrán perderse la película.

Noto movimiento tras mi espalda y, al girarme, estoy a tiempo de ver a Oliver salir apresuradamente hacia la calle. Tardo un instante en reaccionar; ni me despido de sus padres, solo atino a salir tras él.

—¡Oli! ¡Espera!

Camina de manera apresurada calle abajo, hasta que al final, como si no supiera qué más hacer, se detiene en seco.

Lo encuentro temblando, sus pestañas apenas conteniendo las lágrimas. Le arrebato las palomitas y el refresco y lo dejo sobre una

repisa; extiendo los brazos y lo atraigo hacia mí. Lo abrazo con fuerza, acariciando su espalda y dejando besos en su coronilla.

—Lo siento —balbucea—. Menudo espectáculo, perdona.

—¿En serio? ¿No habíamos acordado en que no se pide perdón por algo que no es culpa nuestra?

Busco su mirada, cristalina por las lágrimas, y le sonrío con suavidad.

—Espero que no tuvieras muchas ganas de ver esa película, porque no me apetece volver ahí dentro —intenta bromear, pero la voz le sale rota.

—Yo solo quería estar contigo. Y comer palomitas. El cine era la excusa.

Me inclino y lo beso. Su vulnerabilidad despierta en mí un instinto de protección que no sabía que tenía, ¡por fin parezco el adulto de los dos!

Aunque me duele verlo así. Todas sus reservas de energía se han derrumbado tras el encuentro con sus padres, y esa seguridad en sí mismo que desprende de manera habitual y sin esfuerzo, se ha emborronado. Es como una ranita fuera de su charca y yo sé exactamente a dónde tengo que llevarlo para que recupere las fuerzas.

—Oye —susurro—, ¿qué te parece si me enseñas dónde vives? Todavía no he estado en tu piso y me encantaría ver el lugar donde grabas los vídeos.

Oliver duda un instante. Se pasa la mano por el rostro y se endereza.

—Puede que Borja esté en casa.

—Perfecto, así compartimos esto con él.

Quizá nos quedamos sin cine, pero las palomitas son sagradas.

Una pequeña escena de Oliver

Cuando hablé por primera vez con mis padres tenía catorce años. Les expliqué de manera abierta y sincera como me sentía, esas «dudas» propias de la adolescencia que para mí eran certezas

absolutas. Sobre todo después del dolor de la pérdida tras marcharse Arel. Ellos me acompañaron, quizá no lo terminaban de entender, pero pensé que me comprendían y aceptaban.

Nunca más salió el tema.

Por eso me he alegrado de verlos en el cine, siempre he sido muy reservado con las personas con las que he intimado, porque nunca pensé en ellos como algo que fuera a perdurar en el tiempo, y no vi la necesidad de hacer una presentación formal.

Con Arel es distinto.

Quiero pasar el resto de mi vida a su lado y quiero ser parte de su entorno como que él lo sea del mío.

Definitivamente, soy un iluso, porque de pronto la emoción del momento se ha convertido en un sudor frío recorriendo mi espalda. Menuda hostia de realidad me he llevado, no estaba preparado para esto.

Quiero a mis padres, de verdad que sí, pero a veces, solo a veces, me gustaría que abrieran los ojos y fueran conscientes de todo lo que me ha tocado sufrir. Ahora que soy un adulto no quiero seguir viviendo a la sombra de tanto dolor. Y el hecho de que me comparen con Iván es lo que más me jode.

Después, me he sentido herido y profundamente ridículo cuando mi única reacción ha sido la de salir corriendo.

Una vez en la calle, con las palomitas en la mano, me he encontrado enfurruñado, lloroso y caminando sin rumbo.

¡Como si fuera un maldito crío!

Ver aparecer a Arel ha supuesto un alivio y, cuando me ha quitado las cosas de las manos, lo he agradecido de manera interna, no sabía qué hacer con ellas.

Sin embargo, el momento de profunda conexión ha llegado justo después, cuando me ha abrazado. Refugiarme contra su pecho, sentir el calor y su olor… Su voz, baja y pausada, es un susurro apaciguando mi tormenta interior. Aunque lo que hace que me nazca una calidez extrema es comprobar la profunda comprensión que tiene sobre mí.

Es cierto que he convertido el destartalado piso en el que vivo en mi refugio, mi lugar seguro, mi zona de confort, o puede que sea

también la persona que vive conmigo, porque Borja ha supuesto mi red de seguridad desde la adolescencia y que Arel sea capaz de entenderlo, respetarlo y compartirlo, me ha hecho feliz, tremendamente feliz.

—¿Vamos? —inquiere, con una tierna sonrisa.

—Está bien, vamos.

Sus dedos entrelazados con los míos me hacen recuperar toda la seguridad que he perdido con un solo comentario.

No sé lo que tardaré, pero haré entender al mundo entero, mis padres incluidos, que Arel es todo lo que necesito.

Capítulo 22



—¿Vosotros no ibais al cine?

Borja nos recibe tirado en el sofá y con el mando de la consola. Solo ha dejado caer la cabeza hacia atrás para ver quién entraba por la puerta y, a pesar de estar en calzoncillos y camiseta, no parece que mi presencia le incomode.

—Vístete —le ordena Oliver.

—¿Por qué? Tengo calor.

—Porque tenemos visita.

—No es una visita, es Arel. ¿A que no te importa?

Me encojo de hombros como respuesta, no quiero meterme entre ellos, aunque si a Borja no le molesta, a mi ver a un tío en calzoncillos no me va a traumatizar.

Oliver se da por vencido, chasquea la lengua y se dirige a la mesita de café, que está llena de platos, y empieza a recogerla.

—Puedes cotillear lo que quieras —me dice, entrando en lo que entiendo que es la cocina.

Doy un vistazo a mi alrededor. Es un salón grande que por lo que veo lo tienen como centro de estudio; la mesa de comedor está ocupada por dos ordenadores portátiles, libros, carpetas, folios y hasta una impresora.

—Las habitaciones son enanas —me explica Borja, que ha pausado el juego, uno de zombis, y me mira.

El resto de la estancia es un sofá que se ve bastante nuevo, la mesita de café y un televisor que casi parece una pantalla de cine de lo grande que es.

Oliver reaparece, ha volcado las palomitas en dos boles, uno grande y otro pequeño, y ha cambiado el refresco del cine por tres latas.

—Quita el juego, que veremos una peli —le comenta a Borja, dejando unas palomitas a su lado.

—¿Qué? Bueno, vale, pero espera a que termine esto.

—Ahora vengo.

Me dice, al pasar por mi lado, y antes de desaparecer por el pasillo me da un beso.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta Borja, sin apartar la atención de la pantalla.

—Nos hemos encontrado con sus padres.

Borja vuelve a detener el juego y se gira en mi dirección, con la preocupación bailando en su mirada. No creo que decirlo sea meterme donde no me llaman, me ha quedado claro que entre estos dos no hay secretos de ningún tipo.

—Debe haber sido incomodísimo —comenta, y se hace a un lado para que me siente junto a él—. Los padres de Oli son muy majos, pero me parece que no han terminado de entender que ser gay significa que te gusten los hombres.

—Me parece que no —confirmo. Cojo el bol grande de palomitas, que intuyo que Oliver tiene intención de que compartamos—. Su madre ha hecho algunos comentarios algo desafortunados.

—¿Lo ha comparado con su hermano, el «perfecto»?

Me golpea la certeza de saber que Oliver ha tenido que soportar esta clase de situaciones desde pequeño. Joder, qué duro debió ser, qué infancia más complicada, y qué hombre tan maravilloso es ahora.

—No hay más ciego que el que no quiere ver.

La voz llega desde la puerta del pasillo. Oliver se ha lavado la cara y ya no queda en ella los restos del sofocón que ha vivido. Con el pelo húmedo y recogido hacia atrás con una diadema me parece que está encantador.

—Tu hermano vale para actor, se le da tremendo lo de mentir.

—Por eso es abogado —bromea Oliver.

Le hace un gesto a Borja y este capta a la perfección lo que le pide su amigo, toma un par de almohadones del sofá y los lanza al suelo, para después hacerse con sus palomitas y sentarse en ellos. Estoy a punto de protestar, no quiero quitarle el sitio a nadie, pero antes de poder hablar Oliver ocupa el lugar que ha quedado vacío a mi lado y se acurruca junto a mí. Las posibles objeciones se evaporan cuando tengo el cuerpo de Oliver entre mis brazos.

Borja nos lanza una mirada de soslayo y una sonrisa aparece en sus labios.

Me encanta su relación y no puedo más que agradecerle a este chico que haya estado al lado de Oliver de manera incondicional.

—Bueno, tortolitos, elijo yo la película, ya que tengo que aguantar vuestras cursiladas.

Oliver asiente, creo que, al igual que a mí, la película le importa más bien poco.

Me siento envuelto en una sensación muy cómoda, un ambiente agradable y una tarde de lo más cotidiana y divertida, y me encanta ser parte de esto.

Después de horas de carantoñas y mimos disimulados, termina la película. En el transcurso de estas dos horas he descubierto que me encanta acariciarle el pelo y Oliver también parece disfrutarlo. Al final, mis cinco sentidos han estado puestos en él, y no le he hecho ni puñetero caso al televisor.

Justo al terminar, Borja desaparece y Oliver me invita a pasar a su habitación.

Así, tal cual; como si se tratara de un romance juvenil de novela, de esos que hacen suspirar a cada página.

El dormitorio de Oliver apenas supera los seis metros cuadrados, justo lo necesario para considerarse una habitación. Es un espacio pequeño, pero lleno de personalidad.

—Jo, pues sí que es minúscula.

Debajo de una ventana que da al exterior se encuentra una cajonera, sobre la cual ha montado todo un set de grabación. Hay un trípode, una cámara y unos paneles de luz que evidencian su

dedicación y profesionalidad. Me impresiona lo bien organizado que tiene todo, pese a lo reducido del espacio.

La cama individual está justo al lado; el cabezal está decorado con un mosaico de fotografías y medallas, un detalle que capta mi atención de inmediato. Me acerco para observarlo más de cerca, y un profundo respeto me invade. A veces olvido que este chico es todo un campeón.

En la pared contraria, un armario pequeño se apoya junto a una estantería blanca que va del suelo al techo y donde se acumula una descomunal cantidad de productos de belleza y maquillaje. Aunque no hay demasiados muebles, cada rincón parece tener un propósito. Hay algo increíblemente íntimo y fascinante en el contraste entre su faceta competitiva y su afición por la ropa y el cuidado personal. Sin duda, esta habitación refleja quién es Oliver: multifacético, disciplinado y auténtico.

Al entrar, siento como si estuviera siendo testigo de un pedazo de su mundo que aún no había compartido conmigo.

—Me gusta mucho.

Oliver se sienta en la cama y me observa mientras yo sigo curioseando por las estanterías.

—¿Todo esto te lo han regalado? —pregunto, señalando los cosméticos.

—La mayoría. Al principio hacía videos a cambio de productos, ahora también me pagan.

—¿En serio? —Él asiente con un cabeceo—. Me parece un submundo fascinante.

—¿Quieres que hagamos un directo? —propone de pronto—. Puedo presentarte a mis seguidores.

Niego repetidamente, hasta me aparto un paso —solo uno, no da lugar a más— Oliver suelta una carcajada; era exactamente la respuesta que esperaba que tuviera, creo que le divierte anticipar mis reacciones.

—Qué malo eres —le reprendo.

—Y tú qué previsible.

Me siento a su lado y me dejo caer contra su hombro, y por su expresión, esto también lo esperaba, porque ya tenía el brazo

preparado para rodearme con él.

La calma me invade de cabeza a pies, es una sensación tan nueva y extraña, pero tan fantástica que no me canso de experimentarla. Aunque es inevitable pensar en lo que ha pasado en los multicines.

—¿Quieres hablar de lo de tus padres?

—¿Te importa si no lo hacemos?

—Claro que no.

Voy a respetar los tiempos de Oliver con este tema, como él está respetando los míos en todo lo demás. Y así, poco a poco, siento que nos estamos acompañando, lo cual me parece una experiencia de lo más gratificante.

—Es tarde, debería irme —murmuro, y creo que me delata la falta de convicción.

—También podrías quedarte.

Su petición me coge por sorpresa y con la guardia baja, quizá algo tocado por lo que hemos vivido esta tarde. O tal vez solo vuelve a intentar burlarse de mí, así que esta vez, voy a darle de su propia medicina.

—Me… me gustaría —confieso, con un hilo de voz—. Si a ti no te importa, quiero quedarme a dormir.

Oliver da un respingo, su brazo deja de rodearme y usa ambas manos para apartarme y que quedemos el uno de cara al otro. La incredulidad empaña su gesto. Sonrío satisfecho.

—La cama es enana —argumenta Oliver.

—Si no quieres, me voy.

—¡No! Dormiré en el sofá.

—O podemos acurrucarnos muy juntos.

Una pequeña escena de Oliver

¿Voy a acabar con un dolor de pelotas de campeonato? Sí. ¿Me importa? No.

Todavía me cuesta creer que la primera vez que vayamos a dormir juntos sea aquí, en mi piso, en mi cama de noventa

centímetros. Y con Borja en la habitación de al lado, con las camas pegadas al mismo tabique. Arel vive solo, su habitación da al comedor por un lado, y al baño por el otro. Vamos, que no tiene pared con pared a ningún vecino. Además, su cama es de matrimonio… Sacudo la cabeza, tratando de apartar esos pensamientos.

Tal vez sea precisamente esta situación, tan imposible y absurda, la que le ha dado el valor para quedarse. Sé el trabajo que está haciendo, lo duro que lucha contra sí mismo, y no me importa esperar. Porque mientras lo hago, sé que se esfuerza, y eso significa más para mí que cualquier otra cosa.

Le dejo un pijama y lo acompaño al baño. Me quedo en el pasillo, mirando la puerta cerrada como un idiota.

—¿Quieres un condón? —pregunta Borja de repente, apareciendo a mi lado con una sonrisa socarrona.

—Vete a la mierda.

Se ríe y se apoya en el marco de la puerta, clavándome una mirada inquisitiva. No se ha acercado solo por el preservativo.

—Estoy bien —le digo, tratando de sonar convincente.

—Claro que sí.

—En serio.

—Vale. —Se aparta, pero antes de irse, me da un manotazo en la espalda—. Estaré escuchando.

—¡Vete al carajo! —respondo, propinándole un empujón que no hace más que aumentar su risa.

Pocos minutos después, el sonido del agua cesa y la puerta se abre. Arel aparece con mi pijama de Bob Esponja, y su forma de mirarme me derrite. Tiene esa mezcla de inquietud y dulzura que lo hace parecer vulnerable y, al mismo tiempo, invencible. La curva de sus labios cobra vida cuando me mira, y yo me quedo totalmente embobado.

Tomo su mano y lo guio hacia la cama. Cierro la puerta tras nosotros y de pronto la realidad me golpea: yo también estoy histérico.

—¿Estás seguro? —le pregunto, con cautela.

—Solo vamos a dormir —me responde con una sonrisa tranquila. Yo asiento—. Oli, gracias por ser tan paciente conmigo.

¿Con quién más lo iba a ser?

En lugar de responder lo acerco a mí, apoyando mi frente contra la suya. Sus ojos se encuentran con los míos y, sin pensarlo más, lo beso. Siento cómo sus manos se aferran a mi camiseta, y yo me tomo mi tiempo en saborear sus labios, sintiendo cómo nuestros nervios se disipan poco a poco.

Llevo una eternidad aguardando un momento como este.

Capítulo 23



Pensé que me costaría dormir, incluso mientras me ponía el pijama y me lavaba la cara, me planteé qué pasaría si no era capaz, ¿cómo se tomaría Oliver que me largara en medio de la noche? Pero no ha sido así, todo lo contrario. También es verdad que Oliver se ha esforzado muchísimo por darme mi espacio, de manera literal, algo que en una cama de menos de un metro es prácticamente imposible.

He pasado una noche de lo más plácida, sentir el calor de Oliver a mi lado ha resultado ser la cura perfecta para el insomnio. En un momento de la madrugada, su brazo me ha tomado por la cintura y, pasado la incomodidad inicial, me he abandonado a la cálida sensación, aunque lo mejor ha llegado al abrir los ojos.

Lo primero que veo es a Oliver durmiendo, con una media sonrisa en los labios, la melena alborotada y las marcas de las arrugas de la almohada en la cara. Me parece una visión deliciosa, muy alejada de la perfección que refleja en su día a día. No puedo evitar la tentación de alargar la mano y enredar los dedos entre los mechones de su cabello. Me estremezco.

Parece un niño plácidamente dormido. Balbucea alguna incongruencia y se mueve de manera ligera, quedando tendido boca arriba… Mis ojos se deslizan directos a cierta parte de su anatomía, ¡madre de Dios! Su erección no tiene nada de infantil. Tengo que desviar la mirada y tomar una profunda bocanada de aire. Si esto

fuera una película, sería el momento en que Oliver se hubiera despertado para pillarme en pleno momento de mirarle la entrepierna.

Sigiloso, me levanto, me enfundo las deportivas y abro la puerta con todo el cuidado del que soy capaz. En el último vistazo que dedico a la cama, puedo ver que Oliver le ha ganado terreno al colchón y ahora lo ocupa por entero.

Me guío por el olor a café. Borja parece que está despierto.

—¡Eh! —me saluda cuando entro en la cocina—. ¿Qué tal? ¿Has dormido bien?

No me pasa inadvertido el tonillo burlón que emplea.

—Es una cama muy pequeña para dos hombres adultos —respondo, sincero.

—Lo sé.

Saca de una bolsa de plástico un cucurucho de cartón: ¡ha comprado churros! Hace tiempo que no como, y me encantan.

—¿Lo sabes? —Retiro una de las sillas, aunque me quedo ahí de pie, con la mirada perdida.

—Digo… me lo imagino —corrige.

Mis neuronas tardan una vida en hacer conexiones mentales, mucho más a estas horas de la mañana, así que dejo la conversación aquí. El aroma dulce y a café impregna la cocina. La luz tenue de la mañana entra por las persianas, dándole al espacio una calidez acogedora.

—¿Café o chocolate?

—¡Ostras, qué lujo! —digo al ver una bandeja dispuesta con ambas bebidas, señalo en dirección al chocolate—. ¿Siempre es así?

—¡Qué va! Esto es porque estás tú y te quiero impresionar. —Se ríe mientras me tiende una taza.

Me siento frente a él y doy un sorbito, está muy caliente pero riquísimo. Borja añade un par de cucharadas de azúcar a su café, y juguetea un poco con los granos que ha derramado sobre la mesa, parece meditabundo. Me echo adelante, dispuesto a escucharle. Él se da cuenta, carraspea antes de abrir la boca.

—¿Sabes? Oliver siempre ha sido un tío muy alegre, incluso con un punto alocado.

—Empiezo a darme cuenta.

A pesar de todo lo que arrastra, sin duda Oliver es la alegría personalizada; a su alrededor los colores brillan más.

Borja duda un instante, como si escogiera con cuidado las palabras antes de continuar:

—Aunque siempre he sabido que era una fachada. Al fondo de sus ojos siempre quedó algo, no sé cómo llamarlo… algo así como una sombra.

Levanto la mirada de la taza con curiosidad.

—Pero desde que está contigo, se ha iluminado. Resplandece de pura felicidad.

El comentario me descoloca un poco, hasta logra que me suban los colores. Ese «desde que está contigo» suena tan serio y a la vez tan agradable… Desciendo la cabeza, incómodo, pero con una sonrisa que se me escapa.

—Sé que hay una historia entre vosotros, entre los tres. Él nunca me lo ha contado, pero no soy idiota.

—La hay, y no es nada agradable.

—Si está involucrado Iván, puedo imaginarlo. —Toma un trago de café—. Me alegra que hayáis podido superar los posibles malentendidos. Oliver es mi mejor amigo y me dolía verlo tan desconectado de todo.

Yo también me alegro, por una vez en la vida he arriesgado y he ganado.

Todavía no tengo claro a dónde nos llevará todo esto y tras el encontronazo con sus padres, la realidad ha hecho acto de presencia golpeándome en toda la frente. Sé que nos quedan pruebas por superar, pero estoy más que dispuesto a aferrarme a lo que siento. Borja, con las piernas recogidas sobre la silla en actitud relajada, empuja la bandeja en mi dirección para que me haga con otro de los churros. De nuevo me invade una sensación de gratitud hacia este chico:

—Sabes, si esto fuera una novela, serías el típico personaje con el que todo lector se encariña y quiere conocer más, exigiendo que tenga su propia historia —digo, cambiando el tono a algo más ligero para evitar que la conversación se vuelva demasiado seria.

—¡Qué va, qué va! —responde Borja con una carcajada—. Sería un libro muy aburrido. No he nacido para ser protagonista de nada.

—¿Quién es el prota de qué?

La voz somnolienta de Oliver nos interrumpe. Está de pie en el umbral de la cocina, despeinado y cubierto solo con un pantalón deportivo. Sus ojos entrecerrados y la marca de la almohada en la mejilla le dan un aire desaliñado que, de alguna manera, le queda perfecto.

—Está claro que tú, cabrón. —Borja le lanza una servilleta, divertido—. Eres el galán perfecto, con tus abdominales, tu pelazo y tus ojos…

Oliver levanta una ceja, con clara intención de coqueteo.

—Joder, ya sé que te gusto, pero disimula, Borjita.

—¡Serás…!

El aludido reacciona, desciende las piernas y se apoya contra la mesa fingiendo estar dispuesto a saltar, las tazas y los platos se tambalean y salvo mi chocolate de puro milagro.

La risa que llena la cocina es contagiosa.

Oliver se sienta a mi lado con la despreocupación de alguien que aún no ha abandonado del todo el mundo de los sueños. Apoya su cabeza en mi hombro y, como si fuera un gatito pidiendo mimos, frota la frente contra el hueco de mi cuello. Su calor me reconforta, y mi mano se mueve sola, revolviéndole el cabello. Suelta un pequeño ronroneo, una risita baja que provoca un cosquilleo en mi piel.

—Es sábado, ¿qué vas a hacer hoy? —pregunta, con su voz grave resonando junto a mi oído y su aliento rozando mi lóbulo.

Intento mantener la compostura, consciente de que Borja sigue observándonos con una mezcla de interés y diversión.

—No lo sé —respondo, tratando de no titubear.

—Pasemos el día juntos.

No es una sugerencia; es una afirmación que no deja espacio a dudas.

—¿Me propones algún plan?

—Solo estar juntos.

Borja carraspea exageradamente, rompiendo el momento.

—Ejem, ejem… Sabéis que no estáis solos, ¿verdad?

—No te enfades, tonto. —Oliver sonríe con esa naturalidad que lo caracteriza—. Que también contaba contigo.

—¿Y si tengo algo que hacer?

Una risita socarrona se escapa de entre los labios de Oliver, algo que viene a decir que le parece imposible que Borja tenga otros planes. Se endereza para coger una de las tazas y prepararse un café con leche.

—Los cancelas, y te quedas con nosotros —argumenta, como si lo que sugiere fuera lo más normal.

Borja levanta las manos en un gesto teatral que muestra su exasperación, sensación que empiezo a comprender y es que, a veces, no hay por dónde llevarle la contraria a Oliver.

—Está bien, pero yo elijo a dónde vamos.

Oliver me lanza una mirada cómplice, la curva de sus labios parece que tenga vida propia cuando esboza esas sonrisas tan canallas.

—Me parece justo —concede, pasado un instante.

El ambiente se relaja, y seguimos desayunando con calma. Me siento como si fuera el único lugar en el mundo donde quisiera estar.

Por un momento, el exterior desaparece. Todo lo demás, incluido el peso del pasado, se disuelve en esta burbuja de paz.

Una pequeña escena de Oliver

No he pegado ojo o, mejor dicho, he dormido a ratos, despertándome cada dos por tres. Creo que una parte de mí quería comprobar si Arel seguía ahí, en mi cama, junto a mí, y no era una ilusión. Prácticamente no se ha movido en toda la noche, pero sé que estaba dormido porque su respiración era suave y acompasada, tan relajante que solo he tenido que sincronizar la mía con la suya para dejar que el cansancio me venciera.

He soñado tantas veces con esto.

Me habría gustado detener el tiempo en ese instante, poder abrazarlo con fuerza, pegar mi pecho a su espalda, rodearlo por la

cintura y besarle en la nuca. Arroparlo junto a mí y dormir como si fuéramos cucharitas.

Contenerme ha sido un esfuerzo, no puedo negarlo.

Al despertar estoy tan agotado que los párpados me pesan. Paso las manos por la cara, arrastrando algo pegajoso que creo que son babas. Por las rendijas de la persiana se cuela algo de luz, no creo que sea demasiado tarde. Al girarme para coger el móvil y comprobar la hora, me doy cuenta de que la cama está vacía.

Mi atención va directa a la cajonera, la ropa de Arel sigue ahí, así que no se ha marchado. Suelto un suspiro, y me insto a mí mismo a dejar de preocuparme.

La cama huele a Arel y eso hace que un cosquilleo se aloje en la parte inferior de mi vientre donde… ¡Joder! Bajo la ropa interior se aprecia una evidente tienda de campaña; me incorporo de golpe; ¡estoy empalmado! Espero que Arel no se haya fijado en esto, me moriría de la vergüenza.

Salto de la cama y me enfundo unos pantalones cortos de tejido grueso que disimulen mi alegría matutina. Al cruzar el pasillo escucho voces que vienen de la cocina. Me gusta que Arel y Borja se lleven bien porque son las dos personas más importantes de mi vida. Borja nunca ha sido demasiado crítico con los tipos con los que he salido, quizá porque hasta él sabía que era una relación con fecha de caducidad, pero esta vez es diferente, con Arel todo toma otra dimensión. Por otra parte, Arel tiene un círculo de amigos muy cerrado que no ha cambiado desde la época de la universidad.

Pero todos mis temores se han esfumado, porque esos dos parecen congeniar a la perfección.

Acciono el grifo y me lavo la cara, me paso las manos por el pelo. Hace calor y estoy un poco sudoroso. Valoro la opción de una ducha rápida, pero las ganas de ver a Arel inclinan la balanza.

En la cocina están hablando, no logro entender muy bien de qué, tampoco quiero. Siempre he valorado mucho la intimidad de los que me rodean.

Cuando entro, me quedo un instante detenido en la puerta. Verlos a los dos, riendo y hablando, me transmite una sensación de felicidad imposible de ignorar y quiero hacer todo lo posible para que

esto no sea algo temporal, sino una constante que perdure en el tiempo.

Capítulo 24



Las semanas se han ido sucediendo una tras otra y, casi sin darnos cuenta, ya estamos en octubre. Desde que Oliver comenzó de nuevo las clases, entre los entrenamientos, las competiciones y sus compromisos sociales, nos hemos visto mucho menos de lo que imaginaba.

Desesperadamente poco.

Lo añoro con cada fibra de mi ser.

Quedar una vez por semana me resulta insuficiente y no me gusta; porque no quiero depender de otro. No quiero que sentirme «bien» o «mal» esté ligado a alguien que no sea yo. Es inevitable; son vestigios de mi pasado, de esa personalidad codependiente que tanto me cuesta dejar atrás.

—¡La tierra llamando a Arel!

Marta me zarandea como si fuera una maraca, el cigarrillo se me escapa por el meneo y termina en el suelo. Chasqueo la lengua frustrado; era el último de la cajetilla.

—Mira que eres bruta —la regaño.

—Es que llevo un rato hablando contigo y me estás ignorando.

—Lo siento, tenía la cabeza en otra parte.

—En la parte un poco más abajo del ombligo de cierto universitario.

Lo suelta a voz en grito en medio de la terraza donde hemos bajado a tomar un té —los dos— y fumar —solo yo—. Noto el calor

subir por mi cuello y las orejas se me ponen como tomates. La mato, un día juro por Dios que me la voy a cargar. Mi mirada revolotea inquieta por la decena de personas que están sentadas disfrutando del agradable día soleado.

—Perdoooooona —dice, sin necesidad de que diga en voz alta lo que es evidente, que ese comentario sobraba—. Mira que eres soso a veces, eh.

Quiero refutarlo, pero no puedo. Lo soy. Motivo que se añade a la eterna lista de cosas que hacen que Oliver y yo no peguemos ni con cola, aunque cada vez me importa menos.

—Es que hace días que no lo veo.

—Ya, bueno, normal, ¿no?

—Ya.

Claro que es normal, cada uno tenemos nuestra vida y nuestras obligaciones, pero el tiempo del verano me dio una perspectiva bastante irreal y ahora me cuesta centrarme en la rutina del día a día.

—Pero te rallas un montón —afirma, yo solo asiento con la cabeza—. Llámalo.

—No quiero molestar.

—Dudo que Oliver lo considere una molestia, es más, casi que podría afirmar que te echa tanto de menos como tú a él.

—Tal vez.

—No, en serio, me apuesto cincuenta euros a que Oliver te echa tanto de menos que…

—Mira que eres tramposa.

Me giro tomado por la sorpresa, la voz que ha interrumpido la jugarreta de Marta no es otra que la de Oliver.

—¡Oli! —exclamo, y me levanto tan rápido que la silla se tambalea, aunque por suerte no termina de caer.

Marta alza una ceja y exclama con maldad:

—Y aquí tenemos al protagonista de tus sueños húm…

Le dedico un gesto que hace que cierre el pico de golpe. Oliver suelta una risotada divertida y sus ojos brillan cuando volvemos a mirarnos. Se acerca de manera lenta, sin perder el contacto visual, y alarga la mano para dejarla sobre mi antebrazo.

—¿No vas a darle un beso? ¡Ves cómo eres un soso! —me acusa Marta, que sigue sentada, jugueteando con el sobrecito de azúcar de su té.

—¡Joder, Marta! En serio… —gruño cabreado.

—Pero tiene razón, ¿ni un beso?

Trago con sonoridad.

Sigo siendo un analfabeto sentimental y todavía me confunde esta nueva dimensión en donde formo parte de una relación. Titubeo un poco hasta que es Oliver el que se agacha para besar mi mejilla. Estoy seguro de que él hubiera preferido en los labios, pero, una vez más, antepone mis necesidades a sus deseos.

—¿Has terminado de trabajar? —pregunta, separa la silla donde yo estaba sentado y después la de justo al lado, para hacerlo él.

Miro a Marta con expresión suplicante. Realmente mi trabajo está hecho, salvo enviar unos documentos y responder un par de emails. Además, ya me he transferido los archivos a mi lector para empezar a valorar nuevos manuscritos.

—Anda, ¡vete! Yo termino.

—¿No te importa?

—No. Pero recuerda que esta noche tenemos cena en casa de Laura, como nos des plantón… —Hace el gesto de tijeras con los dedos—. ¿*Capisci*?

—Tranquila, yo lo llevo.

¿Llevarme? Miro a Oliver, veo que tiene pensado algo y esto me emociona.

Cada vez que Oliver planea una cita me sorprende, sobre todo porque me obliga a salir de mi zona de confort y me hace probar cosas nuevas, como unas semanas atrás que me llevó a hacer una vía ferrata. Jamás imaginé que estar colgado de un precipicio con la única seguridad de la fuerza de mis brazos y un cable sería tan terroríficamente emocionante. Así que he dejado de cuestionarle o de negarme, y solo me dejo llevar.

Me he dado cuenta de lo encorsetado que estaba, de la existencia tan monótona que llevaba y, aunque quizá sea un poco tarde, estoy descubriendo la parte más divertida de la vida.

Así que no me sorprendo cuando veo el coche, nuevamente prestado por su amigo, ni cuando Oliver sale de la ciudad en dirección a la costa. Solo espero que consigamos volver antes de la cena. La amenaza de Marta tal vez no sea literal —no peligra mi hombría—, pero sin duda podría hacerme pasar un mal rato.

—Ya ni preguntas a dónde te arrastro —bromea Oliver, mientras acciona el intermitente y cambia de carril.

—Me he acostumbrado a tus sorpresas.

—Más bien diría que te encantan.

Me ha pillado. Claro que me gustan; cualquier momento a su lado se convierte en uno de mis favoritos.

—Tengo una sesión de fotos —me explica de repente—. Es un chico que está empezando con una marca de ropa. Me contactó hace unas semanas para ofrecerme colaborar.

—¿Vas a hacer de modelo?

Oliver suelta una carcajada en la que detecto un ligero nerviosismo.

—Bueno, me voy a poner delante de la cámara, veremos qué sale de esto —comenta—. Me gustó mucho el estilo de ropa, va muy conmigo, y está guay poder echarle una mano a un nuevo emprendedor.

Lo miro con admiración, una que no desaparece durante las horas en las que, obedientemente, posa para el fotógrafo. Lo hace con varios conjuntos, sin quejarse de tener que cambiarse a la intemperie, con temperaturas propias de finales de octubre. La sonrisa no se va de su rostro ni siquiera cuando le hacen repetir posturas una y otra vez o cuando le regañan por mirar hacia mí en lugar de a la cámara.

El aire frente al mar es cortante, aunque parece que no incomoda a ninguno de ellos.

Aparte de las fotografías, también lo han estado grabando todo, para hacer algo a lo que llaman «detrás de escena». Yo no entiendo nada, pero me parece fascinante, sobre todo por lo jóvenes y profesionales que son todos.

—¿Te aburres?

Raúl, el diseñador de la firma, tiende un botellín de agua en mi dirección y se sienta un momento antes de volver a supervisarlo todo. No puedo evitar fijarme en la pulsera arcoíris que luce en su muñeca, detalle estúpido que me encanta.

—Qué va, me parece muy interesante.

—Estamos empezando, hemos invertido un montón de horas, esfuerzo y dinero. La verdad es que contar con OliFrog como modelo será un empujón enorme para que nos conozca más gente.

Siempre se me olvida que cientos de miles de personas no le quitan ojo a Oliver, siguiendo cada uno de los vídeos que publica. Además, sus videos de ropa y maquillaje suelen ser los que más interacciones acumulan, aunque yo sigo prefiriendo los de los entrenamientos.

—La ropa es preciosa. —Es un estilo muy urbano, sudaderas con diseños de colores sólidos y muy llamativos—. ¿La has diseñado toda tú?

—Cada una de las prendas —dice con un brillo de orgullo en los ojos—. Félix me ayuda a confeccionarlas y con todo el tema del *marketing* y redes. Y es el que me ha conseguido al fotógrafo.

Señalo al chico que apunta con la cámara a Oliver mientras le canta distintas indicaciones. Me ha llamado la atención nada más llegar: un hombre de más o menos mi edad, delgado —incluso más que yo—, con ese tipo de atractivo tranquilo que no necesita esfuerzo. Pero lo que realmente impresiona es cómo cambia su presencia en cuanto empieza a trabajar. De repente todo en él se ha vuelto precisión y control, como si el mundo entero se ajustara al enfoque de su objetivo.

—Parece muy competente —admito.

—Totalmente. Luca es un *crack*; trabaja para marcas importantes. Nos está haciendo un super favor al no cobrarnos nada más que el desplazamiento.

Asiento con la cabeza, estas nuevas generaciones me parecen fascinantes, no se detienen ante ningún obstáculo. Bueno, quizás en mis años tampoco lo hacían, y el único que se frenó fui yo.

—¡Espera! —grita Raúl, levantándose de un salto—. Perdona, Arel —se disculpa antes de volver corriendo hacia el equipo—. Mejor

con el acantilado de fondo, ¿no?

Yo sigo ahí, absorto en mis pensamientos.

Mientras observo a Oliver posar, entiendo lo valiosas que son estas colaboraciones. Para Raúl, es una oportunidad de presentar su marca a un público más amplio, uno que jamás habría alcanzado sin la influencia de OliFrog. Para Oliver, es una forma de fortalecer su posición como creador, mostrándose cercano y dispuesto a apoyar proyectos pequeños. Aunque en este caso no haya remuneración económica, para ellos es un intercambio simbiótico, donde ambos ganan algo mucho más grande que lo tangible: visibilidad, confianza y, quizás, una chispa de esperanza para perseguir sus sueños.

Sin duda estoy descubriendo un mundo nuevo a su lado.

Una pequeña escena de Oliver

Hace un frío de mil demonios y estoy lleno de arena. Pero me lo he pasado muy bien, ha sido una nueva experiencia que sumar a las tantas que me ha ofrecido TikTok. Mis ojos se han desviado hacia Arel durante toda la sesión, temiendo que estuviera aburrido o helado por estar ahí parado. Pero cada vez que nuestras miradas se cruzaban, sus labios esbozaban una sonrisa bonita, sincera y llena de ternura.

Cuando salgo del baño de la cafetería que nos han cedido para poder limpiarme un poco, lo veo junto al resto, observando ensimismado la pantalla del portátil en una de las mesas de la terraza. Su rostro expresa una efusividad contenida que se desborda cuando al alzar la cabeza nos miramos.

—¡Oli! Mira, corre, ven… —me apresura haciendo aspavientos con los brazos.

Al llegar a su altura se hacen a un lado para que pueda ver; estoy en medio de la pantalla, con el mar a mi espalda y una expresión que rebosa una infinidad de emociones. Joder, estoy tan guapo que ni me reconozco.

—Eres un fotógrafo excelente —destaco, dejando una mano sobre el hombro de Luca.

No lo conocía más que de oídas y ha confirmado lo que se dice de él, es inflexible, con un punto autoritario, pero sus fotografías son una puñetera obra maestra.

—Tengo que reconocerlo —Su voz es baja y algo aflautada—. Al final las mejores fotos son las que no estás mirando a cámara.

Si no estaba atento al objetivo ya sé dónde apuntaban mis ojos y por eso tengo esa cara de idiota enamorado. Creo que todos se han dado cuenta. Alargo la mano para tomar la de Arel, apretando con ternura. Él hace florecer lo mejor de mí.

—¿Puedes mandarme una copia? —pide Arel, mucho más desinhibido que al llegar. Le cuesta coger confianza con la gente, pero una vez que rompe el hielo, despliega sus encantos y se mete a todos en el bolsillo con facilidad. —Bueno, si no es mucho pedir, ¿me las puedes mandar todas?

—¿Eres un *stalker*? —bromeo, golpeando con mi hombro el suyo.

Raúl suelta una carcajada a la que se une el resto. Creo que ha quedado clara la naturaleza de nuestra relación y me alegra no tener que dar explicaciones ni que el ambiente haya cambiado por ello, a veces es complicado prever las reacciones que pueden suscitarse a nuestro alrededor.

—Deja que las edite un poco —pide Luca—. Haré una selección y te las mandaré.

—¡Pero no puedes compartirlas! —advierte Raúl, un poco nervioso.

—Tranquilo, Arel no tiene redes sociales —le tranquilizo.

—Espera, ¿qué?

No distingo con claridad quién ha hablado, creo que han sido los tres a la vez. Arel solo se encoge de hombros ante las inquisitivas y confundidas miradas.

Miro el reloj, al final se nos ha hecho tarde.

—Bueno, chicos, ha sido genial, pero tenemos que irnos.

—Anda, ¡es tardísimo! —Arel reacciona. Creo que la amenaza de Marta acaba de pasar por su mente.

—Ha sido un verdadero placer, Oli —Raúl alarga la mano en mi dirección—. De verdad, todavía estoy flipando de que aceptaras mi propuesta.

—Y lo dicho —añade Félix, ahora es él quien me la estrecha como despedida—, elige algunas prendas y te las haremos llegar.

—Me va a costar decidir. —Miro a Arel—: cuando tengamos las fotos, me ayudas.

Capítulo 25



—¡Lo sabías!

La acusación llega a voz en grito, tan aguda que el perro del vecino empieza a ladrar. Laura ha pasado de feliz a cabreada en menos de un milisegundo. Yo solo atino a alzar ambas manos en señal de rendición, o más bien de perdón, casi implorando misericordia.

—Yo...

Nada de lo que diga puede salvar mi pellejo. Lo más inteligente en estos casos es asumir las consecuencias, dejarlas que se desahoguen conmigo.

—Qué cabrón, Arel, esto no se hace. —Esta vez es Marta, que aprovecha que estoy sentado para avasallar desde las alturas—. No mola, tío, no mola...

Con los dedos me rastrillo el pelo hacia atrás y lanzo un suspiro lastimero.

—Es que no podía decirlo.

—¡Serás…!

La verdad es que no entiendo nada.

A veces olvido lo abismalmente distinta que es la naturaleza entre ellas y yo. Hemos cenado entre risas y bromas, una cosa y otra nos ha llevado a vaciar una botella entera de vino, y cuando estábamos más achispados, Laura ha soltado la bomba: Ian y ella van a casarse. Todos hemos estallado de felicidad y nos hemos

fundido en un abrazo colectivo... hasta que algo en mí, no sé exactamente el qué —y debería averiguarlo, porque delatarme con tanta felicidad es todo un problema— ha hecho que Laura se diera cuenta de que yo ya lo sabía.

Y ahora estoy atrapado entre el pelotón de fusilamiento que son mis mejores amigas y el sofá; imposible escapar.

—¿Sabes el mal rato que pasé? ¡No sabía qué responder! —alega Laura.

—Hombre, pues que sí, ¿no? —inquiere Marta, mirándola.

—Bueno, sí, pero... ¡Me pilló por sorpresa!

—Pero era la idea. —Me atrevo a intervenir, aunque sus heladas miradas me dejan clavado en el sofá.

Sin duda, lo más sensato es guardar silencio, porque cualquier cosa que diga será usada en mi contra.

—Ian se lo ha currado un montón, qué romántico… —murmura Marta, pensativa.

—¡Oye! No me traiciones ahora, estábamos enfadadas con Arel por habérselo callado tanto tiempo.

—No ha sido tanto, solo mes y medio…

—¡Más de un mes! —exclaman al unísono.

Definitivamente soy idiota. Es que no sé callarme.

—Pero estás feliz, ¿no? —balbuceo, de perdidos al río.

—¡Claro! —grita Laura.

—Por tu tono nadie lo diría.

—En serio, ¿quieres morir?

—No —alego, todavía con el culo pegado a los cómodos almohadones.

Me duelen las cervicales de seguirlas, pues no paran quietas. Creo que es la emoción de la situación y el vino. En un momento dado, Marta detiene su absurdo caminar como si acabara de caer en la cuenta de algo importante.

—¿Me enseñas el anillo? —pide de pronto.

Con tanto grito se nos había olvidado lo más importante, ¡el anillo! Aunque yo ya lo he visto, pero esta vez sí que no diré nada. Soy tonto, pero no kamikaze, me lo llevo a la tumba.

Laura se acerca al aparador al lado de la entrada del comedor, saca una cajita y la mira un instante. No digo nada, pero la sonrisa que se dibuja en su cara es preciosa: está feliz. Esa sensación se acrecienta cuando abre el estuche y desliza la alianza en su dedo.

—¡Jo! Tía, es preciosa.

Me levanto del sofá y me acerco a ellas para curiosear. Rodeo con un brazo a Laura y apoyo la barbilla sobre su hombro. Joder, vivir este momento junto a ellas es tan conmovedor... y, a decir verdad, sin los gritos, burlas, amenazas y acusaciones bizarras no habría sido uno de nuestros momentos.

—¿Creéis que he hecho bien en decir que sí?

—¡Claro! —respondemos ambos.

Después de tantas emociones en unos pocos minutos, todo vuelve a la normalidad, y el ambiente se relaja cuando Laura sirve unas copas. Sentados en el sofá, el tema de las bodas surge de manera inevitable, y aunque trato de seguir la conversación, no puedo evitar recordar la última a la que asistí. El sabor amargo de ese día aún persiste, pero, al mismo tiempo, se mezcla con una calidez inesperada, porque de aquel caos nació algo que jamás cambiaría: mi relación con Oliver.

—Oye, Arel… la verdad es que me alegra que Ian hablara contigo. Eso significa que os lleváis bien.

—Es muy buen tío.

Laura deja escapar un suspiro, como si se quitara un peso de encima. Creo que la entiendo; ser el amigo gay siempre me ha colocado en situaciones un tanto incómodas con sus parejas, pero con Ian todo ha sido sencillo. No puedo decir que seamos amigos, pero nos caemos bien, y eso ya es mucho.

—De acuerdo. —Marta se levanta para rellenarse la copa—. Vamos a hablar de lo realmente importante…

Me río por lo bajo porque sé por donde va; dios mío, dejar que Marta tome las riendas de una despedida de soltera puede acabar en desastre. Ella nos mira con entusiasmo, alternando entre Laura y yo. Como ninguno de los dos parece dispuesto a seguirle el juego, chasquea la lengua, aunque su buen humor no flaquea.

—¡Despedida en un local de *striptease*! Y voy a hablar con Christian, todo el arsenal porno corre de mi cuenta.

Me lo temía. Y si su primo mete baza, todavía será peor. A veces se me olvida que trabaja en una empresa de productos… ejem… de placer para adultos.

—Marta, templa un poco, que ni siquiera tenemos fecha todavía.

—¡Bah! Eso es lo de menos. Lo importante es la fiesta que nos vamos a montar, ¿verdad, Arel?

—Verdad.

A estas alturas, cualquier locura que proponga suena tentadora, así que aseguro:

—Estoy dentro.

Una pequeña escena de Oliver

Si algún día hubiera un terremoto y el edificio donde vivo se derrumbara, lloraría por mi pérdida. Porque tendría claro que mi mejor amigo estaría dentro en ese preciso momento; por eso me sorprendo cuando, al abrir la puerta, las luces están apagadas. Solo el tenue resplandor de las tiras LED detrás del televisor ilumina la estancia.

—¿Borja…? ¡Borjitaaaa! —canturreo mientras dejo las deportivas en el recibidor, llenas de arena—. Oye, ¿me traes las zapatillas? —Suelto una carcajada—. Que no te estoy llamando perro, ¿eh? Es que he traído media playa conmigo.

Silencio.

Dejo la cazadora en el perchero y avanzo de puntillas, procurando no dejar un rastro de arena. Al pasar por el comedor, un bulto en el sofá me da un susto de muerte.

—¡La hostia! Pensaba que no estabas, como no me has contestado.

—Lo siento. —Su voz suena diferente, debe estar adormilado.

—He estado en la playa para una sesión de fotos, vengo muerto de frío. Voy a darme una ducha calentita y… Oye, ¿qué te pasa?

Algo no está bien.

El frío que me cala hasta los huesos deja de importarme. Me arrodillo junto al sofá, donde Borja sigue tumbado con un brazo cubriéndole la cara como si le molestara una luz que ni siquiera está prendida. Me estiro hacia la lámpara de la mesilla para encenderla y, antes de que reaccione, tiro de su muñeca para descubrirle el rostro.

—¡¿Qué te ha pasado?! —grito al ver su ojo morado.

—Nada.

—No me jodas, Borja… ¿A quién tengo que matar? —intento bromear, pero su expresión rota me atraviesa.

De pronto, algo que nunca había visto en él me deja sin palabras: una lágrima se desprende de sus pestañas y recorre su cara hasta perderse en la mejilla opuesta. Me dejo caer al suelo, mirándolo, incapaz de reaccionar. Cuando otra lágrima aparece, la limpio con la punta de mi dedo.

—Eh… —balbuceo.

—Lo que más me jode —dice, con un hilo de voz—, es que siempre has bromeado con que soy bi, y he tenido que descubrir que tenías razón con un hijo de puta pervertido que además tiene novia.

Noto una fuerte y dolorosa punzada en el estómago.

—Lo siento.

—No lo sientas, que tú no has hecho nada. Soy yo, que soy gilipollas.

No sé qué decir, así que me limito a guardar silencio. A veces, compartirlo es mejor que cualquier palabra. Me hago un hueco en el sofá y lo rodeo con un brazo. Tiene que ser el imbécil de aquella noche, semanas atrás, no pude verle bien ni le reconocí la voz, pero seguro que es alguno de los que estuvo con nosotros de fiesta; cuando lo descubra, le van a faltar planetas donde esconderse porque pienso molerlo a hostias.

—¿Arel ha aguantado toda la tarde viéndote hacer el payaso? —pregunta de pronto, sacándome de mis pensamientos.

—Sí.

—Eso es amor, tío. No lo dejes escapar.

—Borja…

Se remueve en el sofá, apoya un pie en mi cadera y me empuja al suelo de nuevo.

—Ve a la ducha, apestas a pescado.

—Tío…

—No pasa nada. Es solo que nunca me habían roto el corazón. Se me pasará, ¿verdad?

—Sí.

—Pues nada… esperaré a que no duela.

—Ese imbécil no ve lo que ha perdido. Tú eres el mejor tío del mundo.

—Ya, y estoy cañón.

—No tanto como yo, pero bastante.

—Mucho más que tú, además la tengo enorme.

Suelto una carcajada amarga que resuena entre mis costillas de manera dolorosa. Borja se pasa las manos por la cara y se incorpora. Su mirada, quebrada, parece a punto de desmoronarse.

—Borjita…

—Si te da por intentar averiguar quién es, recuerda que no necesito un héroe, solo hielo para el ojo.

Asiento en silencio.

Capítulo 26



La editorial donde trabajo cumple quince años y, como ya es tradición, lo celebramos con una cena entre compañeros. La única regla impuesta es no hablar de trabajo, algo que, por supuesto, incumplimos una y otra vez. Es inevitable: cuando nos juntamos todos, los libros siempre acaban en el centro de la conversación.

Este año, la estrella de la noche es la novela en la que estoy trabajando y que pronto verá la luz. Los chicos de *marketing* —que en realidad hacen de todo, porque somos una editorial pequeña— están emocionadísimos con la campaña que han ideado junto con la autora. «Innovadora, diferente y muy divertida», así la describen. Están tan entusiasmados ¡que me están contagiando la ilusión!

El restaurante elegido para esta ocasión es un acogedor espacio de estilo moderno-industrial, con paredes de ladrillo visto decoradas con ilustraciones de libros y pequeñas estanterías con novelas clásicas, que, sin duda, es lo que más nos ha gustado a todos. Las mesas, de madera clara, están iluminadas por lámparas colgantes que emiten una luz cálida y tenue, creando un ambiente relajado y perfecto para la conversación; o para una velada romántica y eso me lleva a pensar en Oliver.

Estoy contento, más de lo habitual.

Siempre me han gustado estas cenas: salir del ambiente formal de la oficina y compartir risas con los compañeros me ayuda a relajarme. Pero este año es distinto. Mi vida está en un momento

tan dulce que hasta ellos lo han notado. Me siento como si tuviera unas gafas nuevas que me permiten ver el mundo con otra perspectiva. Incluso yo estoy cambiando.

—¿Otra? —pregunta Mikel, uno de los chicos del sello de fantasía, con la botella de vino en alto señalando mi copa.

Me he tomado ya una y no quiero abusar, así que declino la oferta.

El menú, diseñado especialmente para la ocasión, incluye una selección de platos creativos y deliciosos: aperitivos como croquetas de queso y cebolla caramelizada, y un tartar de atún con aguacate que desaparece al instante de las mesas. Para el plato principal hemos podido elegir entre un risotto de setas con parmesano o un solomillo con reducción de oporto; como ya viene siendo habitual, Marta y yo pedimos uno de cada y así compartimos, por lo que puedo afirmar que ambos platos son exquisitos. Y nada mejor para amerizar tanta *delicatessen* que este vino tinto, es excelente.

Me siento embriagado por el ambiente distendido, disfrutando con conversaciones sobre libros, viajes, planes de futuro —que por primera vez en mucho tiempo tengo, aunque sean todavía pequeños—.

Todo es perfecto, hasta que algo capta mi atención.

Nuestras miradas se cruzan un solo instante antes de que su mujer tire de él y desaparezcan ambos en dirección a la salida.

Ha bastado un segundo.

Un sabor amargo asciende por mi garganta.

Mikel, todavía con la botella alzada sirviendo a otros compañeros, vuelve su atención a mí. Señalo mi copa.

—Ponme.

—¡Así me gusta! —exclama, con el mismo tono divertido que ha empleado toda la noche.

Pero para mí la diversión se ha esfumado.

Marta, que acaba de regresar del baño, ajena a mi malestar interno, me lanza una mirada de reproche.

—Arel, ¿no te estás viniendo muy arriba?

La ignoro con elegancia y le hago señas a Mikel para que me la llene.

En todos estos años no hemos coincidido ni una sola vez, ¿por qué justo ahora? Justo hoy. Me da tanta rabia, que decido que no voy a dejar que me amargue la noche. Ya no.

Una hora después, cuando intento levantarme para ir al baño, mis piernas tienen la consistencia de un flan y mi trasero, fiel a la gravedad, vuelve a aterrizar en la silla. Suelto una risita nerviosa.

—Menudo mareo... —murmuro, mientras hago un segundo intento por mantenerme erguido.

Todo da vueltas a mi alrededor.

Estoy más mareado que la tarde en la que Oliver trajo unas gafas de realidad virtual a casa y se empeñó en que jugáramos con ellas después de comer.

Me agarro a la pared del pasillo como si fuera un náufrago en plena tormenta. Detrás de mí, escucho una risa burlona. Me tenso de inmediato y solo consigo relajarme al comprobar que no es Iván.

—Qué poco aguante tienes —dice Diego, mirándome con esa superioridad tan suya.

Lo señalo con el índice, intentando encontrar algo mordaz que soltarle, pero las palabras se me encasquillan en la punta de la lengua y lo único que consigo emitir es una serie de sonidos guturales acompañados de un espray de saliva.

—Anda, mejor dile a alguien que te venga a buscar —continúa—. Estás como para acabar saliendo en las noticias.

Lo peor es que tiene razón, y eso me jode.

Es cierto que he bebido un poco más de lo habitual. Bueno, sí, bastante más. Entre las copas de vino, los chupitos de la casa y el entusiasmo de mi jefe brindando por el «segurísimo» éxito de la novela, ahora veo doble y tengo que concentrarme como un francotirador para apuntar dentro de la taza. Al menos, el agua fría en la cara me despeja un poco.

De vuelta al salón, me detengo en seco al ver una figura que me resulta familiar. En ese ambiente cargado de los murmullos de las conversaciones y las risas de mis compañeros, me parece reconocer a ¿Oliver? Con la chaqueta todavía puesta está hablando con Martina, la coordinadora de los editores.

Me tambaleo, parpadeo varias veces como si eso fuera a hacer que la escena tuviera más sentido. Él se gira y nuestros ojos colisionan. La mía, confusa; la suya, cargada de diversión.

El corazón me da un brinco.

—Ah, Arel, creo que han venido a buscarte —dice Martina, la coordinadora de todos los editores, también un poco achispada.

—¿Pero... qué... cómo...?

Oliver suelta una carcajada, y la calidez de su risa hace que mi cerebro, nublado por el alcohol, no termine de procesar nada.

—Me has mandado un mensaje hace un rato, ¿no te acuerdas?

—¿Un men…saje? ¿Yo? —Me rasco la cabeza, intentando visualizar el momento. Nada. Vacío absoluto—. ¡Mie…rda! ¿Lo he hecho? —balbuceo.

Marta lanza la chaqueta en mi dirección, yo me encojo asustado, pero Oliver la pilla al vuelo, salvando el que se me estrelle en toda la cara.

—No sabía que tenías un hermano pequeño, y mucho menos que fuera famoso —comenta Martina, mirando a Oliver con renovado interés—. Y qué bien que venga a buscarte.

La palabra «famoso» parece resonar en el aire como un eco. Hasta Diego lanza una mirada en su dirección, intentando ubicarlo.

Antes de que Oliver pueda responder, salto como un resorte.

—No somos hermanos.

Oliver sonríe y me sujeta del brazo al notar mi falta de estabilidad. Tal vez teme que me desplome allí mismo y termine por abrirme la cabeza con el filo de alguna de las mesas.

—Ya decía yo, no os parecéis demasiado —bromea Martina.

—Somos amigos —aclara él, reforzando su agarre alrededor de mis hombros.

Y entonces, sin pensar, o pensándolo, quién sabe se me escapa:

—Va a ser mi novio, si en Navidad todavía me quiere. —De pronto estallo en una carcajada cuando añado—: ¡Voy a ser su regalo!

Podría hasta ponerme un lazo.

Mis carcajadas histéricas prosiguen totalmente ajeno al silencio que se cierne sobre el grupo, solo es un segundo, pero parece

eterno. Hasta yo enmudezco, mirando en todas direcciones, asustado. Y luego, una nueva carcajada rompe la tensión. Marta está doblada de la risa. Aplaude como loca y señala en mi dirección:

—Así me gusta, Arel, bien hecho. ¡Saliendo del armario por la puerta grande! —exclama, entre risotadas y aplausos.

Pero… ¿He salido de…? ¿Dónde? … ¿¡Qué acaba de pasar!?

—Mierda… —murmuro.

Miro a Oliver, esperando encontrar indignación, enfado o algo parecido, pero nada. Su expresión es relajada y su sonrisa permanece intacta, nunca sé cómo defenderme ante esta sonrisa. Joder, es tan guapo que duele.

Martina, intentando disimular su consternación, cambia de tema como si nada hubiera pasado.

—Esto... oye, Oliver, ¿te has planteado hacer contenido literario? ¿Una colaboración, tal vez?

¿Oliver hablando a sus seguidores de libros? Bueno, me ha demostrado muchas veces que es un gran lector. Con el cerebro todavía en medio de la bruma, analizo su reacción; él inclina la cabeza en mi dirección un instante antes de dirigirse de nuevo a Martina.

—Pídele mi contacto a Arel y hablamos. Puede ser divertido —responde, estrechándole la mano. Luego se gira hacia mí—. Anda, vamos… menudo pedal llevas.

Asiento con un cabeceo.

—Ten cuidado con este, se pone demasiado sincero cuando bebe —bromea Marta, que nos ha seguido hasta la salida del restaurante.

—Eso no es verdad —protesto, ofendido.

Aunque, claro, nadie me cree.

Joder, ¿por qué he bebido tanto? Se me ha ido de las manos.

Ya en la calle, el frío me golpea como un cubo de agua helada; lo que viene siendo normal tratándose de finales de noviembre. Oliver está delante de mí, abrochando con paciencia los botones de mi abrigo. Su expresión es tierna y sus movimientos tranquilos.

—¿Lo… siento?

—¿Es una pregunta o una afirmación? —inquiere, divertido.

—Perdona…

Oliver roza mi mejilla con la punta de sus dedos y desliza la caricia hasta mi barbilla. Me obliga a alzar la cabeza, y por un instante el mundo se detiene y no vuelve a girar hasta que sus labios están sobre los míos.

Una pequeña escena de Oliver

«Va a ser mi novio, si todavía me quiere». No he soltado gritos y aplausos de alegría de puro milagro, pero después de esa afirmación rotunda por parte de Arel, mantener la compostura me ha costado horrores.

Una vez en la calle, no me contengo. Lo primero que hago —después de abrigarlo, claro— es besarlo. Joder… A cada nuevo beso noto cómo el corazón me late con fuerza y la respiración se me entrecorta. Desde el primer día me resulta casi imposible refrenar las ganas de ir más allá, de no conformarme solo con besos.

Y este momento no es diferente.

Pero una vocecita dentro de mí me insta a levantar el pie del acelerador y enfriar la cabeza.

Al separarnos, las mejillas de Arel están sonrosadas, y aunque no sé si es por el beso o el frío, prefiero pensar que es por lo primero.

—Vamos andando hasta la parada de taxis, así te despejas.

Arel asiente, obediente, y deja que lo guíe calle abajo. De vez en cuando tropieza con sus propios pies o lanza alguna exclamación al cielo. Tan mayor, tan tierno… Me entran ganas de burlarme de él o, en un arrebato, raptarlo y llevármelo lejos.

El trayecto hasta su piso se hace corto.

Una vez dentro, empieza mi verdadero quebradero de cabeza. Voy encendiendo las luces a nuestro paso hasta llegar a la última puerta: la de su dormitorio. Solo he estado aquí un par de veces, pero al entrar un cosquilleo nace entre mis costillas. Arel se deshace de mi abrazo y da un par de tambaleantes pasos hasta la cama. Ha estado extrañamente callado todo el trayecto, muy meditabundo.

—¿Aparte de la borrachera, estás bien? ¿Te ha pasado algo?

No responde. Se limita a lanzarme la americana, y yo suelto una risa suave que se convierte en carcajada al ver lo mucho que le cuesta desabrocharse la camisa.

—¿Te ayudo?

Niega con la cabeza, con gesto indignado. La corbata cae al suelo, y mis nervios aumentan frente a su inminente desnudez.

—Voy a buscarte agua. No te caigas.

En la cocina, lleno un vaso y, en un intento por calmarme, me lo bebo entero. Respiro hondo antes de volver. Al entrar de nuevo en la habitación, la escena me deja clavado en el sitio: Arel está de pie, frente a la cama, en ropa interior. Los ojos febriles y la piel enrojecida, perlada de sudor, lo hacen parecer tan vulnerable y tan condenadamente provocador que temo perder el pulso contra mis instintos, porque su mera presencia sacude cada fibra de mi ser. Juguetea con las manos, inquieto, y yo desearía ser más fuerte, pero a estas alturas mi contención está al límite.

Doy un paso en su dirección con la mirada clavada en su boca entreabierta.

—Quiero hacerlo.

Dos palabras, dos simples palabras que abandonan sus labios como un susurro que para mí suena como un trueno ensordecedor. El temblor de mi mano hace que se derrame parte del agua.

—Maldita sea, Arel. No me tientes.

Niego con la cabeza y me separo un paso de esta fruta prohibida que la serpiente me quiere hacer catar.

—Me gustas mucho. —Arel acorta la distancia entre nosotros—. Quiero que hagamos el amor.

Tengo la boca seca y me escuece la garganta.

—¿No quieres? —añade, con esos preciosos ojos avellana clavados en mí, taladrándome.

¿Que si no quiero? ¡Claro que quiero! He soñado con esto tantas veces que ni recuerdo cuándo empezó esta fantasía. Pero no así. Jamás me lo perdonaría.

—Estás borracho, Arel.

—No demasiado. Solo… un poquitito.

Sonrío con indulgencia.

—Si mañana te acuerdas de esto… Te vas a morir de la vergüenza.

No sé de dónde saco fuerzas, pero recupero el pijama doblado sobre una silla y me acerco con él en la mano. No digo nada, y él extiende los brazos con una docilidad que me conmueve. Le pongo la camiseta con cuidado, lo visto mientras retengo las ganas locas de terminar de arrancarle la ropa. Si esto es una prueba, me estoy ganando el puto cielo.

Cuando vuelvo a mirarlo, Arel hace un puchero.

—¿No me deseas?

—Más que a nada en el mundo —confieso, besando su frente. Lo empujo suavemente hacia la cama—. Y cuando llegue el día, no habrá fuerza en el universo que me haga parar.

Lo cubro con la colcha y él suelta un ronroneo de placer. Es como un gatito. Me enderezo para salir de la habitación cuando su mano sale disparada para aferrarme de la muñeca.

—No te vayas. Quédate conmigo, por favor —me pide.

—No pensaba irme.

Pero antes necesito diez minutos a solas en el baño.

Capítulo 27



Si una hormigonera me hubiera pasado por encima, creo que me sentiría mejor. Me late la cabeza, tengo un sabor extraño en la boca, y cuando intento abrir los ojos, noto los párpados hinchados. ¿Por qué demonios bebí tanto? Creo que ocurrió algo y me desquité con el alcohol, pero mi cabeza sigue demasiado obnubilada y… ¡Espera! ¿Cómo llegué a casa?

Me incorporo de golpe… o al menos lo intento, porque una vez estoy de pie la habitación empieza a tambalearse a mi alrededor.

Apenas hay luz; todo está en penumbra.

Me paso las manos por la cara, arrastrando restos pegajosos de sudor y legañas. Debo tener un aspecto horrible. Necesito una ducha. Después llamaré a Marta para que me explique qué…

Mis pensamientos se detienen cuando veo unas deportivas junto a la cama. No son mías. Levanto la vista hacia la silla y ahí está: no solo mi traje, perfectamente doblado, sino una sudadera azul oscuro que reconozco al instante. Un ruido en el pasillo me hace girar la cabeza, y cuando la puerta se abre, mi primer impulso es saltar de nuevo a la cama y esconderme bajo la colcha. Pero mis reflejos son tan lentos que solo alcanzo a tirar del borde de mi camiseta, intentando cubrirme lo máximo posible las piernas.

—Veo que ya te has levantado. Sé que no eres muy fan del café, pero para la resaca… —Oliver me observa con sus ojos

entrecerrados antes de suspirar—. No tienes ni idea de qué hago aquí, ¿verdad?

—Creo… creo que te mandé un mensaje y tú… ¡Joder! —Me llevo las manos a la cabeza, con el calor subiéndome hasta las orejas—. Perdona, lo siento muchísimo.

—¿Por qué? Ha sido divertido. Me ha gustado este Arel tan diferente del que suelo ver.

—¿Hice mucho el ridículo? —le pregunto, aunque intuyo la respuesta.

Sus ojos chisporrotean, y ese brillo lo dice todo, aunque sus labios se curvan en una sonrisa indulgente. Me encantaría poder verme a través de sus ojos, tal vez sería la solución y no tanta terapia.

—Para nada —responde, sin dudar—. Bueno… Has salido del armario y me has arrastrado contigo.

—Que yo… ¿¡Qué!? Madre mía…

Me siento en el colchón de nuevo, porque creo que voy a desmayarme de un momento a otro. Bueno. Vale. Todo OK. Joder… menuda cagada…

—Vamos, he bajado a por café y he hecho unas deliciosas tostadas.

—Necesito una ducha.

—Estoy de acuerdo, pero desayuna primero.

El café raspa mis papilas gustativas, pero poco a poco despeja mi mente. A medida que los recuerdos de la noche anterior regresan como pedacitos de un cristal roto, una sensación de horror me invade.

Lentamente me golpean imágenes, frases, y las situaciones se vuelven más vívidas. Siento que me encojo de tanto bochorno. Lo peor llega cuando las palabras «me gustas mucho, quiero hacerlo contigo» martillean en mi mente con tan furiosa intensidad que me quedo sin aire. ¿Cómo pude decirle eso? ¡En qué pensaba!

De pronto me veo atrapado en un torbellino que me arrastra al pasado. A aquella tarde, en aquella habitación, con mi voz pubescente diciendo: «Me gustas mucho».

El sudor frío recorre mi espalda, pegajoso y opresivo, y, sin darme cuenta, estoy otra vez allí, en esa oscuridad que nunca se desvanece, donde la vergüenza y el desprecio por mí mismo, y que tan bien conozco, se convierten en mis únicas certezas. El temblor en mis manos detiene la taza a medio camino sin llegar a rozar mis labios. Mi mirada queda fija en un punto vacío, y cuando más inmerso estoy en esa nube negra que amenaza con arrebatarme el control, el simple roce de su mano basta para cambiar el curso de mis pensamientos.

Sigue aquí. No se ha marchado.

La tormenta se disipa y el presente se abre paso como un destello de luz cálida que, contra todo pronóstico, me encuentra.

Él no dice nada, pero sé que es consciente del revoltijo de pensamientos que sacude mi mente. Continúa desayunando, como si no pasara nada, aunque entre nosotros siempre están sucediendo un montón de cosas. Lo miro un instante antes de carraspear, intentando aclarar los nervios de mi garganta:

—Gracias por rechazarme.

Oliver tose atragantado y sus sorprendidos ojos buscan los míos.

—Vaya… —Es lo único que atina a decir.

Estira los dedos por encima de la mesa y me golpea con delicadeza, y aunque parece tener intención de seguir hablando, el silencio se instaura a nuestro alrededor.

—Realmente quiero hacerlo contigo —murmuro, y me escondo tras la taza del café.

—Lo sé, yo también.

—Encontraremos el momento, ¿verdad?

Oliver asiente con la cabeza, y de nuevo el brillo de la comprensión baila en sus ojos azules. Sé que nadie más podría haberme cogido de la mano como lo ha hecho él para acompañarme. Ha sido un proceso largo y tedioso, pero en esta recta final está a mi lado: empujándome, animándome a no rendirme, tomando el relevo cuando desfallezco o apartándose con cuidado cuando necesito demostrar que puedo hacerlo solo.

Un estallido de gratitud me invade, cálido y abrumador, mientras el aroma del pan tostado llena el aire, mezclado con el leve amargor

del café que aún persiste en mi lengua. Por un instante, estoy tentado de mandar nuestro pacto a tomar viento. Quiero decirle que le quiero, que no necesito esperar a Navidades; que de algo tenía que servir tener el corazón hecho pedazos, porque él ha logrado filtrarse por cada una de esas grietas, inundándome por completo.

Pero no lo hago. Y no es por miedo. Si guardo silencio, es por respeto. Sé lo importante que es para él este proceso, la promesa que hicimos solo hace unos meses y que significa tanto para ambos. Así que solo sonrío y, dejando mi taza a un lado, busco su contacto; cálido y firme que me ancla al momento, tan simple y cotidiano que me encanta.

Es increíble cómo puedo fluctuar por tantos estados emocionales en el tiempo que dura un desayuno. El calor que desprende su cercanía me ayuda a gestionar cada sentimiento, a etiquetarlo y guardarlo en el lugar que le corresponde. Por fin empiezo a comprender muchas cosas que hasta ahora no había sido capaz de asimilar durante la terapia.

—¿Quieres que hagamos algo esta tarde?

—No puedo. Le prometí a Borja que iría con él a casa de sus padres, hace mucho que no los veo.

No me siento ni triste ni decepcionado. Creo que lo que estoy experimentando se le llama calma segura.

—¿Cómo está? —pregunto, notando la ligera tensión que se refleja en sus ojos.

Me contó un poco por encima su percance semi amoroso, no demasiado, solo sé que le han partido el corazón y, como alguien que ha pasado por ello, me solidarizo con él. Aunque estoy seguro de que Borja es mucho más fuerte que yo.

Las cejas de Oliver se fruncen, y toda su expresión se torna seria.

—Hecho mierda. —Puedo percibir el peso de su preocupación en cada palabra. Aprieto su mano con más fuerza, esperando que mi gesto le transmita algo del alivio que él siempre me da—. Pero es un maldito cabezota, se lamerá las heridas unos días más y después volverá a la carga.

Asiento con un cabeceo. Yo también estoy seguro de ello.

—Oye, Arel… Llevo tiempo queriéndote preguntar una cosa. —Se levanta con los platos para dejarlos en el fregadero.

—Qué serio te has puesto. —Los nervios me atacan de nuevo hasta que Oliver suelta una risotada acompañada de un gesto con la mano que parece decir que no me precipite.

—Hace unos días me contactó una marca de cosmética para invitarme a uno de sus eventos. Es fuera del país, en Francia.

—¡Hala! Eso es genial, ¿no?

Su rostro se ilumina, lo que me hace entender que es más que eso, que es una gran oportunidad, quizá única. Me contagio con mis propios pensamientos y no entiendo por qué parece desanimado.

—Es que es justo en Navidad —dice, apesadumbrado.

Vaya, hoy ambos hemos pensado en esa fecha. Estamos más conectados de lo que pensaba. Me levanto de la mesa y lo abrazo por la espalda, apretándolo con fuerza, dejando caer mi barbilla sobre su hombro, donde me escondo unos segundos. Siempre huele tan bien...

—Tenemos una cita en Navidad, pero no me importa que esperemos un poco más.

Oliver se gira sobre su propio eje para que quedemos frente a frente y, como cada vez que la distancia entre nosotros es menos que un suspiro, nos besamos. Sus labios contra los míos son todo lo que puedo soñar, hasta que recuerdo que no me he cepillado los dientes.

—Apesto…

—Qué va. —Vuelve a atraparme, mordisqueando el filo de mi boca—. Arel, ¿qué te parece si no aplazamos la cita y solo la cambiamos de lugar?

—¿Habíamos concretado un sitio? No lo recuerdo.

—Bueno, pues, ¿qué piensas de tener nuestra cita en París?

—¿París? —dudo—. ¿El de la Torre Eiffel?

Oliver suelta una risotada. Sus manos se enredan en mi cintura, acariciándome justo en el borde donde no hay ni camiseta ni pantalón.

—Arel, ¿quieres venir conmigo a París, el de la Torre Eiffel?

Por un momento no sé ni qué contestar, pero mi cabeza asiente, así que supongo que mi subconsciente ha decidido por mí.

Dos paracetamoles y una ducha después, empiezo a sentirme como una persona de verdad. El resto de la mañana transcurre en ese ambiente tranquilo que hemos creado juntos. Comemos mientras una melodía fluye desde los nuevos altavoces *Bluetooth* que compré hace poco, redescubriendo mi pasión por dejarme envolver por la música. Después de fregar los platos llega el momento de despedirnos, y resulta más duro de lo que me gustaría admitir.

Nos besamos en la puerta, como dos adolescentes —bueno, él aún está cerca de esa etapa—, y entre arrumacos y carantoñas, malas caras y besos robados en el último segundo, se marcha. Me quedo apoyado en el marco, observando la luz parpadeante del ascensor. No me muevo hasta que escucho el golpe de la puerta del portal al cerrarse.

—Bueno, hora de ponerse a leer.

Me espera una tarde ocupada, o al menos eso es lo que pienso mientras me dejo caer en el sofá; pero como siempre el destino tiene un pésimo sentido del humor, al menos conmigo, pues ha decidido no darme ni un segundo de tregua. Al mirar mi móvil, noto el leve parpadeo. Seguro que es Marta, probablemente para preguntar cómo va la resaca. Conociéndola, hasta podría tocar fanfarrias cuando responda a su llamada.

Pero el nombre que aparece como remitente hace que la sangre se me congele. Por un segundo, olvido cómo respirar. La felicidad que me envolvía hasta hace un instante se evapora, dejándome con un vacío helado en el pecho y una presión insistente tamborileando entre mis costillas.

Y esta sensación me parece cercana, como si hiciera poco que hubiera sentido algo parecido.

Deslizo el dedo sobre la pantalla para abrir el chat recién creado. Dos palabras simples, pero cargadas de un peso aplastante.

Una orden. Un mandato que no puedo ignorar:

IVÁN

Quiero verte.

Una pequeña escena de Oliver

Por norma general, los domingos son el día perezoso por antonomasia, sobre todo si no tengo competición. Así que mis planes son: no hacer absolutamente nada. Plan aprobado y compartido por mi compañero de piso, porque al levantarme lo encuentro en pijama frente al televisor y con el mando de la Xbox pegado a la mano.

—Dime que no llevas jugando toda la noche.

—No llevo jugando toda la noche.

No sé si me toma el pelo o dice la verdad. Sea como sea, paso de preocuparme, si quiere descargar su frustración acribillando zombis, ¿quién soy yo para decirle nada?

—¿Te preparo café?

—Naaaah… he tomado un Red Bull.

Chasqueo la lengua, mosqueado. Sabe perfectamente lo que pienso de esas bebidas. Me tiene preocupado, pero Borja es tan hermético que cuesta horrores sacarle algo.

Una vez en la cocina, me pongo a recoger lo que ha dejado por medio y mientras la cafetera burbujea, saco una taza del armario. Me pregunto qué planes tiene Arel, tal vez podría invitarlo a comer por ahí.

De vuelta al salón, justo cuando me acomodo en el sofá para sumarme a la masacre virtual, mi móvil vibra. Alargo la mano hasta la mesilla para recuperarlo; al desbloquearlo, mi mundo se detiene.

En un nuevo chat iniciado por Iván puedo ver que ha mandado media docena de fotografías, todas de su época del instituto, todas con Arel. Mis manos tiemblan y noto un leve escozor en el cerebro, como si las neuronas trataran de procesar lo que mis ojos están viendo. Son fotos de momentos íntimos, algunas parecen hechas a traición; sin embargo, hay una en la que Arel, de rodillas frente a mi

hermano, mira directamente a la cámara mientras algo pegajoso se escurre de la comisura de sus labios.

Algo estalla dentro de mí, una mezcla de rabia, incredulidad y dolor. No sé cómo ponerle nombre, pero hay algo en mi pecho que se ha hecho añicos.

No sé ni cómo reaccionar, pero antes de poder hacer nada, las fotografías desaparecen. En la parte superior veo el mensaje de que Iván está escribiendo. Contengo la respiración sin saber si quiero o no leer lo que tenga que decir.

Solo sé que quiere hacerme daño y, por primera vez en mucho tiempo, lo ha logrado.

IVÁN

Perdona, esto no era para ti, solo estamos recordando viejos tiempos.

La cabeza se me nubla y todo se vuelve de color escarlata, parecido al de la sangre que lo salpica todo en la pantalla del televisor.

Mis puños se cierran y antes de ser consciente de mis actos, ya estoy en la calle.

Capítulo 28



Me ha costado dormir.

Al levantarme siento cómo un peso que ya tenía olvidado se aferra sobre mi espalda. Y nada tiene que ver con la resaca de ayer.

Es domingo y el día que se presenta ante mí no tiene nada de lo que había planeado. Quizá soy un idiota, tal vez, si le contara a Marta o Laura lo que estoy a punto de hacer, me llevara una buena regañina.

Soy como el protagonista tonto de una novela que no deja de tropezar con la misma piedra una y otra vez, a pesar de que lleva una bien grande señal de advertencia.

Ignorar el mensaje de Iván no dio sus frutos. No sé en qué pensaba, si librarme de él fuera tan sencillo, no llevaría tantos años necesitando terapia.

No esperaba menos de Iván que recibir una amenaza; la dinámica ha cambiado un poco, aunque no dista demasiado de cómo era en la época del instituto. A pesar de que en aquel entonces no necesitaba ser tan evidente, le bastaba con la sutilidad, el resto lo ponía de mi parte.

No quiero verle; pero voy a hacerlo, y lo haré porque sé que ahora soy más fuerte. Mucho más que con diecisiete, y hasta puedo afirmar que hay una diferencia abismal desde la última vez que nos vimos a ahora.

Me visto sin prestar demasiada atención y me tomo un té mientras mi mente divaga. Por cada vez que mi miedo me empuja en dirección a llamar a Oliver, mi sentido común me insta a no hacerlo. Sé que es muy iluso decir eso de: «No quiero mezclarlo en esta situación», cuando está claro que los tres estamos enredados desde hace años. Pero de verdad, no quiero hacerle pasar por esto. Y necesito ser capaz de solucionar mis propios problemas, sin tener que recurrir a él una y otra vez.

Cojo la cartera y las llaves.

Cierro la puerta y el sonido retumba a mi espalda; no me había dado cuenta de cuanto silencio podía concentrarse a mi alrededor.

Hemos quedado en una cafetería a unas cuantas calles de donde vivo. No quiero perder mucho tiempo, tampoco quería quedarme expuesto dándole mi dirección.

No he dado ni tres pasos por la calle que una mano me intercepta, sujetando con firmeza mi hombro, incluso diría que con un ligero toque de violencia.

—¡Iván! —El miedo se filtra en mi voz, a pesar de mis esfuerzos por mantener la calma.

Sus ojos son una tormenta y hasta podría afirmar que todo su gesto desprende tanta frialdad que hiela.

—Localizarte no ha sido un gran problema.

¿No ha sido un problema…? Y de pronto caigo en la cuenta, la cena de empresa. ¿Cómo pude olvidarme de esto?

—Benditas casualidades, ¿verdad? Desde el viernes que no he conseguido sacarte de mi cabeza. —Sonríe con suficiencia. Luego añade—: ¿Me invitas a subir?

—No.

La comisura de sus labios se curva en una sonrisa sardónica, mientras sus ojos permanecen tranquilos, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—¿Estás seguro? —Su tono es suave, pero agresivo—. No creo que este sea un tema para discutir en público. Antes eras más reservado con estas cosas.

Mis manos se cierran en puños. Necesito contar hasta diez para no explotar. Lo miro de reojo y desvío la vista hacia el portal. Quiero

seguir negándome, pero sé que tiene razón.

—Suelta mi hombro —gruño, sacudiéndome de su agarre.

Sin decir palabra, retrocedo hacia la puerta. Iván no se molesta en esconder su satisfacción. Esa mirada... la reconozco, y la detesto.

Una vez dentro del piso, me siento como si estuviera traicionando a mi propio espacio seguro. Respiro hondo para recuperar el control, pero Iván se mueve con una soltura que me estremece e incómoda.

—Vaya… —Sus ojos recorren mis estantes repletos de libros, y sonríe con esa arrogancia tan suya—. Te pega.

—Qué sabrás tú —espeto—. Di lo que tengas que decir y márchate.

—¿Ni un café? —pregunta, fingiendo indignación.

Mi expresión debe ser suficiente respuesta, porque suelta una risita petulante y se deja caer en el sofá como si fuera un invitado de honor.

—¿Has visto las fotos?

¿Habría accedido a quedar con él si no fuera por eso?

—¿Qué quieres, Iván? —pregunto de manera seca y directa.

—Que cortante, Arel. Siéntate.

—Estoy bien de pie.

—Arel —repite, y esta vez su voz tiene una amenaza velada—. Siéntate.

Por alguna razón que no comprendo, le obedezco.

—Nos lo pasábamos bien, ¿no? —dice, con una sonrisa que finge ser nostálgica—. A veces pienso en todas aquellas tardes y lo echo de menos.

Un escalofrío me recorre por entero. Su mano se mueve más rápido de lo que mi mente puede procesar y, de pronto, noto un calor en mi muslo y ascendiendo.

—¿Nunca piensas en mí? —susurra, acercándose peligrosamente. Su otra mano atrapa la mía, y su aroma, mezcla de desodorante y *aftersave*, me da nauseas.

—Basta —digo, mi voz se queda a medio camino entre el miedo y el asco—. Quítame las manos de encima.

—¿Por qué? ¿No quieres recordar los viejos tiempos? —Su tono es dulce, cómo un veneno que se inocula despacio y no notas que te

mueres hasta que ya es tarde.

Su mano ha trepado por mi pierna y ahora está cerca del inguinal. Intento retirar mi cuerpo, pero él me lo impide.

—Solo dime qué vas a hacer con las fotos.

—Eso depende de ti. ¿Qué harás con Oliver?

Su voz es casi tan tóxica como las palabras y el mensaje implícito en ellas. Tengo que cerrar un instante los ojos para evitar ceder a la ansiedad. Sabe lo mío con Oliver, algo que, en el fondo, ya sabía.

—Eso no es asunto tuyo.

—Déjalo.

Una palabra, una orden clara y concisa que no ofrece derecho a réplica.

¿Que lo… deje? Algo salta en mi cabeza y me pongo en pie de golpe. Una sensación pegajosa y desagradable queda en mi piel, justo donde me ha tocado.

—Eres repugnante…

Iván suelta una carcajada, acomodándose en el sofá como si lo tuviera todo bajo control. Se reclina, cruzando las manos detrás de la cabeza, disfrutando de mi incomodidad.

—Ya viste a mis padres, jamás lo aceptarán.

Es una sentencia que, de tan real, duele. Lo sé muy bien y he pensado en ello, en que no quiero obligar a Oliver a tener que elegir entre su familia y yo, sin embargo… nos queremos, sé que nos queremos.

Aprieto los labios intentando contener un sollozo.

—Estás con mi hermano para intentar olvidarme —dice, con una seguridad aplastante—. No creí que fueras tan cruel como para jugar con sus sentimientos. Aunque debo decir que esta nueva faceta tuya es mucho más estimulante.

—¿De verdad crees que puedes venir aquí y cuestionar lo que siento por él? —De pronto, la incertidumbre se convierte en furia.

—Vamos, no pretenderás que piense que te has enamorado.

—¡Me importa una mierda lo que creas o dejes de creer!

Camino por el salón, inquieto, sin poder aguantar por más tiempo las ganas de gritarle. Las palabras se me acumulan en la garganta.

—Vaya, qué carácter —murmura con sorpresa.

—¡Solo borra esas fotos! —estallo.

Iván sonríe, su expresión de superioridad me revuelve el estómago.

—Si llegaran a las manos equivocadas… arruinarían tu fachada de chico bueno.

—¿Me estás amenazando?

—Tal vez tú sí te hayas enamorado, pero Oliver no está contigo porque le gustes. Es su obsesión por los casos perdidos lo que lo ha llevado a ti. ¿No te parece patético?

Sus palabras me golpean en el pecho, despertando viejas inseguridades.

Por supuesto que lo he pensado, si no por qué alguien tan brillante como él estaría con un ser tan patético como yo. Después, la mirada de Oliver, sus gestos, su manera de hablarme y tratarme regresa a mí, despejando cualquier duda.

—No.

—¿Estás seguro…? Mírate, tan asustado… eres lamentable.

Mi monstruo interior, ese que constantemente se encarga de recordarme que no valgo para nada, me araña desde dentro, intenta escapar de la cárcel donde lo he encerrado, pero por fin soy más fuerte que él.

Esta vez no me permito romperme. Ya no.

—Sabes, —empiezo— cuando te he visto aparecer, mi cuerpo ha reaccionado como antaño. Se me ha acelerado el corazón y me ha invadido un sudor frío. Es innegable que tu sola presencia me aturde. —Él sonríe con satisfacción—. Pero ahora que estás aquí y que por fin te veo de verdad, me doy cuenta de que el único poder que tenías sobre mí era el que yo te daba. Sin eso, no eres nada. Solo un ser insignificante… si hay alguien lamentable aquí, eres tú.

—Vamos, Arel… —se levanta y da un paso en mi dirección.

—Lárgate de mi casa —gruño, con los dientes apretados—. Ahora.

—¿Y las fotos?

—¡A la mierda las fotos y a la mierda tú! Solo desaparece de mi vida.

Quiero decir que no me importa, que haga con ellas lo que quiera, a pesar de que no es verdad. Pero llegados a este punto, no pienso ceder; no ahora que he sido capaz de plantarle cara y llegar tan lejos.

Justo cuando estoy a punto de volver a echarle, alguien empieza a aporrear mi puerta.

Una pequeña escena de Oliver

Cuando la puerta se abre, no veo a Arel. Mi atención va directa al hombre en medio del salón, invadiendo este espacio que, tras meses, también he empezado a sentir como un poco mío.

La rabia burbujea dentro de mí, una presión que amenaza con hacerme estallar las costillas. En menos de dos zancadas estoy frente a él. Iván sonríe con esa prepotencia que siempre ha destilado, y antes de que pueda abrir la boca, mi puño se encarga de cerrársela.

Nunca he golpeado a nadie, pero se siente demasiado bien. Iván cae al suelo, y yo salto encima de él para evitar que se levante.

—¿Pensabas que no lo haría? ¿Que no te partiría la cara? —grito, escupiéndole palabras llenas de odio mientras mi saliva se mezcla con la sangre que brota de su nariz. Elevo el puño dispuesto a descargarlo de nuevo—. ¿Por qué? ¡¿Cómo puedes ser tan hijo de puta?!

—¡Basta, Oli!

Le propino un tercer golpe. Me duelen los nudillos, incluso la muñeca, pero no me detengo. Quiero hacerle escupir toda su soberbia junto con la sangre. De repente, siento cómo algo me detiene. Giro la cabeza y veo a Arel, sujetándome con todas sus fuerzas.

—¿Por qué lo defiendes? —le espeto, cabreado.

Una risa llega desde abajo. Iván, con los labios manchados de sangre, me sonríe con burla.

—No lo defiendo a él. Solo intento evitar que te metas en un lío —dice Arel, con el tono cargado de nerviosismo.

Me sacudo de su agarre y vuelvo a cargar contra Iván. Pero esta vez, él logra zafarse. Se remueve debajo de mis piernas y, con un empujón, me tira al suelo. Por un momento temo que se abalance sobre mí, pero no lo hace. En lugar de eso, se levanta con una calma insultante y se recoloca el traje, como si nada hubiera pasado.

Sus ojos, tan azules como los míos, pero helados, me perforan.

—Por fin enseñas tu verdadera cara.

Sus palabras, dichas con tanta seguridad, siembran una duda en mí. ¿Es esto lo que realmente soy? Me giro para mirar a Arel, que sigue cerca, pero parece perdido. Su miedo es evidente; incluso sus manos tiemblan.

No, este no soy yo. Esto es en lo que él quiere que me convierta.

—Siempre intentas quitarme todo lo que tengo… —murmuro, sintiendo cómo la rabia empieza a dar paso a la confusión.

No lo entiendo. ¿Qué le he hecho? ¿Por qué siempre ha sido así conmigo? ¿Cuál ha sido mi pecado? ¿Haber nacido? Iván parece leer mis pensamientos, porque su expresión de desprecio se acentúa.

—Yo quería un perro —dice, con un tono que es más veneno que burla.

Mi espíritu de lucha se desmorona. Iván da un paso hacia mí, y no consigo moverme, tiene que ser Arel el que se interpone, colocándose entre los dos, cubriéndome con su cuerpo.

—Vete —le dice con firmeza.

—Te arrepentirás de tu elección —Iván lo amenaza, sin perder su arrogancia.

—Largo —insiste Arel, esta vez con más fuerza.

Cuando la puerta se cierra, siento un golpe interno. Rabia, frustración, vergüenza, todo mezclado con autocompasión y miedo. Arel me tiende la mano, pero la rechazo. Me levanto sin su ayuda, mirándolo un instante.

En sus ojos veo un remolino de emociones tan intensas como las mías.

—Lo siento —murmuro, incapaz de sostener su mirada por más tiempo.

Sin esperar respuesta, salgo corriendo.

Capítulo 29



Ha transcurrido casi una semana y no he sabido nada de él. Estoy intentando respetar sus tiempos porque creo entender lo que está pasando por su mente. Oliver siempre ha vivido bajo presión y ahora, después de todo lo que ha sucedido, ha estallado. Ha mandado a la mierda todo su autocontrol y seguro que está avergonzado. Es un chico joven, temperamental, y se ha dejado llevar.

A veces se me olvida que tan solo tiene veinte años, y aunque parece ir por la vida con todo bajo control, con su porte seguro y su comportamiento tan adulto, todavía está aprendiendo. Le queda mucho por madurar, por saber acerca de gestionar sus emociones. Es normal.

Por eso me contengo y estoy manteniéndome al margen.

La verdad es que yo me siento igual, porque Oliver ha visto las fotos; de otra forma, ¿cómo habría llegado hasta mi piso? Lo que ha hecho Iván no tiene justificación. Ese cerdo solo actúa por maldad, sin un propósito claro… o tal vez sí lo tiene. Quiere mantenerme atado a él. Es como si yo fuera un juguete roto que decidió tirar, y ahora que alguien más lo ha rescatado, vuelve a reclamarlo como suyo.

Doy un sorbo al té y me reclino en la butaca. La doctora Martínez empuja las gafas con la punta del dedo mientras fija su atención en mí. Llevo un rato sin decir palabra, ensimismado en el caos de mis

pensamientos, y sé qué es lo que espera, que las reflexiones las haga en voz alta para compartirlas con ella.

Suelto un suspiro.

—Es como que el pasado me persigue —empiezo, perdiendo la mirada en la ventana—. Como en esos sueños que intentas correr, pero no consigues adelantar ni un solo paso. —Cierro un instante los ojos antes de volver a enfrentarme a ella—. No consigo tener el control sobre nada.

María toma un par de anotaciones en su libreta, de manera lenta, tranquila, toda su expresión parece relajada, no como la mía.

—Cuando viniste aquí por primera vez, no tenías claro ni qué rumbo tenía que tomar tu vida.

Todo ha cambiado. Yo soy distinto. Antes caminaba por el mundo como si leyera un libro, avanzando por una sucesión de capítulos que me llevaban al final, sin detenerme demasiado a reflexionar. Pero ahora quiero algo diferente. Quiero ser el protagonista de mi propia historia, vivir cada escena con intensidad y asegurarme de que soy yo quien escribe lo próximo que va a pasar. No quiero que otros tomen decisiones por mí ni dejar que el miedo o la duda me paralicen.

Y todo esto me lleva a la conclusión de que debo ser yo quién dé el siguiente paso. Si quiero tomar las riendas, ahora es el momento.

—¿Qué es lo que harías de no tener miedo?

Levanto la cabeza sin entender del todo la pregunta. María, con su paciencia infinita, permanece callada, como de costumbre, esperando a que yo mismo busque la respuesta.

—Siempre me he mantenido al margen de mis propios sentimientos —admito, con una sensación de revelación que me pesa y, al mismo tiempo, me libera—. Aprendí a desconectarme para evitar el dolor, como si apagando esa parte de mí pudiera ser invulnerable. Pero la verdad es que lo único que he hecho ha sido vivir a medias. Viéndolo desde fuera, sin tomar parte de nada. —Bajo la mirada un momento y tomo aire antes de seguir—. Desde que estoy con Oliver, todo ha cambiado. Él me ha permitido reconectar conmigo mismo, me estoy conociendo de nuevo y por fin creo que me gusto. Y esto ha sido posible porque él nunca me ha

exigido que sea alguien diferente. Me acepta como soy y no pide nada a cambio, es una sensación maravillosa que me ha dado mucha seguridad.

María asiente, el bolígrafo baila entre sus dedos y es ella la que pierde un momento la mirada a través del cristal, a ese paisaje invernal que el sol poco a poco empieza a calentar.

—Entonces, ya no tienes miedo. ¿Qué es lo que vas a hacer ahora que nada te frena? —Acompaña sus palabras con un gesto de la mano, invitándome a cerrar el círculo de mi reflexión.

La verdad es que lo tengo claro. Necesito verlo. Sé que la distancia que ha interpuesto entre nosotros es necesaria, pero también que esta vez me toca a mí recortarla.

—Quiero ir a ver a Oliver y decirle que todo está bien. Que él también me gusta tal y como es, que no pretendo que cambie nada. Me gusta esa parte más madura y sensata, pero también adoro sus arrebatos juveniles.

—¿Y las fotografías?

Las malditas fotografías que dejan al descubierto mi parte más patética, ese pasado que está ahí, que me cuesta olvidar, si es que alguna vez lo hago, pero que ya no duele tanto como antes. Cuando me vi reflejado en aquellas instantáneas, sentí que veía a alguien que no era yo. Me detengo, buscando las palabras correctas, hasta que la respuesta me golpea con fuerza.

—Vi a otro Arel. Uno que existió y que, de algún modo, murió. Todavía hay fragmentos de él en mí, pero ya no soy esa persona.

La doctora Martínez sonríe con amabilidad, o como una madre le sonreiría a su hijo después de haber dado la respuesta correcta.

Cuando media hora después salgo de la consulta, lo hago en una dirección diferente para tomar una línea de metro distinta.

Mi paso por la universidad fue peculiar; intenté reinventarme, solo para descubrir que el Arel atrapado bajo la sombra de Iván estaba profundamente arraigada en mí. Por suerte, han pasado muchos años desde entonces. Laura y Marta, sin duda, son las principales artífices de mi nuevo yo. Pero después está Oliver, que llegó justo en el momento decisivo.

No me cuesta encontrarlo, ya que no hay mucha gente en la pista de atletismo. El tiempo no acompaña, y solo alguien tan entusiasta como Oliver sería capaz de desafiar este frío.

La pasión que siente por correr debe parecerse a la que yo siento al leer.

Me acomodo en la grada. Hace un frío que hiela, y en menos de diez minutos noto el cuerpo entumecido. Con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza entre las manos, lo observo, fascinado.

No es hasta media hora después que Oliver se percata de mi presencia. Cuando por fin me ve, se sorprende, y enseguida baja la cabeza. Me levanto y sacudo los pantalones. Mis piernas están congeladas, creo que me llevará un buen rato recuperar la sensibilidad.

Desciendo los escalones hacia la pista. Oliver mete sus cosas de manera apresurada en la bolsa de deporte sin demasiado cuidado, parece ansioso y me alegra saber que es para encontrarse conmigo. No puedo evitar sonreír al verlo. Detrás de su fachada de seguridad impecable también hay un hombre que se pone nervioso, y eso, de algún modo, me tranquiliza. No soportaría ser el único inseguro de los dos.

—Arel…

Me freno al final de la escalera y me paro junto a él, alargo la mano para subirle la cremallera.

—Estás todo sudado, date una ducha, te espero.

Oliver parece dudar, aunque al final sabe que no hay otra opción.

—Mmm —murmura, acompañando la afirmación con un gesto de la cabeza—. Espérame en la cafetería. Hace frío.

—Está bien.

Pido un té y busco una mesa al lado del gran ventanal. Cuando Oliver llegue, no tengo demasiado claro qué es lo que quiero decirle, cómo enfrentar la conversación. O tal vez no tenemos que hablar de nada; las cosas entre los dos siempre han estado claras, hacer de esto una montaña —como he estado a punto de hacer, porque el tema de que haya visto las fotos me colapsa—, es precisamente lo que Iván pretende. No quiero darle esta satisfacción, y sé que Oliver tampoco.

—Esto… Hola —dice al llegar, pide un café y se sienta. Parece cansado—. ¿Por qué has venido?

—No me has contestado a los mensajes.

—Lo siento.

—No hace falta que te disculpes.

Oliver juguetea con el sobrecito de azúcar que sé que no va a usar porque siempre toma el café solo. Estiro la mano por encima de la mesa y se lo robo, buscando llamar su atención. Solo entonces me mira directamente.

—Sé lo que se siente al perder el control —empiezo—. Pero contigo he aprendido que no soy mis errores, ni lo que hice, ni lo que Iván cree que soy. Y tampoco lo eres tú.

Doy un par de vueltas al azucarillo entre los dedos y, tras una pausa, lo empujo suavemente hacia él con la punta del dedo.

—Esas fotos… —sigue Oliver, que se pasa la mano por el pelo, todavía húmedo—. Me enfurecieron, pero no contigo. Me enfadé por no haber estado ahí para protegerte.

—Solo eras un niño —respondo con una sonrisa—. Oli… No quiero hablar de Iván ni de las dichosas fotos. No quiero hablar de nada que pertenezca a esa parte de mi vida.

Lo miro fijamente antes de agregar:

—Ahora, lo único que quiero es estar contigo. Lo que me importa es el futuro que tengamos juntos, no lo que quedó atrás.

—Me parece una idea fabulosa. —Por primera vez en todo este rato, vuelve a ser el Oliver de siempre, con esa sonrisa dulce que ilumina sus ojos—. Gracias por venir a buscarme.

—Era lo menos que podía hacer. Aunque, eso sí, si vuelves a ignorarme, igual te castigo.

Una pequeña escena de Oliver

Esa amenaza me enciende, pero creo que Arel no es capaz de ver ese doble sentido de lo que acaba de decir. No me importaría que me dejara sin entrenar, si me atara a su cama, yo me dejaría.

No digo nada. Terminamos nuestras consumiciones en silencio, enfrascados cada uno en sus pensamientos, o tal vez deseando salir de allí y comernos a besos. Al menos es en lo único que yo pienso.

Bueno, miento, pienso en algo más. No puedo evitar traer a mi mente a Iván, en lo cabronazo que puede llegar a ser mi hermano. He aguantado cualquier cosa que su macabra mente haya tenido a bien planear, pero no voy a permitir que le haga más daño a Arel, que siga intentando intimidarle.

Llevo días pensándolo, y el juego tiene que terminar.

El frío de diciembre nos golpea en cuanto salimos de la cafetería junto al polideportivo. La brisa corta el aliento, haciendo que me arrepienta de no haber traído una bufanda. Mis pasos crujen sobre el suelo helado, pero lo único que escucho es el leve roce de nuestras manos, sus dedos que rozan los míos con una timidez inesperada. Ese gesto, tan contenido pero tan tierno, dice más que cualquier palabra. No me resisto y, al final, nuestras manos se entrelazan como si ese simple acto pudiera reafirmar todo lo que no nos hemos dicho. Caminamos sin prisa, conscientes de que hemos cerrado otro capítulo para empezar uno nuevo.

—Arel…

—Dime. —El vaho blanco se escapa de entre sus labios.

Quiero decirle que le quiero, pero no es el momento ni el lugar, así que solo tiro de él para rodearlo con un abrazo, y de nuevo me trago las ganas locas que tengo de compartir con él todo lo que siento.

—Ven aquí, no cojas frío.

Capítulo 30



Me quito los zapatos antes de encaramarme al sofá. No hay nada mejor que un domingo de primeros de diciembre calentitos en casa mientras la lluvia repiquetea contra los cristales.

Una vez bajo la manta, me dejo caer sobre Oliver, que apenas estira el brazo para recibirme contra su pecho. Su calidez y el aroma de su piel me envuelve de inmediato. He leído sobre esta sensación en cientos de novelas, pero hasta que no la experimento en mi propia piel, no he comprendido la inmensidad emocional que supone y que no se puede expresar con simples palabras. No necesitamos hablar, la serena quietud lo detiene todo a nuestro alrededor, no existe nada fuera de nosotros dos. Es un momento cotidiano y, al mismo tiempo, único e irrepetible.

Me acurruco más, dejándome llevar por la caricia de su mano en mi cintura.

—¿Qué lees?

Su voz, algo amodorrada, como si estuviera por vencerle el sueño, cosquillea contra mi cuello.

—Un manuscrito nuevo que estoy valorando —dejo el dispositivo sobre mis piernas.

—¿No te está gustando?

—No demasiado —reconozco—. La premisa es interesante, pero todo sucede demasiado rápido y la narración no es gran cosa.

Y me sabe mal, porque la historia tiene potencial, pero necesita demasiado trabajo, es el clásico proyecto que me tumbarían de inmediato en la reunión mensual.

—¿Nunca has pensado en escribir un libro?

—¿Yo? ¡Ni de broma! Se me daría fatal.

—Yo creo que lo harías genial.

Niego con la cabeza.

—Que va, me falta imaginación.

Noto la vibración de su risa contra mí. Me incorporo un poco para mirarlo de frente. Es tan guapo que me estremece. Sonrío como un idiota y, como si fuera contagioso, él me la devuelve igual de tontorrona. Al final, los dos estallamos en una carcajada absurda, porque no sabemos ni de qué nos reímos.

—La imaginación no es lo único que cuenta —afirma con convicción—. Podrías contar nuestra historia.

Me sorprende. Durante un segundo me planteo cómo sería plasmarla en palabras, pero hay algo aún más importante:

—¿Cuál debería ser el final? —inquiero con curiosidad.

Oliver deja el móvil a un lado y me mira fijamente. Su expresión se torna seria, como si estuviera sopesando sus palabras con cuidado. Me muero de ganas de escuchar lo que tenga que decir.

—Eso lo sabremos en Navidad.

Su respuesta me descoloca. Su propuesta sigue en pie, como si todo lo que ha pasado —y lo que sigue pasando entre nosotros— no hubiera cambiado nada. Oliver necesita una respuesta, firme y clara, y la quiere tal y como acordamos: en Navidad.

A veces no importa conocer de antemano el final de una historia, lo bonito es ver todo el proceso de los personajes hasta llegar a ello.

Un cosquilleo burbujea en mi estómago. Esto parece sacado de *Algo para recordar*, y debo admitir que me encanta. Esa faceta suya, con su puntito romántico, me enamora.

—Está bien —concedo—. Entonces sabremos cómo terminar la novela en Navidad.

Me acomodo de nuevo, pero Oliver sigue medio incorporado. Tiro de él hasta que lo tengo en la posición idónea para acurrucarme cómodamente sobre su pecho. No protesta por mi manera de

manejarlo, simplemente se deja hacer. Cuando retomo la lectura, él recupera su móvil, pero no pasa ni un minuto antes de que vuelva a interrumpirme.

—¿Cuántas horas pasas leyendo?

—Seguro que menos que tú entrenando —ataco.

—¡Pero si te pasas el día enganchado a eso! —exclama, señalando a mi mejor amigo: el lector electrónico.

Tiene razón, antes me refugiaba en la lectura para vivir otra realidad, ahora es un hábito que sobrepasa la obligación laboral.

A media tarde me levanto para preparar el té. Compré uno suave, té blanco con un toque dulzón que a Oliver no le desagrada del todo, así que regreso con dos tazas humeantes y me acomodo bajo la manta, en el mismo rincón donde llevamos horas sentados.

—¿Y eso? —pregunto, al ver la pantalla de su móvil.

—Es una red social china. Solo estaba cotilleando.

—¿Vas a subir vídeos también en ella?

—Naaaaaah —balbucea, girando la pantalla para que pueda verla mejor—. Mucha gente ha emigrado a esta red, pero no me animo, la verdad… Me resulta un poco confusa.

—A lo mejor te conviertes en *influencer* también allí.

—¿Te imaginas? —ríe—. Y en vez de a París, me invitan con gastos pagados a Shanghái. ¿Te gustaría viajar por Asia?

Con una mano sigue deslizando la pantalla, con la otra busca el contacto de mi pierna, rozándome el muslo y por un momento, me permito soñar y fantasear con el futuro. Es pura magia. Hasta que una notificación de un nuevo mensaje lo arruina todo.

Mis reacciones son automáticas. Mis dedos se aferran a su brazo, casi clavándole las uñas y un sudor frío me recorre la espalda. Oliver murmura algo que no termino de escuchar; la manta resbala al suelo cuando se levanta de manera apresurada. Nunca he sido de reflejos rápidos, pero esta vez me sorprendo a mí mismo y, antes de que alcance la puerta, me interpongo para bloquearle el camino.

—¿Qué haces? —casi grito.

—Voy a terminar con esto.

—No —suelto, con determinación.

Sonríe con calma, levanta las manos y acaricia mis mejillas con ternura. Baja un poco la cabeza y me besa. Sus labios tienen la capacidad de dejarme la mente en blanco. Estoy a punto de sucumbir a su enredo, pero lo evito y lo aparto con firmeza.

Ambos nos miramos un instante.

—No voy a pegarle otra vez, si es lo que te preocupa.

¿Es lo que me preocupa? Sí, pero no es lo único. Ya nos libramos con que no hubiera denuncia. Niego con la cabeza, con la clara intención de no dejarle salir del piso, estoy dispuesto a usar la fuerza para ello. Hay un frío brillo bailando en sus ojos, mantiene una postura serena, y es precisamente esta calma lo que me aterra.

—Arel, es mi hermano, ¿recuerdas? Por más que quiera, no puedo cortar lazos con él, pero sí puedo dejarle las cosas claras. Acabar con esto y evitar que vuelva a interferir entre nosotros.

Supongo que la duda se refleja en mi mirada, porque Oliver vuelve a sujetarme por la cintura y me besa de nuevo. Juega sucio, lo sé y lo sabe. Pero no soy consciente de cuánto hasta que mi culo choca con el filo de la mesa, donde me ha ido arrinconando para poder irse.

—Oli…

—Me encanta cuando te preocupas por mí.

Parece seguro, tranquilo. Se pone la chaqueta, me roba otro beso y se marcha.

Una pequeña escena de Oliver

Cuando Neila me abre la puerta, la sorpresa se refleja en su expresión. No es para menos. Es la primera vez que voy a casa de mi hermano. Hasta este punto nuestra relación está muerta. Si sigo soportando su presencia es por mis padres, aunque todo tiene un límite, y el mío es la relación con Arel.

—Vaya, Oli, qué sorpresa…

La observo un instante, a veces me pregunto quién en su sano juicio estaría con un monstruo como Iván, aunque creo que la maldad de mi hermano siempre ha sido enfocada a objetivos claros.

—¿Está Iván?

Ella se hace a un lado y señala en dirección al patio.

Porque mi hermano no podía comprarse un piso como la mayoría, él siempre tiene que estar por encima de los demás, esta pedazo de casa adosada lo demuestra.

Es pleno invierno y, a pesar de ser temprano, no queda ni rastro del sol. Sin embargo, Iván está sentado en una especie de invernadero acondicionado como sala de recreo y donde hace bastante calor.

No puedo evitar deleitarme con las evidentes marcas de nuestra trifulca. Le sienta bien el ojo morado.

—¡Mira a quién tenemos aquí! —exclama al verme entrar—. ¿Una copa?

Menudo soplapollas pedante.

—No tengo tiempo que perder contigo. Prefiero volver con Arel.

La reacción a ese nombre es sutil, pero evidente.

—Menudo disgusto les darás a papá y mamá. Los vas a dejar sin nietecitos.

—Para eso ya te tienen a ti, el hijo perfecto.

Me quito la chaqueta y la dejo en el respaldo de una silla donde me siento con tranquilidad.

—Y bien, ¿qué te trae por aquí?

—He venido a amenazarte.

Me cruzo de piernas, y me pongo cómodo, echando el cuerpo hacia atrás. Iván suelta una carcajada que se corta cuando vuelve a fijarse en mí. No estoy para bromas, y debe intuirlo, porque su semblante también se endurece.

—Esa es buena, a ver, ¿qué tienes para mí?

Ver a alguien tan seguro de sí mismo y saber que puedes destrozarlo… Jamás imaginé que lo disfrutaría tanto, aunque no quiero regodearme con ello, porque me pondría a su nivel, y yo soy un millón de veces mejor.

—¿Crees que eres el único que puede ir haciendo daño? Estoy dispuesto a joderte la vida.

Se apega a su orgullo, pero intuyo un rastro de incertidumbre en su expresión.

—No emitas cheques que tu culo no pueda pagar, hermanito —suelta.

—Esa es buena —le concedo.

La verdad es que no sé por qué no lo he hecho antes, quizá porque en el fondo siempre mantuve algo parecido a la esperanza, un leve brillo al final del túnel, un fino hilo, una voz amortiguada que me recordaba que, a pesar de todo, es mi hermano. Aunque a él esa fraternidad nunca le ha importado.

—¿Recuerdas el año en que los Reyes le trajeron a papá una videocámara? —empiezo—. Fue un desperdicio. Dijo que vendría a todos mis campeonatos, pero nunca lo hizo y al final la dejó prácticamente sin usar.

—¿A qué viene rememorar viejos tiempos? —Iván da un trago.

—No sé, dímelo tú, que eres el que se aferra a esa época.

—*Touché*.

—Siguiendo con mi historia. —Jamás pensé que estaría tan tranquilo, pero lo estoy. Lo observo y no siento nada—. Papá nunca la usó, pero yo sí.

Saco el móvil y trasteo entre viejos archivos de una carpeta que guardo oculta. Encuentro lo que busco, le doy al *play* y le muestro la pantalla a Iván.

Este deja el vaso sobre la mesa de cristal y me mira.

Le he dado a uno al azar, pero no importa cuál reproduzca, son parecidos, en todos puede verse la crueldad con la que siempre me trató Iván.

La sombra del entendimiento baila en el fondo de sus ojos, pero he venido a dejarle las cosas claras. A los energúmenos egocéntricos como él hay que hablarles sin rodeos. Su propio ego y maldad suelen taponarles los oídos.

Detengo el video y guardo el móvil.

—Está todo grabado —confirmo. Me inclino hacia él hasta clavar mi mirada en la suya—. Los insultos, los golpes... Oh, cierto, ¿recuerdas aquella vez que me encerraste en el balcón? O las veces que me hiciste comer del suelo... —Chasqueo la lengua—. Menudo disgusto les vas a dar a papá y mamá —me burlo, usando su misma frase.

—No te creo.

—Pruébame —lo reto.

—Si fuera cierto, ¿por qué no has dicho nunca nada hasta ahora?

—Porque cuando comprendí lo mierda que eres, dejé de darle importancia. No merecías ni el esfuerzo. Pero joder, has tocado lo que para mí es sagrado, y esto no te lo voy a perdonar.

Pellizco un trozo de tela del pantalón, alisando una pequeña arruguilla, esta noche salgo con Arel y no quiero tener que cambiarme.

—Me gustaría ver la reacción de los imbéciles del bufete con los que trabajas… Ver cómo se desmorona esa fachada tan perfecta cuando en realidad eres un puto psicópata que se regodea en su propia maldad.

—No serás capaz.

Suelto una risotada.

—No me tientes, Iván. Además… ¿Sabes la de seguidores que me haría crecer una historia como esta? No soy muy partidario de comerciar con las miserias personales en redes sociales, pero, total, por hundirte en el barro me trago hasta mi dignidad. Voy a exponerte ante millones de personas, a ver cómo sobrevives a esto.

Por un momento el invernadero se queda en silencio, solo roto por las cortas respiraciones de Iván. Al final, suelta un bufido por la nariz y se deja caer contra el respaldo de la silla.

—Vaya con el pequeñajo. Al final has aprendido a golpear.

—Ni lo dudes, y pienso hacerlo con tanta fuerza que no te levantarás, créeme. —Me incorporo para coger la chaqueta. Pero de pronto caigo en algo que me hace mucha gracia—: Hay que ver como han cambiado nuestros roles.

He pasado de ser el amenazado a quien amenaza, y aunque pueda parecer una venganza, no lo es. Iván no me importa una puta mierda, lo hago por Arel, solo quiero protegerle.

—Todavía no me has dicho qué es lo que quieres.

—¿Hace falta? Pensaba que tú eras el listo de los dos. —Me pongo la chaqueta con calma—. No te acerques a Arel. No le llames ni le contactes. Olvídate de él. No existe para ti.

—Serán divertidas las cenas de Navidad.

—Ese no es tu problema.

—Borra esos videos.

—Ese tonito —le amonesto—. No estás en posición de exigirme nada, solo de suplicarme.

Me giro, dispuesto a marcharme, cuando carraspea para llamar mi atención. Me vuelvo y veo su mano alzada en el aire, esperando que la estreche.

—Bien jugado —dice, con una voz desprovista de toda emoción.

Miro la mano extendida frente a mí. En sus ojos solo queda un brillo helado que no refleja nada. Para él, esto ha sido un juego. Ahora que ha perdido, ya no siente interés. Es como un niño caprichoso al que le devuelven el juguete y descubre que ya no lo quiere… porque solo le interesaba para verlo sufrir en sus manos.

Me doy la vuelta y me voy.

Capítulo 31



Más o menos lo tengo todo listo. He pedido los días de vacaciones, he comprado algo de ropa nueva, abrigada y elegante, y hasta me he cortado el pelo. Mis greñas mal peinadas ya no caen sin orden ni intención. Nunca habría pensado que un buen corte pudiera cambiar tanto la fisonomía de una persona.

También he descargado algunos manuscritos para tener material de lectura. Apago el ordenador: no volveré a la oficina hasta dentro de una semana. Nunca unas vacaciones me han hecho tanta ilusión.

—¿Te marchas?

Estoy frente al ascensor cuando Diego me intercepta. Suelto un suspiro resignado. No me apetece una confrontación, no hoy, no ahora. Estoy demasiado feliz para que él venga a amargarme el día. Estoy a punto de ignorarlo —sería de muy mala educación, lo sé—, pero su mano se alarga para retenerme. Lo hace con cierto titubeo, me agarra del antebrazo y enseguida me suelta.

—¿Qué quieres?

Diego desvía la mirada. Parece nervioso. Carraspea un par de veces antes de que por fin se decida a hablar. Al final del pasillo, Marta observa la escena, lista para intervenir si hace falta.

—Quería pedirte disculpas.

—¿Perdona, qué? —Decir que estoy confundido es quedarse muy corto.

—He sido un gilipollas y lamento mucho si alguno de mis comentarios… —Se calla un instante, como si discutiera consigo mismo—. No. Sé que mis comentarios han sido ofensivos, y de verdad, te pido perdón.

De todas las cosas improbables que podían pasarme hoy, esta es, sin duda, la última en mi lista. Me deja tan perplejo que, por un momento, no atino a responder. Sí, Diego ha sido un imbécil durante mucho tiempo, pero que sea capaz de darse cuenta y rectificar… Dice mucho de él. Y la verdad, no me lo esperaba.

Pero tampoco quiero restarle importancia. La homofobia no se queda en simples palabras sueltas, en chistes o en comentarios sin mala intención. A veces, se cuela en lo más profundo, se convierte en un peso invisible que cargas sin darte cuenta. Y cuando alguien lo normaliza, lo repite y lo perpetúa, duele.

Me gustaría decirle que no pasa nada, pero sí pasa. A mí me ha hecho daño. Y quizá, sin querer, se lo haya hecho a muchas más personas.

—Yo… —empiezo, pero no sé cómo continuar—. Me alegra que seas capaz de verlo.

—Llevo desde la cena dándole vueltas. Nunca me había parado a pensarlo demasiado y ahora… te juro que me arrepiento.

Nada como una buena salida de armario para abrir algunas mentes.

—Eso parece…

De verdad, querría decirle que queda todo olvidado, pero no me nace hacerlo y esta parte un tanto mezquina de mí, no me gusta. Diego parece mucho más incómodo que yo, y no creo que podamos añadir mucho más ninguno de los dos.

—Pásatelo bien en las vacaciones —dice, antes de dar media vuelta.

—Gracias, nos vemos a mi regreso.

Compruebo la hora al salir. No voy demasiado tarde.

Llevo un par de días dándole vueltas al comentario de Oliver, ese de: «Lo sabremos en Navidad». Me he propuesto darle una sorpresa, algo que suena más fácil de lo que realmente es. Porque, ¿cómo impresionas a alguien que te sorprende con un viaje a París?

Me ha dejado el listón muy alto, y reconozco que, a pesar de haber pasado los últimos años de mi vida leyendo novelas románticas, debo de tener el microchip del romanticismo escacharrado. Por más que lo intento, no se me ocurre nada.

Pero he encontrado la solución a mis problemas, y esa solución tiene nombre propio:

—¡Ya pensaba que me habías dado plantón!

—Lo siento, me han entretenido en el trabajo. ¿Te pido algo?

—Tú invitas, ¿no?

—Claro.

No hay nadie en el mundo que conozca más a Oliver que su mejor amigo. Si alguien puede ayudarme a preparar una bomba romántica que lo haga caer de espaldas, sin duda es él. Pido las consumiciones y regreso a la mesa. Borja está distraído con el móvil, pero lo guarda en cuanto aparezco.

—Te has llevado a uno de los buenos —dice, alargando la mano para coger su refresco.

—Lo sé.

Soy plenamente consciente. Oliver es un chico maravilloso, y me ha dado sobradas muestras de ello. La verdad, es todo lo que podría desear. Mi primera experiencia fue una pesadilla de la que me ha costado años despertar, y Oliver es como un dulce sueño en el que quiero perderme hasta la eternidad.

—A ver, ¿qué tienes?

—Después de dedicarle muchas horas y darle miles de vueltas… —empiezo—, no tengo nada.

Borja estalla en una carcajada, espontánea y algo escandalosa. Como Oliver, tiene esa frescura de la juventud, ese punto irreverente y carismático que los hace destacar con naturalidad, con un aura magnética que atrapa.

—¿En serio, nada?

—Bueno, a ver… He pensado en lo típico: una cena, un paseo por el Sena…

La cara de Borja es un poema. No me extraña; yo mismo sé que mis ideas apestan. Para esto lo necesito a él.

—¿Quieres sorprenderlo o aburrirlo?

—¡No seas cruel! —me quejo.

—Perdona.

Pero su sonrisilla burlona lo delata. Borja es un trozo de pan, pero tiene un puntillo de maldad. Da un trago a su refresco y saca el móvil del bolsillo para empezar a trastear en él.

—Mira…

Me pasa su teléfono con la pantalla encendida. Como no podía ser de otra manera, es TikTok. Miro el vídeo que se está reproduciendo y, antes de que termine, Borja desliza el dedo y salta a otro muy parecido. La música es la misma, con un ritmo suave y melancólico. Luego otro. Y otro…

—Empiezo a pensar que quieres decirme algo con esta canción.

—Es un *trend* muy conocido y que resurge cada Navidad. Sé que a Oliver le encanta. Tiene un montón de vídeos de este baile guardados.

Dirijo de nuevo la atención a la pantalla. Es verdad. No solo se repite la canción, también el baile que hace la pareja. Escucho la letra con atención, es romántica, con un puntito triste y me parece preciosa. Y aunque no sé bailar, por un momento me imagino a mí mismo haciéndolo… con él.

—Entonces, ¿propones que lo saque a bailar? —dudo.

—Claro, primero un baile y después… ¡sexo!

Se me corta la respiración y necesito un instante de tos frenética para recuperarme. La sonrisa de Borja se amplía y sus ojos brillan con un destello malicioso.

—Él te ha dicho… —trato de volver a hablar con el picor aún en la garganta.

—Para nada, no temas. Oli es súper reservado con esas cosas. Pero, oye, me has pedido ayuda para montarle algo especial y, bueno… somos tíos. Si el sexo no entra en la ecuación, apaga y vámonos.

No estoy del todo de acuerdo con él. El tiempo me ha enseñado que el sexo no lo es todo. A veces, el sexo no es nada. Pero mentiría si dijera que no lo he pensado también.

Saco el móvil del bolsillo y le pido que me ayude a buscar más vídeos de la canción para guardarlos y poder verlos con calma. Y, al

mismo tiempo, pienso que quizá no vaya tan desencaminado. Puede que, después de todo, sí deba llevarme algún condón.

Una pequeña escena de Oliver

—¡Estoy en casaaaaaaaaa!

—¡Pues me la pelaaaaaaaa!

Dejo caer la bolsa de deporte al lado de la galería para acordarme luego de sacar la ropa sucia y poner una lavadora.

—Qué desagradable eres —protesto.

Paso por detrás del sofá y le doy una colleja. Borja lanza un gruñido y pausa el juego.

—Te vas mañana, ¿no?

—¿Me vas a echar de menos?

—No, voy a montar una fiesta.

Suelto una carcajada.

—¿No las puedes montar cuando estoy yo? Ni que yo fuera tu padre y tú mi hijo adolescente.

—No las puedo montar cuando estás tú porque me quitas todas las posibles conquistas. Eres demasiado guapo para hacer nada contigo. ¡Bah! Eres un auténtico rollo de tío. Acabo de decidir que voy a empezar a pasar de ti en todo.

Estoy por rebatirle, o darle otra colleja, no lo tengo claro, pero el sonido de una llamada le salva el pellejo. Aunque no pierdo la oportunidad de amenazarle, aunque sea con el dedo.

—¡Hola! ¿Lo tienes todo listo?

Me agacho con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja. He descubierto un dato curioso: Arel odia las videollamadas. Hacía siglos que no hablaba por el móvil de un modo tan convencional. Arel es, en muchos aspectos, un tío muy *vintage*.

—Creo que tengo todo lo necesario —confirma.

—¿Nervioso? —deduzco por su tono de voz.

Abro la lavadora y empujo dentro de la ropa; apesta.

—Un poco —confiesa—, pero con muchas ganas.

Sonrío lleno de felicidad. Yo también me muero de ganas de estar con él. París me da igual, lo que me motiva es estar a solas en la habitación de un hotel.

—Yo también…

—¡Yo también! Por fin unos días solo —exclama Borja, que se ha arrodillado en el sofá y apoya los codos en el reposacabezas, sin perder detalle de la conversación.

—Capullo.

—Dile que le traeremos algún regalito —me dice Arel.

—Arel dice que te vayas a la mierda.

—¡Eh! —se queja al otro lado de la línea.

—Ya, claro… —pone en duda mi compañero de piso—. Seguro que tiene hasta el detalle de traerme algún recuerdo, no como tú, que eres un agarrado con la de pasta que manejas.

Pongo los ojos en blanco. A veces Borja me resulta un auténtico fastidio. Luego recuerdo que es mi mejor amigo y las ganas de estamparle la cabeza contra el suelo se me pasan un poco.

Me encierro en la habitación para seguir hablando con Arel. Estoy agotado, el entrenador me ha dado caña. Creo que es un castigo por faltar a los siguientes entrenamientos.

—Oye, Oli… ¿Estás seguro de que…?

—En serio, ¿dudas? ¿A estas alturas?

—Bueno, solo que… llevar a un acompañante de… Ya sabes.

—No, no lo sé —le reto, aunque entiendo por dónde va.

—Déjalo.

—No tienes que preocuparte por eso. Nunca he hablado de manera directa, pero tampoco he escondido mi orientación sexual en las redes. Pero vamos, blanco y en botella. Es verdad que al principio tantos comentarios homófobos me dolían, pero he aprendido a pasar de ellos.

—Eres un tipo duro.

—Tú también lo eres, solo que te niegas a verlo.

El silencio se condensa al otro lado de la línea.

—Vete a dormir pronto. Mañana te recojo a las cinco, así seguro que llegamos con tiempo.

—Está bien. Buenas noches, Oli.

—Buenas noches, Arel.

Capítulo 32



París nos recibe con un cielo gris y un manto blanco bajo nuestros pies, pero conserva esa aura majestuosa y romántica con la que siempre imaginé la ciudad. Además, la decoración le da un plus de magia, como si hubiéramos entrado en una película de Navidad.

Después de dejar las maletas en el hotel y entrar en calor con un *café au lait* acompañado de unos dulces, nos disponemos a perdernos por sus calles. Me siento abrumado; este subidón de felicidad me golpea y zarandea por dentro. Ni en un millón de vidas habría imaginado sentirme así, y todo es gracias al hombre que camina a mi lado.

La expresión de Oliver es muy similar a la mía, observa todo con curiosidad y una sonrisa tonta se dibuja en nuestros labios. Si esto fuera una novela, estaría seguro de que ya estamos cerca del final, porque parece que nada puede salir mal y solo nos queda dicha y felicidad.

Por suerte me defiendo bien en inglés y todavía recuerdo un poco del francés que aprendí en el instituto, aunque con Oliver no hay dificultad alguna de comunicación, habla de manera fluida y con un acento maravilloso.

—Sabes, se te pone la voz más aguda cuando hablas en inglés —observo.

—¿En serio? Nunca nadie me lo había dicho.

—¿No? Bueno, puede ser porque nunca nadie se ha fijado tanto en ti como lo hago yo.

Es inevitable, no puedo apartar los ojos de él, que compite por mi interés con todas las obras de arte que nos rodean.

Nos hemos metido en el Louvre y jamás imaginé que esto fuera tan grande.

—Joder, me duelen los pies —se queja el deportista nato—. ¿Qué tal vas tú?

—Estoy destrozado —reconozco y busco un banco en el que podamos tomarnos un pequeño respiro.

Aunque estoy encantado, sin duda es un lugar que uno debe visitar al menos una vez en la vida. Cuando llegamos a la sala de la Mona Lisa no puedo evitar el mimo pensamiento que debe tener todo el mundo, me la imaginaba más grande. Aunque tengo que reconocer que tengo los pelos de punta por la emoción, totalmente maravillado, y me cuesta un rato entender que lo que cosquillea en el interior del bolsillo de mi pantalón es el teléfono.

Busco un lugar apartado en una de las zonas de descanso antes de responder en un susurro:

—Eh.

—¡Parisino! ¿Dónde estás? ¿Te lo estás pasando bien? —exclama Laura, entusiasmada.

—No te lo vas a creer. Estoy en el Louvre —explico feliz.

—No fastidies, pero ¿qué haces ahí?

Me quedo callado, creo que no entiendo la pregunta, ¿qué voy a hacer en un museo? Pues mirar las obras expuestas… ¿No?

—¿No se supone que salir con un universitario es vivir la vida loca?

Suelto una carcajada, pero ante la inquisitiva mirada del guardia, me recompongo.

—Mi universitario es diferente —respondo.

—Lo soy —confirma Oliver, que se ha acercado y rodea mi cintura un instante,

—Menudo par de sosos estáis hechos —se burla Laura—. Pasadlo bien con las momias y los cuadros.

Es incorregible. Suelto un suspiro antes de dejarme guiar hacia otra de las salas. A este paso no voy a llegar a la noche entero.

Las horas se nos escapan sin remedio, como si París tuviera prisa por mostrárnoslo todo. El primer día se acaba antes de que podamos darnos cuenta, y no será hasta el último cuando volvamos a tener tiempo para seguir explorando.

Cuando llegamos al hotel no me siento los pies; creo que nunca había caminado tanto en mi vida. Hemos subido a la Torre Eiffel, cruzado el Pont Alexandre III, paseado por los Campos de Marte y el Sena, y terminado en Notre Dame. Nos hemos perdido por las callecitas del Barrio Latino, tomado un café en la Place Saint-Michel y alucinado con las vidrieras de la Sainte-Chapelle.

Nada más abrir la puerta, Oli se lanza a la cama, soltando un suspiro lastimero. No puedo evitar reírme, a veces es como un niño y me encanta. Yo, por mi parte, aunque noto que en cualquier momento las piernas se me van a desprender del cuerpo, no puedo parar, porque si me tomo un respiro no sé si seré capaz de reactivarme.

Cojo ropa limpia para dejarla en la repisa del baño. Salgo de nuevo. Oliver ha cerrado los párpados, aunque no está dormido.

—Voy a darme una ducha.

—Vale.

Estoy de pie, apoyado en la puerta del baño, con la mirada clavada en ese rostro de proporciones perfectas, tan dulce y relajado. Me aclaro la garganta para llamar su atención. Veo cómo sus párpados tiemblan levemente.

—¿Quieres… ducharte conmigo?

Termina de abrir los ojos de golpe, su mirada refleja una mezcla de sorpresa, estupor y entusiasmo. Con un bote ya está fuera de la cama, todo el cansancio parece que se ha evaporado

—¡Sí! Sí, sí, sí…

Noto los nervios arremolinándose en mi interior, pero no voy a dejar que me detengan, en esta nueva versión de mí, la que pienso llevar en esta nueva vida, soy yo quien tiene el control.

Con determinación, tiro de él y lo empujo hacia el baño, cerrando la puerta tras nosotros.

El espacio es suficiente para los dos. Sin perder tiempo, mis manos, torpes pero decididas, comienzan a despojarle de la ropa. Oliver se deja hacer sin protestar. Tiene un cuerpo de escándalo, cincelado por los mismísimos dioses, tan perfecto que parece irreal. Mis dedos lo recorren con avidez, deseando comprobar que esa perfección es tangible y que no se esfumará.

Su mirada intensa me apuñala mientras me desnudo a mi vez. Siento que, en ese instante, Oliver ha decidido que soy yo quien toma el mando. Con calma, voy quitando una prenda tras otra, hasta que ambos quedamos frente a frente en calzoncillos.

Es lo que quiero hacer, a pesar del miedo.

Llega el momento decisivo.

Debo dar el paso, saltar hacia la confianza plena. Nuestras erecciones se hacen evidentes con tan poca ropa, mentiría si dijera que no he fantaseado con el cómo será; estoy a solo un paso de romper todas mis barreras…

Oliver descorre la mampara y enciende el agua, que empieza a caer con fuerza.

—¿Y bien? —me provoca con esa sonrisa tan canalla.

Levanto la mano, para que guarde silencio. Con la mirada pegada al bulto que casi diría que late bajo la tela del bóxer. Tomo una profunda respiración, cogiendo fuerzas y empujando todos los nervios a la punta de mis pies.

Puedo hacerlo. Sé que puedo hacerlo.

No lo dudo más. Adelanto un paso decidido, enredo los dedos en el elástico y tiro de él hacia abajo, liberándola en todo su esplendor. Mi mirada se queda imantada en esa parte de su cuerpo, no puedo articular palabras y me doy cuenta de que es mucho mejor la versión real.

—Ahora te toca a ti. —Su voz, cargada de urgencia, me llega al oído.

Hago que mi ropa interior también aterrice en el suelo y, por fin, cruzo la puerta que durante tanto tiempo mantuve cerrada. Y no me pesa, al contrario; al quedarme totalmente desnudo frente a él siento que me he liberado. Un peso se desvanece, y hasta me cuesta menos llenar los pulmones.

Nos miramos un instante; puedo apreciar el movimiento de su nuez de Adán al tragar.

—Eres perfecto —susurra con voz encendida, mientras que con un dedo acaricia el relieve de mis costillas.

Y yo quiero corresponder a ese halago, pero la urgencia de tocarlo es mayor. Así que estiro la mano para ponerla sobre su durísimo abdomen y lo empujo al interior.

El agua está a la temperatura ideal. Ninguno de los dos dice nada; simplemente nos miramos, disfrutando de las caricias y el jabón resbalando por nuestros cuerpos, de cada toque, de cada beso. Hasta que las grandes manos de Oliver se acercan peligrosamente a mi erección.

Tengo que contener el respingo que me produce ese roce que no puedo decir que sea inesperado. Su caricia no se detiene y, al final, unos gemidos escapan de mis labios apretados, prueba evidente de mi excitación.

—Arel… —jadea, su voz es entrecortada, casi desesperada.

—No pares… —Mi súplica se ahoga en otro beso, profundo, hambriento.

Sus labios siempre logran que mi mente se quede en blanco; su aliento se mezcla con el mío para dejarme flotando entre la fantasía y la realidad. Mi espalda golpea contra los azulejos y pronto estoy atrapado entre la fría pared y el abrasador cuerpo de Oliver, que se aprieta contra mí. Puedo sentir su duro miembro clavándose en mi bajo vientre, y mis caderas comienzan a moverse, buscando ampliar el contacto, aumentar cada roce. Oliver parece a punto de separarse, pero no se lo permito, me aferro a su nuca besándole con ferocidad.

Una de sus manos se pasea libremente por todo mi cuerpo, regalándome caricias tiernas, y es así, con esa paciencia infinita que ha mostrado siempre, logra que todas las murallas que había erigido a mi alrededor se derrumben.

No puedo apartar la atención de la fuerte mano que ahora nos agarra a ambos. Oliver nos masturba con un vaivén enloquecedor, de ritmo inconstante y una suavidad extrema. Nos movemos juntos, jadeando, empapados de agua y deseo. Nuestros cuerpos responden

al unísono, y me encuentro en un limbo, al borde de la locura y a punto de estallar.

Lanzo un gruñido que se funde con un nuevo beso, porque no hemos dejado de comernos la boca ni un solo segundo, ni pienso hacerlo.

Los movimientos se vuelven más erráticos e intensos. Noto su cuerpo temblar contra el mío, su abdomen contrayéndose con cada sacudida. Me pierdo en la sensación de su piel húmeda, del agua resbalando por nuestras curvas y aristas, del deleite incendiario que nos consume.

Estoy a punto de caer, de romperme en mil pedazos, pero esta vez no es miedo lo que me domina. Es liberación. Es deseo puro. Es la certeza de que este momento es solo nuestro, nos pertenece y nadie puede arrebatárnoslo.

—Voy… voy… aaaaahhhh, Oli… —logro balbucear antes de que el placer estalle, derramándome encima de los dos.

Una pequeña escena de Oliver

La visión de su cuerpo desnudo, sonrosado, empapado y lleno de nuestros fluidos es más de lo que mi razón puede tolerar. No aguanto, mi contención está muerta, Arel la acaba de aniquilar. Así que me lanzo de nuevo a por él, su espalda choca contra los azulejos y atrapo su gemido, me lo trago y no pienso dejarle ni respirar. Devoro su boca, como un sediento aferrado a la última gota de agua en el desierto, como un monstruo dispuesto a masticarlo y tragarme de él hasta los huesos.

No doy tiempo a que el agua arrastre los últimos vestigios de nuestra corrida, la urgencia me ha poseído; de un fuerte tirón lo empujo fuera de la ducha, incapaz de pensar en nada, salvo en la idea de aprisionarlo contra el colchón.

Con la cabeza nublada no atino a hilar ni un pensamiento cuerdo, nada ocupa mi mente, salvo seguir besándolo, admirar su delgado cuerpo, tocarlo, recorrer cada centímetro de su piel desnuda,

cubierta con una suave capa de vello. Quiero lamerlo por entero. Quiero follármelo como si no hubiera un mañana.

Arel tiembla bajo mis manos; en su rostro puedo leer la emoción contenida, el deseo y la confianza ciega. No sé en qué momento ha logrado coger el neceser que estaba sobre la mesilla, y me sorprende ver lo que contiene, sin duda tenía las cosas claras desde el comienzo.

Me dejo caer sobre él, mi polla se ha vuelto a endurecer y la suya también está en ello.

—Dime qué es lo que quieres… —rezongo, clavando mis labios en su cuello.

—Quiero hacerlo.

Tomo su mejilla y ladeo su cabeza para besarle de nuevo. Joder, estoy totalmente encendido. Arel me empuja para ser él quien se coloque encima, buscando el roce total de nuestros cuerpos.

Puedo sentir la calidez de sus manos explorando cada centímetro, hasta que se enredan en mi vello púbico.

—Arel… —jadeo.

Está a horcajadas sobre mis muslos, jugueteando con nuestras pollas, acercándolas y acariciándolas, noto la viscosidad del lubricante y cómo su mano se desliza sin titubeos.

—Quieres que… O prefieres…

—Como te sientas más cómodo —le interrumpo.

—Creo que prefiero que seas tú.

Y esas palabras son el disparo directo a la poca cordura que me queda, con la excitación aumentando por momentos, tomo el preservativo que me tiende Arel y me lo enfundo en los dedos.

—Arel, si te hago daño o…

—Te detendré —afirma, tomándome la cara para que descienda y nos fundamos en un nuevo beso.

Quiero decirle que le quiero, pero en vez de eso, dejo que la punta de mi dedo índice se deslice levemente en su interior.

Capítulo 33



Mi mente se pierde entre la bruma del placer. Al principio, hay un leve atisbo de incomodidad, pero pronto el roce de sus dedos dentro de mí se convierte en una oleada de sensaciones que me dejan temblando. Le permito al deseo que me arrastre, y abandono cualquier resquicio de pudor. Me entrego por completo a Oliver, a la necesidad urgente de sentirnos.

Su delicadeza me toca en una fibra muy honda. Me besa con un fervor que me roba el aliento, me sostiene con una ternura inimaginable, como si yo fuera un tesoro que debe proteger.

A pesar de la pasión que arde en el fondo de su mirada, se toma su tiempo. Me prepara con mimo, con caricias pacientes que me llevan al borde de la desesperación, y cuando finalmente se introduce dentro de mí y comienza a moverse, lo hace con una pasión desmedida, pero controlando las embestidas.

Siento la totalidad de su miembro palpitando, cómo con cada nueva penetración llega un poco más profundo. El borde de mis ojos lagrimea y mis dedos buscan aferrarse a las sábanas, que se arrugan bajo la palma de mi mano. Tengo que morderme los labios para evitar que mis gemidos abandonen la intimidad de nuestra habitación.

Sus embistes toman un ritmo mayor y de pronto lo siento, sé que está tan al límite como yo.

—Ah… joder… Arel… —Su voz es un susurro rasposo contra mi oído, su aliento cálido estremece mi piel.

Se deja caer sobre mí, sus caderas empujan con suavidad, y yo lo recibo, lo busco, arqueando la espalda y levantando el trasero para sentirlo aún más hondo. Nos movemos juntos, encontrando un ritmo pausado pero intenso, como si quisiéramos alargar el momento, absorbiendo cada roce, cada jadeo. Hacemos el amor sin prisas, con hambre y devoción.

Mis piernas rodean su cintura y sus manos se aferran a mis costados con fuerza. El sudor perla su frente y las gotas saladas se deslizan hasta perderse en su mentón. Sus gemidos entrecortados se mezclan con los míos.

En sus ojos lo encuentro todo: el deseo, el placer, el amor y la entrega absoluta. Su cuerpo vibra contra el mío, y cuando su ritmo se vuelve errático, sé que está a punto de caer. Yo también. Me masturbo al mismo compás, perdiéndome en la intensidad de sus movimientos.

Puedo notar sus espasmos y cómo sus contoneos van perdiendo fuerza cuando el leve calor de su orgasmo me invade por dentro. Me gustaría grabarme a fuego la expresión de su rostro en este momento, aunque sé que tan solo es el primero de muchos encuentros. Mi mano no pierde fuerza y no tardo en seguirle, envuelto en oleadas de placer que me zarandean desde ese punto y se despliegan por todo mi organismo, arrancándome un último pero fuerte jadeo.

Su ronca respiración va apaciguándose mientras se desliza hacia fuera. Se quita el condón y, después de eso, ya no veo nada más. Mi cuerpo se rinde al agotamiento, al eco placentero que aún late de manera persistente bajo mi piel. Me acurruco en la cama, envuelto en un calor embriagador, y antes de que la oscuridad me reclame, siento su cuerpo abrazándome por la espalda.

—Arel… no te duermas…

No, no voy a dormirme. Solo quiero quedarme así, con los párpados cerrados, disfrutando de los últimos resquicios del orgasmo.

—Eh… vamos, despierta… tenemos que volver a ducharnos.

Gimoteo en señal de protesta, demasiado cansado para moverme.

—Arel, cariño… venga, tienes que lavarte…

Su voz es un murmullo suave, una caricia en mi oído. Un escalofrío me recorre cuando siento sus labios contra mi nuca. Me esfuerzo por desperezarme, pero los párpados me pesan demasiado.

—¿Estás bien?

—Cansado y mayor —consigo pronunciar.

Oliver responde con una breve carcajada que retumba en su pecho.

—Vamos, te ayudo. Nos damos una enjabonada rápida y dormimos.

Me dejo guiar, confiando en él; las piernas me fallan y si no fuera por Oliver, creo que no podría ni caminar.

El agua despeja un poco mi mente. Dejo caer la frente contra su pecho, todo mi cuerpo tiembla de cansancio y al final soy incapaz de moverme, así que, simplemente, me dejo hacer. Sus manos me frotan con cuidado, limpiando los restos de fluidos y sudor, lo hace sin detenerse demasiado hasta que llega a la parte baja de mi espalda, ahí noto que titubea antes de rozar mi culo.

—No me duele —le digo, levanto la cabeza para buscarlo—. Molesta un poco, pero no es dolor.

Sus ojos muestran un atisbo de culpabilidad. Me alzo sobre la punta de mis pies para besarle.

—Me ha encantado —le confirmo.

—Creo que puedo hacerlo mejor.

No puedo evitar soltar una risotada a la que Oliver también se une al instante.

—Lo comprobaremos en otro momento —advierto, por si se le ha pasado por la mente repetir una ronda más. ¡Divina juventud! Realmente mi cuerpo ya no responde.

—Claro… —La resignación se pega a sus palabras.

—Tal vez podemos repetir mañana por la noche.

Su azul mirada se ilumina y asiente con un gesto rápido, para sellar el trato antes de que pueda echarme atrás.

Una vez terminado el trabajo, Oliver apoya la mano en mi espalda me acompaña fuera.

—Espérame en la cama, termino de lavarme y voy.

—No tardes, no prometo aguantar despierto.

Me cuesta horrores mantenerme en pie. A través del vaho que se condensa en la mampara, observo sus movimientos. Al final seco la humedad sin detenerme mucho en ello, lanzo un último vistazo a Oliver antes de salir de nuevo a la habitación.

Hace bastante frío, así que subo un par de grados la calefacción. Me pongo el pijama y tiro de las sábanas para abrir la cama, un olor salado asalta a mis fosas nasales, noto la vergüenza tiñendo mi piel; hemos dejado la colcha hecha un desastre. Me hago con una nueva toalla para retirar al máximo el agua de mi pelo y me meto bajo las mantas. En el baño el sonido del grifo se apaga.

Lo hemos hecho.

Una punzada eléctrica me ataca en mi bajo vientre. Es verdad, es real, Oliver y yo nos hemos acostado y ha sido maravilloso. Sonrío como un bobo y busco el lugar de la almohada donde ha estado acostado, todavía huele a él.

No soy consciente de cuando Oliver regresa a la cama, solo sé que cuando abro de nuevo los ojos él está dormido a mi lado. Me acurruco contra su pecho, él balbucea un par de incoherencias y se mueve para que me acomode entre sus brazos y así, abrazados, me dispongo a pasar esta noche, que espero que solo sea el preludio de lo que me depara el futuro a su lado.

Una pequeña escena de Oliver

El vapor se ha condensado en las paredes del baño, envolviendo el espacio en una neblina cálida y asfixiante. Paso la mano por el espejo, dejando un rastro efímero antes de que las gotas vuelvan a deslizarse en caminos caprichosos hasta desaparecer en el lavamanos. Miro mi reflejo y suelto una risa muda. Tengo cara de idiota, pero… ¡Joder!, no me importa. No podría ser más feliz.

Apoyo las manos en el mármol y cierro los ojos un instante; en todo momento he tenido muy presente todo lo que estaba en juego.

Pero ha sucedido, y ha sido aún más increíble de lo que imaginaba.

Hemos hecho el amor con calma, sin prisas, descubriéndonos. Porque el sexo no es solo piel contra piel, sino también confianza y entendimiento. El cuerpo de Arel bajo el mío ha respondido a cada caricia, a cada embestida, pero sobre todo a la intención detrás de ellas.

Estaba aterrado. La sombra de lo que vivió sé que tiene mucho peso y me preocupaba como respondería frente al sexo. No sé si he logrado borrar esos recuerdos, pero al menos espero haberlos difuminado un poco.

No ha sido perfecto… pero he puesto mi corazón en ello.

Salgo del baño en penumbra y la suave luz de la calle se filtra por las cortinas entreabiertas, proyectando reflejos sobre el bulto que es el cuerpo de Arel. Está dormido, con el cabello revuelto sobre la almohada, su respiración es tranquila y acompasada. Me deslizo entre las sábanas y me quedo a su lado, observándolo en silencio. Le aparto un mechón de la frente con la yema de los dedos y deposito un beso suave en su piel. Murmura algo en sueños y se frota donde lo he besado, haciendo que se me escape una sonrisa. Es tan guapo...

Me gustaría volver atrás, a ese tiempo en que lo di todo por perdido para poder decirle a mi yo adolescente que, al final, va a merecer la pena tanto esfuerzo.

Cuelo la mano por debajo de la camiseta del pijama, rozándole el vientre; me acerco hasta encajarme contra su cuerpo y respiro el leve aroma de su piel.

—Arel…

—Mmmm… —responde en un murmullo adormilado.

—Te quiero.

Capítulo 34



Tres pasos. Solo tres pasos separan la cama del baño, pero los he recorrido al menos una docena de veces en los últimos cinco minutos. Afeitarse, lavarse la cara, los dientes y ya… ¿Qué más necesita?

—En serio, ¿no has terminado? ¡Estás guapo de sobra!

Oliver suelta una carcajada, lanza una última mirada a su reflejo y, por fin, parece satisfecho. Va a salir… pero de repente se lo piensa mejor. Antes de que pueda reaccionar, me agarra de la muñeca, tira de mí y me obliga a sentar en la tapa del inodoro.

—¿Qué…? ¡No!

—Vamos, solo un poco. ¡Es divertido!

—Llegaremos tarde.

—Es solo un momento.

—¡Mentira! ¡Llevas más de cuarenta minutos delante del espejo!

Él solo se ríe, como si mi queja no tuviera la menor importancia. Saca un pequeño frasco con gotero de su neceser y aplica unas gotas en el dorso de la mano.

—¿Qué es eso?

—Sérum con color… —Mi cara debe de ser un poema, porque añade—: Es un tratamiento hidratante con partículas de color encapsuladas. Se adaptan a tu tono de piel.

—Ah… vale.

Antes de que pueda procesarlo del todo, ya está extendiendo el sérum por mi rostro con movimientos expertos. Luego coge un pincel más fino y otro botecito, y se pone a difuminar algo debajo de mis ojos con precisión milimétrica.

—Tienes una piel preciosa —murmura, concentrado, mientras toma un líquido rojizo y lo aplica a toques con una esponja en mis pómulos—. Pero tienes que empezar a cuidártela.

—¿Y eso?

—Porque, si no, la diferencia de edad entre nosotros se hará cada vez más evidente.

—¡Serás imbécil!

Suelto un manotazo a su trasero, pero él solo se ríe, encantado con su propia broma. Luego me ayuda a incorporarme y me gira suavemente hasta dejarme de cara al espejo.

Por un instante, el reflejo me descoloca.

—Hala… Estoy ¿radiante?

—Es que eres muy atractivo —me corrige, con una mueca traviesa—. Apenas te he puesto nada, solo un poco de corrector.

Me rodea con los brazos, las manos firmes en mis caderas, y me obliga a girarme. Cuando quedamos frente a frente, se inclina y me besa con dulzura. La sonrisa que le nace después, como si estuviera disfrutando de un secreto solo suyo, me desarma por completo.

Ya listos, salimos de la habitación ¡al fin! Y en recepción nos avisan que el coche de la organización del evento nos espera en la puerta. Increíble, pero somos puntuales.

La jornada es un torbellino de eventos, uno tras otro, sin respiro. La cita es en un edificio del siglo XIX, un *Hôtel Particulier* cerca de la Place Vendôme, cuyos altos salones forrados de seda y espejos dorados reflejan la luz de las arañas de cristal.

La conferencia de cosmetología ha sido interesante, al menos los ratos en los que mi mente no ha decidido divagar por su cuenta. Oliver, en cambio, no ha parado quieto ni un segundo. Se mueve, se estira, tamborilea los dedos en la mesa. Una hora en una silla y parece a punto de explotar.

Después nos han llevado a otra sala, donde reparten muestras de productos y permiten probarlos. Todo muy entretenido, aunque

agotador. A mí me toca hacer de camarógrafo y grabo a Oliver haciendo alguna monería con los artículos expuestos o interactuando con los organizadores del evento, para montar después un *vlog* o algo así, no me ha quedado demasiado claro.

El ambiente es elegante, con un toque navideño que encaja perfectamente, ya que mañana será Navidad. Hace un rato que he perdido de vista a Oliver, así que me refugio en una de las mesas del rincón con un refresco en la mano y un bocado de alguna *delicatessen* que los camareros van ofreciendo en bandejas.

Hoy he entendido lo extenuante que es su trabajo. No es solo verse bien en cámara. Es ser carismático, natural, destacar sin forzarlo. También requiere paciencia, diplomacia y un don de gentes brutal.

A todos los *influencers* que han asistido les han hecho un tratamiento completo mientras grababan vídeos y posaban para fotos. Oliver ha brillado en cada momento, desplegando esa aura magnética suya, esa simpatía que lo vuelve irresistible. O como lo llamamos en el mundo editorial, sin duda tiene el aura del protagonista.

Doy un último trago. La noche ha caído y las luces del patio interno se han encendido. Decenas de bombillitas flotan sobre nuestras cabezas, iluminando el antiguo edificio con un aire casi mágico.

—Buenas, ¿está ocupado? —dice una voz con un marcado acento inglés.

Un hombre de unos cuarenta años se acerca a donde estoy. Sonríe con cortesía y le hago un gesto con la mano, indicando que el sitio está libre. No es que haya sillas, son solo mesas altas donde la gente socializa de pie, moviéndose de un lado a otro. Todos menos yo, claro.

—No me suenas, ¿cuál es tu usuario?

—Oh, no… no, no, yo solo soy acompañante —aclaro. Su mirada curiosa me obliga a añadir—: De Oliver… OliFrog.

Sus ojos, enmarcados por pequeñas, pero profundas arrugas, brillan con un destello especial, como si acabara de decir algo realmente interesante.

—Hace tiempo que le tengo el ojo echado —comenta, y algo en mi interior se tensa—. Un chico muy guapo, se come la cámara…

Se rasca el mentón, pensativo. Y yo… yo no sé por qué, pero de repente estoy en alerta; o quizá es ese puntito posesivo que estoy descubriendo que tengo. Voy a decirle algo cuando Oliver aparece de pronto.

—Eh, ¿estás cansado?

Lanza una mirada furtiva al hombre a mi lado, aunque enseguida pierde el interés.

—Estoy bien.

—¿Oli…? —interviene de repente el hombre, que no se ha alejado mucho de nosotros—. Hola, soy Edward de Viral Factory. Te seguimos desde hace tiempo y nos encanta tu contenido. Creemos que podemos ayudarte a llevar tu carrera al siguiente nivel.

Oliver, que estaba a punto de llevarse el vaso a los labios, se detiene y le dedica una media sonrisa educada antes de responder:

—Vaya, gracias.

El tal Edward saca una tarjeta de presentación y se la tiende. Oliver duda un segundo antes de aceptarla, le da un vistazo rápido y la sostiene entre los dedos sin demasiado entusiasmo.

—Si me das un par de minutos, podría explicarte...

—Mira, aprecio la oferta, pero ahora mismo no estoy buscando nada de este estilo.

—No digas que no tan rápido. Podemos ofrecerte una gestión completa de tu cuenta, desde la creación de contenido hasta la búsqueda de colaboraciones con marcas.

—Suena interesante —responde Oliver, con tono neutro, pero sin compromiso—. Aun así, ahora mismo prefiero centrarme en lo que hago a mi ritmo. Sin obligaciones.

—Bueno, piénsalo.

Oliver asiente con una sonrisa cortés, sin añadir nada más.

—¿Seguro que no te aburres? —me pregunta entonces, girándose hacia mí—. Si quieres, nos vamos.

Me toma del brazo y nos alejamos un poco.

—Parece una buena oferta —le digo, señalando la tarjeta.

—Sí, tal vez, pero ahora mismo no quiero pensar en esto…

Yo no, pero él sí parece agotado.

—¡Oh! ¡Toma! —le digo, devolviéndole su teléfono móvil—. Creo que he sacado videos de casi todo, vas a tener un montón de… ¿Cómo se llaman?

—Tomas de apoyo. —Su sonrisa se amplía—. Gracias.

—Ha sido muy entretenido, me he sentido como un director de cine, espero que te sirvan.

—Claro, me irán genial cuando me ponga a editar los videos.

Es casi medianoche cuando regresamos al hotel.

Ha sido un día intenso y tengo muchas cosas que asimilar… y otras tantas por aprender, porque la mitad de los productos que me han regalado no sé ni para qué sirven. Paso la tarjeta por la puerta, la introduzco en la ranura y las luces de la habitación se encienden.

Dejo las bolsas junto a la entrada y tener las manos libres es el pistoletazo de salida para todo lo que llevo aguantando durante horas.

Oliver, que aún está cruzando el umbral, no tiene tiempo a reaccionar cuando lo tomo de un tirón y lo atraigo hacia mí.

Doy una patada a la puerta y esta se cierra a su espalda, y ya no me fijo en nada más. Solo en sus labios, mullidos y cálidos, que llevan tentándome toda la noche y ha llegado el momento de devorar.

—Arel… espera… déjame que…

Niego con la cabeza, impaciente.

Lo empujo en dirección a la cama al tiempo que le arranco la ropa a tirones; al final, no le queda más remedio que colaborar entre risas entrecortadas, antes de que termine rompiéndosela. En menos de cinco minutos estamos desnudos, rodando sobre el colchón, envueltos en un mar de besos y jadeos.

—Qué impaciente —me recrimina, entre risas ahogadas.

Aunque sé que él está tan necesitado como yo, pues las reacciones de su cuerpo no se han hecho esperar. Bajo la mano y se la agarro con fuerza, para mostrarle la evidencia.

—Vale… me has pillado. Tengo demasiadas ganas de ti —balbucea, lamiéndome los labios.

Atrapo su lengua entre los dientes y me lo como con un beso. Noto un fuego que me abrasa, una emoción que nunca antes he tenido, un cosquilleo que crece en mis entrañas y que hace que necesite más, que lo necesite todo de él.

Quiero zambullirme de lleno en este nuevo mundo de sensaciones tan intensas y placer cargado de amor.

—No tantas como te tengo yo.

Una pequeña escena de Oliver

Un escalofrío recorre mi espina dorsal.

Estoy tan dormido que tardo una eternidad en darme cuenta de que son los dedos de Arel los que acarician mi espalda, delineando cada vértebra con precisión.

—Buenos días —balbuceo, con la voz más pastosa de lo que me gustaría.

—Buenos días.

Él sigue descendiendo hasta detenerse en mi trasero. Un rubor extraño me invade solo de recordar lo de anoche: la expresión dominante de Arel, cómo tomó el control sin reservas, completamente desatado.

Aprieta mis nalgas con un gesto juguetón. Espero que no esté pensando en otra ronda, porque, sinceramente, no creo que pueda seguirle el ritmo.

—¿Te duele?

Niego con la cabeza. No es dolor, pero mis músculos están agarrotados. Menuda energía tiene… cuando se lo propone, es un auténtico animal.

Entonces, como un rayo de lucidez, un pensamiento cae sobre mí con fuerza. Mi corazón se acelera y, por fin, abro los ojos de golpe.

—¡Es Navidad! —canturreo eufórico—. ¿No tienes nada que decirme?

Me siento en la cama, mirándolo expectante. Arel sonríe con malicia, se baja del colchón con toda la calma del mundo y coge la camiseta que había dejado sobre la mesa para ponérsela. Finge

pensar en algo, pero al final solo agarra el móvil, enciende la pantalla y me la muestra.

—Si no nos damos prisa, van a cerrar el comedor. Y yo quiero uno de esos cruasanes de mantequilla tan ricos.

Hago un mohín de indignación. ¡No era eso a lo que me refería y él lo sabe! Solo quiere hacerme sufrir… qué cruel.

Pero llevo tanto tiempo esperando que, ¿qué más da un poco más? Salto de la cama para empezar a vestirme.

—Joder, has dicho cruasán y ahora tengo un hambre voraz.

Capítulo 35



Una grandísima escena de Oliver

Pasear cogidos de la mano por las concurridas calles de París, envueltos en el ambiente navideño, el frío que cala hasta los huesos y la nieve cubriendo la ciudad como un manto es un sueño. Un maldito sueño hecho realidad.

Bueno, casi.

Porque Arel ha decidido que uno de nuestros últimos paseos tiene que ser por el cementerio de Père Lachaise.

Está fascinado, de verdad. Se mueve entre lápidas y panteones con esa mezcla de curiosidad y respeto que solo él puede tener. Y no es el único. Al parecer, este sitio es una de esas visitas obligadas en la ciudad, y mientras pasamos junto a tumbas como la de Rossini, Jim Morrison u Oscar Wilde, me doy cuenta de que el lugar es enorme, casi un laberinto de historias muertas.

Y ese macabro recuerdo va a ser uno de los muchos que nos llevaremos de París.

Aprovechamos cada segundo del día. La Navidad tiene media ciudad con las persianas bajadas, lo que significa menos gente, menos prisas y más espacio para nosotros. Para reírnos, para provocarnos, para abrazarnos sin que nadie nos mire. Caminamos

con los dedos entrelazados y nos pegamos el uno al otro cada vez que sopla el viento helado.

Comemos en un restaurante que tenía reservado con antelación, algo que nunca hubiera hecho antes de conocerle. Más de una vez estoy a punto de preguntarle qué piensa, qué siente, si ha encontrado su respuesta.

Porque le hice una promesa hace medio año. Le dije que si, llegado el momento, no sentía lo mismo, si no podía verme como yo le veo, me apartaría sigilosamente de su lado.

Solo de pensarlo, se me revuelve el estómago.

No quiero perderlo. No quiero volver a esa soledad llena de recuerdos suyos. No quiero quedarme otra vez con la sensación de que me falta algo. Porque me falta.

Porque le quiero demasiado.

—¿Qué te pasa? —pregunta de pronto.

Ambos llevamos un café caliente entre las manos, como si ese cartón del vaso pudiera salvarnos del invierno.

—Solo pensaba en la boda de Iván —respondo, porque es lo primero que me viene a la cabeza.

Su sonrisa no se altera. No hay sombra en su expresión, ni un atisbo del dolor que sé que sintió esa noche. Me gustaría creer que el recuerdo de aquel momento no es solo amargo, que al final he logrado cambiarle el sabor.

Cuando le expliqué a Arel que había solucionado el tema de Iván, solo le preocupó si me había metido en algún lío; le aseguré que no, aunque tampoco quise entrar en detalles. Como siempre, él lo respetó. Es lo mejor para todos.

Estos meses han sido un torbellino emocional para él. Para mí también.

Tenía una imagen de Arel en la cabeza, un recuerdo del pasado que, durante un tiempo, temí haber idealizado. Pero no. No era una fantasía. Lo que sentí por él entonces era real, y lo que siento ahora es aún más fuerte.

Porque ahora sé que le amo.

Y me aferro a ese amor con todas mis fuerzas, porque me llena de paz, porque me hace feliz, porque es lo único que quiero

proteger por encima de todo. Y si su respuesta es no, si me dice que no siente lo mismo, dolerá.

Me romperé.

Pero si él no me quiere, le dejaré ir. Porque le quiero tanto que lo último que haría sería obligarle a quedarse.

—Creo que sí…

Su voz me saca de golpe de mis pensamientos. Parpadeo. El corazón me da un vuelo.

—¿Qué? —pregunto, con un nudo en la garganta.

—¿No me estabas escuchando? —gruñe, frunciendo el ceño—. Que creo que tenemos que bajarnos en la siguiente parada.

—Ah —balbuceo.

El metro se sacude suavemente, las luces parpadean por un segundo y la megafonía anuncia la siguiente estación. Y yo me quedo ahí, con los latidos alterados retumbando contra mis costillas, sintiendo el eco de esas palabras en mi cabeza.

«Creo que sí».

Esta podría ser la respuesta que todavía no me ha dado.

Toma mi mano y me guía entre la marabunta de parisinos que desciende en el mismo andén que nosotros. El día ha ido transcurriendo y ya se acerca el atardecer. El cielo, que se ha mantenido plomizo durante todos los días que llevamos aquí, es ahora un lienzo de colores: desde rosados hasta tonos naranjas y violetas. Me quedo embelesado contemplando el cuadro que se despliega frente a mí. Los edificios del barrio de Montmartre son espectaculares.

—¿Adónde vamos?

Hoy Arel ha planeado nuestro recorrido. Me siento un poco expuesto, sin el poder de saber qué haremos ni a dónde vamos, sobre todo por la importancia del día y los nervios que, con el paso de las horas, me mordisquean por dentro.

—Ahora lo verás.

—¿No puedes darme ni una pista?

Arel suelta una risotada. Está disfrutando de la situación y ese punto malvado me encanta. Adoro esta nueva faceta con un toque de autoridad que, poco a poco, va cobrando más fuerza. Verlo así,

empoderado y seguro de sí mismo, me gusta. Y quiero pensar que soy parte de esto.

Caminamos por unas callejuelas mientras Arel revisa su teléfono de vez en cuando, lo que me indica que lo tiene todo bien planeado. Nada ha quedado a la improvisación, y eso me da cierta esperanza y alegría. Nadie se tomaría tantas molestias solo para darme calabazas, ¿no?

Unos minutos después entramos en un pequeño parque. A estas horas apenas hay gente en la calle. No le veo nada de especial hasta que, al fondo, vislumbro un alto muro lleno de lo que, a primera vista, me parecen garabatos. Me acerco un poco más y descubro baldosas esmaltadas con palabras escritas en ellas.

No entiendo nada, ¿qué hacemos aquí?

Me doy la vuelta en busca de una aclaración.

—Es el Muro del Amor —me explica Arel. Alza la mano para indicar dónde mirar—. La palabra: «Te quiero» está escrita en doscientos cincuenta idiomas.

Te quiero.

Siento cómo el estómago se me encoge y, sin poder evitarlo, mis ojos se humedecen. Tengo unas tremendas ganas de llorar y sé que, cómo esto signifique lo que creo que significa, no podré evitarlo.

—¿Esto quiere decir que…? —tanteo, necesito que lo diga, que lo deje claro.

—En doscientos cincuenta idiomas. ¿Necesitas más?

Niego con la cabeza, emocionado. Los nervios se aferran a mi garganta y, de pronto, las lágrimas ruedan salvajes por mis mejillas.

—¿Me quieres?

—Te quiero.

—¿De verdad?

Arel me regala una risotada y asiente con la cabeza.

—¿He logrado que te enamoras de mí?

Da un paso en mi dirección, abre los brazos y me acoge entre ellos, acariciándome la espalda con ternura.

—Has hecho un grandísimo trabajo.

No puedo evitarlo. Rompo a llorar como un niño. Arel me sostiene con más fuerza, me obliga a separarme y me mira antes de

besarme la frente. Sus manos intentan limpiar mis lágrimas, pero es un esfuerzo inútil porque siguen brotando sin control.

—No llores, tonto, que te pones muy feo —me regaña.

Saca un pañuelo y me lo tiende. Espera con paciencia a que me calme, pero mis sentimientos están tan a flor de piel, tan efervescentes, que me lleva un buen rato tranquilizarme. Él aguarda, por momentos me acuna entre sus brazos, me acaricia y me susurra al oído la palabra que tanto tiempo he esperado escuchar.

—Te quiero —dice, y luego añade—: Je t'aime, t'estimo, ti amo…

Suelto una risotada al imaginar lo gracioso que será cuando llegue al ruso.

—Yo también te quiero, Arel. Te quiero muchísimo.

Nos besamos frente al Muro del Amor, una alta pared que, por lo general, nos supone una barrera, pero que, con su mensaje, se ha convertido en un punto de unión.

Un muro… Justo lo que hemos tenido que saltar entre los dos. Pero, joder, ha valido la pena. La vista desde el otro lado son campos sembrados de felicidad. Me quedo mirando las palabras escritas, cada una trazada con distinta mano, distinto corazón, pero idéntico significado.

—¿Me dejas tu móvil? —interrumpe mis pensamientos.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunto, sacándolo del bolsillo.

—Porque esto todavía no ha terminado.

¿Todavía puede haber más? Es imposible, un «te quiero» era todo lo que necesitaba, pero no le replico y se lo doy.

—¿Me lo desbloqueas?

Obedezco. Arel se acerca a uno de los bancos frente a nosotros, trastea un rato en la pantalla, saca un pequeño trípode de su mochila y yo no puedo estar más confundido.

Quiero acercarme a ver qué hace, o si necesita ayuda, pero me quedo quieto, esperando a que regrese a mi lado.

—Listo —me dice.

—¿Qué?

—Tu regalo de Navidad.

—¿Otro regalo?

La sonrisa de Arel es capaz de iluminar hasta un día gris de tormenta. Esa ternura que se desprende hace que los ojos le brillen con intensidad. Me enamoré de esta sonrisa la primera vez que la vi y, aunque he tardado en reencontrarme con ella, voy a atesorarla y protegerla por el resto de mis días.

Arel toma su móvil y la música nos envuelve. Lo deja en el suelo, a un par de pasos, pero puedo escuchar la canción con claridad. Un latido fuerte aprieta mi pecho.

Por fin sé lo que trama.

—*Snowman*… —susurro.

La música flota en el aire, Arel me tiende la mano, invitándome. No tengo tiempo ni de pensarlo, ya lo he agarrado sin dudar; mis pies comienzan a moverse al compás, siguiendo la coreografía que tantas veces he admirado. Nos acercamos y nos alejamos, giramos sobre nosotros mismos para después abrazarnos… Bailamos frente a esos doscientos cincuenta «te quiero» y lo hacemos en directo, mientras mi móvil le retransmite al mundo lo mucho que nos amamos.

—*I love you forever where we'll have some fun*… —susurro en su oído y noto cómo se estremece.

Seguimos moviéndonos. Creo que ya ni siquiera escuchamos la música, solo nos dejamos llevar por el ritmo del otro.

Esto es más de lo que nunca pude imaginar. Arel ha convertido este momento en algo que recordaré para siempre… No, no es solo este momento. Es mi vida entera. Arel ha transformado todo a mi alrededor, él me ha completado. Lo miro un instante, con las mejillas rojas y la mirada algo esquiva y vuelve a enternecerme con su inseguridad.

—Te estás muriendo de la vergüenza —le digo, tratando de contener la risa.

—Me estoy muriendo de la vergüenza —confirma.

—¿Y por qué lo haces?

—Para demostrarme a mí mismo que soy capaz de todo, y para enseñarte a ti lo mucho que me has ayudado a cambiar.

Fin

Epílogo

Primeras Navidades



Oliver y su segunda escena de Navidad

El árbol es muy feo. Nos hemos esforzado mucho en decorarlo, pero creo que ni Arel ni yo tenemos demasiado buen gusto. O quizá el problema sea de base: este engendro lleva en el trastero de casa de su tía desde hace, mínimo, dos décadas.

—El año que viene compramos uno decente —digo, viendo aparecer a Arel con dos tazas humeantes.

—Está bien —concede con una sonrisita.

Me tiende el chocolate caliente y se sienta en el sofá, con la mirada clavada en las borlas de colores imposibles que hemos juntado de aquí y de allá. Me siento feliz, mucho. Me encanta compartir este momento, cálido y hogareño.

—También compraremos decoración nueva —prometo, dejándome caer a su lado y recogiendo las piernas encima—. Aunque deberíamos haberlo hecho este año, para celebrar como Dios manda nuestra primera Navidad.

—Segunda —me corrige con la ceja arqueada.

—Bueno, pero la primera en casa.

En casa. Me gusta cómo suena. Su piso ya es casi más mío que el que comparto con Borja, aunque no quiera reconocerlo. Me resisto

un poco a dejar a mi mejor amigo solo, pero cada vez que voy, él me insiste en que está bien y que lo único que hago es estorbar. Siempre tan encantador.

—¿Estás preparado para esta noche?

Arel lanza la pregunta con aparente inocencia, pero su tono lleva un toque de maldad. Esta noche toca juerga con Marta y Laura, y por lo que él mismo me contó, el año pasado me las gané como enemigas por secuestrarlo. Estoy acojonado. Esas dos me dan miedo.

Doy un trago al chocolate y noto el calor recorriéndome por dentro.

Y en un par de días, de nuevo será Navidad.

Al final iré a comer con mis padres, y con Iván, claro. Este año ha sido extraño. Poco a poco me he ido distanciando de mi familia. Al principio usé como excusa los entrenos, las competiciones y los exámenes; pero en realidad era puro pánico. Siempre he querido ser quien soy delante de ellos, a pesar de ser consciente de lo difícil que sería, por suerte, Arel ha estado ahí en todo momento.

Ha sido duro. Para mí y para él, que mantuvo la compostura y tragó mierda, mucha. Mis padres no nos lo han puesto nada fácil, siguen sin ponérnoslo. Pero Arel nunca ha dicho nada malo de ellos. Al contrario, es quien me anima a que no rompa los lazos del todo.

Cuando cerca del atardecer salimos a la calle, nos recibe una noche encapotada y gris, fría y muy húmeda; al respirar el vaho crea una humareda entre mis labios. Pero me gusta porque el calor de la mano de Arel, con los dedos entrelazados, es mucho más evidente con la temperatura ambiente.

—¡¡Por fin!! ¡Llegáis tarde! —nos acusa Marta nada más entrar.

Vale, al igual he tardado demasiado eligiendo qué ponerme, pero es que uno quiere causar buena impresión. Me quito la chaqueta para colgarla en el perchero y disculparme cuando Arel se adelanta.

—Lo siento, me he entretenido leyendo y al final se me ha echado el tiempo encima.

—¡Siempre igual, ya te vale! —le regaña Laura.

Arel se gira y me guiña un ojo cargado de complicidad.

La noche es caótica y divertida. Marta y Laura gritan mucho. Arel, que conmigo suele ser calma pura, se deja arrastrar por esa algarabía. Cotilleos, exclamaciones, chismes…

Le miro y me derrito. Cada faceta nueva suya que desvelo me gusta más que la anterior, y he descubierto que es un hombre muy completo.

Me encanta descubrir todas las capas. Desde esa timidez que a veces lo hace sonrojarse, hasta la firmeza con la que me sostiene cuando me asolan las dudas y siento que todo se tambalea. Me gusta su calidez y esa serenidad que parece envolverlo casi siempre... hasta que se deja arrastrar por las tonterías de Marta y Laura y termina berreando un villancico con más entusiasmo que talento. Me gusta cuando tiembla bajo el peso de mi cuerpo, y también cuando es él quien toma el control y me domina, hasta que logra que, entre embestida y embestida, pierda el norte.

—Están como cabras.

Ian me tiende una copa y nos sentamos a ver el espectáculo. El trío de locas berrea *All I Want for Christmas Is You*, sin una sola nota en su sitio. Suerte que al final nos hemos quedado en casa de Laura, de lo contrario el espectáculo con público habría sido bochornoso.

—No sabía dónde me estaba metiendo.

Ian se ríe.

—Es bonito. Se conocen desde hace mil y siguen igual. Yo he perdido el contacto con todos mis amigos del pasado.

—Bueno, yo sigo viviendo con mi mejor amigo del instituto. Aunque más por pena que otra cosa.

La canción ha terminado y en el lapso de que empiece la siguiente, Marta se nos acerca tambaleante, con dedo en ristre hacia mí.

—¡Canta!

—¿Qué?

—¡Canta, canta, canta!

Arel se apresura a mi rescate, por suerte ha controlado con la bebida un poco más que las otras dos.

—Déjale, es su primer año sobreviviéndonos.

—¡Pero se tiene que acostumbrar! —grita Marta, después señala a Ian—. O se volverá un soso como este.

—¡Oye, un respeto! —se queja Ian, sin perder la sonrisa.

—Eso, no te metas con mi futuro marido.

Laura vuelve rauda para defender a su hombre, se sienta en su regazo e Ian la rodea de manera automática por la cintura para darle un beso. Marta frunce el ceño y vuelve a mirarme.

—Entonces… ¡Baila! —dice—. Eso ya hemos visto que se te da muy bien.

Un estruendo hace que me gire, Arel está doblado de la risa. Cuando nuestras miradas se encuentran, me da un vuelco el corazón. Me levanto de un salto y tiendo la mano en su dirección.

—Si yo caigo, caemos los dos —advierto.

Él niega con la cabeza, pero ya me he lanzado y no pienso parar. Las chicas vitorean, hasta Ian se deja arrastrar por el momento. Laura trastea en el móvil y por los altavoces empieza a sonar *Snowman*, de Sia.

—Vamos, Arel, no puedes negarte, esta es nuestra canción.

Epílogo 2

5 años después



El invierno se ha convertido en mi estación predilecta y la época navideña en mi momento favorito del año. Adoro el ambiente, la decoración, los olores que se escapan de las tiendas y de los hogares. Adoro las prisas y las compras de último momento, y también esos instantes en que me tomo un té caliente mientras mi mirada se pierde, a veces, en un manto nevado que cubre las calles.

Es mágico. Sobre todo, porque lo tengo a él a mi lado.

—Lo he decidido, me quedo.

Suelto una risotada y doy un sorbo al humeante té de canela que me he preparado. Oliver se sienta junto a mí, sube las piernas y las cruza sobre el sofá. Parece incapaz de sentarse como una persona normal, y esa imagen me resulta tan cotidiana como reconfortante.

Esta es otra de nuestras tradiciones navideñas: discutir por dónde se debe pasar cada una de las fechas.

—¿Le has comprado ya algo a Sofía? —pregunto, dejando la taza sobre la mesa.

Frente a nosotros, delante de la estantería de libros está nuestro árbol, es enorme y recién decorado. Me giro para acomodarme sobre su pecho.

—¿No me has escuchado? He dicho que este año me quedo. A tu madre no le importará.

—Mi madre estaría encantada de que pasaras con nosotros todas las fiestas —confirmo. Mi madre le adora—. Pero ya sabes que no puede ser.

En estos últimos años no he vuelto a saber de Iván. Jamás se ha puesto en contacto conmigo, y con Oliver la relación se ha enfriado todavía más. Es una situación complicada, por eso es importante que, al menos en Navidad, Oliver ceda un poco. Comprendo lo difícil que es para él convivir, aunque solo sea por el espacio de una cena, con su hermano.

Oliver y yo lo tenemos claro: no queremos pisar a nadie, pero primero somos nosotros. Nos lo hemos ganado.

El tiempo ha suavizado algo las cosas. La mudanza de Oliver a mi piso marcó un antes y un después. Creo que sus padres entendieron entonces la magnitud de lo nuestro, que esto no es algo pasajero, sino una relación con un compromiso fuerte.

Pero, a pesar de que los padres de Oliver cada vez sobrellevan mejor nuestra relación, las Navidades en esa casa no serían precisamente agradables para mí, y no creo que eso vaya a cambiar con el tiempo.

—Es una mierda.

—Solo es un día. —Levanto la cabeza para darle un beso en la punta de la nariz—. Además, tienes que ver a Sofía, seguro que ha crecido un montón desde la última vez.

—Es muy mona. Suerte que no se parece a su padre.

Suelto una carcajada. Es verdad, menos mal que la pequeña ha salido a Neila.

—Tienes que comprarle un regalo —insisto—. La niña no tiene culpa de que su padre sea un imbécil.

—Lo sé. El otro día estuve mirando cosas por Amazon... ¿Quieres que salgamos y busquemos algo juntos?

—Me parece un gran plan.

Vamos al centro comercial más cercano, que es un loco ir y venir de gente ultimando compras. Ninguno de los dos entiende demasiado de niños, y nuestra relación con Sofía es bastante puntual, sobre todo la mía. Aunque me gustaría que esto fuera

mejorando con el tiempo, sé que es un camino que será difícil transitar.

No soy un iluso. Esto no es como en las películas, donde todo tiene un final maravilloso. Esto es la vida real. Todos hemos tenido que hacer concesiones y nos hemos adaptado lo mejor que hemos podido. Que no es poco.

—¿Qué te parece? —Oliver sostiene en alto un peluche que prácticamente abulta más que él. Es un enorme oso en tonos pastel, con unos ojos de un verde brillante—. ¿Crees que le gustará, o pensará que quiere comérsela?

Suelto una carcajada.

—Seguro que le encanta.

Oliver vuelve a mirar al oso y parece convencido de comprarlo.

—¿Quieres que comamos por aquí? —pregunta, una vez salimos de la tienda—. Y esta noche... ¡Cena con las chicas!

Me encanta lo bien que ha encajado en mi grupo de amigas. Y con Ian, el marido de Laura. No tenemos oportunidad de reunirnos muy a menudo, sobre todo por su mudanza después de la boda, el trabajo y la vida adulta en general, pero no hemos perdido la costumbre de, en Navidades, buscar un día para comer, beber y rememorar viejos tiempos.

Al que hace tiempo que le hemos perdido la pista es a Borja. Al terminar la carrera decidió que necesitaba alejarse de todo, así que aceptó un trabajo fuera y, simplemente, se marchó. Oliver estaba muy emocionado tachando del calendario los días que faltaban para su regreso cuando anunció que, por el momento, no tenía pensado volver. Por supuesto, el hombre que ha conocido es el causante de tal decisión.

Oliver siempre se queja. Cada vez que hablan le echa en cara lo traidor que es por haberlo abandonado. Aunque es pura fachada. Un teatrillo para que Borja se sienta un poco mal, porque, obviamente, Oliver se alegra de ver a su amigo feliz, aunque sea en un castillo en la otra punta del mundo y a través de la pantalla. Y yo también me alegro. Después de todo, la felicidad de los que queremos es también la nuestra.

El camino que empezamos aquel verano, con una promesa que parecía más bien una locura, nos ha traído hasta aquí. A veces miro atrás y me asombra todo lo que hemos crecido juntos. No ha sido fácil, y todavía nos queda mucho por recorrer, pero me siento orgulloso. Orgulloso de nosotros, de cada paso que hemos dado y, sobre todo, de saber que esto solo es el principio de todo lo que está por venir.

Porque ya lo dice el dicho, el tiempo, al final, no cura nada, lo que cura y sana, es la colita de rana.



Fin

Agradecimientos

¡Gracias! Hala, ya está.

¿Sabes lo que cuesta llegar a esta parte? Toca mirar a meses (en este caso un año) atrás y recordar a todas las personas que me van pellizcando para que reaccione, para que no me rinda, para que, a pesar de que escribir siga siendo un *hobby* con mucho gasto y casi nada de beneficio, no lo deje.

Gracias a Patry, por darme *feedback* a cada capítulo, por emocionarte con ellos, por aconsejarme y por tirar de mí cuando me frenaba.

A Ninde y Silvia. Sé que lo intentasteis, pero la vida de adulta, a veces, nos da por saco.

A Nancy (y por extensión a Iyán y Pedro) por los consejos y correcciones en toda la parte del atletismo. Aunque aparece poco en la historia, lo que sale sé que es correctísimo.

A Enara, por echarme una mano en la corrección, por esforzarse y robar horas para leerme. Gracias, de verdad, y ya sabes, ¡nos quedan cientos de proyectos! Juntas o por separado, pero siempre apoyándonos.

Al grupo de 'Escritoras BL' (y sí, sé que le hemos cambiado el nombre al grupo, pero no queda políticamente correcto mencionar el nuevo). Gracias por estar al otro lado y soportar mi negatividad y mis quejas constantes.

Y como siempre, marido e hijo, que aunque no me leen (en serio, ¡no me leen!) siempre respetáis mis ratos de escritura y a veces aguantáis mis llantos, mi mala leche, mis quejas y contenéis mi sed de sangre y venganza.

Pero, sobre todo, gracias a ti, por elegir leer una de mis historias. Si repites conmigo, de todo corazón, mil millones de gracias; si es tu

primera vez, bienvenida, espero que decidas quedarte.

¡Gracias a todas, todos, todes!

Otras obras de la autora

Si quieres saber más sobre mis publicaciones puedes encontrarme en Instagram como @Roser_Ochoa.

Otros libros autopublicados:

Autoconclusivos:

Al tercer día Sangre fría

La maldición del cisne

Bilogías:

(Im)posible 1/2

Calles Rotas

Mi chica de algún día (Omegaverse #1) Aquello que nos prometimos (Omegaverse #2)

Trilogía:

Palomitas en el instituto Palomitas en la universidad Palomitas en el trabajo

Serie:

Juegos salvajes

Puedes leer los primeros capítulos aquí: